FLORO

EPÍTOME DE LA HISTORIA DE TITO LIVIO

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

EPÍTOME
DE LA HISTORIA DE TITO LIVIO

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 278

FLORO

EPÍTOME DE LA HISTORIA DE TITO LIVIO

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

GREGORIO HINOJO ANDRÉS

E

ISABEL MORENO FERRERO



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: JOSÉ JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por SALVADOR NÚÑEZ ROMERO-BALMAS.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2000.
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 35909-2000.

ISBN 84-249-2270-0.

Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2000.

INTRODUCCIÓN

I. LA OBRA Y SU CONTENIDO

El breve texto conocido desde la Antigüedad[1] con el nombre de *Epitome de Tito Livio bellorum omnium annorum DCC,* cuyo Prólogo equipara la vida del pueblo Romano hasta Augusto con las cuatro edades de un hombre, consta de dos libros de diferente extensión: el primero, de 47 «capítulos», con otros tantos epígrafes, incluye la infancia, época real; la adolescencia, con la progresiva conquista de Italia y las «cuatro» primeras «sediciones» (s. v); y parte de la juventud con los grandes triunfos de los ss. III-I —el último, el de la Galia—, aunque se cierra con la derrota de Craso por los partos. El segundo, de sólo 34, con algún título más (II 16 [IV 6]), se abre con otras «cuatro» *seditiones,* las gracano-drusianas, y acaba con las guerras de pacificación de Augusto y su tarea de restauración interior; el cierre del templo de Jano, la paz con los partos, tras la devolución de las enseñas capturadas en Carras, y la concesión al *Princeps* del título de Augusto son las últimas referencias cronológicas fechables, la primera, como veremos (cap. III), bastante ambigua.

Mientras esos diferentes «capítulos» pretenden organizar y encuadrar el relato, los epígrafes —debidos a notas marginales de algún comentarista[2]— apuntan su contenido, en ocasiones, con notable falta de pericia: por excesiva generalización (I 3 [9]; …); o porque la elección de un enemigo supone el olvido de otros (I 37 [III 2];…). Y tampoco hay concordancia exacta entre ellos y los que, a modo de índice, abren cada libro[3]. De su monótono enunciado, sólo escapan unos pocos[4], los más interesantes de los cuales son las dos *anacephalaeoseis* (I 2 [8]; I 47 [III 12]), grecismo que indujo a considerarlos propios de un gramático del siglo IV[5]. En cualquier caso, lo peor es su propia inserción que, además de romper muchas veces la estructura interna de los propios bloques, destroza la general del relato, sólo perceptible si se prescinde de ellos y se lee el texto como la unidad cerrada, compacta e indivisible que su autor debió concebir.

Frente a esta reciente división en dos libros, debida al *Bambergensis* (cap. XI), los códices de la clase *C*, que seguían la versión de un copista probablemente influido por la división en edades del Prólogo, los ampliaban a cuatro[6]: I 1-17 / I 18-35 / I 36-II 11 / II 12 [IV 1]. Pero, como una simple ojeada permite advertir —incluso la senectud, que, como tal, no se relata, se incluye—,tal división plantea muchos problemas. En cambio, la doble, ajustada a guerras exteriores (libro I) y civiles (II), podría «responder a la convicción profunda del autor»[7], de acuerdo con ciertos pasajes (I 34 [II 19], 5; I 47 [III

12], 14). Sin embargo, también presenta fisuras, más o menos justificables según los defensores o detractores de la idea: en el libro I, el capítulo 17 recoge las «sediciones» del siglo V; y el bloque final del dedicado a «política interior» (II 22-33), pasa revista a las luchas de Augusto contra los pueblos extranjeros, incluida la derrota de Varo. O el autor no se atuvo rígidamente a tal idea, o la interpretación no es la más ajustada. De hecho, la desproporción entre la longitud de ambos libros es notable; y dos de las edades, con la mitad de la tercera, quedan incluidas en el primero. Además, no hay eco de tal planteamiento en el Prólogo, donde el autor define su proyecto con un *in brevi quasi tabella* (§ 3; cap. IV), que parece excluir a priori la división.

Lo cierto es que la elaborada configuración del texto no parece haber sido intuida por quienes lo fragmentaron. Realmente, el eje del *Epítome* es el crecimiento del Imperio, desde la fundación de la Ciudad hasta que, tras las convulsiones del último siglo de la República, a los setecientos años de su nacimiento, Augusto acaba la conquista del orbe y pone fin a la conflictividad interna. Es la tradicional división analística romana —hábilmente renovada eso sí (cap. VI)—, la que incardina la narración; sólo que las cuestiones interiores, cada vez más graves, acaban desembocando en las guerras civiles del último tercio de la obra hasta que Augusto acaba con ellas, como acaba por dominar el orbe, pese a la derrota de Varo. Es verdad que el epitomador distingue en la tercera edad unos primeros años «dorados», coincidentes con las grandes victorias —Cartago, Corinto y España—, y otros «férreos», abiertos con las sangrientas reformas gracanas (I 34 [II 19], 2-3). Pero esa dramática antítesis entre el «siglo de oro/siglo de hierro», cuyo punto de inflexión es la destrucción de Numancia y las primeras infamias de Roma contra sus rivales[8], responde sólo a un hábil procedimiento retórico que anuncia la etapa de crisis éticopolítica de los últimos años de la República a la que pondrá fin la reconstrucción augustea[9]. A resaltar esa unidad contribuye la artística conjunción de diferentes esquemas que, olvidando, o relegando, la secuencia cronológica, engarzan los distintos bloques; algo que, lamentablemente, no podemos recoger aquí.

II. EL AUTOR Y SU OBRA

Del autor del relato ni siquiera sabemos si el nombre del *Nazarianus* que suele dársele, *Lucius Annaeus Florus,* es el auténtico. De hecho hay cinco «Floros» en unos años relativamente próximos[10], que plantean la duda de su posible fusión en uno:

1.°) El Lucio Aneo o Aneo Floro, a quien la mayoría de los manuscritos adscriben el *Epítome* y cuyo gentilicio lo ha ligado tradicionalmente con los Séneca[11]. En el *Bambergensis,* tal *nomen* —sin *praenomen*— se convierte en *Iulius*: corrección, error de transcripción —IULI/LUCI; *IVL(ibri)*[12]—, o inserción posterior[13]. Un reciente intento

de revitalización de una antigua hipótesis[14] lo identifica con el Julio Floro recordado por Horacio en sus *Epístolas* (I 3, 1-2; III 2, l)[15], uno de los jóvenes literatos que acompañaron a Tiberio en su viaje a Asia, cuando fue enviado por Augusto para colocar a Tigranes en el trono de Armenia —en el 20 a. C., fecha aproximada de las dos *Epístolas*—. El *tantum operum pace belloque* del Prólogo (§ 1) recogería la invitación del poeta (I 3, 7-8), y la fecha de composición oscilaría entre el 14-16 d. C: el *terminus ante quem,* la recuperación de las águilas de Vero por Germánico; el *post quem,* la *consecratio* de Augusto. Ese ilustrado personaje podría ser el orador mencionado por Quintiliano —tío paterno de su amigo Julio Segundo[16]—, tal vez también el citado por Séneca en sus *Controversias* (IX 25, 258).

2.°) Como *Publius —PANNIUS* en los mss.— firma el autor del diálogo *Vergilius orator an poeta (V.O.A.P).* Descubierto por Th. Oehler en el *Bruxellensis* 10677 (del s. XII; hoy 212) y publicado por primera vez por F. Ritschl, según su hipótesis habría sido la introducción de las poesías que se le atribuyen *(infra)*[17]. Es un fragmento de una típica producción retórico-escolástica en la que parece debatirse si Virgilio debía ser considerado representante de uno u otro género, aunque Paul Jal se preguntaba —relacionándolo con el *Diálogo de los oradores* de Tácito, y con todas las limitaciones que impone su brevedad—, si, en lugar de ese ejercicio, no habría que pensar en un examen en profundidad de las relaciones entre la retórica y la poesía[18].

El pasaje recoge una conversación sostenida en Tarragona, en el pórtico de un templo, entre el autor, responsable «de un poema que no habría alcanzado el premio en los Juegos Capitolinos», y «un Bético», espectador de ellos, que, al reconocerlo, lamenta su pérdida del galardón debida a su índole africana. La discusión sobre a qué Juegos y a qué «famosísimo triunfo sobre la Dacia que había provocado el entusiamo en el Foro» (I 4 y 6) se alude, se ha resuelto con alguna coincidencia, bastante generalización y poca seguridad. Camillo Morelli, pensando que el poema de la competición lúdica debía hacer referencia a tal triunfo, apuntaba al primero de Trajano (102), a propósito del cual, dada la semejanza de circunstancias, se habría reactualizado el *Carmen dacicum* compuesto en el 90[19]. Jal, negando la conexión, prefería los del 94, cuando el muchacho —*puer* y *verecundus;* y receptor de subsidios paternos para viajes y supervivencia— tendría unos 16 años; durante el *Diálogo,* entre el 102-103, estaría entre una máxima de 37 (86-107), y una mínima de 24 (94-102), por la que él se inclinaba.

Por lo demás, sus características literarias no difieren de las de la época trajano-adriánea, ni de las del *Epítome* mismo, con el que coincide en la simpatía por Hispania (III 6), y el papel de la *Fortuna* (I 8); su emblemático giro, «pueblo vencedor de naciones» (I 7); o el omnipresente *quasi* (I 2)[20], entre otros[21].

3.°) Un tal «Floro» al que se adscriben unos epigramas —cinco hexámetros, consagrados al ciclo de la rosa, y veintiséis tetrámetros trocaicos—, agrupados en ocho piezas de dos o cuatro versos bajo el título ‘FLORI *de qualitate vitae’,* transmitidos por el *codex Salmasianus* y recogidos por A. Riese en su *Anthologia Latina:* el 87 y los 245-252[22]. Sin poder detenernos en los diferentes juicios de los críticos sobre ellos[23],

recogemos el uso del *Epitome* del término *transmarinus*[24] que abre el 250, *Sperne mores transmarinos…;* y, viceversa, el colorido poético del resumen histórico.

Y el romántico poema titulado *Pervigilium Veneris*[25], que, en noventa y tres septenarios trocaicos, celebra, en honor de Venus como estimuladora de la procreación vital, el nacimiento de la primavera con la floración de las plantas y la natalidad de los animales. Descubierto por Pierre Pithou y publicado en 1577, su autoría se ha atribuido a personajes de este siglo II —Floro, Apuleyo o Julia Balbila, nieta de Antíoco IV de Comagene, acompañante de Adriano en Egipto (130)—; del III (Tiberiano) y IV (Nemesiano, Nicómaco Flaviano o Sidonio Apolinar); o del v, por el lenguaje y la métrica[26]. Pero, en los versos 13-26 aparece el tema de la rosa y su ciclo vital, objeto del poema 87 de la *Antología;* y Venus gozó de un clima especialmente favorable en época adriánea, atribuida al historiador. Hay, además una notable semejanza entre su fraseología y construcciones y las del *V.O.A.P.* y el *Epítome;* y se abre, incluso, con una famosa sentencia, *Cras amet qui numquam amavit, quique amavit cras amet,* tal vez una más en la brillante cuenta del historiador (cap. VI).

4.°) El *Annius Florus* con quien habría mantenido correspondencia Adriano, según Carisio: *A. Florus ad divum Adrianum: «poematis delector» // Florus ad divum Hadrianum: «quasi de Arabe aut Sarmata manubias».* El gentilicio, de fácil intercambio con el de *Anneus,* se ha puesto en relación con el de Marco Aurelio, *M. Annius Verus,* adoptado por Antonino Pío, justamente por orden de Adriano[27]; el *poematis delector* evoca el interés del autor del *V.O.A.P.* por la poesía (III 8), e incluye el *quasi* típico del historiador, cuyas referencias a sármatas y árabes son frecuentes[28].

5.°) Y un «Floro» al que el falso «Elio Espartiano» en su biografía de Adriano atribuye unos irónicos versos sobre los múltiples viajes del Emperador, a los que éste habría replicado con otros, cuya autenticidad ha sido también muy debatida: «A Floro, el poeta que le escribía, ‘Yo no deseo ser el César, pasearme por entre los britanos, esconderme [en fonduchas], y soportar las escarchas escitas’, le replicó ‘Yo no quiero ser Floro, pasear por las tabernas, esconderme en fonduchas, y soportar los hinchados mosquitos’»[29].

Lo cierto es que la confluencia de datos parece apuntar a la unidad: tanto en la cronología —«No hay más que una docena de ‘Floros’ recogidos en la *Prosopographia Imperii Romani;* algunos no pertenecen al siglo II y muy pocos están claramente conectados con la Literatura»[30]—, como el estilo, o la métrica[31]. Pero la cuestión, dada por resuelta por unos[32] y mantenida en prudente reserva por otros[33], también es objetada[34]. Como Baldwin concluía: «reunirlos … es una solución, pero no una solución perfecta»[35].

De ser el historiador el autor del *Diálogo,* habría nacido en África, entre el 74-80, de familia acomodada (III 1); conocedor del griego, que había estudiado en Cartago[36], habría participado en los *Ludi Capitolini* (86; 90; 94[37]), con escaso éxito, puesto que el Emperador utilizó su lugar de origen como pretexto para negarle la corona (I 4), por lo

cual, herido en su orgullo y abominando de la Urbe, se habría lanzado a recorrer el Mediterráneo, desde las islas hasta Egipto, para recalar, tras cruzar Alpes y Pirineos, en Tarragona (I 8), «feliz ciudad»[38] que lo acogió «fatigado» (II 1-3); ahí habría ejercido la enseñanza durante cinco años, con poco gusto al principio. Después, tras comparar su suerte con otros, su labor le habría parecido extraordinaria. Esa *laudatio* a la *professio litterarum,* que le ha permitido educar y deleitar a los niños «libres y de buena educación» con «poemas y ejemplos ro<manos>, que formen su espíritu y exciten su sensibilidad» (III 8) —probablemente, pues, relatos de tema histórico, que encajarían con el *Epítome*—, cierra la posible información. De hecho, el relato histórico ofrece pocas evidencias, incluso, o sobre todo, de la propia Urbe. Sí hay un claro interés por *Hispania,* cuya alabanza indujo a considerarlo oriundo de ella[39]; un elogio a Campania (I 11 [16], 3-6), tal vez un simple tópico debido a la tradicional e incuestionable bonanza de la zona, o eco de Tácito *(Hist.* I 2, 2); y a Preneste, «delicioso lugar para el estío» (I 5 [11], 7), donde, casualmente, se retiraba M. Aurelio en tal estación; algo que se puso también en relación con la fecha de escritura de la obra.

Se ha inferido, no obstante, que en Tarragona, en el invierno del 122-3, se habría dado ese duelo poético con Adriano, que otros sitúan en Roma[40], donde debió regresar en fecha incierta, tal vez abriendo una escuela de retórica, y moviéndose en los círculos político-literarios imperiales; con todo,del tono de la réplica de los versos de Adriano, Luigi Bessone deducía que, en esos momentos, todavía no se había distinguido notablemente por su obra, lo que contribuye a debilitar la tesis de la escritura del relato histórico en tiempos de Trajano[41]. A su juicio, compartido por Laslo Havas, el epitomador habría redactado su *Epítome* ya sexagenario, entre el 144-148, justo en torno a los eventos del centenario de la fundación de la Ciudad[42], cuidadosamente preparado[43], cuando su madurez creativa le habría permitido manejar los recursos escolásticos con la habilidad necesaria para convertir la obra en el *unicum* que leemos[44].

III. EL TEMA DE LAS EDADES (PRÓL. 4-8) Y LA FECHA DE LA OBRA

El objetivo del *Epítome,* según su Prólogo, es referir las hazañas del pueblo romano a lo largo de sus setecientos años de historia, en una evolución pareja a las edades de la vida del hombre. La peculiar adaptación de Roma, siempre ligada a la naturaleza, de un tema como el nacimiento, decadencia y fin de los imperios —presente en las distintas culturas: desde Hesíodo (s. VIII), en *Los trabajos y los días* (vv. 109-201), con los amargos sufrimientos que aguardan al hombre[45], hasta el sueño de Nabucodonosor del *Libro* de Daniel (II 29-45; cap. 7)—, empieza a perfilarse en los *Origines* de Catón, para quien la fuerza del pueblo romano procede de una diversidad territorial y étnica que

conduce a una poderosa unidad; un tópico que Floro recogerá (I 1 [3], 9), alejándose del énfasis liviano en el elemento itálico[46]. Es Livio (Pról. 9), sin embargo, quien, siguiendo los pasos de Cicerón y Salustio[47], asigna a Roma fases o etapas atribuidas al hombre; luego, Veleyo comparará la decadencia de los Metelos a la de los pueblos (II 11, 3), observando, «sin menospreciar el cuidado de Catón», que «la ciudad de Capua *crevisse, floruisse, concidisse, resurrexisse»* (I 7, 4). Fue Varrón, por otra parte, según Servio, el que fraccionó la vida humana en cinco etapas: infancia, niñez, adolescencia, juventud, vejez[48]; y uno de los Séneca, según Lactancio[49], quien ajustó a ellas las edades de Roma. Ovidio prefirió aproximarse al ciclo anual de las estaciones *(Metamorf.* XV 199-229); y esa cifra del cuatro es la del *Epítome* y el poema 87[50]. Una división ligada al esquema de Posidonio[51] y Polibio (VI 5,4-10), que R. Häussler remitía también al *De vita populi Romani* del polígrafo reatino, aunque el fragmentario estado del pasaje no permita aventurar más que la hipótesis[52]. Amiano recogerá el punto de vista floriano, incluso en la oposición *Virtus-Fortuna* como motor del triunfo pasado (XIV 6, 3-6)[53]; y Claudiano parece partir de ambos[54]. El pseudo Vopisco, en cambio *(Hist. Aug.* Vida de Caro 2-3), lo utiliza con ciertas, o notables, diferencias[55]. La tradición cristiana tenía la suya en el *N. Testamento* —la creación en «seis/siete» días; la aparición del Maestro en «tres» jornadas; las «cinco» de los viñadores;…—, sin desconocer la judía, ni la de sus enemigos, como demuestra Lactancio, considerando su edad como la última de la «decadencia de Roma»; o Tertuliano[56], que, para sintetizar la historia de la humanidad redimida por Dios, regresará a la cuádruple orgánica. Floro, por su parte, responsable de la redistribución de la materia histórica, «habría roto (¿?) el punto de vista cíclico de Séneca, para quien la vuelta al gobernante único del Imperio es otra infancia»[57].

Independientemente de esta cuestión, lo cierto es que en este pasaje los problemas parecen acumularse. En primer lugar, la duración de las edades en las cifras de los manuscritos más antiguos no coincide con las de otros parágrafos no susceptibles de error. En segundo, el ambiguo enunciado de la cuarta —«… *desde César Augusto* hasta *nuestro siglo* han transcurrido *no mucho menos de doscientos años…,* hasta que bajo Trajano *movió* sus yertos miembros y…, la senectud del Imperio *comienza* a reverdecer de nuevo…» (Pról. 8)—, complicado con las variantes textuales en los tiempos verbales, impide fijar con exactitud sus límites y determinar cuándo pudo escribirse el relato. De hecho, con los presentes se estaría aludiendo a la época de Trajano, al que no se aplica el adjetivo *diuus* —aunque tampoco a Augusto, y ya había muerto tiempo ha—. Pero, incluso de serlo, el presente histórico es un recurso muy habitual en el texto (Cap. VII). En cambio, con los perfectos del *Bambergensis,* o la antítesis perfecto-presente, garantía de autenticidad para Jal y Malcovati, se estaría haciendo referencia a Adriano o sus sucesores[58].

En cuanto a la extensión de las edades según los guarismos de esos pasajes iniciales (§§ 5-7), la de la monarquía sería de cuatrocientos años *(CCCC)* —error excesivo dentro de las fechas tradicionales: 754/3-509=243/4—; y ciento cincuenta *(CL),* la de la segunda

y tercera etapas. Para la adolescencia una nueva indicación añade que se extiende «… hasta el consulado de Quinto Fulvio y Apio Claudio» (§ 6), aparentemente los epónimos del 212, Q. Fulvio Flaco y A. Claudio *Pulcro.* Pero ello le otorgaría una duración de casi trescientos años; y la siguiente edad sólo podría tener los presuntos «ciento cincuenta» si se consideraba como punto final el año del nacimiento de Octavio (212-63=149), todo lo cual rompe los «doscientos» de la transmarina, con sus cien «de oro» y otros tantos de «hierro», y los «quinientos» que suman la monarquía y la adolescencia en los otros pasajes (I 18 [II 1], 1-2; I 34 [II 19], 2; I 47 [III 12], 2-3). Todo ello, junto a la posibilidad, muy probable, de un típico yerro en la transmisión textual, indujeron a Jal a rectificar el texto del Prólogo: Floro habría escrito, no una *Q,* sino una *M,* pensando en *Marco* F. Flaco, el cónsul del 264 junto con Apio Claudio *Caudex;* año al que el propio historiador se refiere con los «quinientos» pasados, anunciando los «doscientos» próximos (I 18 [II 1], 1-2). Estos siete siglos son los que, aproximadamente, comprende el relato (Pról. 1; II 34 [IV 12], 64). Los mismos de Livio (Pref. 4) y los que Orosio atribuye a los imperios precedentes hasta el nacimiento de Cristo (VII 2, 1-12; II 1, 4-6).

En cuanto al comienzo y fin de la cuarta edad, y la fecha de composición del relato, ese «… desde César Augusto… no mucho menos de doscientos años…» deja como punto de partida el margen de su vida: 63 a. C.-14 d. C. Pero, la primera, obviamente nunca tomada en consideración para sus *dies imperii,* implicaría introducir dentro de esa etapa múltiples sucesos que el mismo Floro asigna a la tercera. Además, sus celebrados triunfos exteriores (II 22-33 [IV 12]) no encajarían con la censurada *inertia Caesarum* (Pról. 8). En cuanto a la más baja, su muerte, plantea, entre otras objeciones[59], la de por qué entre las dos últimas edades Floro excluyó su reinado. Por convicción o convención, esta cuarta debe comenzar con su reinado; cuál es el punto exacto de tal inicio, con la cuestión floriana al fondo, ha planteado una fina discusión que debemos obviar.

En cualquier caso, de todas las fechas barajadas, las más defendidas han sido el 31-27 y el 43. El primer bloque encajaría con la opinión de Apiano, Dión Casio, Veleyo o Tácito[60]; en el 29, además, se produjo la primera de las tres clausuras del templo de Jano, tal vez por eso la más significativa[61]; y Floro enlaza con ella la paz y la legislación moral de Augusto (II 34 [IV 12], 65), cuyo inicio podría fijarse en el 28, durante su consulado con Agripa; al tiempo, alude enfáticamente a la concesión del título de Augusto (§§ 65-66), que tuvo lugar el 27. Pero al 43, su primer consulado, se refiere él mismo en sus *Res Gestae* I 1, así como los mismos Tácito *(Diálogo de Or.* 17, 2) o Apiano (*G. civiles* III 87), Suetonio *(Aug.* 95) u Orosio (VII 2, 14). Estrictamente ello conduciría a la época de M. Aurelio, a la que «no muchos»[62] desean referir la obra[63]; pero, con ciertas concesiones, opinaba Jal, podría ajustarse a la de Adriano (†138), igual que justificarse las otras objeciones: los hechos de la cuarta edad que no deberían haber sido recogidos[64]; la *inertia* aplicada al *Princeps*[65], etc. Y ciertamente, hacia el último decenio de tal reinado parecen inclinarse «los más»[66].

En cambio, la época trajana, a la que apuntarían también el afecto por nuestra patria y el tono bélico de la obra —producto de la nueva fase, tras la conquista de la Dacia,

pero antes de la aventura de Oriente, porque la mención del Éufrates es vaga[67]— parece olvidada. Más aún, la idea de su publicación en dos momentos distintos, bajo Trajano y Adriano, según el menor o mayor volumen pacifista de cada libro (I/II)[68] —como Baldwin resumía, «Floro es completamente contradictorio sobre los méritos de la paz y la guerra»[69]—. Y, pese al intento de Neuhausen (Cap. II), también la primera mitad del siglo I a la que apuntaban los tres famosos «anacronismos» que indujeron a F. N. Titze a suprimir las alusiones posteriores a Augusto considerándolas interpolaciones[70]:

a) La frase en que se mantiene la posesión por los germanos de dos de las águilas perdidas por Varo, la 17.ª y 18.ª (II 30 [IV 12], 38), tempranamente recuperadas según Dión o Tácito, y frente a cuyo testimonio Ernst Bickel defendía el del *Epitome*[71]. Algo que Jal explicó con una ingeniosa sugerencia, paralela a la que permite entender una extraña frase de *La Farsalia:* igual que aquí, años después de la conocida devolución (20 a. C.) de las enseñas arrebatadas por los partos a Craso, Lucano aseguraba que el enemigo «aún estaba pendiente de recibir el castigo debido» (VII 431), la de Floro sería una «confusión voluntaria» de corte retórico[72]. Algo que encajaría perfectamente con su estilo.

b) El silencio sobre el desastre de Herculano y Pompeya en el 79 (I 11 [16], 6), que, en realidad no es tal, puesto que Floro, al considerar al Vesubio «émulo del Etna» (I 11 [16], 5), no está sugiriendo que éstas «sigan en pie»[73]; sólo «la actividad» del volcán.

c) El adverbio *nuper* aplicado a la derrota de Craso en Carras (I 5 [11], 8), que ha sido explicada de diferentes formas. Podría entenderse el «recientemente» en su sentido más genérico[74]. O considerar que con tal nombre no se aludiría al desastre crasiano, sino a una fortaleza fronteriza de la guerra pártica de Vero (165)[75]; o la mesopotámica de Trajano (113-117)[76]. O, partiendo del otro término de la comparación, *Faesulae,* encontrar para ella una tragedia «similar» a la sufrida en Carras, como podría ser la de su destrucción en la guerra social (II 6 [III 18], 11)[77].

En cualquier caso, tales anacronismos pueden siempre achacarse a una fuente, copiada sin cuidado por un «inepto compilador»[78]. Igual que el «hoy»[79] aplicado a Tívoli (I 5 [11], 7), que los defensores de la época adriánea aducen. Ciertamente, tal fecha lo explicaría con facilidad. Igual que el interés por *Hispania;* o el calificativo de *inpia* para la nación judia (I 40 [III 5], 30), que apuntaría a su rebelión del 132-135; además, justificaría el silencio de su nombre o dedicatoria en el Prólogo[80]; o el «Vale más retener una provincia que conquistarla» (I 33 [II 17], 8), que criticaría el militarismo de Trajano, frente a su inteligente repliegue en Oriente[81]; incluso una expresión como el *aequum et bonum* (II 2 [III 14], 3), cuyo paralelo sería la definición del Derecho de Publio Juvencio Celso en su reinado.

Pero, en un texto tan retórico como el *Epítome,* los argumentos político-militares se muestran tan insuficientes y ambiguos para decidir una cuestión tal, en un cierto margen, como los estilísticos. De ahí, entre otras razones, que ahora se defiendan los años

iniciales del reinado de Antonino Pío, en el que el tono panegírico hacia Roma, la amplitud de horizontes político-literarios, o el valor del elemento geográfico como recurso estructural, con su brillante tonalidad, se hallan bien representados[82]; y el ambiente literario de la corte adriánea habría dejado una huella indeleble en Floro, plasmada algo después. Incluso el elogio de *Hispania* se esclarecería a través de M. Aurelio, adoptado por él. Además, Havas añadía la teoría de István Hahn sobre el milenarismo[83]: Floro no se habría equivocado en las extrañas cifras del Prólogo; pretendería disponer los períodos de la historia de Roma en un proceso regular decreciente —400-300 (150-150)-200 [100][84]—, apuntando al novecientos. Tal interés sólo se explicaría por el deseo de enlazar la obra con el magno aniversario de la fundación de la Ciudad. El *Epítome* sería un magnífico ejemplo de celebración de la *magnitudo imperii* de Roma[85], a través de la evocación del pueblo-rey.

IV. EL TÍTULO DE LA OBRA: *EPITOMA DE TITO LIVIO*

Este título no parece genuino, pese a ser ya conocido en la Antigüedad[86] y el transmitido por la mayoría de códices —algunos no incluyen ninguno; otros, el genérico *Liber,* con alguna adición a veces[87]—. Tal vez lo favoreciera el carácter aparentemente próximo de ambas obras —el *Epitome* precede con frecuencia a las *Periochae* livianas, adjudicadas a Floro en cinco manuscritos[88]—, o el interés por asegurarse la atención acudiendo al prestigio del paduano. Con todo, ya Jahn y Rossbach, y luego Jal advirtieron que si el autor hubiera querido marcar tal relación lo habría citado en el Prólogo.

Las conjeturas para reconstruir el auténtico han sido múltiples, en general partiendo de los diversos giros de este pasaje inicial: de las *res Romanae o res gestae,* y del «setecientos» (§ 1), cifra «voluntariamente errónea», para Terzaghi, en lugar de los setecientos veinticinco a los que apunta la primera clausura del templo de Jano, y sólo explicable como un redondeo consciente en íntima relación con él[89]. Del término *bella* (§ 2)[90] —aunque Floro hablaba del *pace belloque»* (§ 1), y centrarse en un solo elemento contraría su indicación[91]—. Pero por él se inclinaba, entre otros, C. Wachsmuth[92], basándose en el pasaje de *La Ciudad de Dios* (III 19, 1) que recoge el de la segunda guerra púnica floriana (I 22 [II 6], 1), y en el que se alude a Floro como *laudator imperii Romani;* a partir de él, en una nueva complicación, se propusieron los de *Laus Romae/imperii; o Breviarium laudativum rerum populi Romani*[93].

Del *in brevi quasi tabella* (§ 3) partieron otros. Rossbach apuntaba el de *Epitomae rerum a populo Romano gestarum libri II*[94] —por considerarlo semejante al compuesto

por Apuleyo, según Prisciano—, planteando el problema adicional de la identidad o diferencia de los términos *Breviarium* o *Epitome,* y el carácter de la obra[95]. De ahí, en parte, la compleja teoría de Neuhausen (cap. II), con modificaciones sucesivas en el de *Rerum gestarum populi Romani brevis tabella /Breviarium*...[96]. Jal, por su parte, puso el énfasis en el *tabella* (§ 3); aducía la presencia del término en Juvenal (X 157-8) y Jerónimo, que parecía haber copiado la frase floriana *(Epíst.* 60, 7), y las expresiones con que se destaca el carácter visual del proceso, luego corroborado en el relato[97]. Pero aunque éste le dé la razón —el lector del *Epitome* «non… deba capire: debe vedere»[98] —, como título no tiene paralelo, y Juvenal o Jerónimo —que, además, no incluye el *quasi* de Floro[99]— no son decisivos. Conocer el Prólogo y la obra no significa que éste usara el término como título[100].

En cualquier caso, el *Epítome* no es tal, si por el término se entiende «un simple resumen» de Livio, con una mínima adición de otras fuentes, y sin elaboración propia. Ni Floro lo sigue con fidelidad, ni nadie puede negarle una originalidad extraordinaria en la selección, distribución y recreación formal de la materia histórica, como vamos a ver.

V. EL *EPITOME* Y SU RELACIÓN CON EL *AB URBE CONDITA* DE TITO LIVIO. OTRAS FUENTES

Ciertamente, la divergencia entre el *AUC* y el *Epítome* es notable, y no sólo por la extensión y calidad literaria de aquélla. Frente al rígido *domi militiaeque* liviano (Pref. 9), el *pace belloque* (Pról. 1)[101] del epitomador se concibe y modula con más amplitud: no mantiene la secuencia anual; la trabazón de muchos de sus bloques se debe más al hilo dramático particular que a su ocurrencia temporal —la guerra mitridática o el desastre de Carras se narran antes que las reformas gracanas y sus secuelas;…[102]—; y sucesos ocurridos al mismo tiempo y protagonizados por las mismas personas están separados por muchos capítulos o insertos en distinto campo, las guerras exteriores o los conflictos internos. Ciertamente, el avance de Roma es progresivo y continuo —un *contagium belli o* un «incendio», que se desliza *serpens*—, hasta lograr una paz universal sobre pueblos conquistados, o que reconocen el poder de Roma, y dejando atrás los problemas civiles. Pero la cronología no es más que un eje estructural genérico. De ahí que, en una de sus múltiples y características composiciones anulares, Floro acabe el relato en el momento en que Augusto, el nuevo y diferente Rómulo (II 34 [IV 12], 66), abre la nueva periodización. En ese plan de Floro de reagrupar panorámica, monográfica y anularmente los acontecimientos, para aumentar su potencial dramático (Pról. 3), prescindiendo del rígido *ordo temporum,* radica, justamente, la principal

diferencia con su fuente[103].

Evidentemente, también el Prólogo y la conclusión son diferentes. El tema de las edades es ajeno a Livio, pese al esbozo indicativo del Prefacio (§ 9), a cuya duda inicial, más o menos retórica —«No sé a ciencia cierta si vale la pena relatar la historia de Roma desde sus comienzos…» (Pref. 1)—, replica Floro con su decisión y su método (Pról. 3)[104]. También parece haber elegido su giro *princeps terrarum populus* (Pref. 3) para convertirlo en el eje y símbolo de su concepción imperialista y panegírica (Cap. II). Pero homenajear, replicar, aludir, incluso utilizar, la obra liviana no implica «resumirla». Además, y ello muestra sus diferentes objetivos histórico-literarios, el Prefacio de Livio no incardina su obra; el de Floro, sí[105].

Los separan también el distinto tratamiento de figuras y sucesos: desde el escaso protagonismo que Floro concede al Senado —lo cual se ha conectado con la mala relación que sostendría con Adriano—, hasta su interés en Prisco, tras cuya *laudatio,* por su unión del *ingenium graecum* con el *ars italica,* se ha creído encontrar la del *Graeculus* (II 13 [IV 12], 24), y sus horizontes socio-culturales[106]. Tampoco hay estricto paralelismo en los pasajes[107]; ni en el tono —por ejemplo, hacia la península Ibérica[108] —; matices[109]; o detalles —de menor o mayor importancia: el distinto momento en que sitúan la táctica del Cunctator[110]—. Y la selección de datos de Floro es muy particular. El olvido de unos podría justificarse por su carácter de compendio y el de otros, por el deseo de sorprender al lector con su propio silencio —batallas (Pidna, Vercelas, Zela, Zama:…), o personajes (Breno), no citados en el momento debido, pero sí conocidos como muchos pasajes demuestran[111]—. Pero otros, en el caso de un «resumen», no. Además, Floro organiza sus episodios de un modo singular —siempre retórica e impresivamente—, a veces, de forma errónea en sentido estricto: hay transposiciones y textos sugeridos por otros diferentes[112]; modificaciones[113]; contaminaciones[114]; adiciones[115]; simplificaciones arriesgadas que se entienden con dificultad[116], … De ahí que Bessone acabe recurriendo a un paso intermedio en la «tradición liviana»; no el *Epítome I,* sino el *II*—acaso debido a Plinio el Viejo, acostumbrado al uso de fuentes epigráficas y conocedor de los *Elogia* del Foro[117]—. A este *Epítome* —«fantasmal», no obstante para otros[118]— se le habrían añadido recuerdos de lecturas —incluso del mismo Livio— o recitaciones, reflexiones moralizantes y otras fuentes[119].

Realmente, Floro mantiene su deuda con Virgilio y Horacio[120]; Silio Itálico, Estacio, o Lucrecio[121]; incluso con el biógrafo de Aníbal[122]. Con Plinio coincide en el comentario sobre la lucha entre Ceres y Líber en Campania (I 11 [16], 3/*Hist. Nat.,* III 5, 60)[123]. Y con su sobrino, en el famoso tema de la *inertia*[124]. Con Trogo, que, como él, agrupa su materia por argumentos temáticos, tiene ciertos paralelos sobre *Hispania* (1. XLIV)[125]; pero, su relación, como la de Suetonio[126], requiere mayor análisis. También la de Veleyo, con quien comparte esa idealización del pasado republicano, el inicio de los conflictos civiles (133 a. C), y su separación de los externos (II 88-92); y a él podría deberle la

información de las guerras germánicas. Pero, por el momento, por razones diversas[127], parece preferible la fuente intermedia[128].

En cambio, la influencia de Catón —modelo de Adriano y su prosista preferido por su matiz arcaizante— parece clara, sobre todo, en sus dos temas estrella: el *populus Romanus,* con su capital nacional procedente de distintos lugares y esferas, como cuerpo único y protagonista absoluto del acontecer político; y la lucha entre *Virtus-Fortuna.* También en reflexiones como la duda de si no habría sido mejor para Roma evitar su excesivo engrandecimiento (I 47 [III 12], 6), tras la que estaría el eco de su debate frente al Africano I; o la censura sobre la imitación que, para vencer a Aníbal, se había empezado a hacer de su astucia y perfidia púnicas[129], remedio adecuado, quizá, para acabar con él, pero mal principio para la propia urbe. La influencia sobre el estilo pasa por Salustio, cuya consulta directa de las monografías parece «aleatoria»[130]. Pero de él ha tomado el principio de la selección e independencia de los hechos —el *carptim*—; su índole dramática, con la concentración, unidad, el carácter cerrado y la composición anular de sus bloques; los juegos antitéticos; el tono sentencioso; su catoniana *brevitas;* y muchos de sus rasgos léxico-sintáctico-estilísticos[131].

Uno de los dos Séneca está detrás del tema estrella de las edades[132]. La balanza se inclina hacia el Rétor[133], entre otras razones porque justificar la pérdida del pasaje dentro de la desaparición de su obra histórica es fácil[134]; pero Jal cambió de opinión[135]. Y Malcovati subrayaba que, para Lactancio, el Séneca por excelencia, a quien cita explícitamente en diez ocasiones, aunque otros cuarenta pasajes se le deban también, es el Filósofo; el Rétor no aparece mencionado nunca[136]. De haber sido éste, concluía, aquél lo habría indicado. Por lo demás, al hijo se le atribuye el tono filosófico-sentencioso general[137], mientras los paralelos lingüísticos, se dan con ambos[138].

También parece percibirse la huella de Cicerón, en especial en algunos giros y motivos de las *Verrinas* (II 2,2-9)[139]. En cuanto a César, el uso directo de la *Guerra de las Galias* —con errores como la confusión de Alesia y Gergovia y Dolabela en lugar de Labieno—, la acepta Garzetti y la niega Bessone; la de la *Civil* es «menos probable y discontinua»[140]. Sigue prefiriéndose ese *Epítome* liviano, al que se habrían añadido detalles específicos de los *Comentarii*[141]. En cuanto a la tendencia pro o anti-cesariana del autor, ambas han sido defendidas[142]. Pero es más lógico concluir lo evidente: César es alabado en la campaña gala como dirigente que logra un triunfo para Roma; y censurado como causa, o parte decisiva, de una guerra civil. La influencia de Tácito se afirma o niega sin que sobre la comparación estilística o la pintura psicológica —ambos son muy salustianos— haya posibilidad de conclusión[143]; algún eco, como la benignidad de Campania (cap. II), la semejanza entre Caudio y Numancia, o la situación de fuerzas al comienzo de la guerra civil cesariana[144], puede ser simple coincidencia; y alguna oposición, cual la de las águilas perdidas en Teutoburgo (Cap. III), menos significativa de lo que se consideró.

De la presencia de Lucano se duda también —aunque, según Eugen Westerburg, Floro habría adaptado hasta sus *iuncturae*[145]—, sobre todo porque el tono declamatorio y el gusto por el *pathos* de ambos encierran el toque escolástico del momento. R. Pichon la negaba, apuntando otra fuente para ambos[146]. Víctor J. Herrero la defendía[147]. Alguna similitud, como el popular comentario de la poca disposición de Pompeyo a soportar un igual y César un superior, podría ser un doble desarrollo personal[148]. Otras parecen rotundamente buscadas, sobre todo, las trasladadas a otros pasajes[149], el error al confundir Filipos y Farsalia, o el paralelismo sobre el sitio de Marsella —los dos hablan de «una» sola batalla naval, y ninguno alude a Domicio, etc.

El uso directo de fuentes griegas parece poco probable[150]; sus referencias a nombres de tal origen no dejan de carecer, cuando menos, de imprecisiones, aunque la mayoría debían de ser de dominio general en la escolástica. Y cuando Polibio discrepa de Livio, se inclina por la tradición latina, convirtiendo el *scutum Romae,* como Plutarco —tras Posidonio— designaba a *Cunctator,* en *scutum imperii*[151].

En cualquier caso, lo importante es advertir cómo Floro selecciona su información, integrándola para trazar las líneas del imperialismo romano hasta la nueva época, en un fin que ellas contribuyen a realzar. Desde esa pluralidad es más fácil comprender —incluso justificar, en parte—, los desajustes históricos del relato. Como Jal advertía, no se puede criticar al historiador partiendo de su condición de rétor[152].

VI. HISTORIOGRAFÍA Y RETÓRICA EN FLORO. LA ESTRUCTURA DEL *EPITOME*

De hecho, a Floro se le ha considerado un perfecto exponente, muy original además[153], del arsenal creativo de la escolástica retórica de la época[154] —también el producto de un simple cronista que no tiene nada nuevo que expresar[155]—, a cuyas armas era lógico acudir si pretendía componer un panegírico a la Urbs.

A tal enseñanza debe su destreza técnica y el dominio de los recursos. Su capacidad para crear y combinar estructuras narrativas; dosificar el interés y tensión dramática; resumir o concentrar la información y expresión, y articularla en densas y cerradas unidades, con resoluciones distintas, y finales siempre impactantes; y su habilidad para sugerir ambientes o realidades no expresadas, y componer frases rotundas de bella factura y sentencioso tono. Pero también es la responsable de sus tópicos, su ideología, o reflexiones moralizantes; y sobre todo, de los comentarios y exageraciones con que pretende destacar la importancia de cada hecho y que, en realidad, agotan al lector y restan la fuerza que pretendían imponer.

De su misoginia —perceptible, igualmente, en algunos de los poemas que se le han atribuido[156]—, sólo escapan algunas mujeres bárbaras cuyos valerosos gestos se usan como contrapunto de la debilidad masculina[157]. También responde al acervo tradicional, el disgusto por esclavos y gladiadores[158]; los reproches a César o M. Antonio[159], y la descripción de los adversarios orientales — con su lujo, riqueza o molicie: Perseo, Antíoco,…—; o los «bárbaros», cuyas salvajes costumbres[160] y actitud fiera, necia, violenta, cobarde[161], sin respeto por el orden, la ley y la justicia[162], quebradiza y mudable[163], contrasta con la de Roma. Hacia ésta, en cambio, apenas hay crítica[164]; subraya sus virtudes, en especial su capacidad de recuperación ante los desastres —simple prueba para acrisolar su valor[165]—; y destaca sus éxitos y su rápida y fácil obtención[166], ligada con frecuencia a su rapidez de acción[167], junto a su generosa y presta ayuda a otros pueblos[168].

De acuerdo con el carácter artístico de su historia, redondea las cifras —combatientes y muertos[169], o años[170]—; jamás da una fecha exacta[171], salvo al registrar analísticamente los consulados[172]; y cae en múltiples exageraciones e imprecisiones histórico-geográficas[173]. No obstante, en alguna ocasión el anacronismo es instintivo[174], o la simplificación, lógica[175]. Lo más problemático, sin embargo, es que, frente a detalles innecesarios o poco relevantes[176], suprime eventos sustanciales o se concentra sólo en los episodios más atractivos de los conflictos[177], margina a un protagonista en beneficio de otro[178], y, en aras de su disposición dramática, modifica el orden de acontecimientos o concentra dos o varios en uno[179]. Con todo, es en esa perspectiva retórica en la que hay que juzgar la obra[180] y muchos de sus «errores», algunos no tan graves como se ha apuntado[181].

Las sentencias, y el tono didáctico-moralizante, impregnan el relato. Las dos más famosas y discutidas plantean el tema de la conquista de una provincia (I 33 [II 17], 8; II 30 [IV 12], 29). Otras caracterizan personajes[182], o definen situaciones o sucesos[183]. Son múltiples los *dicta,* situados de acuerdo con la práctica salustiana, en el momento más ajustado a las exigencias dramáticas[184]. Y muchas también las anécdotas y los *exempla,* por su fuerza impresiva y capacidad para inducir a la acción y por sus posibilidades literarias. Son más frecuentes en las primeras etapas, donde destacan la subordinación a Roma, con la disciplina y el sacrificio por la patria por encima de los intereses particulares[185].

No hay digresiones o discursos ni retratos. Sólo esbozos caracterizadores, algunos muy notables[186] —su toque impresionista en Aníbal, Mario o César ha pasado a la posteridad[187]—; y algunas efectistas semblanzas antitéticas de corte salustiano[188]. En otros casos menos señalados acaba recurriendo a clichés: unos clásicos o compartidos con otros autores; otros propios, repetidos, incluso, en pasajes próximos[189].

Intencionadamente a veces, para insistir en una caracterización análoga[190]; o en el triunfo de Roma, como el *populus gentium victor orbisque possessor*[191]. Otras, por simple hábito escolástico[192] o recurso mecánico en situaciones semejantes[193]. En el de la «libertad», por tradición *(infra),* o convicción *(Hispania)*[194].

Indudablemente, aunque prescinde de hechos que le habrían permitido un impacto fácil, rinde tributo a la historiografía trágica en todas sus facetas: asedios y destrucción de ciudades; hambre, batallas, derrotas y masacres; generosos o modélicos suicidios; la acción determinante de los elementos atmosféricos; … Pero, más que en ello todavía, su oficio se advierte en la variedad y conjunción de recursos con que potencia la impresión deseada. De hecho, lo que confiere al relato su carácter tenso e intensivo y lo dota de la atmósfera densa y barroca que es su característica más notable es la doble antítesis entre la acción enérgica y letal de la rápida conquista militar, con la destrucción y muerte del vencido frente al triunfalismo del vencedor, y la forma en que se expone. La oposición constante entre la elipsis casi críptica de sucesos y nombres (cap. VII), con el ritmo vertiginoso de la acción, y la amplificación generosa del ornato, con todas las referencias sonoras y coloristas que lo acentúan o las notas curiosas, susceptibles de interesar al lector: los fabulosos monstruos; los *cognomina* ligados a heroicas gestas[195]; o las antítesis, irónicamente trágicas, de algunos eventos[196]. En definitiva, con palabras suyas, «la guerra convertida en espectáculo» (I 13 [18], 8).

Por lo que a la estructura se refiere, aunque las divisiones de gramáticos y copistan impidan advertirlo con facilidad y nosotros no podamos detenernos a recogerla, el relato superpone y combina el esquema de las edades (Pról. 4-8) con la dualidad analística *domi forisque,* pero concediendo a los problemas internos la importancia y el espacio proporcionales a la mayor o menor proximidad de los acontecimientos y a la dureza gradual de los conflictos internos, con la lucha entre *Virtus-Fortuna* como leitmotiv (Pról. 2). Pero, además, en cada etapa acude a diferentes procedimientos para marcar el dramatismo creciente de la acción y a distintas líneas para encuadrarla mejor: en la monarquía, a los variados personajes que la Urbe necesitaba (I 2 [8])[197]. En la adolescencia, a la *libertas,* su obtención y defensa, que conduce al progresivo dominio de Italia tras vencer a unos enemigos de poderío cada vez mayor, luego coaligados y, finalmente, ayudados por el extranjero Pirro. En la «juventud»[198], donde la evolución histórica es más intrincada por los grandes éxitos y los problemas cada vez más graves de la República, los métodos y recursos son más numerosos, variados y, muchas veces, combinados. Aunque el más destacado es el de los años dorados y de hierro, Floro recurre a temas más concretos para agrupar los conjuntos y dar variedad y originalidad a la secuencia: el famoso de la *eversio urbium* —Cartago, Corinto, Numancia—; la distribución geográfica con los puntos cardinales; el juego antitético de personalidades con la poderosa *Fortuna* por encima —Oriente para el Magno; Occidente para César—; y la línea biográfico-dramática, que, a través de éstos, llegará hasta Augusto, en quien se volcará esa *Týchē* dominadora. En él confluirán todas las líneas: acabará con los problemas de la política exterior —pese a la derrota de Varo—, y tras la muerte de

Antonio, como nuevo protagonista de la obra, rematará la conquista del mundo e iniciará la restauración moral de la Urbe. El cierre del templo de Jano, tras «setecientos» años de lucha, y la concesión del título de Augusto como nuevo «Rómulo» (II 34 [IV 12], 66), anudan la conclusión al inicio de la obra y de la historia.

Esa perspectiva, y la habilidad con que la define, indica que el relato responde más al deseo de captar la atención de un público ilustrado, conocedor de la temática y, por ende, capaz de disfrutar de las novedades literarias, que a una finalidad puramente escolástica, aunque la continua segmentación y distribución de la materia, con la cerrada configuración de las distintas unidades temáticas —cuya realización busca la unidad e independencia del conjunto al que, por lo demás, sirven, como los eslabones de una cadena—, faciliten su empleo pedagógico: por su propia brevedad; por la simplificación de motivos y causas de los acontecimientos, casi siempre reducidos a la idea del «contagio» o el destino, al castigo del enemigo por sus ofensas o por haber ayudado a otro, a la necesidad de responder a los requerimientos de otros pueblos, la excesiva prosperidad, que abate personas y pueblos[199], o a la acción o culpa de ciertas figuras. Y por la destreza para resumir los grandes temas en rápidos y sucesivos cuadros de sencilla planificación, pero cuidada factura, permitiendo su comprensión unitaria y su comentario autónomo. Hay, además, un evidente gusto por la precisión; y un claro esfuerzo, coronado por el éxito, por seleccionar lo más edificante e impresionante para el lector. Pero ello no implica que fuera concebido como simple breviario divulgativo[200]. Floro no es un investigador, ni pretende serlo, aunque no carece del sentido de la Historia que algunos le atribuían[201]. Su propósito no es recoger una información temporal o espacialmente exacta, ni lanzarse a la clásica y nostálgica defensa —obsoleta ya, pese a los esfuerzos de Tácito—, de esa independencia senatorial perdida, sino buscar en la progresiva elaboración del Imperio un hilo umbilical más acorde con el presente y el gusto de su audiencia.

En esa línea, ligándolas a realidades más o menos contemporáneas, podrían entenderse algunas de sus más llamativas aseveraciones: su exaltación por la derrota de cimbrios, teutones y tigurinos, como un eco de la expedición dácica de Trajano; o su acre censura al trofeo de F. Máximo y D. Enobarbo en el 121, en relación con el alzado en Adamclisi por el *Optimus Princeps*[202]. Un elogio hacia la Roma imperialista, como Plinio, Tácito o E. Arístides[203]; o a la que ha impuesto al orbe su orden justo y bienhechor. La tradición cristiana vio en su emocional exaltación de Roma a un enemigo más pernicioso que Livio. Pero es cierto que también lamenta las guerras emprendidas sin causa razonable (II 20 [IV 10], 2); valora la obtención, sin lucha, de Pérgamo (I 35 [II 20], 3); y asegura que la gloria verdadera la obtuvo Metelo al conquistar sin sangre Nertóbriga (I 33 [II 17], 10), apreciando la devolución de las enseñas por los partos y el reconocimiento del poder romano por pueblos exóticos (II 34 [IV 12], 63). Además, sus alabanzas al respeto por la ley de Roma, en cualquiera de sus facetas, son tan frecuentes como la crítica hacia los desafueros de los bárbaros ,como veíamos antes. Una política de *pax aut pactio* (§ 64) que podría reflejar el pacifismo adriáneo. El panegírico del

pueblo romano —«… piadoso, íntegro, excelso» (I 34 [19], 1)—, tiene su contrapunto en la reprobación por la bárbara destrucción de Corinto y Numancia (I 32-34- [II 16-18]); la injusta tercera guerra púnica (I 31 [II 15]); o las conquistas de Creta o Chipre (I 42-44 [III 7-9]). Tal vez el fin último de Floro fuera mostrar los problemas del expansionismo de Roma, considerado como causa de su inminente ruina[204], sin dejar de calmar a los furibundos partidarios de Trajano que habrían advertido en el retorno a las antiguas fronteras del Éufrates el abandono de su esencia tradicional. Pero la objeción de Luigi Bessone sobre si «esa sutileza» no sería excesiva, si lo que se pretendía era que fuera percibida por el público de entonces, sigue siendo válida[205].

VII. ESTILO DEL *EPITOME*

La prosa de Floro, a veces de una claridad meridiana y otras oscura, casi críptica, sugestivamente barroca y figurada, es el resultado de un aprendizaje casi profesional cuya expresión artificial y artificiosa, notablemente alejada del habla cotidiana, destaca por su colorido y la riqueza de matices y efectos literarios[206].

Sus períodos, algunos lapidarios, sin argumentación histórico-filosófica, están dominados por el hipérbaton[207], las estructuras narrativas de tipo histórico —muchos presentes históricos también—, y la radical elipsis, en información —a veces, incluso, por juego retórico (cap. V)— y expresión, prescindiendo de forma habitual de todos aquéllos elementos sintácticos que la lengua y el conocimiento de sus oyentes le permiten: desde el sujeto principal del relato, el *Populus Romanus*[208]*,* y luego Augusto, con frecuencia elididos, hasta conjunciones y verbos[209]. De ahí, también, el frecuente asíndeton o, como *variatio* y para enriquecer el enunciado, el polisíndeton, ambos casi siempre acompañados de otras figuras.

En esa línea amplificativa hay que encuadrar la duda retórica[210] o la rectificación de un aserto para intensificar el inmediato[211], en especial dentro de las múltiples interrogaciones retóricas que llegan a convertirse en marca de estilo[212]. Estas y otras elaboradas reflexiones e interpelaciones prosopopéyicas —también realzadas por múltiples imágenes[213]—, le permiten mostrar su habilidad técnica, magnificar los hechos, incrementar el cuerpo del enunciado, o favorecer el dramatismo; algo a lo que contribuyen también elementos de difícil traslado a otras lenguas, como los golpes de ruptura, cambios verbales, o el uso de una forma temporal inesperada o inadecuada en sentido estricto[214].

Sin embargo, tal vez habría que considerar marca de estilo propia las infinitas paradojas y antítesis, utilizadas, sobre todo para cerrar, en composiciones anulares, sus

episodios más notables[215]. Y esa *variatio,* superior incluso a la de Tácito[216], que utiliza hasta en fórmulas tradicionales o respecto a las de otros autores[217]. También en el léxico[218] —lo que tampoco le impide el juego de repeticiones intencionadas[219]—; en él destaca su riqueza y precisión[220]; sus poetismos[221], neologismos y términos únicos o atestiguados por primera vez en él[222], sin olvidar zeugmas y litotes[223]; tampoco su eficacia para encadenar y separar sus grandes unidades temáticas[224]; su recurrencia al elemento morfológico para subrayar una idea, o las aliteraciones, a veces múltiples[225]. En otros casos prefiere llamar la atención con términos o giros que sorprenden por su aparente falta de ajuste al contexto[226].

A potenciar el colorido poético contribuyen las sinécdoques[227], la metonimia[228], las metáforas, artificiales o tópicas —tempestad; antorcha; rayo…—, o tomadas de otros autores, o muy originales[229]; y las personificaciones, como la inicial de *Virtus-Fortuna*[230]. También los múltiples recursos fonéticos, que, como las cláusulas rítmicas —se mantiene dentro de la tónica ciceroniana y evita la heróica[231]— y los quiasmos, por razones obvias, renunciamos a indicar. Hay, además, muchas hipérboles, pleonasmos[232], y juegos de palabras[233]; y múltiples exclamaciones para acentuar lo increíble e ingente, indigno o trágico de un hecho[234]. Excepcionalmente, acude a su propia opinión como forma de énfasis; en cambio, su inclusión en el *populus R.* es habitual. Pero, todo ese deseo de variedad, sorpresa y dramatismo —incluso, en casos poco relevantes—, conduce a veces al efecto contrario, y sus múltiples superlativos, exclamaciones o sucesivas atenuaciones, en especial con *quasi*[235], cansan. En ciertos casos parece faltar una lectura detenida que impida un desajuste o una repetición sin valor literario[236].

Por otra parte, incorpora algunas peculiaridades que lo distancian del latín clásico[237] —aunque no destaca por esos arcaísmos, tan caros a Frontón, Apuleyo, Gelio y Arnobio[238]—; y alguna más en la que se habría detectado ese «color africano», como esos giros del tipo hebraico-semítico, con el uso del genitivo idéntico al sustantivo del que depende para expresar la superioridad (el «Cantar de los Cantares»)[239]—, rasgo que se intensificó para conectar más estrechamente al historiador con el rétor *(V.O.A.P.);* hoy se encaja en un fenómeno de expresividad popular[240], muy en consonancia con el tono de la obra, con su predilección por las figuras de técnica depurada y las frases rítmicas y cuidadas. No es difícil entender el éxito que este estilo, vivo y rápido, «preciosista y efectista, lleno de colorido y matices, y, por eso mismo, no exento de precisión»[241], tuvo en el barroco.

VIII. *FORTUNA ET VIRTUS POPULI ROMANI*

Una de las primeras afirmaciones programáticas del *Epítome* (§ 3) es que los avatares en que se vio zarandeada Roma para obtener su Imperio parecían responder a una lucha entre la *Virtus* —la cualidad viril que, siempre al servicio del estado, conduce a la gloria y concita el favor divino[242]—; y la *Fortuna,* sea la «suerte» romana que acompaña a aquélla[243] y se ve modificada por el cambio de costumbres[244]; o la *Týchē* helenística, inconstante pero activa en el ejercicio del poder[245]. Una cuidada frase programática que introduce el carácter triunfalista del relato —el término *imperium* es destacado retóricamente[246]—, y cuya dinámica incorpora.

El doblete, en una relación complementaria[247] o excluyente[248], es un tópico de la literatura romana, usado especialmente por los historiadores[249]. Pero la antítesis referida a la creación del Imperio parece limitada a Floro y su órbita —Amiano y el pasaje de las edades (cap. III)— o Plutarco, que, en su, probablemente inacabado, *De Fortuna Romanorum* concluye, también, que el triunfo de la Urbe se debió a la conjunción de ambas (cap. 1-2)[250]. Sin embargo, sólo en Floro el tema alcanza su plenitud al incardinar la obra en todas sus facetas —sobre todo su estructura— y como recurso dramático. Pero la síntesis de los estudios realizados sobre ella —incluso el de Bessone, que reproduce el texto casi línea a línea[251]—, apenas difiere de lo que se deduce de las palabras florianas: es un proceso que va desde el *Fatum* providente de la infancia, a través del poder de la *Virtus* que extiende por el orbe la autoridad de Roma, hasta el dominio de una *Fortuna* que, tras abocarla a la guerra civil, la conduce a una paz universal; una *pax,* añadiríamos, que, paradójicamente —una composición anular antitética más—, supone una vuelta al punto de partida, porque, pese al relieve que el epitomador concede al tema de la *libertas,* aquélla se logra gracias al retorno del gobernante único —ese, al parecer, mal inevitable—.

La dinámica entre ambas fuerzas podría detallarse algo más: durante la época de los reyes la *Fortuna* —no siempre diferente del azar u otros matices—, desempeña un papel determinante —el pueblo, todavía *infans,* no podía desarrollar la *Virtus*—, seleccionando de forma providencial a los reyes justos en el momento justo, (I 2 [8], 1). La *Virtus* se despliega en la adolescencia, cuando se conquista Italia; es la *invidia deum* o el *fatum* los que ponen a prueba el incipiente imperio, en la invasión gala del 387, para que se advierta si Roma merece el dominio del orbe (I 7 [13], 1-3); la derrota de aquéllos la deja preparada para el salto simbólico: la lucha contra todos sus enemigos unidos y su aliado, el primero exterior, Pirro, cuya capitulación marca el paso de la profecía a su realidad. Floro atribuye a la acción combinada de todos los elementos, *Virtus-Fortuna* y la *Providentia deorum,* los éxitos de los «años dorados», aun habiendo sido insuficientes contra Aníbal[252]. A partir de Pidna, aquélla es sustituida por la *Fortuna* y el *Fatum* omnipotente[253]. De ahí que, al hacer el balance de la tercera edad, surja la pregunta de si no habría sido mejor contentarse con Sicilia o África, o sin ambas, limitarse a Italia, a verse obligada a destruirse por su propia grandeza (I 47 [III 12], 6). Una retórica interrogación, interpretada con acentos muy diferentes: *«...lieve e quasi impercettibile*

incrinatura…» que casi preanunciaría la renuncia adriánea a la política bélica de su antecesor (Zancan)[254]; un simple desarrollo del prefacio liviano (§ 3; Garzetti)[255]; o percepción del triste cambio de la conducta romana, el inicio de su decadencia con el recurso a la *fraus punica,* la *calliditas* del enemigo (Brizzi)[256]. Luego, los ejemplos de valor se ralentizan y matizan; y tras la tormentosa reforma gracana los notables de Roma, «magnos» por su *virtus*, son pésimos por su comportamiento[257]. La Fortuna, «envidiosa»[258], suscita las guerras civiles. Se añade, no obstante, una esperanza: igual que fue necesaria una cierta benevolencia para los errores de su «feroz adolescencia» (I 17 [2], 1), dada su gran capacidad de reacción[259], la secuela necesaria de esa lucha fratricida es la *una atque continua totius generis humani pax* (II 34 [IV 12], 64).

En otros importantes matices no podemos entrar ahora. Queda sin concluir si todo responde a un simple efecto dramático o si encubre con habilidad una peculiar filosofía de la Historia. Aparentemente, como Zancan subrayaba, Floro no analiza la lucha; sólo la describe[260].

IX. FLORO E *HISPANIA* Y FLORO EN ESPAÑA

Que el tema de *Hispania* adquiere una relevancia especial en el *Epítome* es algo evidente. Se ha destacado, con frecuencia, el neologismo creado para ella, *eruditrix,* y el *bellatrix* (I 22 [II 6], 38)[261], sólo aplicado, además, a Roma (I 1 [1] 7); el énfasis puesto sobre la nobleza de sus varones y armas en la segunda guerra púnica; o el calificativo de *Hispaniae Romulus* para Viriato. Sin embargo, además de ello, de la apasionada revisión de Alba o de su uso como fuente histórica, apenas se ha abordado un análisis literario que advierta toda la gama de posibilidades del tema.

Mientras se lleva a cabo, resumiremos la cuestión indicando que, desde el punto de vista de su estructura, la primera etapa de la ocupación romana es, en realidad, el preludio de la acción principal que, como en otras muchas ocasiones, Floro divide en una triple fase: la lucha contra celtíberos, cuya resistencia quedó abortada por la muerte de su líder Olónico; la lusitana, con Viriato; y la numantina, sin más figura identificada que la de un oscuro Megavárico, inmerso prácticamente en el valor del conjunto ciudadano (I 34 [II 18], 4). Mientras éste ha recibido poca atención y la personalidad de Viriato parece claramente definida para las fuentes, la de Olónico ha planteado en estos últimos años un cierto debate por los detalles con que Floro lo presenta[262]: un iluminado que vaticina blandiendo una lanza, lo que lo convertiría en un lider religioso, ejemplo de una *Hispania* conocedora y practicante de la religión druida, como algunos especialistas españoles han apuntado[263]; o un guerrero valeroso, que, apoyado justamente en el símbolo de esa lanza

de plata llegada del cielo —pareja en su simbología al escudo de Numa o el *omen imperii* de Galba (SUET., 8, 3), con las doce *secures* halladas tras la caída del rayo en Cantabria—, lo utilizó, con su propio carisma, para guiar a unos hombres crédulos contra el invasor. La noticia de la *Períoca* liviana que habla de dos cabezas arrojadas al campo celtíbero[264], cuya vista había provocado el terror pánico de sus espectadores, podría encubrir a este héroe que, junto a su ignoto compañero, había decidido asesinar al pretor romano, como Escévola al rey etrusco. La imposibilidad de culminar con éxito el golpe de mano —una gesta pareja a la homérica, también dual, de Ulises y Diomedes contra el tracio Reso—, permitió al enemigo enterrar sin problema la resistencia celtíbera, eje de la fuerza hispana (I 33 [II 17], 9). La protección divina, personificada en esa lanza —cuyo metal podría conectarse con el suelo hispano (con el *Argantonius* tartésico como ejemplo)—, y en ese poder de adivinación que se atribuía para ganar con más facilidad la voluntad de sus súbditos —como Euno o Atenión (II 7 [III 19], 4; 10)—, más el tópico del ataque nocturno contra la tienda de un enemigo, ejemplifican la índole heroica del elegido del que sólo Floro —y quizá, Livio— nos da cuenta.

Además de esta perspectiva, la conquista se ha enfocado desde tres ángulos. El puramente político, y de ámbito más universal, de la relación existente entre una zona de posible y paulatino dominio, como este suelo hispano, y la potencia conquistadora y civilizadora que era Roma, fue abordado por Johannes Straub[265], como antítesis a la oposición germánica del episodio de Varo, dentro de un ámbito que conocía bien. Su análisis pone de relieve esa dualidad —por lo demás, casi eterna— de que cualquier intento de reafirmación de una independencia propia y una liberación, ligada a la oposición al elemento fuerte, aquí Roma, acaba llevando aparejado el deseo de crear otro imperio nuevo. De ahí, la *rebellio,* con Olíndico y Viriato (I 33 [II 17], 13; 15-17); y Numancia (I 34 [II 18]); y, como alternativa necesaria, la de los conquistadores de dominar totalmente el área hispana (II 34 [IV 12]. Algo que Floro parece aceptar en razón de la superioridad de la Urbe, cuyo origen divino garantiza y justifica su dominio del mundo; y con una ventaja adicional implícita: la capacidad de los propios afectados de admitirlo, si éste se ajusta a la norma básica de la justicia y del propio *beneficium*[266].

En segundo lugar, el de una coyuntura histórica determinada, como la de Viriato. Y, aunque ciertamente, el resumen floriano de los acontecimientos es excesivamente sintético —tal vez, «disparatado»[267]—, la simplificación y los errores no invalidan la semblanza general de un jefe, el *Hispaniae Romulus,* que parecía a punto de consolidar un *regnum* —algo que Floro no predicará de Sertorio, que estuvo más cerca de lograrlo —. Por más que su sucinto testimonio deje planteadas muchas dudas, parece que la situación político-económico-militar suponía para los romanos el control del sur del Betis, con las ciudades y tierras de una zona por la que los lusitanos suspiraban como zona de expansión; que los *latrones* utilizaban Sierra Morena como base de operaciones, como luego los bandoleros generosos del s. XIX; y que, durante cierto momento, coincidieron los intereses de las ciudades sometidas por Roma y las ansias expansionistas de los lusitanos, cómodamente refugiados en sus escarpadas defensas, libres de represalias

romanas. El problema pudo plantearse por la complejidad de los elementos que actuaban junto a Viriato, y por las propias circunstancias: Roma, amenazada en sus intereses, podía recurrir a las probables disensiones internas del bando indígena donde los de lusitanos y turdetanos no siempre coincidían; y el caudillo tenía su talón de Aquiles en esa misma diversidad étnico-política que sólo contaba con él como factor de unión y control. Su desaparición daba el triunfo al oponente.

Y, finalmente, su carácter de simple referencia para comprobar una realidad socio-económica que parece no haber sido perfectamente absorbida, o conocida, por el epitomador, lo que permite replantear la idea de si tuvo, desde su romanizada residencia tarraconense o Roma, una idea vaga de tal realidad, o la ignoraba en absoluto. De hecho, la diferencia de planteamiento del último bloque (II 34 [IV 12]) es evidente. El reducto hispano no sólo se rebela sino que, además, ataca a sus vecinos (§ 47), convirtiéndose así en una amenaza para la paz, excusa lógica y necesaria para su sumisión y un dominio que, para el epitomador, acaba siendo ventajoso. Lo importante es la dualidad de elementos que se apunta: por una parte, la alteración de la propia organización social y política indígena —en la distribución de población e intensificación de la romanización en ese noroeste hispano (la zona galaica occidental; la astúrica central; y la oriental cántabra) Floro apenas puede servir de guía—; por otra, la transformación, no innovación, que en sus recursos patrios, especialmente la minería —la explotación aurífera y de otros ricos metales—, supuso el uso de técnicas romanas[268]. En ese sentido, el panegírico floriano hacia Augusto es injusto, aunque lógico dentro de su bosquejo literario, porque recoge una realidad que sólo se justificaría cincuenta años después.

Una última cuestión, que aguarda un nuevo análisis[269], es el vínculo tan estrecho que Floro establece entre *Hispania* y el proceso vital del pueblo Romano puesto que la destrucción de Numancia, primero, y la ocupación de la península, después, son decisivas en su línea filosófico-argumental. Alba tenía razón cuando aducía que el hispanismo de Floro no radicaba en el elogio de «España», sino en haberla tratado en íntima conexión con el destino de Roma[270].

Sin embargo, a ese perceptible interés del epitomador por *Hispania,* España ha respondido con una notable frialdad. Dentro de nuestra posible ignorancia, y con la honrosa excepción de las palabras de Díaz Jiménez y Alba, de los que somos agradecidos deudores[271], falta un estudio sobre la tradición del *Epítome* en nuestra producción literaria, como el de Igancy Lewndowski de Polonia —donde gozó de una fortuna excepcional—, o el de Havas sobre Hungría[272]. Y frente al elevado número de ediciones y traducciones de otros países (cap. X), aquí apenas cabe reseñar unas pocas. Menéndez Pelayo[273] hablaba de tres códices: el de la Librería del Rey Alfonso de Nápoles, el del Duque de Calabria, de sucinta referencia —*L. Ann. Flori breviarium Hist. Romanae*— que en 1830 existía en Valencia entre los libros procedentes del Monasterio de S. Miguel de los Reyes; y el del Príncipe de Viana, del s. XV. De la edición de Barcelona de 1557, corregida por el Maestro Francisco Escobar, según indicación de Torres Amat en sus *Memorias;* y de dos traducciones, un Anónimo del s. XV de la Biblioteca de José E.

Serrano Morales de Valencia, con este interesante comentario: «Abreviación de L. Floro en los cinco libros de la quinta Década y en las nueve Décadas que no se hallan escritas en estos nuestros tiempos, mas podrán breuemente saber las cosas que nella escreuio el noble istoriador Tito Liuio de los hechos de los Romanos por los sumarios siguientes». Y la de la ciudad Imperial de Argentina de 1550, con el título «Compendio de las catorce Décadas de T. L., príncipe de la Historia Romana, escrito en latín por L. Floro y al presente traducido en lengua castellana», de Francisco de Enzinas, cuyo colofón añade que se imprimió en casa de Agustín Frisio, y que, aunque puede considerarse libro aparte, es, en realidad, un suplemento al Tito Livio publicado en Colonia por el librero Byrcman[274]. A ello cabe añadir que la primera traducción castellana, anónima, se hizo en Maguncia (1540). En 1563 apareció en Valencia una edición con el título de *Gestorum Romanorum Epitome,* mientras la que se guarda en la Universidad salmanticense, de 1562, presenta el de *Rerum a Romanis gestarum.* Más reciente ya es la barroca versión de J. Eloy Díaz Jiménez, poco acorde quizá con el espíritu actual por su tono épico, pero el más ajustado, sin duda, al encendido panegírico floriano; y la más próxima de J. Icart (1980), al catalán, con breve introducción y pocas notas.

En cuanto a su tradición hispana, prácticamente desconocida, como decíamos, nada más ajustado a este capítulo que advertir que Cervantes lo utilizó para su *Numancia,* según recogía Cobarelo Valledor y de lo que se hace eco Alba, probablemente sólo para el tono y la *laudatio.* Y Luis Vives, en su *De tradendis disciplinis,* hablaba de un *«Compendio de la Historia de Roma»* escrito por Floro, que debía utilizarse como manual, «en comparación con el cual nada puede escribirse en su género, ni más sutil, ni más elegantemente» *(acutius lepidius).* Sin embargo, hasta el s. XVIII el *Epítome* suscitó poca curiosidad, y menos su autor. Las referencias del estudioso hispano se centran en Cabrera de Córdoba; Juan Andrés, que lo comparaba con ventaja a Justino (Madrid, 1794); y el importante testimonio del *Floro hispano, tratado de la monarquía española, Epítome de la Historia de España,* escrito por Alfonso Lanzaina en torno a 1665. La última referencia, antes de la última etapa, son las páginas que le dedicó Rodríguez de Castro, en su t. II de la Biblioteca española, «Escritores gentiles españoles y cristianos hasta fines del s. XIII», Madrid, 1786, páginas 151-161[275].

X. EL *EPITOME,* DESDE LA ANTIGÜEDAD HASTA NUESTROS DÍAS

La fortuna de Floro ha sido muy diversa, desde su influencia en autores tardíos y el interés, casi extraordinario, que mereció hasta el s. XVIII —como lo prueban sus numerosas ediciones, especialmente en Alemania, Países Bajos y Francia[276]—, hasta la reciente atención de notables investigadores.

Ya nos hemos referido a su huella en Tertuliano y Amiano en el tema de las edades (cap. III); y, a vuela pluma, a su eco en Jerónimo y el *Breviario* de Festo (cap. IV); y la relación con el *De viris illustribus* (cap. VI). Con el *Liber Memoralis* de Ampelio, conservado gracias a una afortunada casualidad por Salmasio, editor también del *Epítome* (cap. XI), comparte, además de coincidencias puntuales[277], la disposición estructural: la «división en guerras», que él amplía a cuatro, añadiendo a las internas y externas florianas, las serviles y la social[278].

Son muy interesantes los paralelos con los también africanos Minucio Félix, cuyo diálogo *Octavio* presenta a un cristiano venido de ultramar —igual que el joven Floro—, que habla en un lugar, igualmente *amoenus,* con un hispano Cecilio Natal, parejo, a su vez, al ignoto Bético floriano. Y Macrobio, que en sus *Saturnales* (1. IV) hace discutir a un tal Eusebio, del mismo modo que su posible modelo en el *VOAP,* sobre la habilidad retórica de Virgilio. Lo más significativo, como Havas subrayaba[279], es que en el s. XIII un corrector confundió sus libros IV-VI con la continuación del diálogo floriano. En Orosio, que escribió su historia cristiana allí en África, la huella se advierte en numerosos pasajes y en su adaptación de los pasajes programáticos, especialmente las *anacephalaeoseis,* a sus propios prólogos, convertidos así en marcos doctrinales que encuadran el acontecer histórico[280]; otra influencia podría dividirse en un triple aspecto: el juicio moral sobre el devenir humano —una voluntad trascendente para la Historia—, que en el caso de Floro puede integrarse en su estoicismo y en el del cristiano en su visión religiosa; la organicidad del proceso histórico, uno de los elementos más analizados hoy en la filosofía de la Historia; y la doctrina del sujeto supraindividual que rige la progresión de esa historia; esa evolución que cada uno percibe en su sujeto histórico, Roma o el cristianismo, como base de un estado universal necesario para el orden y la paz del orbe. También su maestro Agustín acudió al *Epítome,* hasta tal punto que, como la *Historia romana* de Jordanes y el *Breviario* de Festo, se ha utilizado, para reconstruir el texto floriano (cap. IV).

El *Epítome* fue probablemente traducido al griego y debió ejercer influencia notable sobre Bizancio como se deduce de la cita de Malala (n. 1). Lo elogiaron los humanistas[281] —a Petrarca, que desconocía a Tácito, le era tan familiar el *Epitome* como las obras de César, Suetonio o la *Historia Augusta*[282]—; pero, en general, el Renacimiento concentró su interés en los aspectos más literarios del relato, olvidando el fondo. Lipsio, en cambio, elogiaba su método, la organiciad de la periodización, y su capacidad para encadenar juicios, además de sus sentencias, breves y brillantes, cual gemas[283].

En Francia fue muy valorado. Racine utilizó para su *Mitrídates* el concentrado y elaborado capítulo, sin duda uno de los mejores del *Epítome* (140 [III 5]), frente al discursivo y menos vibrante texto de Plutarco. Su influencia se deja sentir también en Montesquieu, en su *Grandeur et décadence des Romains,* tanto en el planteamiento filosófico-histórico —la grandeza del Imperio perdió a la República—, como en comentarios menos trascendentales —Chipre, codiciada por la *Urbs*—, donde hasta la

terminología es la misma. Fue uno de sus mas fervientes admiradores *(Essai sur le goût,* 1757), alabando su concisión y capacidad de penetración; su hábil manejo de la antítesis y el contraste; su sutileza en el pensamiento; y su capacidad expresiva. Con dificultad puede encontrarse mejor forma de valorar el *Epitome* que con los tres rasgos que él eligió: ese tono sentencioso, denso y contundente como un latigazo; su dicción, conceptuosa y sobria; y su pensamiento estoico[284].

Leopardi, por su parte, destacó en sus *Pensieri* su sobriedad y sencillez; su carácter poético y el impacto de sus máximas, como si en él la Historia participase del rigor del razonamiento filosófico y el brillo de la creación literaria.

Ciertamente, además de esa inédita y curiosa estructura y su plástica orquestación retórica, la originalidad del proceso histórico —con una cierta objetividad y un punto de indefinible pesimismo frente a la fe en su destino final por la confianza en sus propios méritos—, su periodización, utilizada hasta hace poco, con no demasiadas variantes, y la teoría del estado universal esbozada con claridad, son un buen legado, a veces no suficientemente valorado.

XI. LA TRADICIÓN MANUSCRITA Y LAS PRINCIPALES EDICIONES

El mejor y más antiguo de los manuscritos[285] (comienzos del s. IX) es el *Bambergensis (B,* E III 22). Descubierto a principios del XIX en la Biblioteca municipal de Bamberg, procedente de su catedral, permaneció abandonado hasta que Jahn, aconsejado por Lachman, volvió a él con lo cual, según Malcovati, ofreció la que *iure meritoque editio princeps appellari potuit.* Aunque sin final y no debido todo a la misma mano, cubrió una importante laguna (II 18 [IV 12], 2-6), permite comprender ciertos pasajes, y a él se debe la división en dos libros. De provenir del norte de Italia, como creía Bischoff, no puede descartarse la idea de su dependencia del texto de Jordanes —que copió y corrigió uno de la clase *a,* el mismo tipo utilizado por Orosio y Agustín, aunque, a su vez, debieron añadir variantes del C[286]—; o de una de sus copias.

De la segunda mitad del mismo IX es el *Nazarianus (N),* el *Codex Palatinus Lat. Heidelbergensis* 894, del convento de San Nazario en Lorsch. Aunque sin Prólogo, fue la base del *Epitome,* junto con *L,* hasta el descubrimiento del anterior. Revisado en dos ocasiones (N^1 y N^2), con dos lagunas, es el primero en presentar transposiciones. Tras él se encuentran las *Periochae* de Livio.

Son del s. XI el *Palatinus* de Heidelberg *(H;* 1568): sin transposiciones —es el primero que pertenece a una familia diferente de la clase C, que tiene cuatro—, sí incluye el Prólogo, que aparece por primera vez en los manuscritos. El *Parisinus (G;* 1767), que comienza en I 11 [16], 12, y parece haber sido desconocido por Rossbach y por

Malcovati en su primera edición. El *Leidensis Vossianus* 14 *(L),* también sin Prefacio, que constituyó con *N* la base textual hasta la aparición del *Bambergensis* y presenta algunas lecturas preferibles a él. Y el *Bernensis Lat.* 249 *(U),* con numerosas glosas, sin los títulos del libro II y sin Prefacio.

Del XI-XII es el *Monacensis Lat.* 6392, antes *Frisingensis 192 (M),* con dos grandes lagunas (I 27 [II 11], 3-1 34; y II 6 [III 18]-11 [III 23]). Sin transposiciones ni Prólogo, Jal lamenta su olvido, dado que, en ocasiones, la buena lectura es la suya[287].

Al XII pertenecen el *Parisinus Lat.* 7701 *(P),* sin Prefacio y próximo al *N,* con quien comparte errores, y el *Parisinus Lat.* 5802 *(Q).* Revisado y corregido, como el anterior *(*P^1 *y* P^2; Q^1 *y* Q^2), fue el que manejó Petrarca en Pavía. De fecha discutida, entre X-XIII, el *Harleianus* (*Harl.*, 2620; antes *Cusanus)* carece del Proemio y posee adiciones múltiples; coincide bastante con *M, Z* y, en menor escala, con el *Vossianus.*

Del XIII son el *Parisinus Lat.* 18273 *(J),* con una laguna importante —desde el I 13 [18], 24 hasta I 34 [II 18], 12—, y notables transposiciones: el Prefacio aparece al final y el bloque I 27 [II 11], 3-34 [II 18], 3, tras el II 9, 21. Y el *Leidensis Vossianus* 77 *(Voss.),* sin Prefacio. El *Nostradamensis (Parisinus Lat.* 18104; *Y)* reúne otros textos junto a pasajes de Floro, con el Prefacio, abreviados o íntegros.

Entre los siglos XIII-XIV se fecha el *K, Parisinus Lat., nov. adq.* 3070, sin transposiciones y con el Prólogo. Y ya del XIV son el *Vallicellianus (F; B 2),* que coincide con *B* en la mejor lectura de algunos pasajes; el *Parisinus Lat.* 5789 *(O);* y el *Ticinensis Aldinius* 228 *(T),* con interesantes correcciones de un humanista y algún que otro grave error; ambos sin transposiciones ni Prólogo. También el *Parisinus Lat.* 17566 *(Z)* está incompleto: acaba en el II 21, 9.

Posterior (s. XIV-XV) es el *Vallicellianus (V),* colacionado por primera vez por Malcovati, el que mejor conserva la lectura del arquetipo con *B y NP,* aunque con errores comunes a los de estos últimos.

Al XV pertenecen el *Rotomagensis. Bibl. mun.* 1130 *U* (11; α), sin transposiciones y con Prefacio, a diferencia del *Durocortorensis Bibl. mun.* 1327 (β), que no lo incluye; el *Vesontiensis. Bibl. mun.* 840, γ); y el *Atrebatensis. Bibl. mun.* 902 *(507;* δ), utilizado por el primer editor de Floro, R. Gaguin *(infra),* sin la división en libros y con una original redacción del Prefacio distinta a los manuscritos más antiguos.

La división de Jal sobre sus clases se limita a dos: a una, *A,* pertenecerían el *Bambergensis (B)* y el texto de Jahn *(I);* a la *C,* todos los demás; el consenso entre *GLJZ,* está notado con *l*; *k* es el de *TOKβ y δ; y e* el de la mayoría restante: *FHOKQSTY, α, δ y γ.* Su exhaustivo trabajo —a los del Prólogo les dedica apartado independiente— es imposible de resumir aquí.

Su *editio princeps* de París en 1471, contemporánea de los *Discursos* de Cicerón, y siguiente a la Tácito[288], habría sido realizada por los germanos U. Gering, M. Grantz y M. Freyburger, que acababan de publicar las *Epístolas* de Gasparino Barzizza, cuya presencia había sido requerida en la Sorbona[289]. Así lo recogía también Jal, de acuerdo con el comentario de N. E. Lemaire (1827), para luego referirse a «la que tiene en su

última página los ocho versos en los que R. Gaguin, el primero, o uno de los primeros, editores, presentaba el *Epitome* a sus lectores»[290]; y de hecho, ésta es la que parece citarse como tal. A partir de ella entresacamos, sólo, la de Venecia, con el *Epitome* de Justino, de Felipe Pincio Mantuano; la primera de Alemania (Leipzig, 1480); Viena (1511) y Suiza (1515). La anotada y con índice de Juan Ricucio Vellino, más conocido como Carmers (1518[291]), que trató, no siempre con fortuna, de restaurar el texto, pero cuyas notas y comparación con otros autores facilitaron su comprensión; tras él, las de Elías Vineto (1554) y Juan Estadio (1567), con más conocimientos y acierto. Del conjunto de principales editores destacan Juan Grutero (Heidelberg, 1597); J. G. Vosio y Justo Lipsio (1547-1606); Claudio Salmasio (1588-1653), que, con el *Nazariensis* y los dos Palatinos, contribuyó notablemente a repararlo en la de Heidelberg de 1609; y J. Freinsehmio (Estrassburgo, 1632), que lo enmendó atinadamente, aun sin consultar nuevos códices, y del que derivan los parágrafos[292]. En cambio, Juan Jorge Grevio (1680 y 1702) fue uno de sus más severos críticos[293]. Carlos Andrés Duckero (Leiden, 1722), más respetuoso con la tradición, incorporó las aportaciones de los precedentes[294]. Algo más adelante, la edición a cargo de Samuel Luchtmas (1744) —con el *Liber memorialis* de Ampelio—, apareció completada con un índice, una carta geográfica y un extracto cronológico, ambos sin duda muy útiles para los lectores. A la de Titze (1819) ya nos referimos (cap. III).

De las traducciones cabe destacar las primeras al francés, de S. Cramois (1618); la anónima de Roma (1546); al inglés, de M. Casaubon y la alemana de J. Bruckner, en Gotha (1679). De las más recientes hemos dado cuenta en la bibliografía donde recogemos también los muy amplios y detallados artículos dedicados a la cuestión textual por Havas y, antes, Reeve.

XII. TRADUCCIÓN Y NOTAS

Para la traducción del retórico Floro —tarea árdua, como Jal advirtiera, e imperfecta por definición, en la que agradecemos a la Prof. C. Codoñer su labor de árbitro autorizado y al corrector su revisión atenta, que ha evitado más de un lapsus—, hemos elegido el texto de Malcovati por su reconocido valor —es la segunda edición, corregida y actualizada—, y sus pocas concesiones a la sencillez. En cualquier caso, anotaremos a continuación los pasajes, muy pocos, en que, por las razones aducidas en cada caso, hemos considerado preferible los de Halm, Forster o Jal. Dentro de la obligada brevedad, hemos añadido aquellas conjeturas que contribuyen a aclarar algún pasaje que confiamos en ver pronto adaptadas en una nueva edición.

En las notas hemos reducido la información a la mínima posible —pese a que para

los editores, cuya concesión agradecemos, ha sido sin duda excesiva—, prescindiendo, prácticamente del todo, de las referencias a las fuentes clásicas. Esperamos que permitan entender algo mejor un texto tan sintético, que prescinde habitualmente del orden cronológico, cuyo substrato histórico general se da por conocido y cuyas figuras, no siempre identificables con facilidad, actúan en distintos escenarios sin que se establezca ninguna relación entre ellos. Para las referencias al mismo libro se utiliza el número correspondiente sin más indicación; en caso de ser del otro, se indica (1. I/II). Algo semejante ocurre con las fechas; puesto que la mayoría de los eventos relatados transcurren antes de nuestra era sólo añadimos el d. C, además de cuando lo es obviamente, si podía existir cierta duda. En los Índices, con la versalita se remite al nombre bajo el cual se encuentran los parágrafos correspondientes.

En la Introducción hemos tratado de apuntar los principales problemas del *Epítome.* Procuraremos analizar la cuestión con el detalle necesario en un futuro próximo, especialmente en el tema hispano, apenas esbozado. En las citas del texto, nos limitamos al parágrafo si el pasaje ha sido ya mencionado y puede identificarse claramente. Es importante subrayar que en éstas hemos utilizado la doble y completa en lugar de cualquiera de las simples —la antigua en cuatro libros es inadecuada ya en estos momentos, aunque algunos investigadores todavía la utilicen; y la actual es demasiado ambigua a veces, y suprime una parte de la información tradicional—, sobre todo porque contribuye a evitar errores.

	Ed. de Malcovati	Texto elegido
Pról. 5	Prima aetas... *per annos quadringentos*...	Prima aetas.. *per annos CCL*, ... (Ed. Jal)
Pról. 6	... in A. Claudium *Quintum* Fulvium consules *centum quinquaginta* annos patet...	... in A. Claudium *Marcum* Fulvium consules *CCL* annos patet (Ed. Jal)
Pról. 7	deinceps ad C. Augustum *centum et quinquaginta* anni ...	deinceps ad Caesarem Augustum *CC* anni ... (Ed. Jal)
I 45 [III 10], 1	Asia Pompei manibus subacta *religua, quae restabant* in Europa ...	Asia Pompei manibus subacta, *reliqua quae restabant* in Europa, ... (Ed. Jal)
II 3 [III 15], 4	..., fretus comitum manu *fatali* familiae suae Capitolium invasit.	..., fretus comitus manu *fatale* familiae suae Capitolium invasit. (Ed. Jal)
II 9 [III 21], 3	Primum levi et modico tomulto *maiore* quam bello, ...	Primum levi et modico tumulto *magis* quam bello... (Ed. Forster)
II 9 [III 21], 7	Inde cum *consules* Sulpicius et Albinovanus obiecissent ...	Inde cum *consuli* Sulpicius et Albinovanus abiecissent ... (Ed. Jal)
II 16 [IV 5], 2	Fulvia tum gladio cincta *virilis militiae* uxor agitabat.	Fulvia tum gladio cincta *virilis audaciae* uxor agitabat. (Ed. Jal)
II 18 [IV 8], 9	..., pauens atque respectans, et tamen non timens *ne periret*.	..., pauens atque respectans et tamen non *nisi re[p]periretur*. (Ed. Jal)

BIBLIOGRAFÍA

I. ÚLTIMAS EDICIONES, COMENTARIOS Y TRADUCCIONES DEL *«EPITOME»*[1]

DÍAZ JIMÉNEZ, J. E, *Compendio de las hazañas romanas escrito en latín por L. Aneo Floro,* Madrid, 1885.

FACCHINI TOSI, Cl., *L. Anneus Florus, Storia di Roma: la prima e la seconda età,* Introducción, texto y comentario, Patron, Bolonia, 1998.

FORSTER, E. S., *L. Annaeus Florus, Epitome of Roman History - C. Nepos, De Viris Illustribus,* The Loeb Classical Library, Londres, 1966 (= 1929).

GIACONE DEANGELI, I., *Epitome e frammenti di L. Anneo Floro - Le Storie di G. Velleio Patercolo* (trad. de L. AGNES), Classici Latini, UTET, Turín, 1969.

HAINSSELIN, P.-WATELET, H., *V. Paterculus - Florus, Histoire Romaine,* trad., Garnier Frères, París, 1932.

HALM, C., *Iuli Flori Epitomae de Tito Livio bellorum omnium annorum DCC libri duo,* Teubner, Leipzig, 1854.

ICART, J., *Gestes dels Romans,* I-II, Barcelona, 1980-81.

JAHN, O., *Iuli Flori Epitomae de Tito Livio bellorum omnium annorum DCC libri II,* Teubner, Leipzig, 1852.

JAL, P., *Florus. Oeuvres,* I-II, col. G. Budé, Les Belles Lettres, París, 1967.

MALCOVATI, E., *L. Annae Flori quae extant,* Script. Graeci & Lat., Accad. Lynceorum, Roma, 1972^2 (Ist. Poligr. dello Stato, Roma, 1938^1).

PEETERS, F.-SCHOENFELD MICHEL, M., *Historia Romana,* texte & com., Anvers De Sikkel, 1965.

ROSSBACH, O., *L. Annaei Flori Epitomae Libri II et P. Annii Flori Fragmentarum de Virgili Oratore an Poeta,* Teubner, Leipzig, 1896.

SALOMONE GAGGERO, E., *Epitome di storia romana,* I Classici di Storia, vol. XIV, Milán, 1981.

II. SELECCIÓN DE MONOGRAFÍAS Y ARTÍCULOS[2]

V. ALBA, *La concepción historiográfica de L. Anneo Floro,* Madrid, 1953.

L. ALFONSI, «Nota a Floro. *Dialogus* I 7», *Aevum* 45 (1971), 76.

J. M. ALONSO NÚÑEZ, *The Ages of Rome,* Amsterdam, 1982.

—, *Die politische und soziale Ideologie des Geschichtschreibers Florus,* Bonn, 1983.

—, «Les conceptions politiques de Florus», *Les Études Classiques* 54 (1986), 178-180.

—, «Die Ideologie der *Virtus* und der *Fortuna* bei Florus im Lichte der Inschriften und Münzen», *Bonner Jahrbücher des Rheinischen Landesmuseums in Bonn* 186 (1986), 291-298.

—, «Drei Autoren von Geschichtsabrissen der romischen Kaiserzeit: *Florus, Iustinus, Orosius», Latomus* 54 (1995), 346-360.

P. ARCHAMBAULT, «The Ages of Man and the Ages of the World. A Study of two Traditions», *Revue des Études Augustiniennes* 12 (1966), págs. 193-228.

B. AXELSON, *Textkritisches zu Florus, M. Felix und Arnobius,* Lund, 1944.
B. BALDWIN, «Four Problems with Florus», *Latomus* 47 (1988), 134-142.
V. BEJARANO, «Retórica y vulgarismo en los autores latinos del s. II El ejemplo de Floro», *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos,* Madrid, 1978, págs. 337-342.
L. BESSONE, *La tradizione liviana,* Bolonia, 1977
—, «Di alcuni 'errori' di Floro», *Rivista di Filologia e Istruzione Classica* 106 (1978), 421-431.
—, «Ideologia e datazione dell'*Epitome* di Floro», *Giornale Filologico Ferrarese* 2 (1979), 33-57.
—, «La tradizione epitomatoria liviana in età imperiale», *Aufstieg und Niedergang der Römische Welt* II 30, 2, Berlín-Nueva York, 1982, 1230-1263.
—, «Spurio Cassio e Spurio Melio in Floro e in Ampelio», *Rivista di Filologia e Istruzione Classica* 111 (1983), 435-451.
—, «Per una rilettura di Floro (I 17 [26], 7)», *Latomus* 44 (1985), 165-172.
—, «Floro e Adriano: spunti biografici», *Sileno* 16 (1990), 207-20.
—, «Floro: anacronismi per omissione», *Atti del Istituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti* 151 (1993), 391-410.
—, «Cronologia e anacronismi nell'*Epitome* di Floro», *Patavium* 1 (1993), 111-136.
—, «Floro: un retore storico e poeta», *Aufstieg und Niedergang der Römische Welt* II 34, 1, Berlín-NuevaYork, 1993, págs. 80-117.
—, «Fra storiografia e biografia: Floro e l'età regia», *Acta Classica Univ. Scientiarum Debreceniensis* 30 (1994), 223-230.
—, *La storia epitomata. Introduzione a Floro,* Roma, 1996.
—, «Floro e le legazioni ecumeniche ad Augusto (II 34,62)», *Athenaeum* 84 (1996), 93-100.
E. BICKEL, «Der Mythus um die Adler der Varusschlacht», *Rheinisches Museum* 92 (1943-4), 302-318.
—, «Zur Homonymenproblem *Florus», Rheinisches Museum* 93 (1950), 188-189.
W. DEN BOER, «The *Epitome* of *Florus* and the Second Century A.
D.», *Some Minor Roman Historians,* Leiden, 1972, cap. I, 1-18 = *«Florus* und die römische Geschichte», *Mnemosyne* 18 (1965), 366-387.
H. BORNECQUE, «Les clausules métriques dans Florus», *Musée Belge* (1903), 16-36.
D. BRIQUEL, «La formation du corps de Rome: Florus et la question de l'*asylum», Acta Classica Universitatis Scientiarum Debrecensis* 30 (1994), 209-222.
G. BRIZZI, *«Imitari coepit Hannibalem* (Fl. I 22, 55). Apporti Catoniani alla concezione storiografica di Floro?», *Latomus* 43 (1984), 424-431.
F. CUPAIUOLO, «Caso, fato e fortuna nel pensiero di alcuni storici latini. Spunti e appunti», *Bolletino di Studi Latini* 14 (1984), 3-38; para Floro, págs. 32-35
M. DOLÇ, «Due passioni di Marciale et di Florus, Roma e Hispania», *Coll. italo-spagnolo sul tema: Hispania Romana* (Roma 1972), Roma, 1974, págs. 109-125.
A. EUSSNER, «Julius Florus», *Philologus* 34 (1876), 166-77; 37 (1877), 136-146.
CL. FACCHINI TOSI, *Il proemio di Floro: la struttura concettuale e formale,* Bolonia, 1990.
M. L. FELE, «Innovazioni linguistiche in Floro», *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia della Univ. di Cagliari* 36 (1973), 61-96.
—, *Lexicon Florianum,* Hildesheim 1975.
—, *«Lexicon Florianum. Additamenta», Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia di Macerata* 2 (1977-78), 87-142.
W. FERRARI, «Le fonte sulla sconfitta di Varo», *Studi Italiani di Filologia Classica* 13 (1936), 283-291
E. GABBA, «Commento a Floro II 9,27-8», *Studi Classici e Orientali* 19-20 (1970-1), 461-464.
M. GALDI, *L'Epitome nella letteratura latina,* Nápoles, 1922 (para Floro, cap. V, págs. 44-62).
A. GARZETTI, «Floro e l'età adrianea», *Athenaeum* 42 (1964), 136-56.
F. GIORDANO, «Interferenze adrianee in Floro», *Koinonia* 12 (1988), 115-128.
I. HAHN, «Prooemium und Disposition der *Epitome* des *Florus», Eirene* 4 (1965), 21-38.
P. HAMBLENNE, «Une interpretation de *decoxit* (Flor. *Praef.* 8)», *Latomus* 44 (1985), 623-626.
R. HÄUSSLER, «Vom Ursprung und Wandel des Lebensaltervergleiches», *Hermes* 92 (1964), 313-341.
L. HAVAS,[3], «Zur Geschichtskonception des *Florus», Klio* 66 (1984), 590-598.
—, «Zum aussenpolitischen Hintergrund der Entstehung der *Epitome* des *Florus*», *Acta Classica Universitatis*

Scientiarum Debreceniensis 24 (1988), 57-60.
—, «Floriana», *Athenaeum* 67 (1989), 21-39.
—, «Textgeschichte des *Florus* von der Antike bis zur frühen Neuzeit», *Athenaeum* 80 (1992), 433-469.
—, «Le corps de l'Empire romaine vu par les auteurs latins et grecs. Un chapitre de l'historiographie et de la réthorique gréco-romaines», *Autocoscienza e rappresentazione dei popoli nell'antichità,* M. SORDI, ed., Milán, 1992, 239-259.
—, «La conception organique de l'Histoire sous l'Empire romain et ses origines», *Acta Classica Universitatis Scientiarum Debreceniensis* 19 (1993), 239-259.
—, «Réminiscences d'Horace chez Florus», *Acta Classica Univ. Scientiarum Debrecensis* 29 (1993), 53-77.
L. HAVAS, Z. NEMES, «A disputed place in Florus and the text tradition», *Acta Classica Universitatis Scientiarum Debreceniensis,* 26 (1990), 79-86.
V. J. HERRERO, «Lucano en la Literatura hispano-latina», *Emerita* 27 (1959), 19-52 (para Floro, págs. 29-35).
L. HERRMANN, «La réplique d'Hadrien à *Florus», Latomus* 9 (1950), 385-387.
O. HIRSCHFELD, *Anlage und Abfassungszeit der Epitome des Florus, Sitzungsberichte der königlich preussischen Akademie der Wissenschaften zu Berlin,* 1, 1899, 542-554 = *Kleiner Schriften,* Berlín 1913, 867 ss.
G. HINOJO, «Juicio de los historiadores imperiales sobre los Gracos (Val. Máximo, V. Patérculo y Floro)», *Helmantica* 34 (1983), págs. 293-308.
M. HOSE, *Erneuerung der Vergangenheit. Die Historiker im Imperium Romanum von Florus bis Cassius Dio* (Beiträge zur Altertumskunde XLV), Stuttgart-Leipzig, 1994.
P. JAL, «Nature et signification politique de l'oeuvre de *Florus», Revue des Études Latines* 43 (1965), 353-83.
—, «Les dernières paroles de Vencigétorix», *Revue des Études Latines* 67 (1989), 134-139.
A. KOLTZ, «Das zweite punische Krieg bei Florus», *Rheinisches Museum* 89 (1940), 114-127.
TH. KRUSE, R. SCHARF, *«Tarraco triumphans* oder die Caesaren des Florus», *Hermes* 124 (1996), 491-498.
I. LANA. «I *ludi capitolini* di Domiziano», *Rivista di Filologia e Istruzione Classica* 29 (1951), 145-160.
O. LEUZE, «Die Darstellung des I. punischen Kriegs bei Florus», *Philologus* (1911), 549-560.
S. LILLIEDAHL, *Florusstudien. Beiträge zur Kenntnis des rhetorischen Stils der silbernen Latinität, Acta Univ. Lundensis,* n. s. 24, Lund-Leipzig, 1928.
R. LÓPEZ MELERO, *«Viriatus Hispaniae Romulus», Hom. a E. Ripoll Perelló, Antigüedad: Espacio, tiempo y forma* Serie II, H.ª Antigua (rev. UNED), Madrid, 1988, I, 247-261.
E. MALCOVATI, «Studi su Floro, I-II-III», *Athenaeum* 15 (1937), 69-94; 289-307; 16 (1938), 46-64.
—, «Sul testo di Floro», *Athenaeum* 18 (1940), 261-269.
—, «Questioni Floriane», *Athenaeum* 28 (1950), 276-279.
—, «Velleio e Floro», *Athenaeum* 49 (1971), 393-397.
—, «Floriana I-II», *Athenaeum* 51 (1973), 141-145; 67 (1989), 21-39.
—, Intervención en el *Colloquio Hispania Romana,* Accad. dei Lincei, Roma, 1974, págs. 122-125.
C. MORELLI, «Floro e il certamen Capitolino», *Atene e Roma* 19 (1916), 97-106.
I. MORENO, «Configuración de la obra de Floro: Estructura y léxico», *Actas del IX Congreso Español de Estudios Clásicos* (Madrid 1995), Madrid, 1998, págs. 145-150.
—, «Unidades internas en la obra de Floro», *Actas del Simposi d'Estudis Clàssics. Homenatge a Miguel Dolç,* Palma de Mallorca, 1997, págs. 363-366.
—, «Retórica e ideología política en el *Epitome* de Floro», *Retórica, política e ideología desde la Antigüedad hasta nuestros días,* Actas del II Congreso Internacional, Salamanca 1997, J. M. LABIANO ILUNDAIN, A. LÓPEZ EIRE, A. M. SEOANE, eds., Salamanca, 1998, págs. 313-318.
—, «Intertextualidad y tradición en la época imperial: Los prefacios de Livio y Floro», en *Actas del Congreso Intern. «Contemporaneidad de los clásicos: La tradición greco-latina ante el s. XXI»,* La Habana 1998, *Contemporaneidad de los Clásicos en el umbral del Tercer Milenio,* eds. M.ª C. ÁLVAREZ MORÁN-R. M.ª IGLESIAS MONTIEL, Murcia, 1999, págs. 613-621.
—, «La concepción dramática del *Epitome* de Floro. Su relación con la monografía salustiana», *Kalon Theama. Estudios de Filología Clásica e Indoeuropeo dedicados a F. Romero Cruz* V. BÉCARES BOTAS, P. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, E. FERNÁNDEZ VALLINA, eds., Salamanca, 1999, págs. 307-318.

M. G. MORGAN, «The Roman Conquest of the Balearia Isles», *California Studies in Classical Antiquity* 2 (1969), 217-231.

B. MUNK OLSEN, «Annius Florus» en *L'Etude de les auteurs classiques latins aux XI et XII s., I. Cat. des manuscrits class. copiés du IXe au XII s.,* París 1982.

K. A. NEUHAUSEN, «Untersuchungen über Florus», *Neue Jahrbücher für Philologie und Paedagogik,* XX Suppl., 1994, 782-784.

—, «Florus' Einteilung der römischen Geschichte und seiner historischen Schrift in Lebensalter. Echte und interpolierte Alterstufen im überlieferten Prooeme als Schlüssel zu einer neuen Datierung der *Epitome»,* en H. DUBOIS, M. ZINK (eds.), *Les âges de la vie au Moyen Âge,* París, 1992.

—, «Der überhörte 'Schwanengesang' der augusteischen Literatur: Eine Rekosntruktion der Originalfassung (Um 15 n. Chr.) des bisher dem 2. Jahrhundert zugeordneten Geschichtswerkes des Florus», *Acta Classica Universitatis Scientiarum Debrecensis* 30 (1994), 149-207.

H. NICKEL, «Textkritisches zu den Florus-Inkunabeln», *Philologus* 118 (1979), 166-173.

A. NORDH, *«Virtus* and *Fortuna* in Florus», *Eranos* 50 (1952), 111-118.

TH. OPITZ, «Bibliografía crítica: 1891-1902», *Jahresbericht über die Fortschrifte der klassichen Altertumwissenschaft* 97 (1891), 83-86; y 121 (1897-1902), 131-136.

M. OTERO, «La ideología y el estilo de Floro», *Roma en el s. II, II° Simposio de la Sociedad Española de Estudios Clásicos,* Barcelona, 1975, págs. 141-144.

F. PELLIZOLA, *De genere dicendi floriano,* Pavía, 1912.

J. PENDORF, *«Florus.* Bericht über das Schriftum der J. 1929-37», *Jahresbericht über die Fortschrifte der klassichen Altertumwissenschaft* 273 (1941), 78-92.

L. PLUCI DORIA BREGLIA, «I legati di Pompeo durante la guerra piratica», *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia della Univ. di Napoli* 13 (1974), 47-66.

A. PRIGNON, *Florus, ses conceptions de l'histoire et la presentation de la matière,* Tesis de Lic. de Lovaina, 1945 (cf. *Revue Belge de Philologie* 25 [1946-47], 369).

G. PUCCIONI, «Interpretazione di *suboles* in Floro», *Annali della Scuola Normale Superiori di Pisa* 25 (1956), 234-244.

M. D. REEVE, «The Transmission of Florus' *Epitoma de T. Livio* and the *Periochae», Classical Quaterly* 38 (1988), 477-491.

—, «The Transmission of *Florus* and the *Periochae* again», *Classical Quaterly* 61 (1991), 454-483.

O. ROSSBACH, *«Florus»* (n. 9), *Pauly's Real-Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft* VI 2, 1909, cols. 2761-2770.

M. RUCH, «Le thème de la croissance organique dans la pensée historique des Romains, de Caton à Florus», *Aufstieg und Niedergang der Römische Welt* I 2, Berlín-Nueva York, 1972, 827-841.

N. SANTOS YANGUAS, «La concepción de la historia de Roma como sucesión de edades en los historiadores latinos», *Cuadernos de Filología Clásica* 17 (1981), 173-184.

—, «El testimonio de Floro y la romanización de Asturias», *Studia historica. Historia antigua* IV-V (1986-7), 37-51.

D. R. SCHACKLETON BAILEY, «Textual Notes on Lesser Latin Historians», *Harvard Studies in Classical Philology* 85 (1981), 154-184.

J. SCHOLTEMEIJER, «Lucius Anneus Florus», *Acta Classica* 17 (1974), 81-100.

F. SCHMIDINGER, «Untersuchungen über Florus», *Neue Jahrbücher für Philologie und Paedagogik,* XX Suppl., 1894, págs. 781-816.

R. SIEGER, «Der Stil des Historikers Florus», *Wiener Studien* 51 (1933), 94-108.

J. STRAUB, «Reichsbewusstein und Nationalgefühl in den römischen Provinzen. Spanien und das *Imperium Romanum* in der Sicht des Florus», *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseum* 25 (1978), 173-195.

N. TERZAGHI, N., «Per una nuova edizione di Floro», *Athenaeum* 17 (1939), 151-170.

C. TIBILETTI, «Il proemio di Floro, di Seneca il Retore e Tertulliano», *Convivium* n. s. 3 (1959), 339-342.

C. TOSSATO, *De praesenti historico apud Sallustium, Velleium, Valerium, Curtium, Florum,* Padua, 1905.

—, *De infinitivi historici usu apud Curtium Rufum et Florum et Sulpicium Severum,* Padua, 1912.

—, *De dativi usu apud Florum et Iustinum,* Padua, 1924.

—, *De accusativi usu apud Florum et Iustinum,* Padua, 1925.
G. F. UNGER, «Die vier Zeitalter des Florus», *Philologus* 43 (1884), 437-443.
B. VENERONI, *«Quatenus, qua ratione res politicas et sociales Florus tractaverit», Aevum* 48 (1974), 345-8.
H. T. WALLINGA, *Bellum Spartacium. Florus'* text and *Spartacus'* objetive», *Athenaeum* 80 (1992), 25-43.
C. WEYMAN, «Sprachliches und Stilistisches zu Florus und Ambrosius», *Archiv für lateinische Lexicographie und Grammatik jüm lateinische* 14 (1906), 41-61.
E. WESTENBURG, «Lucan, Florus und Pseudo Victor», *Rheinisches Museum* 37 (1882), 35-49.
E. WÖLFFLIN, *«Matrem gerere; uber, ubera», Archiv für lateinische Lexicographie und Grammatik* (1902), 453-454; y 560.
P. ZANCAN, *Floro e Livio,* Padua 1942.
R. ZIMMERMAN, «Zum Geschichtswerk des *Florus», Rheinisches Museum* 9 (1930), 93-101.

[1] Ya desde el siglo VI, Juan MALALS apuntaba: *Kathôs ho sophṓtatos Phlôros hypemnēmátisen ek tôn Libíou syngmátōn* (cf. Th. MOMMSEN, *Gesammelte Schriften* (Philologischen), VII, Berlín-Zürich, 1965 (=1909). pág. 433.

[2] Cf. O. JAHN, *Iuli Flori Epitomae de Tito Livio bellorum omnium annorum DCC libri II,* Leipzig, 1852, págs. XXXV-XXXVI; y P. JAL, *Florus, Oeuvres,* París, 1967, I, págs. XIV-XVIII; también, *infra,* n. 5.

[3] Cf., por ej., el I 2 [8] y II 14 [IV 12]. Por lo demás, las dos series no parecen escritas por la misma mano; ni coinciden los límites de algunos capítulos; y hay, además, algunas lagunas (para más información, cf. JAL, *Florus,* I, pág. XVII).

[4] I 17 [22-26]; II 2-5 [III 14-17] / I 1 [1] y 3 [9] / I 44 [III 9] / II 14 y 34 [IV 3 y 12].

[5] Cf. O. ROSSBACH, *L. Annaei Flori Epitomae Libri II,* Leipzig, 1896, pág. XXVII. Para más detalle, además de las obras de JAHN y JAL, cf. E. SALOMONE GAGGERO, *Floro. Epitome di storia romana,* Milán, 1981, pág. 20.

[6] Incluso a cinco (cf. ROSSBACH, *Epitomae…,* págs. XXX-XXXI; y JAHN, *Epitomae…,* pág. XXXV).

[7] Así JAL, «Nature et signification politique de l'oeuvre de *Florus», Revue des Études Latines* 43 (1965), 360; y, aunque en la n. 2 *(ib.)* admite que «Il n'est pas sûr que la division … remonte à Florus…», en su obra (I, pág. XIV) repite: «Si l'on peut soutenir à la rigueur que la division en libres remonte à Florus…».

[8] Cf., I 34 [II 18], 3 y [II 19], 1-4 // I 35 [II 20], 7; I 36 [III 1], 5-10; I 42 [III 7], 1. Desde otro ángulo, L. BESSONE, «Cronologia e Anacronismi n*ell' Epitome* di Floro», *Patavium* 1 (1993), 118.

[9] Así BESSONE, «Ideologia e datazione *dell' Epitoma* di Floro», *Giornale Filologico Ferrarese* II 2 (1979) 46, n. 52; y *La storia epitomata. Introduzione a Floro,* Roma, 1996, pág. 21, n. 23: *«separatim* y *separatos* no suponen división en libros; a lo sumo, de materia».

[10] Para más datos, cf. JAL, *Florus,* II, Append., págs. 131-6; B. BALDWIN, «Four Problems with *Florus», Latomus* 47 (1988), 134-138; BESSONE, «Ideologia e datazione…», pág. 48; «Floro: un retore storico…», *Aufstieg und Niedergang der Römische Welt* II 34, 1, Berlín-N. York, 1993, págs. 102-107; y *La storia epitomata,* págs. 123-161; SALOMONE, *Epitome…,* págs. 1-16; brevemente, CL. FACCHINI TOSI, *Storia di Roma. La prima e la seconda età,* Bolonia, 1988, pág. 11.

[11] Un códice vaticano *(Urb. Lat. 462)* lo consideraba «… padre de Lucano y hermano de Séneca» (cf. E. MALCOVATI, «Questioni Floriane», *Athenaeum* 28 (1950), 277; también, JAL, *Florus,* I, págs. CXII, n. 3, y CLIV). V. ALBA *(La concepción historiográfica de L. A. Floro,* Madrid, 1953, págs. 138-139; y 196), estaba convencido, como Vosio y Lipsio; J. REBER *(Das Geschichswerk des Florus,* Freising 1865, págs. 35-36); y A. EUSSNER («Iulius Florus», II, *Philologus,* 37 [1877], 145). Hoy está abandonada (cf. BESSONE, *La storia epitomata,* pág. 51, n. 30).

[12] Cf. F. SCHMIDINGER, «Untersuchungen über Florus», *Neue Jahrbücher für Philologie und Paedagogik,* XX Suppl. (1894), 782-784; y JAL, *Florus,* I, págs. CXI-CXIV.

[13] Cf. MALCOVATI, «Studi su Floro», *Athenaeum* 15 (1937), 80-85.

[14] Por parte de Karl August NEUHAUSEN, «Florus' Einteilung der römischen Geschichte und seiner historischen Schrift in Lebensalter. Echte und interpolierte Alterstufen im überlieferten Prooeme als Schlüssel zu einer neuen Datierung der *Epitome»,* en H. DUBOIS,M. ZINK (eds.), *Les âges de la vie au Moyen Âge,* París, 1992; y «Der überhörte 'Schwanengesang' der augusteischen Literatur: Eine Rekonstruktion der Originalfassung (um 15 n. Chr.) des bisher dem 2. J. zugeordneten Geschichswerkes des Florus», *Acta Clas. Univ. Scient. Debrecensis* 30 (1994), 149-207. Para la réplica, cf. BESSONE, *La storia epitomata,* págs. 124-130.

[15] Cf. también la comparación con el *Carmen saeculare* de L. HAVAS, «Reminiscences d'Horace chez Florus», *Acta Clas. Univ. Scient. Debrecensis* 29 (1993), 53-77.

[16] Pero aquél era joven; el de Quintiliano era tío paterno de su amigo y *aequalis* del rétor (nacido en el 30 a. C). Otro Julio Floro es el instigador de la revuelta de los tréviros, que se suicidó tras el fracaso (TÁC., *Anales* III 40-42).

[17] «Mitteilungen aus Handscriften. Der Dichter Florus», *Rheinisches Museum* I (1842), 302-314.

[18] *Florus,* II, págs. 106-107.

[19] «Floro e il certamen capitolino», *Atene e Roma* (1916), 100-102. A ello apuntaban, además, el «Bético», alabanza indirecta a su *Italica* natal; y Tarragona, cuna de su amigo Palfilio Sura. R. SCHILLING *(Pervigilium Veneris,* París, 1944, pág. XXVI) prefería el del 107, más importante al ser el definitivo.

[20] Cf. cap. VI, n. 235; para ambos, cf. M. L. FELE, *Lexicon Florianum,* Hildesheim, 1975.

[21] Como ejemplo, el *similis furenti*... (I 9 / II 13 [IV 2],82).

[22] Leipzig, 1869, págs. 101 y 168-70; y ed. 1894, págs. 121 y 200-2. También en J. WIGHT DUFF-A. M. DUFF, *Minor Latin Poets,* Londres, 1968, págs. 423-435; y F. BOLISANI, «Quel che rimane della poesia di Floro, uno dei neoterici o novelli dell'età adrianea», *Atti dell'Istituto Veneto di Scienze, Let. e Arti* 122 (1963-64), 47-70.

[23] Cf. P. CAGLIARDI, «Gli epigrammi di Floro *De qualitate vitae», Orpheus* 13 (1992), 344-353; L. DESCHAMPS, «Sutil Florus!… ou le poèteroi», *Revue des Études Anciennes* 91 (1989), 89-93; MALCOVATI, *L. Annaei Flori quae gestant,* Roma, 1972[2], pág. VIII; y JAL *(Florus,* II, Append., págs. 123-4), suscribiendo la de P. MONCEAUX, *Les Africains. Étude sur la littérature latine d'Afrique. Les Paiens,* París, 1894, pág. 193.

[24] I 1 [1], 9; I 1 [5], 1; I 13 [18], 1 // I 34 [II 19], 2; I 47 [III 12], 1.

[25] Es el 307 de la edición de A. BAEHRENS, *Poetae latini minores,* Leipzig, 1882, IV, págs. 292-7; y, A. GAOS y R. BONIFAZ NUÑO, *Antología de la Poesía Latina,* Méjico, 1972, págs. 234-241. Como estudio, cf. el de H. MACL CURRIE *«Pervigilium Veneris», Aufstieg und Niedergang der römische Welt,* II 34,1, Berlín-N. York 1993, págs. 207-224.

[26] Cf. C. DI GIOVINE, *Carmina Flori,* Bolonia 1988, págs. 56-62, con amplia bibliografìa y discusión.

[27] Sobre la cuestión, cf. E. BICKEL, «Zur Homonymenproblem Florus», *Rheinisches Museum* 93 (1949-50), 188-189; MALCOVATI, *Epitome*..., págs. VII-VIII; y «Questioni Floriane», pág. 277; y BESSONE, *La storia epitomata,* pág. 151.

[28] Cf. I 39 [III 4], 6; II 21 [IV 11], 7 y 29 [IV 12], 20; y JAL, *Florus,* II, pág. 135; y BESSONE, «Floro: un storico…», pág. 105; e *infra,* n. 31.

[29] *Hist. Augusta, Vida de Adr.,* 16, 3-4. En la compleja cuestión textual del v. 3 y la autoría de los atribuidos a Adriano no podemos entrar. Remitimos, en distintos frentes, a DI GIOVINE, *Carmina Flori,* págs. 81-87; BESSONE, «Floro e Adriano. Spunti biografici», *Sileno* 16 (1990), 217-219; L. HERRMANN, «La réplique d'Hadrien à Florus», *Latomus* 9 (1950), 385-387; y J. SCHWARTZ, «Arguments philologiques pour dater I'*Hist. Augusta», Historia* 15 (1966), 454-465; y «Éléments suspects de la *Vita Hadriani», Bonner Hist. Augustae Colloquium 1972-4,* Bonn, 1976, págs. 248-250.

[30] Así BALDWIN, «Four Problems…», pág. 136.

[31] Ante la imposibilidad de recoger los paralelismos, elegimos I 11 [16], 3 y I 24 [II 8], 9 ~ *De qualitate vitae* 5,1-4; para el *Scythicas... pruinas,* cf. II 29 [IV 12], 20, y *supra,* n. 29. Para I 28 [II 12], 10, *Anthol. Lat.,* ed. RIESE, n.° 248; WIGHT DUFF, *Minor Latin Poets,* pág. 428; y FELE, «Innovazioni linguistiche in Floro», *Annali della Facoltà di Let. e Fil. dell'Univ. Cagliari* 36 (1973), 91-92. También, BALDWIN, «Four Problems…», págs. 136-137; SALOMONE, *Epitome*..., pág. 11; y JAL, *Florus,* I, págs. LVII-LXIX; y II, pág. 109.

[32] MALCOVATI («Questioni Floriane», pág. 276); MORELLI («Floro e il certamen capitolino», pág. 100); BESSONE («Ideologia e datazione…», págs. 48-49, con bibliografía; después en *La storia epitomata,* cap. IV, págs. 123-161). FELE añadió al *Lexicon* los términos poéticos *(«Additamenta», Annali della Fac. di Magisterio dell'Univ. di Cagliari* 41 (1977-78), 87-142); I. GIACONE DEANGELI *(Epitome e frammenti di L. Anneo Floro,* Turín, 1969, pág. 318) recoge el acuerdo casi general.

[33] JAL, *Florus,* I, págs. CXIII-CXIV; II, pág. 136; y Append., pág. 123; o FACCHINI, *Il proemio di Floro: la struttura concettuale e formale,* Bolonia, 1990, pág. 60, n. 27.

[34] G. F. UNGER, «Die vier Zeitalter des Florus», *Philologus* 43 (1884), 437-443; A. KLOTZ, *Geschichte der römischen Literatur,* Bielefeld-Leipzig, 1930[2], pág. 308; A. KAPPELMACHER-M. SCHUSTER, *Die Literatur*

der Römer bis zur Karolingerzeit, Postdam, 1935, págs. 131-136. Según A. DELLA CASA («Gli epigrammi di Floro», *Civiltà Classica e Cristiana* 12 (1991), 317-330), los poemas son de un autor más tardío, no identificable con el del *Pervigilium* y el del 87.

35 «Four Problems…», pág. 134.

36 Cf. BESSONE, *La storia epitomata,* págs. 137, nota 17; 148, nota 47; y 153.

37 Para la primera, J. DESAGNES en «Sur un épisode de la vie du poète africain P. Annius Florus», *Bulletin archéologique du Comité des travaux historiques* 24 (1993-1995), 83-88; por la segunda, I. LANA («I *Ludi capitolini* di Domiziano», *Rivista di Filol. e Istruzione Class.* 79 [1951], 145-160), ligándolo al triunfo de Domiciano (89). Para la tercera, con reservas, JAL, *Florus,* II, pág. 104-105; y BEOSSONE, «Ideologia e datazione…», pág. 49, n. 64; *La storia epitomata,* pág. 153. JAHN generalizaba *(Epitomae…,* pág. XLV).

38 Cf. JAL, *Florus,* I, pág. 119; II, págs. 99 y 120; y TH. KRUSE-R. SCHARF, «*Tarraco triumphans* oder: die Caesaren des Florus», *Hermes* 124 (1996), 491-498.

39 Cf. *supra,* n. 11; y cap. IX.

40 BALDWIN («Four Problems…», pág. 138), y BESSONE («Floro e Adriano…», pág. 213; *La storia epitomata,* pág. 159), frente a GARZETTI («Floro e l'età adrianea», *Athenaeum* 42 [1964], 137, n. 12); y JAL *(Florus,* II, págs. 131-132).

41 Cf. «Ideologia e datazione…», pág. 49, n. 66.

42 Como resumen, cf. «Floro: un retore storico…», págs. 95-96; y *La storia epitomata,* pág. 133, n. 3: inmediatamente después de la celebración (pero el 2, 8, 19, *sic* es problemático). Para HAVAS, cf. «Floriana», *Athenaeum* 67 (1989), 29; y «Zum aussenpolitischen Hintergrund der Entstehung der *Epitome* des Florus», *Acta Class. Univ. Debrecensis* 24 (1988), 57-60.

43 Como la numismática ha mostrado (cf. Y. M. DUVAL «Les douze siècles de Rome et la date de la fin de l'Empire Romain. Histoire et arithmologie», *Coll. Histoire et Historiographie,* ed. R. CHEVALIER, *Caesarodunum* XV, París, 1980, pág. 244).

44 Cf. GARZETTI, «Floro e l'etá adrianea», pág. 143.

45 En general, sobre la cuestión, con detalle, P. ARCHAMBAULT, «The Ages of Man and the Ages of the World. A Study of two Traditions», *Revue des Études Agustiniennes* 12 (1966), 194; y M. RUCH, «Le thème de la croissance organique dans la pensée historique des romains, de Caton à Florus», *Aufstieg und Niedergang der Römische Welt* I 2, Berlín-Nueva York, 1972, págs. 827-841; HAVAS, «La conception organique de l'Histoire sous l'Empire romain et ses origines», *Acta Clas. Univ. Scient. Debrecensis* 19 (1983), 104, n. 36. Más restringidamente, N. SANTOS YANGUAS, «La concepción de la historia de Roma como sucesión de edades en los historiadores latinos», *Cuadernos de Filología Clásica* 17 (1981), 175, que rastrea el eco en Fabio Píctor.

46 Cf. D. BRIQUEL, «La formation du corps de Rome: Florus et la question de l'*asylum», Acta Class. Univ. Debrecensis* 30 (1994), 209-222.

47 Respectivamente, *De rep.* II 1, 3 y 11, 1 / *Conj.* 51, 40; *Yug.* 2, 3; y 10, 6; y caps. 3-4, semejante a la *Epíst. a César* (I 5, 2) del PSEUDO SALUSTIO.

48 *Coment. a la Eneida* V 295; y III 8.

49 *Instit. Divinas* VII 15, 14-16. Para el «Séneca», cf. cap. V.

50 También la de HORACIO *(Ars Poetica* 156-178).

51 Cf. RUCH, «Le thème de la croissance organique…», págs. 827-841; y D. E. HALM, «Posidonius's Theory of Historical Causation», *Aufstieg und Niedergang der römische Welt* II 36, 3, 1989, págs. 1325-1363).

52 «Vom Ursprung und Wandel des Lebensaltervergleichs», *Hermes* 92 (1964), 322), retomando la teoría de H. DAHLMANN (cf. *Real-Encyclopädie*, Suppl. VI [1935], 1243 ss.).

53 KLOTZ («Das Geschicheswerk des älteren Seneca», *Rheinisches Museum* 56 [1901], 434), hablaba de su escasa influencia por la vaguedad de las referencias cronológicas; FACCHINI *(Il proemio di Fl.,* pág. 44) y JAL *(Florus,* I, pág. LXXVII y n. 2) se inclinan por la relación.

[54] A. CAMERON, *Claudian. Poetry and Propaganda at the Court of Honorius,* Oxford, 1970, págs. 333-4; y «Claudian and the Ages of Rome», *Maia* 27 (1975), 47. SÍMACO *(Discursos* 4, 6) atribuirá la salvación del cuerpo romano a los *principes* y *proceres.*

[55] Se ajusta más a la ley del péndulo. También OROSIO (VI 14,1) y HAVAS («La conception organique de l'Histoire…», pág. 101) hablan de «alternancia»; e I. HAHN («Prooemium und Disposition der *Epitome* des *Florus», Eirene 4* [1965], 30), para quien Floro habría contaminado el esquema de las edades del hombre y la teoría del cambio entre la felicidad-desgracia, con el ascenso y la caída.

[56] La edad de la ley de la naturaleza; la ley mosaica; la de la gracia; y la de la gloria *(Sobre las vírgenes vigilantes,* I 4, 7). Cf. también, HAVAS, «Textgeschichte des *Florus…»,* págs. 434-435.

[57] Así, JAL, *Florus,* I, pág. LXXIX; y FACCHINI, *Il proemio di Fl.,* pág. 37. Obviamos la discusión sobre el «optimismo/pesimismo» floriano… (cf., a título selectivo, M. OTERO, «La ideología y el estilo de Floro», *Roma en el s. II, II° Simposio de la Sociedad Española de Estudios Clásicos,* Barcelona, 1975, pág. 143; y HAVAS, «La conception organique de l'Histoire…», págs. 100-2; en relación con la teoría estoica, ALBA, *La concepción historiográfica…,* págs. 34-35).

[58] Cf. NEUHAUSEN («Der überhörte 'Schwanengesang' der augusteischen Literatur…», págs. 183-184); y la síntesis *(movet… revirescit,* plena edad trajánea; *movit… revirescit,* fin de su reinado; *movit… reviruit,* Adriano, Pío…) y crítica de BESSONE *(La storia epitomata,* pág. 18).

[59] CF. BESSONE, «Floro: un retore storico…», pág. 96, n. 65.

[60] Respect., *G. civiles* I 5; IV 16 / LIII 17, 1 / II 89 / *Hist.* I 1; *Anales* I 1. También, KLOTZ, «Das Geschichtswerk des älteren Seneca», págs. 429-442; HAVAS, «La conception organique de l'Histoire pág. 103, y «Zur Geschichtskonzeption des Florus», *Klio* 66 (1984), 590-598; e *infra.*

[61] Y por simbolizar el fin conjunto de los conflictos externos-internos (II 34 [IV 12], 63-5). BESSONE («Cronologia e anacronismi…», pág. 121) aseguraba que el *bis ante se clausum* remite, inequívocamente, al 29. También ALBA *(La concepción historiográfica…,* pág. 81).

[62] Así BALDWIN («Four Problems…, pág. 139-140), aunque la apuntaban E. BOISARD, *La biographie de Florus,* Montpellier, 1871, pág. 31; y UNGER, «Die vier Zeitalter des Florus», págs. 429-433.

[63] Entre otras razones por el nulo eco en el *Epitome* del estilo arcaizante del momento (Cap. VII, n. 238), y la falta de lógica al considerar «vejez» una época que E. Arístides o Apiano juzgaban álgida (cf. JAL, *Florus,* I, págs. CV-CVI).

[64] *Ib. supra,* págs. XCVII-CII. BESSONE rectificaba algunos («Floro: un retore storico…», pág. 94, n. 58).

[65] «Nature et signification politique…», pág. 372, n. 6; *Florus,* I, pág. CI; compárese con el juicio de PLINIO *(Paneg.* 11, 1; 88, 10); y TÁCITO *(Anales* I 9-10; *Hist.* I 1; y 89, 2).

[66] Así lo resume BESSONE, «Floro: un retore storico…», pág. 92; y *La tradizione liviana,* Bolonia 1977, pág. 73. Entre ellos, JAHN *(Epitomae…,* pág. XLVII); JAL *(Florus,* I, págs. CIV-CXI); GARZETTI («Floro e l'età adrianea», pág. 138: «I motivi sono di forma e di contenunto, di concezione letteraria e di visione politica»); J. M. ALONSO-NÚÑEZ *(Die politische und soziale Ideologie des Geschichtsschreibers Florus,* Bonn, 1983, pág. 26); FACCHINI *(Il proemio di Fl.,* pág. 31); y M. HOSE *(Erneuerung der Vergangenheit. Die Historiker im Imperium Romanum von Florus bis Cassius Dio,* Stuttgart-Leipzig, 1994, pág. 61). M. GALDI *(L'Epitome nella letteratura latina,* Nápoles, 1922, pág. 46) prefería su «comienzo».

[67] Así, P. ZANCAN, *Floro e Livio,* Padua, 1942, pág. 67.

[68] Así, O. HIRSCHFELD, *Anlage und Abfassungszeit der Epitome des Florus, Sitzungsberichte der königlich preussischen Akademie der Wissenschaften zu Berlin,* I (1899), págs. 542-543.

[69] «Four Problems…», pág. 140.

[70] *De Epitomae rerum Romanarum Flori aetate,* Linz, 1804. Lógicamente, en tal caso la identificación del epitomador con el Julio Floro horaciano (cap. II) era indudable.

[71] «Der Mythus um die Adler der Varusschlacht», *Rheinisches Museum* 92 (1943-44), 302-318. Cf., además, la nota al II 30 [IV 12], 38.

72 Para el detalle, cf. *Florus,* I, pág. XC.

73 ESTACIO, quince años después del cataclismo, hacía idéntica comparación *(Silvas* IV 4,79-80, cf. *infra,* n. 121).

74 Así JAL *(Florus,* I, pág. XCII-XCIV) partiendo de CICERÓN, *Sobre la nat. de los dioses* II 50, 126; cf. también, *Sobre la adivinación* I 39, 85.

75 De acuerdo con la fecha de composición defendida por UNGER («Die vier Zeitalter…», págs. 442-443). Para la crítica, cf. BESSONE, «Cronologia e anacronismi…», págs. 125-126.

76 Así SALOMONE, *Epitome…,* pág. 26.

77 BESSONE, «Cronologia e anacronismi…», págs. 125-126.

78 Cf. BALDWIN, «Four Problems…», pág. 140.

79 Sería el único *nunc* referido al presente del autor (cf. FELE, *Lexicon…).*

80 De acuerdo con la convención historiográfica sobre el emperador reinante; también, por la difícil coyuntura de sus últimos años.

81 Los defensores de la época trajana replican que está escrita a propósito de *Hispania* y, de contener una censura hacia la política expansionista, habría debido insertarse en un contexto más indicativo, como el de la Dacia o los problemas del Este. Cf. la crítica de BALDWIN, «Four Problems…», pág. 140; y para la otra sentencia, cap. VI.

82 Como demuestran E. Arístides, Arriano o, especialmente Apiano (cf. HOSE, *Erneuerung der Vergangenheit,* págs. 161 y 351; coinciden, también, en la periodización, *ib.* págs. 344-350; o la separación de las guerras civiles, 257 ss.; la justificación del imperialismo, 253; …)

83 «Proomium und Disposition der *Epitome…,»* pág. 34.

84 «La conception organique de l'Histoire…», pág. 103; y «Floriana», esp. págs. 28-29. Él enfatizaba la fundación de Cartago (812); y el hecho de que Ennio, tan estimado por Floro, retrasaba hasta el 900 la fundación de Roma al convertir a Rómulo en nieto de Eneas; cf. también, BESSONE, «Cronologia e Anacronismi…», págs. 112-115.

85 Así GARZETTI, Floro e l'età adrianea», págs. 151-153; y ZANCAN: no la *magnitudo animi* «…que ni siquiera la percibe; sólo la grandeza corpórea y material de un dominio hecho de tierras y campañas…» *(Livio e Floro,* págs. 47 y 62-69).

86 Cf. n. 1. En contra, N. TERZAGHI, «Per una nuova edizione di Floro», *Athenaeum* 17 (1939), 151-152, rebatido a su vez, por MALCOVATI, *infra.*

87 *L. de historia Romanorum* / *Totius romanae historiae l.*, …; cf. MALCOVATI, *Epitome…,* págs. VIII-IX; «Sul testo di Floro», *Athenaeum* 18 (1940), 264-265; JAL, *Florus,* I, págs. XXI, n. 1 y XLVIII; SALOMONE, *Epitome…,* págs. 16-8; y BESSONE, *La storia epitomata,* págs. 13-21.

88 Para el detalle, cf. JAL, «Nature et signification politique…», pág. 361 y *Florus,* I, pág. XXV).

89 «Per una nuova edizione…», págs. 151-2.

90 ROSSBACH *(Epitomae* …, pág. V, n. 2) decía que en el s. XVII el nombre de Floro se había convertido en sinónimo o equivalente de «Historia de las guerras», citando, como ejemplo, una obra titulada *Florum Germanicum.*

91 Sobre ello, cf. JAL, *Florus,* I, pág. XXI.

92 *Einletung in das Studium…,* pág. 610. También H. Müller, a partir del escolio de LUCANO (V 577).

93 «… por confesión propia de quienes decidieron no tanto referir las campañas romanas, cuanto ensalzar el imperio romano, el vencedor fue semejante al vencido». Para la crítica, cf. BESSONE, «Troppi titoli per un solo libro» *(La storia epitomata,* pág. 14 ss.); y para el análisis HAVAS («Textgeschichte des *Florus…»,* pág. 445).

94 *Epitomae…,* pág. XLVIII; y SALOMONE, *Epitome…,* págs. 17-18, n. 6. El *Breviarium rerum gestarum populi Romani* de FESTO sugirió éste, aunque como *epitoma* es atestiguado por Malalas (n. 1), habría que usar

este término, pese al sentido que en el s. II había adquirido ya. Quizá por ello, Festo cambiara a *Breviario.*

95 La cuestión es demasiado compleja para recogerla; remitimos, selectivamente, a GALDI, *L'Epitome…,* págs. 17-22; y 229-230; y J. W. EADIE, *The Breviarium of Festus, a Critical Edition with Historical Commentary,* Londres, 1967, págs. 11-13.

96 Desde la primera reedición, interpolada en época de Trajano (mss. de la clase *C),* hasta la de sus últimos años, o tras su muerte, según el *reviruit,* ya con el *Iulii Fl.* (cf. n. 58). Para la réplica, cf. BESSONE, *La storia epitomata,* págs. 17-20.

97 Cf. «Nature et signification politique…», págs. 361-365; y *Florus,* I, págs. XXI-XXIII; XVIII-XIX. J. ICART lo rechazaba *(Gestes dels Romans,* I, Barcelona, 1980, págs. 10-11), porque «no serveix satisfactòriament per a designar el treball del nostre autor».

98 ZANCAN, *Livio e Floro,* pág. 6.

99 JAL mismo lo reconocía *(Florus,* I, pág. XXIII).

100 Para una crítica más detallada, cf. BALDWIN, «Four Problems…», pág. 139.

101 Aunque no podemos detenernos en ello, obsérvese la *variatio* múltiple del giro (I 17 [26], 9; I 5 [11], 1 ; I 13 [18], 16), distinto, además, al de Livio.

102 Los ejemplos serían múltiples. Obviamente, la ruptura del *ordo temporum* supone también la de la relación causal (ZANCAN, *Livio e Floro,* pág. 51).

103 Para todo esto y lo inmediato, con más detalle, cf. I. MORENO, «Intertextualidad y tradición en la época imperial: Los prefacios de Livio y Floro», en *Contemporaneidad de los Clásicos en el umbral del Tercer Milenio,* eds. M.ª C. ÁLVAREZ MORÁN-R. M,ª IGLESIAS MONTIEL, Murcia, 1999, págs. 613-621.

104 Sobre el pesimismo liviano, cf. M. PASCHALIS, *Livy's Praefatio and Sallust,* Ohio, 1980, págs. 83-85; 91; y 152. Para más detalles sobre la relación de los prólogos, cf. JAL, «Nature et signification politique …», págs. 359 ss.; y *supra,* n. 103.

105 Cf. FACCHINI, *Il proemio di Fl.,* págs. 101-102.

106 Cf. GIORDANO, «Interferenze adrianee …», pág. 125-126.

107 Por ej., en las guerras púnicas; sobre la primera, JAL, *Florus,* I, págs. XXVI, n. 4; para la segunda, ZANCAN, *Livio e Floro,* págs. 48-58; para la tercera, *Períocas* 49-51.

108 Cf. LIVIO, XXIII 19,6-7; JAL, *Florus,* I, pág. CXIII, n. 3; y II, Append. pág. 134; y ZANCAN, *Livio e Floro,* págs. 59-61.

109 Cf. BESSONE, *La storia epitomata,* pág. 172. ALBA *(La concepción historiográfica…,* pág. 198, n. 551) recogía éstas: I 12 [17], 5 ≠ IX 35; I 19-21 [II 3-5] ≠ XX 8-30; etc.; cf. también *infra.*

110 Para el detalle, en muchos temas, cf. ZANCAN, *Livio e Floro,* pags. 48 ss. Y BESSONE, «Di alcuni 'errori' di Floro», *Riv. di Filologia e Istruzione Clas.* 106 (1978), 426-427. Véanse, como ej., LIV., XXI 14, 1-4 /I 22 [II 6], 6; Bituito o Epulón;….

111 Cf, por ej., las n. al I 7 [13], 17; I 36 [III 1], 11, etc.

112 Elegimos: el presagio del *Cumanus Apollo* (I 24 [II 8], 3 / XXXIV 43, 4-5); y Fidenas, quemada en su propio fuego (I 6 [12], 4 ~ IV 33, 5). En detalle, cf. el análisis de BESSONE, *La storia epitomata,* págs. 164-175; 175-187; 187-195.

113 Sea en la disposición (I 22 [II 6], 30); como efecto retórico (I 22 [II 6], 33); o por evocación: el *parce ferro* (I 22 [II 6], 17 / XXII 50, 2).

114 Levino y el laurel de la nave insignia en la primera (real) guerra con Macedonia y la segunda (cf. I 23 [II 7], 7); las batallas del 199 y 198 en el Aoo; la múltiple en las estratagemas del Regilo (I 5 [11], 2-3), etc.

115 I I [1], 10; cf. BRACCESI, *Introduzione al De Viris Illustribus,* Bolonia, 1973, págs. 8 ss.

116 Por ej., Filipo, vencido «dos veces» (cf. 1. I, n. 233).

117 Cf. BESSONE, «Floro: un retore storico e poeta», pág. 109; *La storia epitomata,* págs. 197-204; y 216-

7; y «La tradizione epitomatoria liviana in età imperiale», *Aufstieg und Niedergang der römische Welt* II 30, 2, Berlín-N.York, 1982, págs. 1230-1263. Y BRACCESI, *Introduzione al DVI,* pág. 97 ss.

118 Así, S. MAZZARINO, *Il pensiero storico…,* II 2, pág. 327; y JAL, *Abrégés des livres de l'histoire romaine de T. Live,* París, 1984, págs. XXVI ss.

119 También ROSSBACH *(Epitomae…,* pág. LVIII, n. 2): Livio y su *Epitome;* GIACONE *(Epitome,* pág. 311); GALDI *(L' Epitome…,* págs. 52-53), pero todos recogen pasajes en los que se separan de él. SCHMIDINGER («Untersuchungen über Florus», pág. 787) prefería la intermedia.

120 Cf. SCHMIDINGER, *ib. supra,* pág. 790, e *infra,* y 1. II, n. 225, como ejemplo; y HAVAS (cf. *supra,* n. 15), respectivamente.

121 Cf, respect., ROSSBACH, *Real-Encyclopädie* VI 2, 2766 // *Silvas* IV 4, 78-79 *(supra,* n. 73); y III 1, 174 ~ I 4, 7-8, para el «reverdecimiento» del Imperio *(Epit.,* Pról. 8), como VIRGILIO *(Eneida* VI 304) y Q. CURCIO X 9, 5 // I 17 [26], 9 ~ IV 1030.

122 Según KLOTZ, «Das zweite punische Krieg…», pág. 125.

123 JAHN aceptaba la dependencia directa *(Epitomae…,* pág. XLVI). La negaban ROSSBACH *(Epitomae…,* pág. LII, n. 1) y BESSONE *(La storia epitomata,* pág. 218). Cf., además, SALOMONE, *Epitome…,* págs. 53-54.

124 *Paneg.* 18, 2; y 59, 2; también, 3, 4. Para el término, cf. FACCHINI, *Il proemio di Fl.,* págs. 97-8.

125 Cf. EUSSNER, «Julius Fl.», pág. 136, n. 2. SALOMONE *(Epitome…,* págs. 52-53) resalta las diferencias y la cercanía de Trogo a fuentes griegas.

126 GARZETTI («Floro e l'età adrianea», pág.147, n. 52) decía sobre TERZAGHI que lo incluía en ese campo, «discutibile, ma significativo». Con más detalle, JAL, *Florus,* I, págs. LIV-LVII.

127 Lo acepta GARZETTI («Floro e l'età adrianea», pág. 146, n. 44-5). Para W. FERRARI («Le fonti sulla sconfitta di Varo», *Studi Italiani di Filologia Classica* 13, 1936, pág. 284), el tema de las águilas parecía sugerir el uso de una fuente —uno de los *alii* de VELEYO (II 119, 1)— anterior a la devolución en el 15-16 d. C.; SALOMONE *(Epitome…,* págs. 52-3) ve a Tiberio incluido en la *inertia,* frente a su papel estelar en Veleyo.

128 Así BESSONE, «Ideologia e datazione…», pág. 52, n. 77; y «Floro: un retore storico e poeta», pág. 111, n. 128; desde otro ángulo, «Floro e le legazioni ecumeniche ad Augusto (II 34, 62)», *Athenaeum* 84 (1996), pág. 96.

129 G. BRIZZI, *«Imitari coepit Annibalem,* F1. I 22,55. Apporti catoniani alla concezione storiografica di Floro?», *Latomus* 43 (1984), 424-31; y cap. VIII, n. 256.

130 Así BESSONE *(La storia epitomata,* pág. 214-215), a propósito de Fulvia; Volturcio;…

131 Para el detalle, cf. I. MORENO, «La concepción dramática del *Epitome* de Floro. Su relación con la monografía salustiana», *Kalon Theama. Estudios de Filología Clásica e Indoeuropeo dedicados a F. Romero Cruz,* V. BÉCARES, P. FERNÁNDEZ, E. FERNÁNDEZ (eds.), Salamanca 1999, págs. 309-312.

132 En contra ALBA: la referencia de Lactancio provendría del propio Floro *(La concepción historiográfica…,* pág. 35).

133 Por él se inclinan, ROSSBACH (*Epitomae*…, pág. LIII y LVII y *Real-Encyclopädie* VI 2767), extendiendo su influencia al ritmo, ciertos giros y términos —también la del Filósofo (pág. LVI)—; MALCOVATI *Epitome*... pág. X; L. CASTIGLIONI, «Lattanzio e le Storie di Seneca padre», *Rivista di Filosofia* 6, 1928, 454-475, esp. 457 ss.; C. TIBILETTI, «II proemio di Floro, Seneca il Retore e Tertulliano», *Convivium,* n. s., 27 (1959), 340; GARZETTI («Floro e l'età adrianea», pág. 148); HAHN («Prooemiun und Disposition der *Epitome…,* pág. 32), frente a W. HARTKE *(Romische Kinderkaiser,* Berlín, 1951, págs. 390 ss.). CAMERON («Claudian and the Ages of Rome», pág. 47) con interrogante. Cf., también, FACCHINI, *Il proemio di Fl.,* pág. 34, n. 29, con bibliografía y discusión.

134 Cf. nuestro trabajo «Intertextualidad y tradición…», pág. 615, n. 14.

135 Recogido, respectivamente, por ALONSO-NUÑEZ, *The Ages of Rome* cap. II; y GIORDANO, «Interferenze adrianee…», pág. 118, n. 18. Prueba la complejidad del tema.

136 «Velleio e Floro», pág. 395.

[137] GALDI, *L'Epitome…,* pág. 57; ALBA, *La concepción historiográfica…, passim; o* HAUSSLER, «Vom Ursprung… des Lebensaltervergleiches», págs. 315-6. Como resumen, cf. JAL, *Florus,* I, págs. LXXIII-IV y XXX, n. 10.

[138] Para el detalle, cf. C. WEYMAN «Sprachliches und Stilistisches zu Florus und Ambrosius», *Archiv für lat. Lexicographie und Grammatik,* 14 (1906), pág. 43. Citamos: I 12 [17], 7 ~ *Epístola* 67, 9; II 3 [III 15], 4 ~ *Suasoria* 3, 2; I 18 [II], 21 ~ *De benef.* 3; II 14 [IV, 3], 4 ~ *De benef.* 5, 16. Para otros, cf. J. E DÍAZ JIMÉNEZ, *Compendio de las hazañas romanas escrito en latín por L. Aneo Floro,* Madrid, 1885, págs. XXII-XXIII.

[139] Cf. BESSONE, *La storia epitomata,* pág. 221, n. 30. La que resume GIORDANO («Interferenze adrianee…», pág. 125-126) es muy general.

[140] Respect., «Floro e l'età adrianea», pág. 145, n. 40; y *La storia epitomata,* pág. 210.

[141] Así SALOMONE, *Epitome…,* págs. 49-50.

[142] Respect., ZANCAN *(Floro e Livio,* pág. 34); y G. PUCCIONI («Interpretazione di *suboles* in Floro, I 1, 4», *Annales della Scuola Normale Superiore di Pisa* 25 [1956], 237).

[143] Como resumen, cf. GARZETTI, «Floro e l'età adrianea», pág. 140, n. 22; y SALOMONE, *Epitome…,* pág. 54, ambos con bibliografía.

[144] Respect., I 34 [II 18], 7; *Anales* 15, 13, 2; (pero, cf. VELEYO, II 1) / II 13 [IV 2], 5, e *Hist.* 14-11.

[145] «Lucan, Florus und PseudoVictor», *Rheinisches Museum* 37 (1882), págs. 35-49.

[146] *Les sources de Lucain,* París, 1912, pág. 69-81.

[147] «Lucano en la Literatura hispano-latina», *Emerita* 27 (1959), 34; su análisis es notable.

[148] Cf. respect., *G. Civil* I 4, 4; Luc., I 125-6; *Epit.* II 13 [IV 2], 14.

[149] Seleccionamos: la derrota de Alia (I 7 [13], 7 ~ VII 409); las *Bella… plus quam civilia* (I 1 ~ II 13 [IV 2], 4; el II 51-52 ~ II 13 [IV 2], 43; II 463 ~ II 13 [IV 2], 19; I 40 ~ II 13 [IV 2], 77; o la *Fortuna* protectora de Pompeyo (VIII 730 ~ I 40 [III 5], 21).

[150] Cf. SALOMONE, *Epitome…,* págs. 56-58, con bibliografía y discusión.

[151] Cf. I 22 [II 6], 27 y W. DEN BOER, «The *Epitome* of *Florus* and the Second Century A. D.», *Some Minor Roman Historians,* Leiden, 1972, pág. 7; y SALOMONE, *ib. supra.*

[152] *Florus,* I, pág. XXXIV.

[153] Cf. E. GRISET, «Note critiche a Floro», *Rivista di Studi Classici* 1 (1952-53), 134; y MALCOVATI, «Studi su Floro», *Athenaeum* 15 (1937), pág. 80.

[154] Así FELE, «Innovazioni linguistiche…», pág. 61. Como GARZETTI resumía: «E se l'opera di Tacito è fíglia anche della retorica, questa non è certo una madre spregevole» («Floro e l' etá adrianea», pág. 142, n. 30). Y el análisis de FACCHINI *(Il proemio di Fl.,* págs. 49-60), que trasciende el Prólogo.

[155] Las opiniones negativas han sido muchas. Recogemos la de E. J. KENNEY, W. v. CLAUSEN *(Historia de la Literatura Latina,* Cambridge 1982, trad. E. BOMBÍN, Madrid, 1989, pág. 725): «… Muchos de sus numerosos comentarios son fatuos o expresan admiración o asombro infantil. Es difícil encontrar otro escritor tan casquivano». Más benévolos: ROSSBACH, *Real-Encyclopädie* VI 2, 2763; GALDI, *L'Epitome…,* pág. 60; R. ZIMMERMANN, «Zum Geschichtswerk des *Florus», Rheinisches Museum* 9 (1930), 93-101; L. FERRERO, *Rerum Scriptor. Saggi sulla storiografia romana,* Trieste, 1962, págs. 40-52: «L'*Epitoma* non è piu mesurata in termini di retorica, ma di poesia…; JAL *(Florus,* I, págs. XLIII-LIV) usó los trabajos clásicos para dar una visión más ajustada y positiva de su estilo (cf. cap. VII).

[156] Cf. el n.° 246 (ed. RIESE; IV en MALCOVATI y JAL): «Toda mujer guarda en su boca un pestífero veneno; las palabras salen de su boca con dulzura, pero viven con un corazón malvado». Y el último verso del 251/IX.

[157] I 27 [II 11], 6; I 31 [II 15], 16; I 34 [II 19], 14 ; I 38 [III 3], 16-18;…

[158] I 22 [II 6], 30; I 47 [III 12], 10; II 7-8 [III 19-20]; cf., también, DEN BOER, «The *Epitome* of

Florus…», pág. 14.

159 II 17 [IV 7], 10; II 18 [IV 8], 5; II 21 [IV 11]; y, como síntesis de la cuestión teórica, P. CEAUCESCU, «Le double image d'Alexandre le Grand à Rome», *Studii Clasice* 16 (1974), 157-160.

160 A título de ej.: I 7 [13], 4; I 20 [II 4], 1; I 37 [III 2], 5; y I 45 [III 10], 12 y 20; 139 [III 4], 2 y 4, etc.

161 I 28 [II 12], 3; II 22 [IV 12], 5; II 29 [IV 12], 20 // I 38 [III 3], 12 // I 41 [II 6], 13// etc.

162 Ejemplos perfectos entre muchos: II 30 [IV 12], 32; I 7 [13], 6 // I 23 [II 7], 4; I 40 [III 9], 7; I 32 [II 6], 2, etc.

163 I 22 [II 6], 21; I 20 [II 4], 1 -2; I 38 [III 3], 5-6 y 13; I 27 [II 11], 4.

164 Con alguna excepción (I 30 [II 14], 4; I 36 [III 1], 4-9; I 40 [III 5], 18; etc.), procura incorporar el mal en individualidades: Vulsón; Craso; Aquilio; Clodio; Varo, etc.

165 I 7 [13], 2-9 ss.; I 13 [18], 17-23; I 17 [13], 6-7; I 18 [II 2], 22; 32, etcétera.

166 I 13 [18], 8 y 28; I 5 [11], 12-13; I 38 [III 3], 10; II 8 [III 20], 7-9, etc., e *infra.*

167 I 18 [II 2], 6; I 22 [II 6], 39 y 52; I 29 [II10], 2; I 32 [II 16], 1; II 11 [III 23], 1; para la de César: I 45 [III 10], 16 y 22; II 13 [IV 2], 18, etc.

168 I 11 [16], 1; I 37 [III 2], 3-4; I 18 [II 2], 3-4; etc.; también la «de otros» a ellos (I 23 [II 7], 5); y su devolución (I 25 [II 9], 3), etc.

169 Cf. II 13 [IV 2], 5 y 44; I 24 [II 8], 16; I 38 [III 3], 14; I 40 [III 3], 14; I 41 [III 6], 7; II 16 [IV 6], 3, etc.

170 I 13 [18], 23; I 22 [II 6], 1; I 33 [II 17], 15; I 40 [III 5], 2; para el Prólogo, cf. Cap. III. Pero también Tácito en los «820» años de historia de Roma *(Hist.* I 1).

171 I 11 [16], 8; I 19 [II 3], 1; I 34 [II 19], 2; I 40 [III 5], 2, etc.; ni siquiera un orden interno mínimo (es ejemplar el bloque gracano, II 1-5 [III 13-17]).

172 La más notable, la del I 18 [II 6] (cf. MORENO, «La concepción dramática de Floro», pág. 315) / Pról. 6; I 9 [11], 1; I 11 [16], 9; I 13 [18], 9; etc.

173 Cf. I 21 [II 5], 3-4 y 22 [II 6], 56, etc. Obviamente, en muchos casos por razones retóricas (cf. n. 221): las guerras macedónicas (I 23 [II 7]); el «paralelismo» en las «cuatro» sediciones de la adolescencia (I 17 [22-26]) con las de la juventud (II 1-5 [III 13-17]), etc. // I 39 [III 4], 6; y I 40 [III 5], 1, etc. Sobre los «errores» cf., también, *infra,* n. 181.

174 *Imperium* (I 1 [1], 1); *provincia* (I 39 [III 4], 1 y 42 [III 7], 6); provincias que no lo eran (I 39 [III 4] 1).

175 I 33 [II 17], 6-13; I 38 [III 3], 1-4.

176 Por ej., I 13 [IV 2], 75-76; I 40 [II 15], 16, etc.

177 Cf. I 12 [17], 7; I 18 [II 2], 14, etc. / la II.ª guerra samnítica, limitada a las Horcas Caudinas (I 11 [16], 8), etc.

178 I 38 [III 3], 14; II 17 [IV 7], 12, etc.

179 Como ej., el orden de conquista de las islas (I 42-44 [III 7-10]); Mitrídates y los piratas (I 40-41 [III 5-6]) / las guerras macedónicas (I 23 [II 7]); las batallas de los cesaricidas (II 17 [IV 7], 14), etc. Cf., además, n. 198.

180 «…la materia appartiene alla storia, ma la forma è retorica, sia come espressione, sia come struttura…» (FACCHINI, *Il proemio di Fl.,* pág. 57). ALBA *(La concepción historiográfica…,* pág.140) aseguraba que «su estilo es el instrumento de la Historia»; pero, cf. también, pág. 197, n. 532.

181 «… sont, dans leur énorme majorité, soit minimes, soit même contestables…» advierte JAL *(Florus,* I, pág. XXXIII), recogiéndolos y aclarando algunos; también BESSONE, «Anacronismi per omissione», págs. 391-410. Los más notables están apuntados en las notas.

182 I 22 [II 6], 21 y 5 / I 34 [II 18], 11; I 33 [II 17], 17/ II 18 [IV 8], 7); II 10 [III 22], 2; etc.

[183] Cf., en distintos aspectos: I 6 [12], 6; I 46 [III 11], 1; I 31 [II 15], 13; etc.

[184] II 12 [IV 1], 7; 1 13 [18], 18-19; I 22 [II 6], 17; 53; II 13 [IV 2], 37; 50; etc.

[185] Individual (I 4 [10]; I 7 [13], 12;…); y colectivamente (I 17 [18], 17; I 7 [13], 13-18; etc.).

[186] I 22 [II 6], 21; II 10 [III 22], 2; I 24 [II 8], 4-11.

[187] II 13 [IV 2], 78-84; I 22 [II 6], 21; II 4 [III 16], 1.

[188] Cf. II 13 [IV 2], 9-10; 38-42.

[189] Como ej., para los primeros, cf. 1. I, n. 218; para los propios, la *rabies et furor* (I 34 [II 18], 15; y I 34 [II 19], 4; II 13 [IV 2], 46); etc.

[190] Pirro y Filipo (I 13 [18], 25; I 23 [II 7], 9); etc.

[191] Y todas sus variantes (Pról. 2; 7; I 18 [II 1], 1-2; I 24 [II 8], 5; etc.).

[192] I 38 [III 3], 11 y I 45 [III 10], 22; II 12 [IV 1], 6 y I 30 [II 14], 3; etc.

[193] Como selección: 1 22 [II 6], 3 / II 13 [IV 2], 35; 1 23 [II 7], 11 / II 13 [IV 2], 63; etc.

[194] Para la del *Populus Romanus,* esp., el I 2 [8], 7; además, I 2 [8], 7; I 3 [9], 1; 3 y 6; I 17 [26], 5; II 14 [IV 3], 1; II 17 [IV 7], 1; etc. y el artículo citado en n. 172, pág. 313 // Para *Hispania,* I 33 [II 17], 15; II 33 [IV 12], 47 y cap. VIII.

[195] I 1 [7], 1; I 8 [13], 20-21; I 33 [II 17], 10; I 43 [III 8], l, etc.

[196] El triunfo de Metelo y la fortuna de Mumio (I 32 [II 16], 4-5); Craso (I 46 [III 11], 2 y 11); Pompeyo (II 13 [IV 2], 47; y 27); etc.; cf. n. 215.

[197] Cf., además, BESSONE, *La storia epitomata,* pág. 45.

[198] Lamentablemente, nuestra simplificación es obligada (para un detalle mayor, cf. la obra de Bessone, *La storia epitomata;* y nuestro trabajo, «La concepción dramática de Floro»; y los breves comentarios de las notas, por ej. I 422). Es obvio que estos procedimientos obligan, muchas veces, si no siempre, a la alteración de la secuencia histórica, modificando, incluso la realidad (cf. n. 179).

[199] Cf., I 19 [II 3], 2; I 14 [19], 1; I 43 [III 8], 2;…

[200] Así BESSONE, *La storia epitomata,* pág. 22.

[201] Cf. la crítica de JAL *(Florus,* I, pág. XXXIV) a ZANCAN sobre ello.

[202] I 37 [III 2], 6. Un altar funeral recogía los nombres de los muertos en la derrota del 86 a. C. de Cornelio Fusco o la de Opio Sabino en la guerra de Domiciano. El *trophaeum* de Trajano se dedicó a *Mars Ultor* en el 109.

[203] Con quien le unen otras características (cf. A. MICHEL., «Rhétorique et philosophie au second siècle ap. J. C.», *Aufstieg und Niedergang der Römische Welt* II 34, 1, Berlín-N.York, 1993, pág. 33).

[204] I 47 [III 12], 6 ss; II 13 [IV 2], 8, etc.

[205] «Floro un retore storico e poeta», pág. 101.

[206] La imposibilidad de transmitir el efecto de tales recursos sin añadir los pasajes originales, nos obliga a una selección drástica. Esperamos volver a ello en otra ocasión. En general, sobre el estilo pueden verse: ROSSBACH *(Real-Encyclopädie* VI 2, 2763 ss.); S. LILIENDAHL, *Florusstudien. Beiträge zur Kenntnis des rhetorischen Stils der silbernen Latinität,* Lund-Leipzig, 1928; R. SIEGER, «Der Stil des Historikers Florus», *Wiener Studien* 51 (1933), 94-108; JAL, *Florus,* I, págs. LXIII-LXIV; FELE «Innovazioni linguistiche…», en general; y V. BEJARANO, «Retórica y vulgarismo en los autores latinos del siglo II: el ejemplo de Floro», *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos,* Madrid, 1978, págs. 337-342.

[207] SIEGER («Der Stil des… Florus», pág. 95) cuenta del más habitual (I 1 [1], 1), no menos de 282; del I 4 [10], 3, unas 100.

[208] Aparece así, unas 65; sin el adjetivo, *ca.* 33. Para el cambio a Augusto, cf. libro I, n. 431 y libro II, n. 243.

[209] Desde el copulativo (I 1 [1], 13), o sus compuestos (I 1 [1], 9), hasta los de corte militar (I 36 [III 1],

2). Sobre ello, cf. SEIGER, «Der Stil des… Florus», págs. 101-102.

210 Con distintas resoluciones I 1 [1], 8 y 12; I 30 [II 14], 3 /I 27 [II 11], 2; I 32 [II 16], 3 //I 7 [13], 2; I 47 [III 12], 6/I 35 [II 20], 4; etc.

211 I 13 [18], 8; I 14 [19], 1; etc. / I 2 [8], 7; I 22 [II 6], 31; etc.

212 I 47 [III 12], 8-10; I 2 [8], 6 ~ I 7 [13], 18; etc.

213 Seleccionamos, con dificultad: I 2 [8], 4; y 6; II 1 [III 13], 2-4; etc.

214 I 22 [II 6], 11; I 36 [III 1], 18); etc.

215 SIEGER (»Der Stil des… Florus», pág. 107, § 11) elegía el I 2 [8], 7 y I 1 [2], 4, de más de 240. Nosotros: I 5 [11], 12-13 y la importante del I 13 [18], 8-28, con los elefantes (siempre atractivos para el autor y su público por sus características); cf. además, *supra,* n. 196; y la nota del II 23 [IV 12], 7.

216 Así FACCHINI, *Il proemio di Floro,* pág. 67.

217 I 7 [13], 24/1 17 [24], 1. Aposiciones y complementos; nombres de personas y países (I 33 [II 17], 9-12 // I 3 [9], 7; II 6 [III 18], 6; etc.); para la del giro analístico respecto a Livio, cf. n. 101.

218 El del fuego en I 7 [13], 18; la juventud en el Prólogo (4; 7; 8); etc.

219 Intensivas (I 33 [II 17], 2; I 45 [III 10], 14-15; 17-18; II 9 [III 21], 7; etc.); caracterizadoras (II 18 [IV 8], 5 y 7 / 9; etc.); variando el sentido del término (I. I, n. 163); etc.

220 Cf. los nombres de los distintos «carros» (I 7 [13], 12/I 1 [7], 3); etcétera).

221 Prescindiendo de algún vulgarismo (I 34 [II 18], 7 y I 40 [III 5], 3; cf. BEJARANO, «Retórica y vulgarismo…», págs. 339-340); y alguno usado para conceptos elementales (cf. FELE, «Innovazioni linguistiche…», pág. 75). Elegimos el *bellatrix* de *Hispania* (cap. IX). Aunque no podemos detenernos en ello, hay también muchos plurales intensivo-poéticos (II 9 [III 21], 26; II 12 [IV 1], 3; etc.).

222 FELE *(ib. supra,* pags. 66 ss.) recoge 22, con doce *hápax.* Uno de ellos aparece también en uno de los poemas.

223 Cf., respect., I 7 [13], 6; I 30 [II 14], 3; etc. // Pról. 3; I 2 [8], 7 / II 3 [III 15], 1 /II 4 [III 16], 1; etc.

224 Formas utilizadas en parágrafos próximos, con distinto sentido (I 17 [26], 9; etc.); términos únicos que colorean un episodio (I 1 [1], 3 y 7 [13], 18); etc.

225 Respect., el *re-* del Prólogo (8) / La del 1 36 [III 1], 18.

226 I 45 [III 10], 3; I 40 [III 5], 16; etc.

227 I 12 [17], 7 / I 17 [24], 3 / I 22 [II 6], 32; etc. / I 19 [II 3], 1, etc.

228 Unida, a veces, a la enálage: I 11 [16], 4; I 22 [II 6], 22 / II 9 [III 21], 14/II 13 [IV 2], 32//I 17 [26], 3/I 23 [II 7], 7; etc.

229 SIEGER («Der Stil des… Florus», pág. 104) contaba 250, rectificando la menor de A. EGEN, *De Floro storico elocutionis Taciteae imitatore,* Munster, Diss., 1882. Para la del cuerpo humano: I 1 [1], 9 y 1 [3], 9; II 6 [III 8], 1; tomadas de Virgilio (I 12 [17]; I 18 [II 2], 1; cf. JAL, *Florus,* I, pág. 126; en general, pág. XLV); etc.

230 Cf. Pról. 1. Otras: I 1 [3], 6; I 18 [II 2], 3; 35; II 13 [IV 2], 53; etc.

231 Remitimos al amplio estudio de JAL, *Florus,* I, págs. LVII-LXIX; más brevemente, SALOMONE, *Epitome…,* págs. 12.

232 Cf. I 12 [17], 6; I 22 [II 6], 9; etc. / I 9 [14], 2; I 19 [II 3], 3; etc.

233 Como ej., I 6 [12], 7; I 22 [II 11], 11; II 18 [IV 2], 3; etc. (cf. *supra,* n. 225).

234 Cf. respect., I 11 [16], 11 y I 22 [II 6], 12 / II 9 [III 21], 11; II 13 [IV 2], 14; 45 y 81 / I 18 [II 2], 31; II 9 [III 21], 25 (cf., además, BESSONE, *La storia epitomata,* pág. 58, n. 13).

235 Hay *ca.* 126; también, con otras partículas.

236 Cf., respect., I 3 [9], 8 / I 18 [II 2], 8-9; I 7 [13], 16; etc.

237 Cf., BEJARANO, «Retórica y vulgarismo…», pág. 340.

[238] Cf. GARZETTI, «Floro e l'età adrianea», pág. 139; y JAL *(Florus,* I, pág. LIII) que destaca el carácter ciceroniano de vocabulario y métrica; y su ausencia, en la obra de R. MARACHE, en *La critique litterarie de la langue latine et le developpment du goût archaisant au IIe s. de notre ère,* Rennes, 1952.

[239] Cf. I 22 [II 6], 35); y II 26 [IV 12], 13. Para otros más técnicos (I 22 [II 9], 35 y II 26 [IV 12], 13; …), cf. el resumen de JAL *(ib. supra),* y la bibliografía anterior, especialmente los estudios de E. WÖLFFLIN *(Florus,* II, págs. 107-109).

[240] Cf. JAL *(ib. supra)* y BEJARANO, «Retórica y vulgarismo…», pág. 342.

[241] Así BEJARANO, *ib. supra,* pág. 339.

[242] Ocasionalmente, también, conjunto de virtudes morales. Para la definición, cf. J. HELLEGOUARC'H, *Le vocabulaire latin des relations et des partis politiques sous la République,* París, 1972, págs. 242-5, espec. 244. Más brevemente, SALOMONE, *Epitome…,* pág. 32.

[243] Cf. LIVIO IV 37, 7 ~ ENNIO, VII 231, muy semejante a SALUSTIO, *Hist.* 21 (algo distinta, *Conj.* 20, 14).

[244] SALUSTIO, *Conj.* 2, 5-6. También, NEPOTE, *Ático* 19, 1; VELEYO, II 37, 4; etc.

[245] En general, cf. W. F. OTTO, *Real Enzyclopädie* VI 2, 2047. Más en concreto, F. CUPAIUOLO, «Caso, fato e fortuna negli storici latini», *Bollettino di Studi Latini* 14 (1984), 6-7. Más, aún, ALONSO-NUÑEZ («Die Ideologie der *Virtus* und *Fortuna* bei Florus im Lichte der Inschriften und Münzen, *Bonner Jahrbücher des Rheinischen Landesmuseums* 186 [1986], págs. 291-298), ligándolo a época adrianea.

[246] Cf., FACCHINI TOSI, *Il proemio di Floro,* pág. 43.

[247] Como ejemplo único, cf. la relación y diferencia de planteamiento y resolución en la invasión gala de LIVIO (V 43, 6), y FLORO (I 7 [13]).

[248] Cf. SALUSTIO, *Conj.,* 58, 21; LIVIO, V 41, 2; VII 73, 6; VELEYO, II 18, 1.

[249] Para éstos, cf. CUPAIUOLO, «Caso, fato e fortuna …», págs. 3-38; para Floro, *infra,* n. 251. En general, CICERÓN, *Catil.* IV 12; *Sobre su morada* 146; *Epíst. a sus familiares* V 18, 1 y *A su hermano* I 1, 5; VIRGILIO, *Eneida* XII 714;…

[250] Si la *Virtus,* hermosa, pero inútil, logró tal triunfo por medio de tales hombres, la *Fortuna,* inconstante, pero buena, mantuvo durante mucho tiempo lo obtenido.

[251] *La storia epitomata,* págs. 83-121. Sorprendentemente, acaba con una amplia referencia a Pompeyo *(ib.* pág. 119); una minima a César (pág. 120); y a Augusto, en las notas. Cf., también, A. NORTH, *«Virtus* and *Fortuna* in Floras», *Eranos* 50 (1952), 110-111; y ZANCAN, *Livio e Floro,* págs. 20-32.

[252] Cf. I 22 [II 6], 28 y 49. Floro no utiliza el término *virtus* en los triunfos del Metauro y Zama. De las 17 veces en que aparecen los dioses, 11 se sitúan antes del 200; CUPAIUOLO subraya que «lo sobrenatural parece fascinarle» («Caso, fato e fortuna…», pág. 33); cf. también, NORTH, *«Virtus* and *Fortuna* in F1.», págs. 121-123.

[253] Fue positivo para abrir el éxito de Roma (I 18 [II 2], 3); en distintos aspectos: I 44 [III 9], 1; II 13 [IV 2], 43; 59; 94; II 30 [IV 12], 35; II 32 [IV 12], 42. Para *fatalis,* cf. II 3 [III 15], 4; II 9 [III 21], 16; y II 17 [IV 7], 6; etc.

[254] *Livio e Floro,* págs. 68-69.

[255] «Floro e l'età adrianea», pág. 152, n. 83: «… excluye cualquier alusión específica al presente».

[256] Cf. *«Imitari coepit Annibalem…»,* págs. 424-431; y cap. V, n. 129.

[257] Cf. *La storia epitomata,* pág. 112.

[258] Por sus *nimia opera* (I 47 [III 12], 6-13; y II 13 [IV 2], 1).

[259] I 18 [II 2], 23-6; II 6 [III 18], 13.

[260] *Livio e Floro,* pág. 23.

[261] Este carácter de «maestra» y «semillero del ejército», una vez conquistada…, revertiría en beneficio de

Roma. Cf. también, BESSONE, *La storia epitomata,* pág. 149, n. 48. Para el neologismo, supra, n. 222.

262 La cuestión ha sido estudiada por M. GARCÍA TEIJEIRO que tuvo la amabilidad de prestamos las galeradas de su próxima publicación («El hombre de la lanza de plata», *Homenaje al Prof. A. Montenegro,* Valladolid), para que nuestras referencias pudieran ser exactas. Agradecemos su gesto, propio sólo de un maestro como él.

263 Para éstos, cf. GARCÍA TEIJEIRO, *ib. supra,* págs. 5-6, nn. 3-4.

264 El libro XLIII del *AUC.* se interrumpe en 3, 7 para reanudarse en el capítulo 4, ya con este tema.

265 «Reichsbewusstein und Nationalgefühl in den römischen Provinzen. Spanien und das *Imperium Romanum* in der Sicht des *Florus», Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseum* 25 (1978), 173-195 (usa la antigua división en cuatro libros en las citas).

266 Cf. STRAUB, *ib. supra,* pág. 191, n. 50; y RUT. NAMACIANO, I 63; también BESSONE, *La storia epitomata,* pág. 60, n. 17.

267 Así R. LÓPEZ MELERO, *«Viriathus Hispaniae Romulus», Espacio, Tiempo y Forma,* s. II, t., 1, rev. UNED (1988), 248, n. 1

268 Sobre esta cuestión, cf. SANTOS YANGUAS, «El testimonio de Floro y la romanización de Asturias», *Studia historica. Historia antigua* 4-5 (1986-87), 43.

269 ALBA *(La concepción historiográfica…,* cap. VII, págs. 131-137), dedicó un capítulo a este aspecto cuyo resumen sería el triunfo que para Floro es la incorporación de la *universa Hispania* al *orbis terrarum.*

270 *Ib. supra.* Con todo, también Trogo-Justino hace al final de su obra un planteamiento parejo.

271 Cf. *Compendio…,* págs. LXIII-LXVII. En ellas recoge las alabanzas de distintos autores, desde la de Salmasio, que lo calificaba de «elegantísimo compendio…», hasta Amador de los Ríos. También, ALBA, *ib. supra,* págs. 155-165.

272 «Florus w Polsce», *Archivum Filologiezne* 26 (1970) (el artículo en *Eos,* 1969-70, págs. 233-247) y «Zur Rezeption des *Florus* in Ungarn», *Acta Clas. Univ. Scient. Debrecensis* 32 (1996), 59-69.

273 *Biblioteca Hispano-Latina Clásica,* ed. E. SÁNCHEZ REYES, CSIC, Madrid, 1950, vol. III, págs- 364-366.

274 El comentario termina indicando que en la mayor parte de los ejemplares de esta edición falta el *Compendio,* sin duda por llevar en la portada el nombre del traductor, Enzinas, uno de los más antiguos protestantes españoles *(ib. supra,* pág. 366).

275 Cf. *La concepción historiográfica…,* respect., págs. 160 y 200-1, n. 583 y 584.

276 Cf. la relación de DÍAZ JIMÉNEZ, *Compendio…,* págs. LXVII-LXXII; respect., 22 (hasta 1877) / 18 (hasta 1744) /18 (hasta 1845); sigue Italia con 11, hasta 1724 y Suiza, con 5, hasta 1623.

277 I 18 [II 2], 14 = *Liber Mem.,* 20, 5 (cf., además, la bibliografía citada *supra,* n. 117). M. P. ARNAUD-LINDET *(L. Ampelius,* París, 1993, pág. XV; y «Le *Liber Memorialis* de L'Ampélius», *Aufstieg und Niedergang der Römische Welt* II 34, 3, Berlín-Nueva York, 1997, pág. 2301-2302, n. 2) no considera a Floro fuente suya.

278 Cf. HAVAS, «Textgeschichte des *Florus…»,* págs. 436-437.

279 «Textgeschichte des *Florus…»,* págs. 443-444.

280 Para BESSONE, cf. *La storia epitomata,* págs. 204-211, como resumen. Para HAVAS, *supra.* Para ALBA, *La concepción historiográfica…,* pág. 156.

281 Cf. DEN BOER., «The *Epitome* of *Florus…»,* pág. 4

282 Cf. J. E. SANDYS, *A History of Classical Scholarship,* Cambridge 1908, vol. II, págs. 146; 8 y *passim, s. v. Florus.*

283 Así lo recogía ROSSBACH, *Epitomae…,* pág. L.

284 Sobre ello, cf. ALBA, *La concepción historiográfica…,* pág. 163.

285 Remitimos a los interesados a las Introducciones de ROSSBACH, MALCOVATI y JAL; a FACCHINI *(Il*

proemio di Floro, págs. 103-5), que da una breve lista de las ediciones de Italia; y a DÍAZ JIMÉNEZ *(Compendio…,* págs. LXVII-LXXIX), de interés especial para España.

286 Ello quiere decir que tuvieron dos mss. a su alcance. Tal vez, un texto del tipo *a* fuera traído de África y, corregido y mejorado, hubiera cruzado los Alpes hacia los s. IX-X, extendiéndose por Europa y convirtiéndose, a través de *N,* en la base de la tradición floriana (cf. HAVAS, «Textgeschichte des Florus…», págs. 452-453).

287 *Florus,* I, pág. CXX.

288 Cf. *A History of Clas. Scholarship,* pág. 102. En otros lugares aparece 1470.

289 *A History of Class. Scholarship,* pág. 166, y *Compendio…,* pág. LVI

290 *Florus,* I, pág. CLXIII, n. 2; y XXIII y CXXIX, respectivamente.

291 En pág. LXVII *(Compendio…)* da 1528; la confusión es lógica (cf. *A History of Class. Scholarship,* pág. 476).

292 De París (1674), es la de *Anna Tanaquilli Fabri filia, in usum Serenissimi Delphini,* utilizada por Jal en alguna cita.

293 Para la réplica de Lorenzo Bejero *(sic),* cf. DÍAZ JIMÉNEZ, *Compendio…,* págs. LIX y LXI.

294 *L. A. Flori Epitome rerum Romanorum cum integris Salmasii, Freinshemii, Graevii et selectis aliorum animadversionibus, Lugduni Batavorum,* 1722; 1744[2].

[1] Para una relación más completa de todas las ediciones anteriores a 1850, desde la *editio Princeps* de París (cap. XI), pueden consultarse las ediciones de E. S. FORSTER (pág. XV), P. JAL (pág. CLXIII) y E. MALCOVATI (pág. XXVII), y la obra de Cl. FACCHINI TOSI, *Il Proemio di Floro,* págs. 105-16). Nuestra relación comienza con esa fecha, en lugar de 1900 como en el resto de la selección —las más importantes de las anteriores se citan en las notas—, porque las tres de la colección Teubner son fundamentales para la obra de Floro por la contribución de sus editores a la fijación del texto y sus comentarios. Incluimos, no obstante, la traducción de J. ELOY DÍAZ JIMÉNEZ por su interés para los lectores españoles. Para una síntesis de las ediciones y estudios de las restantes obras atribuidas a Floro, cf. C. DI GIOVINE, *Flori Carmina,* Bolonia, 1988. Algunos trabajos recientes, con bibliografia y discusión sobre ellas, como los de P. CAGLIARDI, A. DELLA CASA y H. MACL. CURRIE, han sido citados en las notas.

[2] La selección es siempre difícil. Hemos prescindido casi sistemáticamente de todos aquellos trabajos que tienen una menor presencia hoy en la investigación floriana por existir otros más amplios; y de los que se refieren a pasajes o episodios muy concretos. No así de los hispanos, lógicamente.

[3] Este investigador ha dedicado y sigue dedicando importantes trabajos a la tradición manuscrita y literaria de Floro. Dado su carácter específico (cf., por ej., «Der Stellenwert des Wroclawer Th [eta]-Kodexes [IV F 38 a] in der Florus-Texttradition», *Aevum* 66 [1992], 137-146), remitimos a los interesados a los volúmenes correspondientes a los años 1991 y siguientes de *L'Année Philologique* y al capítulo XI.

LIBRO I

SINOPSIS

1

Etapa de los siete reyes a partir de Rómulo

El pueblo romano[1] llevó a cabo [**Pról.**] tantas hazañas, desde el rey Rómulo hasta César Augusto, a lo largo de 700 años, en la paz y en la guerra, que, si se compara la grandeza de su poder con sus años de existencia, se creería que su edad es mucho mayor. Extendió sus ejércitos con tanta amplitud por [2] el orbe de la tierra que quienes leen sus gestas aprenden la Historia no de este pueblo únicamente, sino de todo el género humano. En tantas fatigas y peligros se vió inmerso que parece que el Valor y la Fortuna rivalizaron para crear su Imperio. Por ello, aunque la finalidad principal de la obra es [3] conocer todo esto, no obstante, puesto que su propia magnitud se presenta como un obstáculo para ello y la diversidad de los acontecimientos desborda la captación del proyecto, haré lo que acostumbran quienes dibujan mapas: englobaré toda su imagen como en un pequeño cuadro, para arrastrar no poco, según espero, a la admiración del pueblo soberano si, al tiempo y de una sola vez, logro mostrar toda su grandeza.

[4] De hecho, si se considera al pueblo romano como un hombre y se examina toda su vida, cómo nació y creció, cómo llegó, por así decirlo, a una cierta sazón de juventud, de qué forma después alcanzó su vejez, se encontrarían [5] cuatro etapas en su proceso: la primera época de su vida, bajo los reyes, duró casi doscientos cincuenta años[2] en los que luchó con sus convecinos en torno a la propia Ciudad. [6] Tal sería su infancia. La siguiente, desde el consulado de Bruto y Colatino hasta el de Apio Claudio y Marco Fulvio, abarca doscientos cincuenta años[3] en los que sometió Italia. Fue éste un período de extraordinario empuje por sus hombres valientes y sus ejércitos y, por tanto, se podría [7] denominar su adolescencia. Luego, hasta César Augusto, transcurrieron doscientos años en los que pacificó todo el orbe. Aquí se advierte ya la juventud del Imperio [8] y, por así decirlo, su sólida madurez. Desde César Augusto hasta nuestro siglo han transcurrido no menos de doscientos años, en los que, por así decirlo, empezó a envejecer y se arrugó[4] por la indolencia de los Césares, hasta que bajo el reinado de Trajano movió sus yertos miembros y, contra la esperanza de todos, la senectud del Imperio comienza a reverdecer de nuevo como si se le hubiese devuelto la juventud.

El primer fundador de la Ciudad y el Imperio[5] fue Rómulo, [**I 1**] hijo de Marte y Rea Silvia; la propia sacerdotisa [2] lo confesó al encontrarse embarazada y el rumor público no lo dudo después, cuando, arrojado a la corriente junto con su hermano Remo por orden del rey Amulio, no pudo ser aniquilado, puesto que el dios Tiberino[6] contuvo el caudal [3] del río[7] y, al reclamo de sus llantos, una loba, dejando abandonados sus cachorros, ofreció sus ubres a los niños y se comportó como una madre. Al encontrarlos así junto a un árbol, Fáustulo, pastor de los rebaños del rey, los llevó a su choza y los educó. Alba, creación de Julo[8], era entonces la [4] capital del Lacio, pues éste había despreciado la ciudad de Lavinio[9] de su padre Eneas. Descendiente de ellos, ya en su

séptimo año[10], reinaba Amulio, tras haber expulsado a su hermano Numitor[11], de cuya hija había nacido Rómulo. [5] Inmediatamente, con el primer ardor de la juventud, arroja a su tío de la fortaleza y repone a su abuelo. Mas él, amante del río y los montes entre los que se había educado, meditaba [6] alzar los muros de una nueva ciudad[12]. Eran gemelos; decidieron que los dioses decretaran cuál de los dos debía tomar los auspicios[13] y reinar. Remo ocupa el monte Aventino, Rómulo el Palatino; aquél, el primero, ve seis buitres; éste después, pero doce. Vencedor, en consecuencia, por el [7] augurio erige la Ciudad, confiado en que iba a ser belicosa[14]: lo garantizaban estas aves sanguinarias y rapaces. Para la [8] custodia de la nueva Ciudad parecía bastar un foso; al burlar con un salto su estrechez, Remo fue muerto, no se sabe si por orden de su hermano; realmente, fue la primera víctima y con su propia sangre consagró la fortificación de la ciudad nueva.

Había creado la imagen de una ciudad más que una ciudad: faltaban sus habitantes. Había en la proximidades un [9] bosque sagrado; lo convierte en lugar de asilo y de inmediato acude un sorprendente número de hombres: pastores latinos y etruscos, algunos, incluso, de allende los mares: frigios que habían arribado a las órdenes de Eneas, arcadios, a las de Evandro. De esta forma, de varios elementos, por así decirlo, él reunió un cuerpo único y creó al pueblo romano; un pueblo de hombres no podía durar más de una sola generación: [10] en consecuencia, se solicitaron esposas de los pueblos vecinos. Puesto que no se obtenían con ruegos, se lograron por la fuerza: con el pretexto de unos juegos ecuestres[15], se raptó a las doncellas que habían acudido a ver el espectáculo, lo que de inmediato motivó la guerra. Los habitantes de Veyos fueron rechazados y puestos en fuga; [11] la ciudad de Cenina capturada y destruida; además, con sus propias manos el rey ofreció a Júpiter Feretrio[16] los despojos opimos de su soberano Agrón[17]. Las puertas fueron traidoramente franqueadas a los sabinos[18] por una doncella [12] denominada Tarpeya[19]; y sin trampa, ya que, al haber requerido la muchacha como pago de su acción lo que portaban en su mano izquierda —no está claro si sus escudos o sus brazaletes—, para mantener su palabra y castigarla, la [13] aplastaron bajo sus escudos[20]. Introducidos de esta forma los enemigos dentro de las murallas se entabló en el mismo Foro[21] un combate tan atroz que Rómulo suplicó a Júpiter que detuviera la vergonzosa fuga de los suyos; de ahí el templo y la advocación de Júpiter *Stator*[22]. Finalmente, las [14] mujeres raptadas, mesándose los cabellos, se pusieron en medio de los enfurecidos combatientes. Establecida así la paz con Tacio[23] y firmada una alianza, siguió, a continuación, un hecho admirable de exponer: los enemigos, tras abandonar sus propias moradas, partieron hacia la nueva ciudad y compartieron con sus yernos, a modo de dote, sus recursos patrios. Acrecidas en breve espacio sus fuerzas, el [15] sapientísimo rey implantó esta organización del estado: la juventud dividida en tribus[24] en caballería e infantería atendía los ataques imprevistos, mientras el asesoramiento del Estado quedaba en manos de los ancianos que, por su autoridad, recibieron el nombre de Padres y en razón de su edad, [16] Senado[25]. Tras haberlo dejado así dispuesto, de

repente, mientras celebraba una asamblea ante la Ciudad, junto a la [17] laguna de la Cabra, desapareció de su vista. Algunos opinan que fue despedazado por el Senado a causa de su naturaleza en exceso cruel, pero la tempestad y el eclipse de sol mostraron [18] que se trataba de una apoteosis; de ella dio fe, luego, Julio Próculo, al asegurar que Rómulo se le había aparecido con un aspecto más majestuoso del que había tenido; ordenaba, además, que lo contaran entre las deidades; que en el cielo se le denominaba Quirino[26] y los dioses habían decretado que Roma llegara a ser la dueña del mundo.

Sucede a Rómulo Numa Pompilio, a quien recurrieron [**I 2**] espontáneamente, pese a que vivía en Cures, ciudad de los sabinos, a causa de su reconocida religiosidad. El nos enseñó los ritos y ceremonias, y todo el culto de los dioses inmortales; él (instituyó) los pontífices, augures, salios y demás colegios [2] sacerdotales, y fijó la distribución del año en doce meses, [3] con sus días fastos y nefastos; él nos entregó los escudos sagrados y el Paladión[27] —especie de prendas secretas del poder—, el bifronte Jano[28] —testimonio de guerra y paz— y, especialmente, el fuego de Vesta para que lo alimentaran las doncellas[29], de modo que, a semejanza de las estrellas celestes, su llama, custodia del poder, se mantuviera vigilante; todo ello lo llevó a cabo como si se lo hubiera aconsejado la diosa Egeria[30], para que aquellos bárbaros[31] lo admitieran [4] mejor. En definitiva, obligó a un pueblo fiero a que el dominio que había adquirido por la violencia y el desafuero lo gobernara de acuerdo con la religión y la justicia. [**I 3**] Viene tras Numa Pompilio, Tulo Hostilio, a quien se le concedió el reino espontáneamente en homenaje a su valor; [2] instauró toda la disciplina militar y el arte de la guerra; y así, con la juventud entrenada en grado sumo, se atrevió a incitar a los albanos, pueblo poderoso y durante largo tiempo [3] soberano. Pero, como, al poseer una fuerza semejante, ambos quedasen mermados por los frecuentes enfrentamientos, el destino de cada pueblo, en un combate entablado para abreviar, se confió a los Horacios y Curiacios, hermanos [4] trillizos de ambos bandos; indecisa y hermosa contienda, y digna de admirar en su propio desenlace, pues, heridos tres de aquéllos y muertos dos de éstos, el Horacio superviviente, con un ardid añadido al valor, simula la huida para distraer al enemigo y, tras arremeter contra cada uno, según [5] habían sido capaces de seguirle, triunfa plenamente. De esta forma —raro honor, por otra parte—, gracias a la mano de un solo hombre se obtuvo la victoria que, a poco, infamó con un parricido: había visto a su lado a su hermana que lloraba los despojos de quien era, ciertamente, su prometido, pero un enemigo. Castigó con la espada tan inoportuno amor de la doncella. La justicia lo declararó culpable, pero su [6] valor borró al parricida y el crimen resultó inferior a la gloria. Por lo demás, no mantuvo su palabra durante largo tiempo el pueblo albano. Pues, al ser enviados como refuerzo —de acuerdo con la alianza— en la guerra contra Fidenas[32], aguardaron la decisión de la Fortuna manteniéndose equívocos entre ambos bandos. Mas el astuto rey, al ver a [7] sus aliados inclinarse hacia el enemigo, levanta los ánimos, como si él mismo lo hubiese ordenado: de ahí la esperanza para los nuestros y el miedo para los contrarios; así se frustró el fraude de los traidores. Una vez vencido el enemigo[33], [8] hizo descoyuntar al violador del tratado, Meto Fufecio, atado a dos carros tirados de veloces caballos, y asoló

la propia Alba que, aun siendo su metrópoli, era su rival a pesar de todo, no sin antes haber trasladado todos los recursos de la [9] urbe y a sus propios habitantes a Roma, de modo que parecía que no había perecido una ciudad[34] de la misma sangre sino que se había reintegrado de nuevo a su propio cuerpo.

[**I 4**] Reina, luego, Anco Marcio, nieto, por su hija, de Pompilio, [2] y de pareja índole. Rodeó con un muro las construcciones, levantó un puente sobre el Tíber que atravesaba la Ciudad y fundó la colonia de Ostia en la confluencia del mar y el río, presintiendo, ya en ese instante, que las riquezas y los recursos del mundo entero iban a recibirse en aquella especie de refugio marítimo de la Ciudad.

[**I 5**] Después, pese a su ascendencia transmarina, obtuvo el reino Tarquino el Antiguo[35] —quien lo requirió expresamente —, gracias a su trabajo y distinción, pues, oriundo de Corinto[36] había sabido combinar el talento griego con las [2] habilidades itálicas. Acrecentó la majestad del Senado y amplió las tribus con centurias en la medida en que Atio Nevio, varón insigne por su capacidad augural, prohibía [3] aumentar el número de aquéllas[37]; a éste le preguntó el rey, para probarle, si podría realizarse lo que él había imaginado en su mente; aquél, que conocía la cuestión por su poder [4] augural, respondió que era posible. «Pensaba», replicó, «si podría hendir aquella roca con un cuchillo»; y el augur[38] le contestó: «Puedes, por supuesto»; y la hendió. De ahí que lo consagrado por los augurios sea inviolable para los romanos. Por lo demás, no fue Tarquino menos diligente en la [5] paz que en la guerra: sometió a los doce pueblos de Etruria tras frecuentes incursiones; de allí proceden las fasces, las trábeas, las sillas curules, los anillos, las faleras, los mantos escarlatas y las pretextas[39]; de allí, la celebración del triunfo [6] en un carro áureo tirado por cuatro caballos, las togas coloreadas y las túnicas bordadas con palmas[40]; en síntesis, todos los adornos y emblemas gracias a los cuales la dignidad del poder adquiere prestancia.

[**I 6**] A continuación tomó el timón de la Ciudad Servio Tulio, sin que se lo impidiera la oscuridad de su linaje, aunque [2] había nacido de madre esclava; de hecho, la esposa de Tarquino, Tanaquil, había educado sus sobresalientes dotes naturales al modo de un hombre libre, y una llama descubierta en torno a su cabeza había profetizado que iba a ser ilustre. Por tanto, tras haber sido nombrado como sustituto del rey, como si fuera provisionalmente mientras se producía la muerte de Tarquino, gracias al esfuerzo de la reina, gobernó con tanta aplicación el reino, dolosamente obtenido, [3] que parecía haberlo adquirido de forma legal. Por él fue inscrito el pueblo Romano en el censo, dividido en clases[41] y distribuido en decurias[42] y colegios[43]; por medio del extraordinario talento del rey se organizó de tal manera el Estado que todas las diferencias en el patrimonio, las magistraturas, la edad, las artes y oficios, quedaron registradas; de esta forma, la más importante de las ciudades pudo guardarse con la diligencia de la menor de las moradas.

El último de todos los reyes fue Tarquino, al que por su [**I 7**] conducta se dió el sobrenombre de Soberbio. Éste prefirió [2] arrebatar el reino de sus antepasados, que era gobernado por Servio, a esperarlo, y, tras enviar contra aquél sus sicarios, no ejerció el

poder, obtenido por medio de un crimen, mejor de lo que lo había conseguido. Tampoco desdecía de sus [3] costumbres su esposa Tulia, quien, a modo de saludo a su marido al convertirse en rey, subida en un carruaje, condujo los espantados caballos por encima de su ensangrentado padre. Aquél, por su parte, tras agotar su saña en la Ciudad, [4] después de haber masacrado al Senado con ejecuciones, a la plebe con azotes, a todos con la soberbia —más opresora que la crueldad para los hombres dignos—, se volvió, por fin, contra los enemigos: se capturaron las sólidas fortalezas [5] del Lacio, Ardea[44], Ocrícolo[45], Gabio[46] y Suesa Pomecia. [6] Entonces se ensañó, incluso, contra los suyos; de hecho, ni siquiera dudó en flagelar a su hijo para que le diesen crédito [7] los enemigos cuando se simuló tránsfuga; a éste, que, una vez acogido por los Gabios de acuerdo con sus deseos, le consultaba por medio de mensajeros qué deseaba que hiciera, le respondió sólamente —¡qué soberbia! — sacudiendo con una verga las flores más sobresalientes de unas —por azar— amapolas, con la pretensión de que comprendiese por medio de este ejemplo que los principales de la ciudad debían ser asesinados[47]. Erigió un templo[48] con el botín de [8] las ciudades capturadas: al ser inaugurado, mientras las restantes divinidades admitían su retirada —hecho admirable de exponer—, la diosa Juventud y el dios Término se mantuvieron [9] firmes; agradó a los vates el tesón de las deidades, puesto que garantizaba que todo iba a mantenerse estable y eterno. Pero produjo un superior espanto que los constructores del templo encontraran una cabeza humana entre los cimientos y nadie dudó que el admirabilísimo prodigio auguraba que iba a convertirse en sede del Imperio y capital del mundo. El pueblo Romano soportó la soberbia del rey [10] mientras no hubo lujuria; tal insolencia por parte de sus hijos [11] no pudo tolerarla: al haber violado uno de ellos a Lucrecia, mujer extraordinariamente distinguida, la matrona limpió su vergüenza con el puñal. El poder de los reyes quedó abolido.

2

Recapitulación de los siete reyes

Esta es la primera edad del [**I 8**] pueblo Romano y, por así decirlo, su infancia, que transcurrió bajo siete reyes, de tan diferente naturaleza por empeño de los hados, cual requería la organización y necesidad del Estado. Realmente, ¿quién más impetuoso que Rómulo? Se necesitó [2] de un hombre tal para construir un reino. ¿Quién [3] más religioso que Numa? Así lo requirió la situación para que un pueblo fiero quedara suavizado por el temor a los dioses. En cuanto a Tulo, el famoso artífice [4] del ejército, ¿quién más necesario para unos hombres belicosos, para acrisolar su valor con la prudencia, o que el constructor Anco, para ampliar la Ciudad con una colonia, enlazarla con un puente, protegerla con un muralla? En cuanto a los ornamentos de Tarquino y sus [5] emblemas, ¡cuánta majestad añadieron al pueblo soberano por su propia apariencia! El censo elaborado por [6] Servio, ¿logró otra cosa, sino que el propio Estado romano se conociera a sí mismo? Por último, la insolente [7] tiranía de aquel Soberbio sirvió no

poco, antes al contrario infinitamente, pues obró de tal manera que el pueblo, exacerbado por sus ofensas, ardió en deseos de libertad.

3

Sobre el cambio de sistema político

[**I 9**] Así pues, bajo el caudillaje e iniciativa de Bruto y Colatino, a quienes la noble matrona moribunda había encomendado su venganza, el pueblo Romano, como impelido por inspiración divina a defender su libertad y vengar la ofensa de su honor, destituye prestamente al rey, saquea sus bienes, consagra su dominio al dios Marte y transfiere el poder a quienes le habían devuelto la libertad, si bien modificando sus [2] prerrogativas y designación: decidió que su postestad, en vez de perpetua, fuera anual, y compartida, en lugar de personal, de modo que no se corrompiese por su carácter unipersonal ni por la duración; y los denominó cónsules, en lugar de reyes, para que recordasen que debían velar por sus [3] conciudadanos[49]. Tan extraordinario contento se había producido a causa de la recién adquirida libertad que, apenas se tuvo la seguridad del cambio de situación, se arrojó de la ciudad a uno de los dos cónsules, el marido de Lucrecia, después de haberle desposeído de su cargo, tan sólo por el [4] hecho de que su nombre y su linaje era el de los reyes. Su sustituto, Horacio Publícola, puso sumo afán en acrecentar la majestad del pueblo libre: en honor suyo abatió las fasces ante la asamblea, le concedió el derecho de apelación contra sus propias decisiones, y, con el fin de no ofenderle con el aspecto de fortaleza de su morada que sobresalía por encima del resto, la trasladó a la planicie. Por su parte, Bruto se [5] atrajó también el favor del pueblo por la extinción de su casa y el parricidio, pues, al descubrir que sus propios hijos intentaban hacer regresar de nuevo a los reyes a la Ciudad, los arrastró al foro, y azotó y ejecutó con el hacha ante la multitud, de modo que quedara verdaderamente patente que, cual padre de la patria, había adoptado al pueblo como hijo.

Libre ya a partir de este momento, el pueblo Romano tomó [6] sus primeras armas para defender su libertad contra los extraños; luego, en defensa de sus límites; a continuación, de sus aliados; finalmente, por la gloria y el Imperio, puesto que todos sus vecinos lo hostigaban sin pausa por doquier; de hecho, [7] al no poseer porción alguna de tierra en patrimonio, sino un pomerio tras el cual se encontraba inmediatamente el enemigo, y hallarse situado, como en una encrucijada, entre el Lacio y los etruscos, venía a dar con el enemigo por todas sus puertas; hasta que, por una especie de contagio, se pasó de [8] uno a otro y, con la derrota de los más cercanos, consiguieron someter a su dominio a toda Italia.

4

Guerra Contra los etruscos y su rey Porsena

Una vez expulsados de la Ciudad [**I 10**] los reyes, tomó sus primeras armas por la

libertad. Porsena, rey de los etruscos[50], se acercaba a sus puertas con crecida hueste y pretendía restablecer a los Tarquinos [2] por la fuerza. Aun cuando éste los hostigaba con las armas y el hambre y, tras ocupar el Janículo, ya se introducía en la Ciudad, a pesar de todo el pueblo Romano lo contuvo, repelió y abatió, por fin, con tanta admiración que acuñó voluntariamente, aun siendo superior, un tratado de amistad con [3] un enemigo ya casi vencido. En ese momento se dieron aquellos tres portentos prodigiosos del nombre romano, Horacio, Mucio, Clelia que, de no figurar en los Anales, hoy [4] parecerían fábulas; Horacio Cocles, puesto que no pudo desembarazarse él solo de los enemigos que lo acosaban por todas partes, hundió el puente y cruzó a nado el Tíber sin [5] abandonar sus armas. Mucio Escévola ataca al rey en su propio campamento con una añagaza; pero, cuando es apresado, al frustarse su ataque que recae en alguien del séquito revestido de púrpura, introduce su mano[51] en el fuego ardiente [6] y duplica con el engaño el pavor: «Mira» —dice—, «para que sepas de qué clase de hombre has escapado; lo mismo hemos jurado trescientos». Mientras él — resulta increíble decirlo — permanece impertérrito, aquél tiembla [7] como si ardiese su propia mano real. Realmente, así se comportaron los hombres; mas, para que no quedara privado de alabanza uno de los sexos, he aquí también el valor de las doncellas: Clelia, una de las rehenes entregadas al rey, sustrayéndose a la vigilancia, intentaba cruzar a caballo su [8] río patrio. El rey, verdaderamente sobrecogido por tantas y tan impresionantes muestras de valor, decidió que vivieran en paz y libres[52]. A pesar de todo, los Tarquinos combatieron durante largo tiempo, hasta que, después de herirse mutuamente, Bruto mató con su propia mano a Arruncio[53], hijo del rey, y cayó muerto sobre él, como si pretendiera perseguir al adúltero hasta el Infierno.

5

Guerra contra los latinos

También los latinos apoyaban a [**I 11**] los Tarquinos por rivalidad y envidia, para que el pueblo que dominaba en el exterior, al menos en el interior quedara reducido a la esclavitud. Así pues, a las órdenes de Mamilio Tusculano[54], el Lacio entero se alzó con el pretexto de vengar al rey. Se luchó durante [2] largo tiempo junto al Lago Regilo[55] con resultado vario, hasta que el propio dictador[56] Postumio lanzó una enseña contra el enemigo —nuevo y destacable ardid— para que [3] fuera rescatada de allí[57]. El comandante de caballería, Coso, ordenó quitar los bocados de los caballos —otra novedad—, [4] para que la acometida resultara más violenta[58]. La dureza del combate fue tal que la tradición nos ha transmitido que los dioses participaron en el espectáculo: dos jóvenes montados en blancos caballos cruzaron el firmamento como estrellas fugaces; nadie dudó de que fueran Cástor y Pólux[59]. Por tanto, el propio general les suplicó y, haciendo un voto por la victoria, les prometió un templo; y cumplió lo prometido, como si en verdad se tratara del salario para los dioses que habían sido sus

compañeros de armas.

Hasta este momento se luchó por la libertad; luego, con [5] estos mismos latinos, sin pausa y sin tregua, por las fronteras. Fueron motivo de espanto Cora —¡quién lo creería!— [6] y Alsio[60]; y objeto de expedición de conquista Sátrico[61] y Cornícolo. Me avergüenza hablar de Verola y Bovila[62], pero triunfamos. Tras la ceremonia solemne de los votos en el [7] Capitolio[63], se atacaban Tívoli[64], hoy suburbio de la ciudad, [8] y Preneste, delicioso lugar para el estío[65]. Igual fue entonces Fésula que recientemente Carras[66]; igual el bosque de Aricia[67] que la selva Hercinia[68]; Fregelas[69] que Gesoriaco;el [9] Tíber que el Éufrates. Incluso la derrota de Coriolo —¡qué vergüenza!— fue objeto de tal gloria que, tras la captura de la ciudad, Gneo Marcio Coriolano se asignó su sobrenombre como si se hubiese tratado de Numancia o África[70]. Quedan [10] también los despojos obtenidos de Ancio[71] que Menio[72] suspendió de la tribuna del Foro después de apoderarse de la escuadra enemiga —si aquella podía denominarse escuadra, pues la componían seis naves provistas de espolones[73]—; pero tal número en aquellos momentos iniciales supuso un combate naval. Con todo, los más contumaces de los latinos [11] fueron los ecuos y los volscos, enemigos, por así decirlo, cotidianos; sin embargo, los sometió especialmente Tito [12] Quincio, aquel dictador arrancado del arado que salvó con su egregio valor el campamento sitiado, ya casi capturado, del cónsul Manilio[74]. Mediada estaba la sementera cuando [13] el lictor sorprendió al patricio que, doblado sobre su arado, se encontraba ocupado en su tarea agrícola; dirigiéndose de allí a la lucha, después de vencerlos, para no dejar de imitar las labores del campo, los sometió al yugo a modo de animales. [14] Finalizada así la expedición, el labrador regresó de nuevo triunfante, con qué extraordinaria rapidez —¡dioses!—, [15] a sus bueyes: en un espacio de quince días empezó y concluyó la guerra, de modo que parecía, sencillamente, que el dictador se había dado prisa para dedicarse a la tarea que le quedaba.

6

Guerra contra los etruscos, faliscos, veyentes y fidenates

[**I 12**] Enemigos, en verdad pertinaces y habituales cada año, procedentes de Etruria, fueron los habitantes de Veyos; hasta tal punto que la familia de los Fabios, ella sola, llegó a lanzar contra ellos una tropa extraordinaria, y llevó a cabo una [2] guerra privada[75]. La derrota resultó más que merecida[76]; junto a Crémera fueron masacrados trescientos: el ejército patricio; así, con el nombre de «maldita», se conoce la puerta [3] que los vió partir hacia el combate[77]. Pero tal derrota quedó expiada con ingentes victorias una vez que sus más sólidas ciudades fueron capturadas por diferentes generales, si bien con vario desenlace: los faliscos se entregaron por su [4] propia voluntad[78]; Fidenas[79] se consumió en un fuego que ella misma había provocado; los

habitantes de Veyos fueron saqueados a fondo y aniquilados. Durante el asedio de los [5] faliscos pudo observarse la admirable integridad de nuestro general, puesto que voluntariamente les devolvió, atado, a un maestro de escuela, traidor a su ciudad, con los niños que se había llevado consigo; pues este hombre digno y sabio [6] tenía conciencia de que sólo es auténtica la victoria que se obtiene sin menoscabo del honor y con la dignidad intacta. [7] Fidenas, dado que no poseía un potencial militar equiparable, se había lanzado a promover el pánico armada con teas y cintas de diferentes colores en forma de serpientes como las Furias; pero aquel fúnebre[80] atavío fue el presagio de su propia destrucción. Cuán importante fue la hazaña de Veyos [8] lo demuestra el hecho de que su asedio durara diez años[81]; en esa ocasión, por primera vez, se pasó un invierno bajo las tiendas de pieles[82]; se fijó un estipendio para una campaña invernal[83] y el ejército se vió impelido por su propia voluntad a jurar solemnemente que no regresaría a Roma hasta no [9] haber capturado la ciudad. Los despojos de su rey Lars Tolumnio[84] fueron transportados en triunfo hasta el templo de Júpiter Feretrio. Por último, no se concluyó la destrucción de la ciudad gracias a un asalto con escalas o una entrada [10] violenta, sino a un pasadizo y vericuetos subterráneos; tal fue el volumen del botín que se envió la décima parte a Apolo Pitio y la totalidad del pueblo romano fue convocada [11] al saqueo de la ciudad. Tales eran entonces los habitantes de Veyos; ahora, ¿quién recuerda que existieron? ¿Qué restos o qué huella queda? La garantía que nos ofrecen los Anales consigue, con dificultad, hacemos creer que la ciudad de Veyos ha existido.

7

Guerra contra los galos

[**I 13**] Este avance, extraordinariamente rápido, de la conquista progresiva, se interrumpió momentáneamente, fuera por envidia de los dioses o por el destino, debido a la incursión de los [2] galos senones[85]. No se sabe con seguridad si para el pueblo Romano esos momentos resultaron más funestos por la derrota [3] o más brillantes por las muestras de valor: fue tal la magnitud del desastre que se podría creer inferido por inspiración divina para probarles, por el deseo de los dioses inmortales de conocer si el valor de Roma era digno de dominar el mundo.

Los galos senones, pueblo de fiera índole y rudas costumbres, [4] fueron tan terribles, además de por el propio tamaño de sus cuerpos por sus enormes armas, en una palabra, por todo, que realmente parecía que habían nacido para matar hombres y asolar ciudades. Éstos, que en un momento [5] dado habían partido en ingente horda desde los últimos confines de la tierra y del circundante océano, una vez que hubieron devastado ya las regiones que encontraron a su paso, tras haber asentado sus reales entre los Alpes y el Po, sin contentarse siquiera con ellas, atropellaban[86] Italia con sus correrías. En ese momento sitiaban la ciudad de Clusio[87]; el [6] pueblo romano intervino en defensa de sus aliados y federados; se enviaron legados de acuerdo con el procedimiento acostumbrado;

mas, ¿qué ley existe entre los bárbaros?[88]. Se [7] comportan con demasiada fiereza, y de ahí el conflicto. Cuando volvían de Clusio y marchaban a Roma el cónsul Fabio[89] les salió al encuentro con su ejército junto al río Alia; difícilmente podrá haber derrota más vergonzosa; en [8] consecuencia, Roma consideró ese día infausto[90]. Tras el descalabro del ejército, se encontraban ya junto a los muros [9] de la ciudad. No había defensas. Entonces, como nunca, quedó patente el verdadero valor romano. En primer lugar, los de mayor edad, revestidos de los ropajes propios de su dignidad, se reunen junto al Foro; allí, pronunciando el pontífice la fórmula oficial de la «entrega»[91], se consagran a [10] los dioses Manes, y, retomando prestamente cada cual a su morada, vestidos como estaban, con las trábeas y sus mejores galas, se sientan en las sillas curules para, cuando el enemigo llegara, perecer todos con los distintivos de su cargo [11][92]. Los pontífices y sacerdotes ocultan lo más valioso de los templos, parte dentro de unas vasijas en una hoqedad excavada en la tierra, y parte, cargado en carretas, lo conducen [12] a Veyos. Al tiempo, las vírgenes sacerdotisas de Vesta[93], descalzas, acompañan en su huida a los objetos sagrados. Refiérese, no obstante, que recogió a las fugitivas un plebeyo, Albinio[94], que, tras hacer descender a su esposa e hijos, hizo subir a las doncellas a su carreta[95]; hasta tal punto entonces, incluso en una situación límite, la religión del Estado prevalecía sobre los afectos privados.

La juventud, por su parte, compuesta apenas —según [13] consta fehacientemente — de mil hombres, a las órdenes de Manlio se asentó sobre la ciudadela del monte Capitolino conjurando al propio Júpiter, como si estuviera presente, a que, del mismo modo que ellos habían corrido a defender su templo, él debía proteger su valor con su poder sagrado. Entretanto, los Galos llegaban a las puertas de la Ciudad y, [14] al verla abierta, temerosos en principio de que les sorprenda una añagaza, cuando advierten que el lugar esta desierto, la asaltan con tanto griterío como violencia. Penetran por doquier en las casas abiertas. Allí, reverenciando, cual dioses o genios[96], a los ancianos que revestidos con la pretexta, permanecían sentados en sus sillas curules, luego, una vez ya fuera de duda que eran hombres —que, por lo demás, no se habían dignado responder una sola palabra[97]—, con idéntica demencia los inmolan[98], arrojan teas a los tejados y arrasan la Ciudad entera con fuego, hierro o las propias manos. [15] Durante seis meses —¡quién lo creería!— los bárbaros permanecieron pendientes de un solo monte, y recurrieron a todo, no sólo de día sino también de noche; cuando, en una de ellas, trataban de escalarlo, Manlio[99], alertado por el graznido de un ganso, los arrojó desde la cima de la roca y, para arrebatar la esperanza al enemigo, aunque se encontraban asediados por el hambre más pertinaz, no obstante, aparentando [16] seguridad, hizo arrojar panes desde la fotaleza. Y desde ella, el día fijado, envió al pontífice Fabio por entre las líneas enemigas para ofrecer un solemne sacrificio en la colina del Quirinal[100]. Éste regresó sano y salvo gracias al auxilio del cielo, tras haber cruzado entre los dardos de los enemigos, con el anuncio de que los dioses les eran propicios. [17] Por fin, cuando los bárbaros, agotados por su propio asedio, pretendían vender su marcha por mil libras

de oro — incluso con insolencia, puesto que, además de la estafa en la balanza en la que habían añadido hasta el peso de una espada, les increparon « ¡Ay de los vencidos !»[101] —, Camilo[102], atacándoles por sorpresa por la espalda, los aniquiló de tal forma que borró con un baño de sangre gala todo vestigio de sus incendios. Hay que agradecer a los dioses inmortales [18] la excusa que tan gran derrota ofreció: aquel fuego se llevó consigo las casas de pastores y su llama, la pobreza de Rómulo. ¿Qué otra cosa logró aquel incendio, a no ser que la Ciudad destinada a ser residencia de hombres y dioses, en lugar de destruida o arruinada, quedara más bien limpia y purificada? De hecho, después de haber sido defendida por [19] Manlio y restablecida por Camilo se alzó con más vigor y vehemencia contra sus vecinos.

8

Guerras contra los galos

Antes que nada, no contento con haber expulsado de sus muros a este famoso pueblo galo, mientras arrastraba por toda Italia los restos de su propio naufragio, lo persiguió a las órdenes de Camilo de tal suerte que hoy no queda huella alguna de los senones. La primera vez fueron abatidos junto [20] al Anio, cuando, en combate individual, Manlio arrebató a un bárbaro de entre los restos del botín un collar de oro — de ahí el sobrenombre de Torcuato[103]—; por segunda, en territorio Pontino, cuando, en parecida contienda, Valerio, con la ayuda de un ave sagrada posada sobre el yelmo, se apoderó [21] de sus despojos —de ahí el de 'Corvino'[104]—. Y no muchos años después, Dolabela exterminó todos sus restos en Etruria, junto al lago Vadimón[105], para que no quedara vivo de este pueblo nadie que pudiera gloriarse de haber incendiado la Ciudad de Roma.

9

Guerra contra los latinos

[**I 14**] Tras su lucha con los galos, en el consulado de Manlio Torcuato y Decio Mus, se volvió contra los latinos[106] —siempre enemigos nuestros a causa de la rivalidad para obtener la supremacía del poder, pero especialmente en ese momento por el desprecio que sentían hacia una ciudad incendiada—, cuando solicitaron el derecho de ciudadanía y compartir el poder y las magistraturas, y se atrevieron nada menos que a [2] enfrentársenos. ¿Quién podrá admirarse de que en esa ocasión el enemigo se retirase cuando uno de los cónsules llegó a ejecutar a su propio hijo por haber combatido contra sus órdenes —pese a ser el vencedor—, y demostró que el respeto al mando era más importante que el triunfo[107]; y el otro, [3] como por consejo divino, tras velarse la cabeza se entregó a los Manes en la primera línea del combate para, arrojándose contra los densísimos dardos enemigos, abrir con la huella de su sangre un nuevo camino para la

victoria[108]?

10

Guerra contra los sabinos

De los latinos volvióse contra el [**I 15**] pueblo sabino que, sin recordar el lazo familiar establecido bajo T. Tacio, por una especie de contagio de la guerra se habían sumado a los latinos. Pero en el consulado de Curión Dentado[109] quedó devastado [2] a hierro y fuego todo el territorio por donde corren el Nar, el Anio y las fuentes Velinas, hasta el mar Adriático; [3] con esta victoria quedó sometido a nuestro poder tal número de hombres y territorios que ni el propio vencedor podía evaluar cuál de los dos era más importante[110].

11

Guerra contra los samnitas

[**I 16**] Movido, a continuación, por las súplicas de la Campania, invadió a los samnitas, no en razón de sus intereses, sino, más admirable que eso, [2] en defensa de sus aliados. Se había firmado un tratado con ambos, pero los campanos lo hicieron más sagrado y de mayor categoría al haberles hecho entrega de toda posesión; en consecuencia, pues, el pueblo Romano sostuvo la guerra samnítica como propia.

[3] La región de Campania es la más hermosa no sólo de todas las regiones de Italia, sino de todo el orbe terrestre; nada más suave que su clima: florece en una doble primavera; nada más feraz que su suelo: por ello se habla de la rivalidad [4] de Líber y Ceres[111]; nada más hospitalario que su mar: aquí se encuentran los famosos puertos de Gaeta, Miseno, Bayas —de templadas fuentes[112]—, Lucrino y Averno, donde se remansa el mar; aquí se yerguen los montes Gauro, [5] Falerno y Másico[113], cubiertos de vides, y el más hermoso de todos, el Vesubio, émulo del fuego del Etna[114]; junto [6] al mar, las ciudades de Formia[115], Cumas, Puteolo, Nápoles, Herculano, Pompeya[116] y la propia capital, Capua[117], considerada en otro tiempo, con Roma y Cartago[118], entre las tres más importantes. En defensa de esta ciudad, de estas regiones, [7] el pueblo romano invadió a los samnitas, gente, si se inquiere por su riqueza, acicalada hasta la ostentación con armas de oro y plata y atavíos de diferentes colores; si por su falacia, que arteramente se emboscaba en los bosques y los montes; si por su fiereza y vesania, obligado por sus juramentos sagrados y los sacrificios humanos hasta destruir la Ciudad; si por su contumacia, más osada por haber quebrantado en seis ocasiones el tratado y por las derrotas sufridas. Pese a todo, gracias a los Fabios y Papirios, padres e [8] hijos, de tal forma logró someterlos y domeñarlos en cincuenta años[119], de tal forma borró las propias ruinas de la ciudad, que en la actualidad se busca al Samnio en el propio Samnio

sin que pueda hallarse con facilidad la razón de los [9] veinticuatro triunfos celebrados. Con todo, en el consulado de Veturio y Vortumio[120] le fue infligida por ese pueblo una derrota especialmente conocida y famosa junto a las [10] Horcas Caudinas[121]: encerrado el ejército por una emboscada en un desfiladero de donde no podía escapar, el jefe enemigo, Poncio, sorprendido al ofrecérsele tal oportunidad, consultó a su padre Herenio. Aunque éste, de mayor sabiduría por su mayor edad, le había aconsejado que perdonara o matara a todos, aquél prefirió hacerlos pasar bajo el yugo [11] despojados de sus armas, de modo que el favor no les convirtió en amigos, pero sí la afrenta en enemigos más encarnizados. En consecuencia, los cónsules borran de inmediato [12] magníficamente la infamia del tratado con una entrega voluntaria, y el ejército, a las órdenes de Papirio, clamando venganza y —horrible es exponerlo—, con las espadas desenvainadas, estalla de cólera en el propio trayecto antes de la lucha; en el combate —garante es el propio enemigo— los ojos de todos despedían llamas. No se dio fin a la masacre hasta que los enemigos y su general en jefe, una vez capturados, fueron uncidos de nuevo al yugo[122].

12

Guerra contra los etruscos samnitas y galos

Hasta aquí combatió con pueblos [**I 17**] de uno en uno; después, en coalición; pero, incluso así, se mostró a la altura de todos. Doce poblaciones etruscas, los umbros —el pueblo más antiguo de Italia—, sin roces hasta este momento con nosotros, y los que se habían salvado de los samnitas, se conjuran de repente para la destrucción del nombre de Roma. El terror producido [2] por la unión de tantos y tan poderosos pueblos era inmenso. Por toda la Etruria, ampliamente diseminadas, flameaban las enseñas de cuatro formaciones enemigas. En medio, la selva [3] Ciminia —tan infranqueable antes como la Caledonia o Hercinia[123]— infundía tal espanto que el Senado ordenó al [4] cónsul[124] que no se atreviera a afrontar tan gran peligro. Pero nada de ello impidió al general tantear su acceso enviando a su hermano; éste, tras explorarlo todo por la noche disfrazado [5] de pastor, le muestra un camino seguro. De esta forma, Fabio Máximo concluyó sin riesgo una guerra peligrosa en extremo, pues los atacó por sorpresa cuando se encontraban desprevenidos y errantes, y, una vez ya en su poder las cimas más elevadas, fulminó[125] a placer a los que yacían a sus [6] pies. De hecho, la imagen de aquella batalla fue la de las nubes y el cielo lloviendo dardos contra los habitantes de la [7] tierra. Con todo, la victoria no resultó incruenta[126], pues el otro cónsul, Decio, al verse atrapado en el fondo del valle, siguiendo la costumbre de su padre, ofreció su cabeza, consagrada a los Manes, y pagó, con el habitual ofrecimiento de su familia el precio de la victoria[127].

13

Viene a continuación la guerra tarentina, [**I 18**] una de hecho en el pretexto y la denominación, pero múltiple por el éxito. Pues envolvió a un tiempo, como en una sola caída, a campanos, apulios, lucanos y tarentinos, cabeza de la sublevación —esto es, a toda Italia[128]—, y junto a todos ellos a Pirro[129], famosísimo rey de Grecia, de modo que a la vez se concluía la conquista de Italia y se auspiciaban los triunfos de allende los mares. Tarento, colonia de los lacedemonios, capital en [2] otro tiempo de Calabria, Apulia y la Lucania entera, era tan famosa por su grandeza, sus murallas y su puerto, como admirable por su situación, pues, enclavada en la entrada [3] misma del mar Adriático, despacha sus naves a todo los países: Istria, el Ilírico, Epiro, Acaya, África y Sicilia; domina el puerto el teatro grande orientado al mar[130], que fue, de hecho, la razón de todas las calamidades para la desgraciada ciudad. Celebraba, por casualidad, sus juegos cuando descubren [4] la escuadra romana remando hacia la playa y salen abruptamente considerándola enemiga, y, sin detenerse a razonar, la insultan: ¿Quiénes son o de dónde proceden los [5] Romanos?[131]. Mas esto no es todo. Se aprestaba sin dilación una embajada portadora de un requerimiento; también la infaman vilmente con una ofensa obscena y vergonzante de [6] exponer; tal fue la causa de la guerra. Pero los preparativos fueron amedrentadores al alzarse simultáneamente tantos pueblos en defensa de los tarentinos, y, el más porfiado de todos, Pirro, quien, para liberar a una ciudad semigriega —por sus fundadores lacedemonios—, acudía con todas las fuerzas del Epiro, Tesalia y Macedonia, y con elefantes, desconocidos en aquel momento, por tierra y mar, con hombres, caballos, armas y el terror adicional de las fieras[132].

[7] Junto a Heraclea y el rio Liris, en Campania[133], en el consulado de Levino, tuvo lugar la primera batalla, tan atroz que Obsidio[134], prefecto de la caballería ferentina, tras precipitarse contra el rey, rompió sus líneas y lo obligó a retirarse del combate, dejando abandonados sus distintivos reales. Todo habría terminado de no ser porque los elefantes, [8] con la guerra convertida en espectáculo, se desbocaron: los caballos, aterrados tanto por su tamaño y por la deforme apariencia y el desconocido olor, como por su bramido, porque consideraban a las bestias, desconocidas para ellos, más temibles de lo que eran, se dieron a la fuga y provocaron una gran carnicería. Se combatió mejor después en Apulia, junto [9] a Áscoli, en el consulado de Curión y Fabricio[135], pues se había perdido ya el miedo a las bestias al mostrar Gayo Numicio, astado de la cuarta legión, al cortar la trompa de una, que las fieras podían morir. Por tanto, los dardos se [10] lanzaron contra ellas y las antorchas arrojadas contra las torres enterraron en sus ardientes ruinas toda la formación enemiga; el fin de la lucha no llegó hasta que la noche la interrumpió y el propio rey, herido en un hombro, el último en huir, tuvo que ser arrastrado por sus ayudantes en su propio escudo[136].

[11] La batalla decisiva tuvo lugar en Lucania[137], en los denominados campos Arusinos, con los mismos generales que la anterior; pero entonces la victoria fue total. El éxito que [12] debió conseguir el valor lo ofreció el azar: conducidos los elefantes de

nuevo a la vanguardia, el certero golpe de un dardo lanzado contra su cabeza obligó a una de sus crías a darse la vuelta; barritando ésta lastimosamente, mientras corría desordenadamente en medio del estrago de los suyos, su madre la reconoció y se abalanzó, como si quisiera vengarla, generando la confusión con su pesada mole en derredor [13] suyo, como si de enemigos se tratase. De esta forma, las mismas bestias que nos arrebataron la primera victoria y dejaron indecisa la segunda, nos otorgaron sin discusión la tercera.

[14] Sin embargo, no se luchó con el rey Pirro sólo con las armas y en el campo de batalla, sino también con las decisiones [15] y en la Ciudad; lo cierto es que tras la primera victoria, una vez que aquel sagaz monarca se dió cuenta del valor romano, perdió la confianza en la lucha armada y se dedicó a la astucia: quemó a los muertos y perdonó a los cautivos, devolviéndolos sin rescate; y por medio del envío de legados a la Ciudad se esforzó por todos los medios en lograr un pacto de amistad con nosotros.

[16] Entonces, en la guerra y la paz, dentro y fuera, en todas partes, brilló el valor romano y ninguna otra victoria mostró más que la tarentina la fortaleza del pueblo romano, la sabiduría [17] del Senado y la generosidad de sus dirigentes. ¿Y Qué clase de hombres fueron aquellos que, según la tradición, fueron destrozados por los elefantes en el primer combate? Todas las heridas estaban en el pecho, algunos habían muerto arrastrando consigo a sus enemigos; todos retenían las espadas en sus manos; en sus rostros permanecía la amenaza y en la propia muerte pervivía la ira. Tan admirado quedó [18] de ello Pirro que llegó a exclamar: «Que fácil me resultaría dominar el mundo si tuviera bajo mi mando los ejércitos romanos o yo fuera el rey de los romanos». Por otra parte, [19] cuál no sería su rapidez en la reorganización del ejército, cuando el propio Pirro dijo: «Creo que he sido engendrado por la semilla de Hércules, puesto que, cual Hidra de Lerna, tantas cabezas segadas de enemigos renacen de su propia sangre»[138]. ¡Qué Senado no sería aquél, cuando los legados, [20] expulsados de la Ciudad con sus presentes tras el discurso de Apio el Ciego[139], al ser interrogados por su propio rey sobre qué opinaban respecto a la morada de sus enemigos le confesaron que la ciudad les había parecido un templo y el Senado un consejo de reyes! ¡Qué generales!, ya en campaña, [21] cuando Curión entregó a un médico venal que ofrecía la cabeza del rey y Fabricio[140] rechazó el poder ofrecido por el [22] soberano; ya en época de paz, cuando Curión prefirió sus vasijas de barro al oro samnita y Fabricio condenó, con la severidad de un censor, al consular[141] Rufino por poseer [23] unas diez libras de plata, como si de un lujo se tratase. ¿Quién, por tanto, podría admirarse de que con tales costumbres, con tal valor por parte de sus soldados, el pueblo romano fuese el vencedor y que sólo con la guerra de Tarento, en cuatro años[142], sometiese la mayor parte de Italia, los pueblos más valerosos, las ciudades más ricas y las regiones más feraces? [24] ¿Hay algo tan increíble como comparar el inicio de la guerra con el final? Vencedor Pirro en la primera batalla devastó las orillas del Liris y Fregelas, temblando toda la Campania; llegó a contemplar en lontananza, desde la fortaleza de Preneste, la Ciudad, casi capturada, y nubló con humo y polvo los ojos de Roma a una veintena de millas[143]. [25] Después, arrojado él

mismo dos veces de su campamento, por dos veces herido y puesto en fuga hacia su Grecia, allende tierra y mar, la paz y la tranquilidad fueron tales y tan grandioso el botín de tan riquísimos pueblos, que Romano pudo contener su propia victoria. Puede decirse sin temor [26] que nunca entró en la Urbe triunfo más hermoso o más espectacular. Antes de esta fecha nada se había visto a excepción [27] de los ganados de los volscos, los rebaños de los sabinos, los carromatos de los galos, o las quebradas armas de los samnitas. Entonces, si mirabas a los cautivos, había molosos[144], tesalios, macedonios; el brucio, el apulio y el lucanio[145]; si al cortejo, oro, púrpura, estatuas, cuadros, en definitiva, los refinamientos tarentinos. Pero nada contempló [28] con más placer el pueblo romano que aquellas bestias tan temidas, con sus torres, que seguían, con sus cervices agachadas, con una clara percepción de su cautividad, a los caballos victoriosos.

14

Guerra contra los picenos

Luego toda Italia tuvo paz —tras [**I 19**] Tarento, en realidad, ¿a qué podría atreverse?—, salvo que, por voluntad propia, se tomó la decisión de perseguir a los aliados de los enemigos. En [2] consecuencia, fueron sometidos los habitantes del Piceno y Áscoli, capital de la nación, a las órdenes de Sempronio[146], quien, al producirse un temblor de tierra en medio de la batalla, consiguió aplacar a la diosa Tierra con la promesa de un templo.

15

Guerra contra los salentinos

[**I 20**] Los salentinos, con la capital de la región, Brindisi —de famoso puerto— a las órdenes de Marco Atilio[147], se sumaron a los picenos. En esta confrontación la diosa de los pastores, Pales, solicitó para sí un templo como precio para la victoria.

16

Guerra contra los volsinienses

[**I 21**] Los últimos de los itálicos en quedar bajo nuestra potestad fueron los volsinienses[148], los más ricos de los etruscos, con ocasión de haber implorado ayuda en cierto momento contra sus propios esclavos que habían alzado la libertad concedida por sus dueños contra ellos y, arrogándose el poder, los mantenían dominados. Pero también éstos, bajo el mando de Fabio ‘Remolino’, recibieron su castigo.

17

Sobre las sediciones[149]

[**I 22**] Esta es la segunda edad del pueblo romano y, por así decirlo, su adolescencia, en la que adquirió su pleno vigor y, en lo que podríamos considerar la floración de su coraje, comenzó a mostrar su ardor y alcanzó su efervescencia. En ella existía aún una cierta rudeza procedente de su origen pastoril; aún exhalaba un cierto halo indómito. Éste es el [2] motivo por el que el ejército, en un amotinamiento producido en el campamento, lapidó a su general Postumio[150] por denegarles el botín que les había prometido; por el que, a las órdenes de Apio Claudio[151], se negó a vencer al enemigo, pese su capacidad para ello; por el que, al rechazar una mayoría cumplir sus tareas militares, con Volerón como cabecilla, se rompieron las fasces del cónsul[152]. Éste es el motivo [3] por el que castigó con el exilio a personalidades extraordinariamente destacadas por contrariar sus deseos: como a Coriolano[153], que obligaba a cultivar los campos —no habría dejado él de vengar fieramente la ofensa con las armas a no ser porque su madre Veturia desarmó con sus lágrimas al hijo, ya presto al ataque—; al propio Camilo, por considerar [4] que había repartido el botín de Veyos de manera injusta entre la plebe y el ejército; éste, que era mucho mejor, envejeció en la ciudad que había capturado y luego, cuando [5] acudieron suplicantes, los libró del enemigo galo[154]. También con el Senado se enfrentó, con más vehemencia de lo que era equitativo y digno, hasta tal punto que, abandonadas sus moradas, amenazó a su patria con la soledad y la muerte.

[**I 23**] El primer enfrentamiento se produjo por los desmanes de los usureros. Al ensañarse algunos contra las espaldas de los deudores, como si fuesen esclavos, la plebe armada se retiró al Monte Sagrado, y, con dificultad, se obtuvo su vuelta —no sin antes haber conseguido la creación de los tribunos[155]—, gracias al prestigio de Menenio Agripa, [2] hombre elocuente y sabio. Se conserva la parábola de su antigua alocución, notablemente eficaz para la concordia, según la cual —arguyó—, en cierta ocasión las articulaciones del cuerpo se habían declarado en rebeldía porque, mientras todas se agotaban por su actividad, sólo el vientre permanecía ocioso; luego, moribundas por tal disensión, habían firmado la paz al advertir que la tarea de éste consistía en regarlas con la transformación de los alimentos en sangre.

[**I 24**] El segundo lo prendió, en el centro mismo de la Ciudad, la lujuria decenviral. De acuerdo con la prescripción del pueblo, diez destacados prohombres habían redactado unas leyes traídas de Grecia y todo el ordenamiento jurídico se había dispuesto en doce tablas, pese a lo cual retenían el poder conferido con un despotismo propio de reyes. Apio, por [2] delante de los demás, llegó a tal grado de insolencia que destinó a placer propio a una doncella[156] de libre cuna, sin recordar a Lucrecia, a los reyes y el código que él mismo había fijado. En consecuencia, cuando su padre Virginio vio [3] que, condenada en juicio, era arrastrada a la esclavitud, sin vacilar un punto la mató en el Foro con su propia mano y, con la colaboración de sus compañeros de armas, arrastró a todos estos tiranos, sitiados por una tropa armada, desde el monte Aventino hasta las

cadenas de la cárcel.

La tercera sedición la promovió la validez de los matrimonios, [**I 25**] a fin de que los plebeyos pudieran casarse con los patricios; este tumulto se originó en la colina del Janículo a instigación del tribuno de la plebe Canuleyo[157].

La cuarta la suscitó el ansia de cargos públicos: que [**I 26**] también los plebeyos pudieran ser nombrados magistrados. Fabio Ambusto había entregado a sus dos hijas, una a Sulpicio, [2] de linaje patricio; la otra la desposó el plebeyo Estolón[158]. Un día, al recibir (ésta) la burla de su hermana por [3] aterrorizarse ante el ruido, desconocido en su morada, de las [4] varas del lictor, no soportó la afrenta[159]. Por tanto, esforzándose en conseguir el tribunado, logró obtener del Senado, pese a su oposición, la participación en los cargos y magistraturas.

[5] Pero, incluso en tales sediciones, podrías admirar, no sin razón, al pueblo soberano, pues reivindicó ahora la libertad, ya el pudor, luego la nobleza de nacimiento, después la majestad y el ornato de las dignidades, y, en medio de todo ello, de nada fue más acérrimo guardián que de la libertad, [6] sin que pudiera corromperse con regalía alguna a modo de trueque, pese a que en el intervalo pudieran alzarse ciudadanos perniciosos, como es lógico en un pueblo grande, [7] mayor día a día. Condenó inmediatamente a muerte a ⟨Espurio⟩ por su prodigalidad y a Casio, sospechoso de ambicionar el poder absoluto, por su ley agraria[160]. A Espurio lo condenó su propio padre: lo ejecutó en medio del Foro el jefe de caballería, Servilio Ahala, por orden del dictador Quincio[161]. En cuanto a Manlio, salvador del Capitolio[162], [8] lo arrojó de la misma fortaleza que había defendido porque, prepotente y arrogante en exceso, había otorgado la libertad a muchos deudores.

Tal era el pueblo Romano dentro y fuera de la Ciudad, [9] en la guerra y en la paz, cuando atravesó el breve período de su adolescencia[163] —segunda etapa de su imperio—, cuando sometió con su ejército toda Italia entre los Alpes y el Estrecho.

18

Primera Guerra Púnica

[**II 1**] Derrotada y subyugada Italia, el pueblo romano, después de haber superado su adolescencia a los, casi, quinientos años, entonces justamente, si existe la fortaleza y la juventud, él comenzó a ser vigoroso y joven, y capaz de enfrentarse al

[2] orbe de la tierra. Así —admirable e increíble es decirlo—, quien durante quinientos años combatió en el interior —hasta tal punto había sido difícil dar a Italia una capital—, recorrió en los doscientos siguientes África, Europa, Asia —en definitiva, la tierra entera—, con sus victoriosas guerras. [**II 2**] Vencedor ya de Italia, al llegar al Estrecho se detuvo un instante, como el fuego que, cuando arrasa a los bosques a [2] su paso, se ve detenido por la presencia de un río. Luego, al ver cerca una riquísima presa, cual arrancada y separada de su Italia, hasta tal punto se inflamó en su deseo por ella

que, al no poder unirla con diques o puentes, decidió anexionarla por la fuerza de las armas y adherirla de nuevo a su propio [3] continente con la guerra. Pero he aquí que los propios hados allanaron espontáneamente el camino, y la oportunidad se presentó al quejarse la ciudad de Mesina, aliada de Sicilia, de la violencia de los cartagineses[164]. De hecho, tanto romanos como cartagineses codiciaban Sicilia y ambos deseaban a un tiempo, con idéntica ansia e idénticos recursos, dominar el mundo[165]; bajo el pretexto, pues, de ayudar a sus aliados, [4] pero en realidad por la seducción del botín, aun cuando la novedad del hecho les aterrorizara, a pesar de todo —tanta es la seguridad que inspira el coraje—, aquel pueblo rudo, pastoril y habituado, en verdad, a la superficie terrestre, demostró que para el valor nada importa que se luche con caballos o naves, en tierra o mar.

En el consulado de Apio Claudio alcanzó por primera [5] vez el Estrecho, infamado por fabulosos monstruos[166] y de violenta corriente, pero hasta tal punto no se arredró que abrazó como un regalo la propia virulencia del impetuoso oleaje porque la velocidad de los navíos resultó ayudada por [6] el mar, y prestamente y sin tardanza aniquiló a Hierón de Siracusa con tal celeridad que éste se declaró vencido antes de considerarse enemigo.

Siendo cónsules Duilio y Cornelio[167] se atrevió incluso [7] a combatir en el mar; en ese momento, la rapidez en la preparación de la escuadra fue el presagio de la victoria, pues, a los sesenta días de haber talado el bosque, quedó anclada una escuadra de ciento sesenta navíos, de tal suerte que parecía que los árboles no habían sido trabajados por la mano del hombre sino convertidos y transformados en buques por labor de los dioses. Admirable fue también la táctica del [8] combate, al apresar nuestras lentas y pesadas naves las ligeras y veloces de los enemigos. En realidad, sus técnicas navales consistían en esconder los remos y esquivar los espolones [9] de las proas escapando. Por tanto, se les arrojó maromas de hierro y fuertes garfios[168] —objeto de burla por parte del contrario antes de la batalla—, y los adversarios se vieron obligados a combatir como en tierra firme. Vencedor, pues, junto a las Lípari, tras hundir o poner en fuga a la [10] escuadra enemiga, obtuvo su primer triunfo naval[169]. ¡Qué gozo no habría por él, que Duilio, no satisfecho con la celebración de un triunfo de un solo día, ordenó que, durante toda su vida, cada vez que regresara de cenar, lucieran antorchas y sonaran en su honor las trompetas, como si cada [11] día se celebrara el triunfo!. Ante tal victoria resultó insignificante el perjuicio del combate: la captura del otro cónsul, Cornelio Asina, quien, atraído a una fingida entrevista y capturado por este procedimiento, se convirtió en testimonio de la perfidia púnica[170].

[12] En la dictadura de Calatino se apoderó de casi todas las guarniciones cartaginesas: Agrigento, Trepani, Palermo, Érice y Lilibeo[171]. Una sola vez se produjo el pánico en el desfiladero [13] de Camerina, pero lo eludimos gracias al destacado valor de Calpurnio Flama, tribuno de la plebe, quien, con una tropa de trecientos elegidos, ocupó un montículo asediado por los enemigos y los retuvo hasta que todo el ejército consiguió escapar; y así, con un bellísimo desenlace, [14] igualó la fama de las Termópilas y

Leónidas, pero nuestro héroe fue mucho más esclarecido porque, pese a no escribirla con sangre[172], sobrevivió a tan magna empresa.

Con Lucio Cornelio Escipión ⟨como cónsul⟩[173], convertida [15] ya Sicilia en provincia aledaña del pueblo romano, la guerra, deslizándose más lejos, cruzó a Cerdeña y a su vecina [16] Córcega. En ésta aterrorizó a sus habitantes con la destrucción de la ciudad de Olbia, en aquélla, de Aleria, y limpió de cartagineses la tierra y el mar de tal forma que nada restaba ya para la victoria a no ser la propia África. [17] Hacia África navegaba ya la guerra al mando de Marco Atilio Régulo[174]. No faltó quien desfalleciera ante el terror que suscitaba el propio nombre del mar Púnico y, además, acrecentó el pánico el tribuno Nautio, a quien, blandiendo el hacha contra su cabeza si no obedecía, el general en jefe, le [18] infundió coraje para navegar por el horror a la muerte. La travesía fue rápida gracias al viento y los remos, y la llegada del enemigo produjo tal espanto a los púnicos que Cartago [19] se habría capturado, casi con las puertas abiertas. El prólogo de la guerra fue la ciudad de Clipea[175], pues, cual fortaleza y atalaya, es la primera del litoral púnico en destacarse. Ella y [20] trescientas fortificaciones más quedaron devastadas. No se luchó con hombres, sino también con monstruos, puesto que una serpiente de sorprendente tamaño, como si hubiera nacido para vengar a África, hostigaba el campamento que se [21] alzaba junto a Bagrada. Pero, victorioso en todos los frentes, Régulo —tras haber expandido ampliamente el terror de su nombre y muerto o aprisionado a gran parte de la juventud y sus propios jefes, y después de haber enviado a Roma una escuadra repleta de ingente botín y grávida por el triunfo— asediaba ya a la propia Cartago, cabeza de la conflagración, con las tiendas pegadas a sus mismas puertas. Tomóse un [22] tanto aquí la Fortuna, mas tan sólo para que hubiera más testimonios del valor romano, cuya grandeza muéstrase en las desgracias. Pues, al buscar el enemigo ayuda exterior y [23] dado que Lacedemonia había enviado a su general Jantipo, fuimos vencidos por un estratega extraordinariamente hábil —derrota infame y desconocida para los Romanos—: el valerosísimo general cayó vivo en manos de los enemigos. Pero estuvo a la altura de tan gran desastre, pues no se quebrantó por la cárcel púnica ni cuando aceptó ser portador de una embajada; de hecho, expresó una opinión contraria a la [24] que el enemigo le había encomendado: que no se firmara la paz ni se admitiera el intercambio de prisioneros[176]. Su dignidad no se vió alterada ni con el regreso voluntario al enemigo, [25] ni con el castigo de la cárcel o el suplicio de la cruz, antes al contrario, fue más admirable por todos ellos: ¿acaso no fue el vencedor sobre sus vencedores, e, incluso, ya que Cartago no había cedido, triunfó sobre la Fortuna? Por su parte, el pueblo romano se volvió mucho más incisivo y [26] hostil por vengar a Régulo que por lograr la victoria.

En el consulado de Metelo[177], puesto que los Cartagineses [27] se habían ensoberbecido más y la guerra había retomado a Sicilia, destrozó de tal manera al enemigo junto a Palermo que ya no pensaron más en abordar la isla. El resultado de [28] tan colosal victoria fue la captura de un centenar aproximado de elefantes, presa tan formidable que parecía que aquella manada se había aprehendido, no en la guerra, sino

en una cacería.

Durante el consulado de Apio Claudio fue vencido, no [29] por los enemigos, sino por los propios dioses cuyos presagios había desoído[178]: la escuadra se hundió inmediatamente en el mismo lugar donde había ordenado que fuesen arrojados por la borda los pollitos, porque le prohibían combatir.

Siendo cónsul M. Fabio Buteón destruyó a la flota que [30] navegaba decididamente hacia Italia ya en el mar de África, junto a Egimuro[179]. ¡Qué gran triunfo destrozó una tempestad, [31] cuando la escuadra repleta de rico botín, zarandeada por hostiles vientos, llenó con su naufragio África y el litoral de las Sirtes[180] y las islas ubicadas en la zona! Considerable [32] derrota, mas no sin cierta nobleza para el pueblo romano: la victoria se vió impedida por una tempestad y el triunfo se esfumó por un naufragio. No obstante, cuando todos los despojos púnicos salieron a flote en cada promontorio e isla, el pueblo romano celebró un triunfo también de esta forma.

Por fin, bajo el consulado de Lutacio Cátulo se puso [33] término a la guerra junto a las islas Egadas[181], y nunca hubo en el mar batalla más espléndida: la flota enemiga, ahíta de [34] víveres, soldados, máquinas y armas, parecía reunir en ella casi toda Cartago; ello justamente fue la causa de su ruina. La escuadra romana presta, ligera, ágil, y, en cierta forma, [35] parecida a un ejército, utilizaba los remos, como si fuesen riendas, como en un combate de caballería, y sus móviles espolones, a modo de seres animados, lanzaban golpes acá y allá. Así que las naves enemigas, malparadas en una fracción [36] de segundo, cubrieron con su naufragio todo el piélago entre Sicilia y Cerdeña. Tan definitiva fue aquella victoria [37] que ni se discutió la destrucción de las murallas enemigas: parecía totalmente inútil ensañarse contra los muros de la fortaleza cuando ya Cartago había quedado destruida en el mar.

19

Guerra contra los ligures

Una vez concluida la guerra púnica, [**II 3**] vino un breve descanso, como para recuperar el aliento, y en señal de paz y en prueba de la buena fe del fin de la contienda, por primera vez tras Numa, se cerraron las puertas del templo de Jano[182]. Luego, de inmediato y sin tardanza, tuvieron que abrirse, [2] pues ya los ligures[183], ya los galos ínsubres, y no menos los ilirios, pueblos asentados al pie de los Alpes —a las mismas puertas de Italia—, nos hostigaban como si una deidad les espoleara sin pausa, obviamente para que nuestras armas no [3] conocieran el óxido de la inactividad. De hecho, ambos enemigos, cotidianos y, por así decir, familiares, servían de entrenamieno para los soldados, no de otra suerte que si el pueblo romano aguzase sobre los dos pueblos, como en un filo, la espada de su valor[184].

[4] A los ligures, aferrados a las profundas hondonadas de los Alpes entre los ríos Varo y Magro y emboscados en los espesos jarales, era labor más compleja descubrirlos

que vencerlos. Protegidos por el terreno y su capacidad de huida —eran gente dura y veloz— se dedicaban más al pillaje, [5] según se les presentaba la ocasión, que a pelear. Tras esquivarnos durante largo tiempo los saluvios, deciates, oxubios, euburiates e ingaunos, por fin Fulvio cercó con fuego sus escondites, Bebio los hizo descender a la llanura y Postumio los desarmó de tal manera que apenas les quedó hierro para cultivar la tierra[185].

20

Guerra contra los galos

Los galos ínsubres, también pobladores [**II 4**] cercanos a los Alpes, tenían el carácter de las fieras y cuerpos de mayores proporciones que las humanas, pero —se ha demostrado por la experiencia, que, igual que su primer ataque es superior al de los hombres, así el siguiente resulta inferior al de las mujeres—, sus alpinos cuerpos, acostumbrados al húmedo [2] clima, padecen algo semejante a sus propias nieves: tan pronto como se calientan en la lucha, resudan rápidamente, y por un leve movimiento, como aquéllas por el sol, se descomponen. Con frecuencia, en diversas ocasiones y ahora [3] justamente mandados por Britomaro, habían jurado que no iban a deponer sus espadas antes de haber ascendido al Capitolio. Así ocurrió: una vez vencidos, Emilio los desciñó en el Capitolio[186]. Luego, con Ariovisto como jefe, consagraron [4] a su Marte un collar del botín de nuestro soldados; Júpiter se apropió del voto: de sus collares erigió Flaminio un trofeo de oro en honor a Júpiter[187]. En el reinado de Viridomaro [5] habían prometido sus armas a Vulcano; las promesas recayeron en el otro bando: muerto su rey, Marcelo[188], por tercera vez desde nuestro padre Rómulo, dedicó los despojos opimos a Júpiter Feretrio.

21

Guerra contra los ilirios

[**II 5**] Los ilirios[189], o liburnos, viven en las últimas estribaciones de los Alpes, entre los rios Arsia y Titio, ocupando ampliamente todo el litoral Adriático. [2] En el reinado de Teutana, una mujer, no contentos con sus pillajes, añadieron a su osadía el crimen: [3] ejecutaron a nuestros legados, que pedían cuentas de acuerdo a la ley por sus delitos, mas siquiera con la espada, sino con el hacha, cual reos, y quemaron vivos a los comandantes de la armada. Para mayor vergüenza, ello lo ordenó una mujer[190]. [4] Con Gneo Fulvio Centimalo como general, quedan sometidos por completo. Las cabezas de sus príncipes, cortadas a golpe de hacha, se ofrecieron como víctimas expiatorias a los Manes de los legados.

22

Segunda guerra púnica

[**II 6**] Tras la primera guerra púnica apenas hubo un descanso de cuatro años[191]: he aquí otra segunda guerra, de menor duración en verdad —no más de dieciocho años—, pero tan espantosa por la magnitud de las derrotas que, si alguien compara el perjuicio de ambos pueblos, el pueblo vencedor sería semejante al vencido. Enardecía al noble pueblo la supresión de su supremacía [2] marítima, la pérdida de las islas y el pago de tributos que estaba acostumbrado a imponer. Por tal razón, Aníbal, cuando era niño, había jurado a su padre venganza junto al altar[192], y no iba a demorarse. Como pretexto para la guerra [3] se eligió Sagunto, antigua y próspera ciudad de España, esclarecido, pero amargo, ejemplo de lealtad hacia los romanos, que Aníbal, buscando motivos para la rebelión, pese a [4] que en el tratado firmado por ambos había sido incluida como independiente, destruyó con sus manos y las de sus propios moradores para abrirse camino a Italia con la ruptura del acuerdo[193]. Los romanos prestan reverencia suma a [5] los tratados. Por tanto, ante la noticia del sitio de la ciudad aliada, como recuerdan el pacto concertado también con los cartagineses, no se lanzan a la guerra, sino que prefieren antes, de acuerdo con la ley tradicional, exponer sus quejas. Entretanto ⟨los Saguntinos⟩, agotados ya, tras nueve meses [6] de asedio, por el hambre, la acometida de las máquinas de asalto y la lucha, convirtiendo por último su fidelidad en ira, alzan en el foro una ingente pira y sobre ella se inmolan a espada y fuego con los suyos y todos sus bienes. Aníbal fue [7] reclamado como responsable de tal destrucción. Cuando los cartagineses se mostraron elusivos, el jefe de la embajada, Fabio, inquirió: «¿A qué esa dilación? En mí llevo la paz y la guerra ¿Cuál elegís?» Y al gritar todos que la guerra, replicó: «Aquí la tenéis»; y desplegando su toga en medio de la asamblea, como si en verdad la portase en su seno, la declaró ante el espanto de todos[194].

[8] El desenlace de la contienda fue semejante a sus inicios: como si las postreras maldiciones de los saguntinos en aquel incendio y parricidio general hubiesen exigido libaciones fúnebres en su honor, sus Manes se apaciguaron con la devastación de Italia, el sometimiento de África y la muerte de los generales y reyes que llevaron a cabo las operaciones [9] militares. Así pues, una vez que en España se inició la violenta tempestad, opresiva y luctuosa, de la guerra púnica y el rayo ya largo tiempo destinado a los romanos prendió en el fuego saguntino, ráudamente, arrastrada por su violencia, se abrió camino por los Alpes y descendió, como caída del cielo, de aquellas nieves de fabulosa altitud.

[10] El torbellino del primer embite estalló con potente estampido entre el Po y el Ticino. En esta ocasión, el ejército, a las órdenes de Escipión, fue derrotado; incluso el propio general en jefe, herido, habría caído en poder de los enemigos si el hijo, todavía adolescente, no hubiese arrancado de [11] la propia muerte al padre con su ayuda. Éste era el Escipión que empezaba a crecer para ruina de África, de cuyas desgracias iba a lograr su sobrenombre[195].

Al Ticino le siguió Trebia[196]. Este segundo temporal de [12] la guerra púnica se desató cruelmente en el consulado de Sempronio. El astutísimo enemigo, al tropezarse con un día frío y nivoso, tras haberse protegido antes con hogueras y aceite —causa espanto decirlo—, nos venció en nuestro propio invierno, pese a que eran oriundos del soleado sur.

El lago Trasimeno fue el tercer rayo de Aníbal, siendo [13] Flaminio el general en jefe[197]. Nueva artimaña de la astucia púnica: la caballería, protegida por la niebla del lago y los cañaverales lacustres, se lanzó súbitamente contra las espaldas de los combatientes. Ni siquiera podemos lamentamos de los [14] dioses: la inminente derrota la habían predicho al temerario jefe el enjambre posado sobre las enseñas, las aguilas que se negaban a avanzar y el fuerte temblor de tierra que siguió la formación de la línea de batalla, a menos que tal espanto lo hubiera provocado exclusivamente el movimiento de los caballos y los hombres y el choque, extraordinariamente violento, de las armas.

[15] La cuarta herida —casi la última— del Imperio fue Cannas[198], aldea desconocida de Apulia, que, sin embargo, adquirió notoriedad por la magnitud de la derrota y se hizo famosa gracias a la muerte de sesenta mil hombres. Allí se concitaron para la derrota del desgraciado ejército el general, [16] la zona, el cielo, el día, la naturaleza toda: Aníbal, sin contentarse exclusivamente con el engaño de unos tránsfugas que luego cayeron sobre las espaldas de los combatientes, después de haber observado a campo abierto, como astuto caudillo, el carácter del lugar, y que, como si se hubiese convenido, el sol allí era ardentísimo, el polvo infinito y el Euro siempre soplaba de oriente, fijó de tal forma la línea de batalla que, mientras los romanos quedaban situados frente a todo ello, él, con el cielo de su lado, tenía a su favor en la [17] lucha el viento, el polvo y el sol[199]. De esta forma, dos poderosísimos ejércitos se vieron masacrados hasta que el enemigo quedó saciado y Aníbal ordenó a sus soldados «Envainad la espada». Uno de los dos generales huyó, otro fue muerto; queda la duda de cuál de los dos poseyó más coraje: Paulo soportó la vergüenza, Varrón mantuvo la esperanza[200].

Testimonios de la derrota fueron el Áufido, ensangrentado [18] durante cierto tiempo, el puente de cadáveres construido por orden del general sobre el torrente Vergelo y los dos modios de anillos enviados a Cartago y la dignidad ecuestre estimable por esta medida. Sin duda, Roma habría vivido su [19] último día y Aníbal, a los cinco días, habría celebrado un banquete en el Capitolio «si» —palabras que, cuentan, dijo el cartaginés Maharbal, hijo de Bomílcar[201]— «Aníbal, igual que sabía vencer, hubiera sabido aprovechar su victoria». Pero, en ese momento, como suele decir la gente, o el [20] destino de la Ciudad que estaba destinada a dominar el mundo o una idea equivocada del caudillo y los dioses enemigos de Cartago, lo arrastraron a algo muy diferente: cuando hubiera podido aprovechar su victoria prefirió disfrutarla [21] y, tras haber abandonado Roma, recorrer Campania y Tarento. Allí, su ardor y el de su ejército languidecieron velozmente hasta el punto de haberse dicho con razón que Capua fue la Cannas de Aníbal[202]: a él, invicto en los Alpes [22] y no sometido por las armas, lo subyugaron —¡quién lo creería!— los soles campanos y las templadas fuentes de

Bayas[203].

[23] Entretanto, el pueblo romano comenzaba a respirar y a resurgir, por así decirlo, de los infiernos. No quedaban armas: se cogieron de los templos. No había jóvenes: se concedió la libertad a los esclavos para incorporarlos al ejército. [24] El erario estaba vacío: el Senado entregó con gusto al tesoro público sus riquezas, sin reservar para sí ni un gramo de oro, excepto el de sus bulas y un solo anillo. Los caballeros siguieron [25] el ejemplo y el pueblo imitó a los caballeros. Por fin, en el consulado de Levino y Marcelo, cuando se entregaron al Estado las riquezas privadas, apenas quedaron tablillas, [26] apenas manos de escribas para consignarlas[204] ¿Qué más puede decirse? ¡Cuánta sabiduría la de las centurias al elegir los magistrados, puesto que los más jovenes solicitaron el consejo de los más ancianos para nombrar a los cónsules! Verdaderamente, contra un enemigo tantas veces vencedor, tan astuto, convenía combatir no sólo con el valor sino también con sus mismos métodos.

[27] La primera esperanza de recuperación y, por decirlo así, de resurrección del Imperio fue Fabio, que maquinó una nueva forma de vencer a Aníbal: no luchar. De ahí su sobrenombre, nuevo para él y útil para la República: «Contemporizador»[205]; de ahí el hecho de que el pueblo le considerara el escudo del Imperio[206]. Por todo el Samnio, por los [28] bosques salemos y gauranos, hasta tal extremo hostigó a Aníbal que, quien no había podido ser quebrado por el valor, quedó amilanado por la dilación. A partir de este momento, [29] a las órdenes de Claudio Marcelo, incluso se atrevió a combatir; fue a su encuentro, le batió en su propio feudo de Campania y le apartó del asedio de la ciudad de Nola. Bajo el mando de Sempronio Graco, por más que en ese [30] momento — ¡qué vergüenza! — combatía con un puñado de esclavos, a tal extremo nos habían empujado tantas desgracias, se atrevió a perseguirle a través de Lucania y a hostigar su retaguardia cuando se retiraba. Pero, una vez gratificados con la libertad, de esclavos se convirtieron en ciudadanos romanos. ¡Admirable confianza en medio de tanta adversidad! [31] Mejor dicho, ¡singular valor y coraje el del pueblo romano! En tan ardua y desesperada situación, como para dudar de su Italia, se atrevió, a pesar de todo, a volver su [32] mirada a otros lugares y, aunque el enemigo, atenazando su yugular, se desplegaba por Campania y Apulia y hacía un África de media Italia, lograba a un tiempo mantenerlo a raya y enviar sus ejércitos por todo el orbe terrestre, a Sicilia, Cerdeña e Hispania.

[33] Sicilia se encargó a Marcelo. No ofreció larga resistencia[207]: la isla entera quedó sometida con una sola ciudad. Aquella gran capital, hasta el momento invicta, Siracusa, pese a ser defendida con el talento de Arquímedes[208], cayó [34] por fin; de poco sirvieron su triple muralla y otras tantas ciudadelas, su marmóreo puerto y su famosa fuente Aretusa, salvo para que después, pese a ser una ciudad vencida, se la respetara en consideración a su belleza[209].

[35] Graco tomó Cerdeña[210]. De nada sirvió la ferocidad de sus habitantes ni la grandiosidad de sus montes Insanos[211] —así se denominan—. Se ensañó contra las ciudades y contra la ciudad de ciudades[212], Caralis, para que esta gente, contumaz e

indiferente ante la muerte, al menos quedara domeñada por la añoranza de su suelo patrio.

Cneo y Publio Escipión, enviados a España, habían logrado [36] arrebatársela casi completamente a los cartagineses, mas, vencidos por las artimañas de la perfidia púnica, la habían perdido de nuevo, después de haber abatido en importantes combates a las tropas cartaginesas[213]. Pero las estratagemas púnicas habían acabado con uno, cuando alzaba el campo, con el otro, cercado por el fuego, en una torre hacia la que había huido. Así pues, Escipión[214] —a quien el hado [37] había decretado esclarecido nombre por su actuación en África—, enviado con su ejército para vengar a su padre y tío paterno, recuperó — ¡es increíble referirlo!— toda la debeladora [38] España —famosa por sus hombres y combates, semillero del ejército enemigo y maestra de Aníbal[215]—, desde los montes pirenaicos hasta las columnas de Hércules y el Océano, sin que pueda saberse si con mayor rapidez o [39] éxito[216]; cuán velozmente, cuatro años lo atestiguan; cuán fácilmente, una sola ciudad lo demuestra: fue capturada el mismo día en que se sitió, y haber vencido con tal facilidad a la Cartago hispana[217] se convirtió en presagio de la victoria [40] africana. Con todo, verdad es que al sometimiento de la provincia contribuyó sobremanera la singular integridad moral del general, puesto que devolvió a los bárbaros a sus prisioneros, muchachos y muchachas de singular belleza; ni tan sólo toleró que fuesen conducidos a su presencia para no dar la impresión de que había violado, ni siquiera con la mirada, su pureza.

[41] Esto conseguía el pueblo romano en diversas partes del mundo; y, pese a ello, no había logrado alejar a Aníbal, que se aferraba[218] a las entrañas de Italia. Muchas ciudades se habían pasado al enemigo y el tenaz caudillo utilizaba incluso [42] tropas itálicas contra los romanos. Con todo, ya lo habíamos expulsado de la mayoría de las ciudades y regiones; ya Tarento había vuelto a nosotros; también era nuestra Capua, morada y segunda patria de Aníbal, cuya pérdida produjo tanto dolor al jefe púnico que, a partir de ese momento, volcó todas sus fuerzas contra Roma. ¡Pueblo digno de dominar [43] el orbe; digno del favor de todos y de la admiración de hombres y dioses! Pese a verse empujado al miedo más profundo no cejó en su empresa ni, sobre estar preocupado por su propia Ciudad, dejó de cuidarse de Capua, sino que, dejando una parte del ejército a las órdenes del cónsul Apio mientras otra seguía a Flaco[219] a la Urbe, luchaba a un tiempo ausente y presente. ¿Por qué, entonces, nos admiramos [44] de que por segunda vez los propios dioses — los dioses, no me avergüenza confesarlo— se enfrentaran a Aníbal que ya hacía levantar su campamento a una distancia de tres millas? A cada movimiento de aquél, tan impetuosa era la violencia [45] de las tempestades y tan huracanada la fuerza de los vientos que parecía que se mantenía alejado al enemigo, no desde el cielo por acción divina, sino desde las propias murallas de la Ciudad y el Capitolio. En consecuencia, huyó, [46] desistió y se retiró a la última hoquedad de Italia, abandonando la Ciudad que casi había adorado[220].

[47] Un pequeño detalle, adecuado, no obstante, para probar la grandeza de ánimo del pueblo romano: durante el asedio, el campo sobre el que Aníbal alzaba sus reales se

puso a la [48] venta en Roma y en la subasta encontró comprador. En cambio, Aníbal deseó emular tal confianza y subastó las casas de cambio de la Ciudad; no se encontró postor, prueba de que incluso los presagios secundaban a los hados.

[49] Nada se habría conseguido con tanto valor, incluso con tan gran favor de los dioses, puesto que Asdrúbal, hermano de Aníbal, acudía desde España con un nuevo ejército, nuevas [50] fuerzas y nuevas máquinas de guerra. Sin duda todo habría acabado si éste hubiera llegado a encontrarse con su hermano; pero apenas había descendido de los Alpes, lo abatió Claudio Nerón, con la colaboración de Livio Salinator, [51] junto al Metauro donde alzaba su campamento[221]. Nerón había arrinconado a Aníbal en el último confín de Italia; Livio había vuelto sus enseñas hacia el otro extremo, hacia [52] los desfiladeros mismos en que nace Italia. Es difícil explicar con qué unánime decisión, a pesar de la gran distancia que les separaba —toda la larguísima Italia—, con qué rapidez los cónsules unieron sus campamentos y con sus enseñas reunidas cayeron por sorpresa sobre el desprevenido enemigo sin que Aníbal lo advirtiese. Cuando tuvo conocimiento [53] de ello, al contemplar la cabeza de su hermano arrojada a su campamento, exclamó: «Me doy cuenta del infortunio de Cartago». Tal fue, con el matiz de un presentimiento, la primera confesión del esclarecido varón del inminente sino.

Ya era evidente, por su propia confesión, que Aníbal [54] podía ser vencido; pero, fiado en tantos éxitos, el pueblo romano en pleno prefería abatir al encarnizado enemigo en su África natal. A las órdenes de Escipión empezó a imitar a [55] Aníbal[222] dirigiendo todo el grueso del ejército hacia la propia África y a vengar allí mismo sus derrotas de Italia. ¡Qué [56] tropas —dioses del cielo— las de Asdrúbal, qué caballería la de Sífax, rey de Numidia, aniquiló aquel héroe[223]! ¡Qué sólidos y cuán grandes campamentos de cada ejército prendió con teas en una sola noche![224]. Por fin, no lo hostigaba ya a tres millas de Cartago, sino que batía con su asedio sus propias puertas. De esta forma logró arrancar a Aníbal, aferrado [57] y enquistado en Italia. No hubo día más grande en el [58] Imperio romano que aquél en que los dos generales más preclaros de todos los tiempos pasados y futuros —vencedor aquél en Italia, éste en España— se encontraron frente a frente al mando de sus ejércitos. Hubo, incluso, una entrevista entre ellos sobre las condiciones de paz: durante largo tiempo se mantuvieron erguidos, clavados en su mutua [59] admiración. Cuando no se llegó a un acuerdo sobre la paz, [60] dieron la señal de batalla. Ambos confesaron que ni la batalla habría podido planificarse mejor[225] ni combatirse con más coraje; esto reconoció Escipión del ejército de Aníbal, [61] Aníbal, del de Escipión. Pero Aníbal cayó y el premio de la victoria fue África, y, sin demora, a África le siguió el orbe terrestre.

23

Primera guerra macedónica[226]

[**II 7**] Tras Cartago, nadie se avergonzó de ser vencido. A África siguieron de

inmediato otras naciones, Macedonia, Grecia, Siria y, cual impelidas por el violento torbellino de la Fortuna, todas las demás; pero el primero de todos fue el macedonio, pueblo que tiempo atrás había ambicionado el dominio del [2] mundo. Pese a que, en ese momento, el rey era Filipo, los romanos creían pelear con el propio Alejandro[227]. La guerra [3] macedónica resultó más notable por el prestigio que tenía su nombre que por las expectativas de su gente. El motivo [4] partió de un tratado firmado por Filipo por el que el rey se había aliado a Aníbal, dueño ya de Italia desde hacía tiempo[228]; se acrecentó después, al implorar ayuda los atenienses contra las ofensas del rey, pues éste se había ensañado contra templos, altares e incluso sepulturas, abusando en exceso del derecho que la victoria permitía. El Senado [5] decidió prestar oídos a tan distinguidos solicitantes; pues ya reyes y príncipes extranjeros[229], pueblos y naciones requerían ayuda de nuestra Ciudad. En el consulado de Levino el [6] pueblo romano cruzó por primera vez el mar Jónico y recorrió con su flota, como en triunfo, el litoral griego[230]: la precedían los despojos de Sicilia, Cerdeña, España y África, y el laurel de la popa de la nave insignia garantizaba una preclara [8] victoria. Nos ayudó espontáneamente Átalo de Pérgamo[231]; nos ayudaron los radios[232], pueblo navegante que golpeaba por doquier por mar con sus naves, como el cónsul [9] en tierra con la infantería y caballería. Por dos veces el rey fue vencido y puesto en fuga, y en dos ocasiones se vio expulsado de su campamento[233]; con todo, nada produjo más espanto a los macedonios que la propia visión de las heridas que abrían el camino al más allá, causadas no por dardos o flechas o cualquier otro hierro que manos griegas conociesen, sino por nuestras largas lanzas y no más cortas espadas. [10] A las órdenes de Flaminio[234] cruzamos los antes inaccesibles montes Ceonios y el río Aoo, cuya corriente se desliza entre gargantas, penetrando hasta el corazón de Macedonia. Haber entrado ya fue una victoria; pues, luego, el rey, que [11] nunca se había atrevido a combatir, fue vencido junto a los picos denominados Cinoscéfalos en una sola batalla, indigna, en verdad, de tal denominación[235]. El cónsul le concedió [12] la paz y le restituyó el reino; luego, para suprimir todo obstáculo enemigo reprimió a Tebas y Eubea, y a Lacedemonia que había empezado a hostigamos en el reinado de Nábide. Por otra parte, devolvió a Grecia su antigua situación para [13] que viviera bajo sus propias leyes y disfrutase de la libertad de sus antepasados. ¡Qué gozo y cuántos gritos de alegría se [14] produjeron cuando lo proclamó el pregonero con ocasión de celebrarse los juegos quinquenales en el teatro de Nemea[236]! ¡Con qué aplauso contendieron! ¡Cuántas flores derramaron sobre el cónsul! Una y otra vez ordenaban que el pregonero [15] repitiera la fórmula con la que se proclamaba la libertad de Acaya, y gozaban de la alocución consular, como si del más melodioso canto de tibias y liras se tratara.

24

Guerra contra el rey Antíoco de Siria

[**II 8**] Antíoco tomó inmediatamente el relevo de Macedonia y su rey Filipo por un especie de azar, como si la Fortuna decretara a propósito que, igual que nuestro imperio pasó de África a Europa, así, por su propia dinámica, en una sucesión progresiva, cruzara de Europa a Asia y que la secuencia de [2] victorias siguiera el círculo del orbe terreste. No hubo guerra más temible por su fama, pues se recordaba a los persas y Oriente, a Jerjes y Darío, aquellos días cuando se anunciaba que los inaccesibles montes habían sido horadados, que [3] el mar estaba cubierto de velámenes. Les aterrorizaban, además, las amenazas divinas puesto que el Apolo de Cumas resudaba sin pausa[237], pero se trataba del propio temor que [4] sentía el dios protector de Asia. No hay región más rica que Siria en hombres, riquezas y armas, pero había caído en manos de un rey tan abúlico que nada hubo en Antíoco más destacable que el ser vencido por los romanos. Incitaron a [5] esta guerra al rey, de un lado, Toas, príncipe de Etolia, que lamentaba que su alianza militar contra Macedonia hubiese sido poco agradecida por los romanos; de otro, Aníbal, quien, vencido en África, prófugo e incapaz de soportar la paz, buscaba por doquier un enemigo para el pueblo romano[238]. ¡Cuál habría sido el riesgo de haber confiado el rey en sus [6] opiniones[239], es decir, si el desventurado Aníbal hubiese tenido a su disposición las fuerzas de Asia! Pero el rey, fiado en sus propios recursos y su título real, consideró que bastaba iniciar la guerra. Sin duda alguna, por derecho de conquista [7] Europa pertenecía a Roma. Antíoco requería, a título de herencia, Lisimaquia, ciudad erigida por sus antepasados en el litoral tracio. Bajo esta especie de astro[240], se inició la [8] tempestad de la guerra asiática. El más grande de los reyes[241], satisfecho con haber declarado enérgicamente la guerra, después de haber partido con gran estrépito y polvareda de Asia y tras apoderarse con rapidez de las islas y costas de Grecia, se mecía en la inacción y el lujo, como si ya fuese el vencedor. El Euripo escinde la isla de Eubea del [9] continente formando un angosto estrecho de refluyente oleaje. En ella alzaba el rey sus tiendas recamadas de oro y seda bajo el susurro mismo del mar, mientras sus deslizantes aguas salmodiaban al son de tibias y liras, con rosas que, pese a ser invierno, le traían de todos los rincones, y celebrando levas de doncellas y efebos para no dar la impresión de que no se comportaba como un caudillo. A tal rey, vencido [10] ya en buena lid por su propia molicie, el pueblo romano, abordándolo en la isla durante el consulado de Acilio Glabrión, lo obligó prestamente a huir de ella con el simple [11] anuncio de su llegada[242]. Le persiguió mientras se precipitaba por las Termópilas —lugar de esclarecida memoria por la famosa muerte de los trescientos lacedemonios[243]—, sin que, ni siquiera allí, la seguridad del lugar le indujera a ofrecer resistencia, y lo obligó a retirarse de tierra y mar. [12] Rauda y velozmente se traslada a Siria[244]. La escuadra real, confiada a Polisénides y Aníbal[245] —el rey ni siquiera había sido capaz de presenciar el combate— fue totalmente hundida a las órdenes de Emilio Régilo con la colaboración de [13] los rodios. ¡Qué no se jacte de sí misma Atenas: en Antíoco vencimos a Jerjes, en Emilio nos parangonamos con Alcibíades, [14] en Éfeso recordamos Salamina[246]! En el consulado de Escipión, cuyo hermano —ya Africano por

su victoria sobre Cartago— le acompañaba por su propia voluntad como lugarteniente[247], el pueblo romano decidió abatir al rey. Realmente, ya nos había cedido todo el mar, pero nosotros íbamos más lejos. El campamento se levantó junto al río [15] Meandro y el monte Sípilo[248]. Aquí había asentado sus reales el rey, increíble de enumerar con cuántas tropas auxiliares y fuerzas propias: trescientos mil infantes y un número [16] no inferior de caballeros y carros falcados[249]; a ello se añadía el haber rodeado su formación por ambos flancos con elefantes de descomunal tamaño, refulgentes de oro, púrpura, plata y su propio marfil. Pero su propia grandiosidad fue [17] un obstáculo para todo[250] y, además, una imprevista lluvia, por admirable suerte, corroyó los arcos persas. Primero vino [18] el pánico, luego la huida, después el triunfo. Al rey, vencido y humillado, se decidió concederle la paz y una parte del reino, con mayor agrado puesto que había caído tan fácilmente[251].

25

Guerra contra los etolios

[**II 9**] A la guerra de Siria le siguió, con lógica razón, la etólica, pues, tras derrotar a Antíoco, el pueblo romano debía perseguir a quienes habían instigado la guerra asiática. La venganza [2] se confió a Fulvio Nobilior[252]. Rapidamente, éste batió con sus máquinas Ambracia, capital del reino y suntuosa residencia [3] de Pirro. Se rindió de inmediato. A las súplicas de los etolios se habían sumado las de los atenienses y rodios, y, como no habíamos olvidado su ayuda, se acordó perdonarlos. [4] Con todo, la guerra deslizóse hasta sus vecinos, Cefalonia, Zacinto y cuantas islas pueblan el mar entre los Montes Ceraunios y el cabo Maleo: fueron el complemento de la guerra etólica.

26

Guerra contra los istrios

A los etolios les siguieron los [**II 10**] istrios[253], puesto que en la última campaña les habían prestado su ayuda. El comienzo de las hostilidades [2] favoreció al enemigo y esa fue justamente la razón de su derrota: después de haber conquistado el campamento de Cneo Manlio[254] y abalanzarse sobre su rico botín, Apio Pulcro los atacó mientras, atiborrándose y en plena orgía ignoraban la mayoría por su estado de embriaguez quiénes eran o dónde estaban. Así, [3] con su sangre y su aliento regurgitaron la victoria mal adquirida. El propio rey Epulón, montado en su caballo, cuando cayó de él, borracho y mareado, con dificultad y a duras penas, advirtió, una vez despejado, que había sido hecho prisionero[255].

27

Guerra contra los gálatas

[**II 11**] El desastre de la guerra siríaca [2] arrastró también a Galacia. Si se habían contado entre los valedores del rey Antíoco o si Manlio Vulsón[256], ansioso por lograr un triunfo, simuló [3] que lo habían estado, no se sabe con certeza. Lo cierto es que el triunfo le fue negado al vencedor porque no se aprobó el motivo de la guerra. Por lo demás, la nación de los galo-griegos[257], como su propio nombre indica, es una mezcla adulterada: los restos de los galos que, a las órdenes de Breno[258], habían devastado Grecia, cruzando a Oriente, se [4] asentaron en el Asia central; igual que con el cambio de tierra las semillas de los frutos degeneran, la molicie asiática [5] ablandó aquella innata ferocidad suya; por tanto, fueron derrotados y puestos en fuga en dos combates, a pesar de que ante la llegada del enemigo, abandonando sus moradas, se habían refugiado en los más elevados montes: los tolostóbogos ocuparon el Olimpo; los tectosagos, Magaba. Acosados por ambos flancos por hondas y saetas se entregaron a una paz perpetua. Mas, cuando fueron encadenados[259], dieron [6] realmente un espectáculo asombroso puesto que mordían sus cadenas y se ofrecían mutuamente la garganta para yugularse. Memorable fue el ejemplo de la esposa del rey Orgiaconte: violada por un centurión, escapó a su vigilancia y le presentó a su marido la cabeza cortada del adúltero enemigo[260].

28

Segunda guerra macedónica[261]

En medio de tantas naciones que [**II 12**] compartían la ruina producida por la guerra de Siria, Macedonia se alzó de nuevo. El recuerdo constante de su [2] grandeza aguijoneaba al esforzadísimo pueblo y a Filipo le había sucedido su hijo Perseo que consideraba indigno de su linaje que Macedonia, vencida una vez, lo estuviera siempre[262]. En su reinado los macedonios [3] se rebelaron con mayor ímpetu que en tiempos de su padre[263]. De hecho, habían arrastrado a los tracios a su bando, con lo que, de esta forma, la pericia de los macedonios se enriquecía con la fuerza de las tropas tracias, la disciplina [4] macedónica con la ferocidad de los tracios. A ello había que añadir la habilidad estratégica de su jefe que, tras observar desde el Hemo la geografía de sus territorios, ubicó los campamentos en lugares inaccesibles y circunvaló Macedonia con el hierro de las armas, de tal suerte que no parecía haber entrada para el enemigo a no ser bajando del cielo. [5] Con todo, el pueblo romano penetró en esta provincia en el consulado de Marcio Filipo y, tras explorar con atención los accesos, por el lago Ascúride y los montes Perrebos se adentró en aquellas regiones, inaccesibles, tal parecía, incluso para las aves, e hizo prisionero con su súbita irrupción a un rey que se consideraba seguro y no temía nada semejante. [6] Fue tal su nerviosismo que llegó a dar la orden de que se arrojara al mar todo su tesoro para no perderlo y de quemar la escuadra para que

el enemigo no pudiera incendiarla[264]. [7] Ante el incremento y densificación de las guarniciones, en el consulado de Paulo[265], Macedonia fue cogida por sorpresa por otros caminos, con gran habilidad y estrategia por parte del general, pues, mientras amenazaba por una parte, se introdujo subrepticiamente por la otra. Su llegada fue tan [8] terrible para el rey que, sin atreverse a actuar personalmente, confió el mando de la contienda a sus generales. Vencido [9] durante su ausencia[266], huyó, buscando el mar, a la isla de Samotracia, fiado en la célebre sacralidad del lugar, como si los templos y altares pudieran defender a quien ni sus montes ni sus armas lo habían logrado. Ningún rey guarda conciencia [10] durante largo tiempo de la pérdida de su suerte: cuando desde el templo en el que se había refugiado en su huida escribió suplicante al general, tras firmar con su nombre, añadió: «el rey». Sin embargo, nadie fue más respetuoso con la majestad cautiva que Paulo: cuando el enemigo [11] llegó a su presencia lo hizo ascender a la tribuna, lo invitó a su mesa y aconsejó a sus hijos que respetaran la Fortuna que tan poderosa era[267]. Este triunfo sobre Macedonia fue uno [12] de los más brillantes que el pueblo romano celebró y contempló [13][268]; el espectáculo se prolongó durante tres días: el primero vió el desfile de estatuas y cuadros; el segundo, de las armas y el tesoro; el tercero de los prisioneros, incluido el propio rey, todavía atónito y estupefacto, cual [14] abatido por una desgracia imprevista. No obstante, el pueblo romano había recibido la alegría de la victoria mucho antes que el mensaje del vencedor. En realidad, Roma tuvo conocimiento de ello el mismo día en que Perseo fue [15] vencido en Macedonia: dos jóvenes limpiaban de polvo y sangre sus blancos caballos en la fuente Juturna. Éstos fueron los mensajeros. El pueblo creyó que se trataba de Cástor y Pólux, puesto que eran dos; que habían intervenido en la batalla, ya que estaban cubiertos de sangre; que venían de Macedonia, porque todavía no habían recobrado el aliento.

29

Segunda guerra contra los ilirios[269]

El ejemplo contagioso de la guerra [**II 13**] macedónica se extendió a los ilirios, puesto que el rey Perseo los había sobornado para atacar la retaguardia del ejército romano. Fueron sometidos [2] sin dilación por el pretor Anicio; le bastó destruir Escodra, capital del país, y la rendición fue inmediata; en definitiva, esta guerra quedó concluida antes de que Roma tuviera conocimiento de que estaba llevándose a cabo[270].

30

Tercera guerra macedónica

Por una especie de fatalidad, como [**II 14**] si cartagineses y macedonios se hubieran puesto de acuerdo para ser vencidos de nuevo por tercera vez[271], ambos se pusieron en

pie de guerra a un tiempo; pero la primera que intentó sacudirse el yugo fue [2] Macedonia, algo más peligrosa que antes puesto que se la despreciaba. La causa de la guerra casi produce sonrojo; se [3] había apoderado de la corona y las armas un tal Andrisco, hombre de ínfima condición, no se sabe con seguridad si libre o esclavo, pero, desde luego, un mercenario, a quien el pueblo llamaba Filipo por su semejanza con el hijo de Perseo, Filipo, y que asumió la prestancia regia, el nombre real e incluso el espíritu de un rey. El pueblo romano, menospreciando [4] tales circunstancias, contento con haber enviado al pretor Juvencio, atacó temerariamente a un hombre de posición sólida, puesto que contaba no sólo con los innumerables recursos macedonios sino también con los de Tracia, y, sin haber sido vencido por auténticos reyes, fué superado [5] por aquel rey falso y de opereta. Pero el cónsul Metelo[272] vengó plenamente la pérdida del pretor y su legión, pues condenó a Macedonia a la esclavitud[273] y fue conducido encadenado a Roma el cabecilla de la confrontación — entregado por el reyezuelo de Tracia junto al que se había refugiado—, con quien la Fortuna, en medio de su desgracia, fue indulgente: el pueblo romano celebró un triunfo por él como si se tratara de un verdadero rey.

31

Tercera guerra púnica

[**II 15**] La tercera guerra sostenida con África fue exigua en duración —se alargó sólo cuatro años— y de mínima importancia en comparación con el esfuerzo de las anteriores —pues no se luchó tanto con los hombres cuanto con la fama de la ciudad—; sin embargo, fue la de mayor trascendencia por [2] su resultado, porque, por fin, Cartago sucumbió. Por lo demás, si alguien analiza la importancia de los tres estadios, advertirá que, en el primero, se inició la guerra púnica; en el segundo, se dirimió; en el tercero, se concluyó. La causa de [3] la contienda fue el hecho de que, frente a las exigencias del tratado, habían equipado una escuadra y un ejército, si bien, verdad es, contra los númidas[274]. Masinisa[275], por su parte, [4] aterrorizaba con frecuentes incursiones su frontera, pero a él se le favorecía como un rey excelente y aliado. No bien se sentaron a debatir sobre la guerra, se discutieron las decisiones finales; Catón[276], con su implacable odio, declaraba —incluso aunque se deliberara sobre otro tema— que Cartago debía ser destruida; Escipión Nasica[277], que había que [5] conservarla, para que la prosperidad de Roma no comenzara a corromperse al suprimirse el miedo a la ciudad rival[278]; el Senado eligió un término medio: tan sólo que la ciudad se [6] trasladara de lugar, pues nada parecía más fascinante que la [7] existencia de una Cartago que no inspirara miedo[279]. Por tanto, en el consulado de Manilio y Censorino, el pueblo romano, hostigando a Cartago, incendió ante los propios ojos de la ciudad la escuadra que les había sido entregada voluntariamente por sus habitantes con la esperanza de conservar [8] la paz. Luego, tras convocar a sus dirigentes políticos, les ordenó abandonar su patria, si querían

conservar la vida, lo cual, por la propia inhumanidad de la exigencia, concitó hasta tal punto su ira que prefirieron la decisión extrema. Con un gemido general, presta y unánimente gritaron [9] «A las armas», y se tomó la decisión de mantener la rebelión a cualquier precio, no porque quedara ya esperanza alguna de salvación, sino porque preferían que su patria quedara destruida a manos de los enemigos que a las suyas [10] propias[280]. Cuál fue el furor de los resistentes puede colegirse justamente del hecho de que arrancaran los techos de sus moradas para construir una nueva escuadra, que en los talleres de armas se fundiera oro y plata en lugar de hierro y bronce, y que las matronas ofreciesen sus cabellos para el correaje de la maquinaria bélica. En el consulado de Mancino[281], el asedio por tierra y por mar estaba en plena efervescencia: se bloquearon los puertos, se desmantelaron la primera [11] y segunda murallas, incluso la tercera, y, a pesar de todo, Birsa[282] —tal era el nombre de la ciudadela— resistía, como si se tratara de otra ciudad. Pese a que era inminente [12] la caída de la ciudad, el nombre de los Escipiones parecía ser fatal para África. Por tanto, la República, que reclamaba el fin de la guerra, se volvió hacia otro Escipión. A éste, nacido de Paulo Macedónico, lo había adoptado para honra de su linaje el hijo del gran Africano[283], con el destino, evidentemente, de que la ciudad abatida por el [13] abuelo, fuera arrasada por el nieto. Pero, igual que el mordisco de las bestias moribundas suele ser especialmente mortífero, así fue superior la lidia con la Cartago semiderruida [14] que con la incólume. Los romanos, confinado el enemigo en la ciudadela, los habían aislado incluso del puerto[284]. Ellos se construyeron otro en la otra parte de la ciudad, mas no para huir, sino que, por donde nadie imaginaba que pudieran siquiera evadirse, por allí, cual surgida de [15] improviso, irrumpió una escuadra, y, entretanto, de día y de noche brotaban —como una imprevista llama de las cenizas de un incendio agostado— nuevas fortificaciones, nuevas [16] máquinas, nuevas tropas de hombres desesperados. Finalmente, ya todo perdido, se entregaron treinta y seis mil hombres, y, lo que es más increíble, a las órdenes de Asdrúbal[285] [17] ¡Con cuánto más valor se comportó una mujer, justamente la esposa del general! Con sus dos hijos en los brazos se arrojó al fuego desde el techo de su casa, imitando a la [18] reina que fundó Cartago[286]. ¡Qué tamaño tenía la ciudad destruida —por silenciar los restantes aspectos—, puede apenas probarlo la duración del fuego: durante diecisiete días ininterrumpidos no pudo extinguirse el incendio que los enemigos habían prendido voluntariamente a sus moradas y templos para que, ya que la ciudad no había podido ser sustraída a los romanos, su triunfo quedara reducido a ceniza[287].

32

Guerra contra los aqueos

Como si aquel siglo se deslizara [**II 16**] en medio de la destrucción de ciudades, a la ruina de Cartago siguió de inmediato Corinto, capital de Acaya, gloria de Grecia, situada, cual para ser contemplada[288], entre dos mares, el Jonio y el Egeo. Se la sometió —

¡indigno crimen!— antes de incluirla oficialmente en el número de enemigos[289]. El responsable de la [2] guerra fue Critolao, que revolvió contra los romanos la libertad que le habían concedido e infamó —no se sabe con certeza si incluso con violencia física; desde luego, sí de palabra— a los legados romanos. Por tanto, el castigo se [3] encomendó a Metelo, que había recibido la orden de ocuparse de los asuntos de Macedonia. De ahí, justamente, surgió la guerra acaica. En primera instancia, el cónsul Metelo[290] derrotó al ejército de Critolao en la amplia llanura de [4] Élide, extendida a lo largo de toda la ribera del Alfeo. La guerra se había solventado en una sola confrontación y ya el asedio aterrorizaba a la propia ciudad; pero —¡cosas del destino!— mientras Metelo se había encargado de las operaciones militares, Mumio[291] llegó a punto para la victoria: [5] derrotó completamente, en la bocana misma del Istmo, al ejército del otro caudillo, Dieo[292], e inundó de sangre los dos puertos. La ciudad, abandonada por sus habitantes, fue, primero, destruida y, luego, arrasada al son de trompetas. [6] ¡Cuántas estatuas, vestidos o cuadros se capturaron e incendiaron, incluso se abandonaron! Cuántos tesoros se arrebataron y quemaron puede deducirse del hecho de que todos los objetos de bronce corintio alabados en el mundo entero sabemos [7] que han sobrevivido a aquel incendio; pues, precisamente, el atentado contra tan riquísima ciudad logró la variedad más hermosa de bronce, porque ríos de este metal, oro y plata, al entremezclarse por el incendio innumerables estatuas y efigies, confluyeron en un sola corriente[293].

33

Campañas en España

Igual que Corinto siguió a Cartago, [**II 17**] así Numancia a Corinto; después, nada quedó en el orbe terrestre que no fuese alcanzado por las armas romanas. Tras el incendio de las dos [2] esclarecidísimas ciudades, la guerra se extendió por todo el mundo, a lo largo y ancho del universo entero, y no de modo alternativo, sino a un tiempo, como si se tratara de una sola en todas partes; realmente, parecía que aquellas ciudades habían esparcido el fuego de la contienda por todo el orbe como si lo hubiesen aventado los vientos.

Nunca concibió Hispania alzarse toda ella contra nosotros, [3] nunca le resultó grato oponemos sus fuerzas ni tentar nuestro poderío o defender su propia libertad colectivamente[294]. Por lo demás, queda tan cercada por todas partes por el mar y los Pirineos que por su situación natural nadie habría podido acercarse siquiera. Sin embargo, quedó sitiada [4] por los romanos antes de que se conociera a sí misma y fue la única de todas las provincias que tuvo conciencia de sus propias fuerzas después de haber sido vencida. Por un [5] espacio de casi doscientos años, desde los primeros Escipiones hasta el primer César Augusto, se luchó en ella, no de forma continua ni sistemáticamente, sino según exigían los acontecimientos y, en principio, no con los

hispanos, sino con los cartagineses que vivían en Hispania. De ahí, el contagio que se va deslizando y las causas de los conflictos.

Las primeras enseñas romanas las introdujeron Publio [6] y Gneo Escipión por los montes Pirineos y destrozaron en grandes batallas a Hanón y Asdrúbal, hermanos de Aníbal[295]; Hispania les habría sido arrebatada de golpe de no haber caído en su propia victoria, víctimas de la perfidia púnica, aquellos hombres extraordinariamente valerosos, vencedores en tierra y mar. Por tanto, Escipión, denominado [7] poco después el Africano, vengador de su padre y su tío[296], la invadió como si fuera una nueva y nunca hollada provincia[297] y, tras la captura inmediata de Cartagena y otras ciudades, sin contentarse con haber expulsado a los cartagineses, la convirtió en tributaria, sometió a nuestro poder a todos los habitantes de acá y allá del Ebro y fue el primero de los generales romanos en llegar vencedor a Cádiz y las costas del Océano. Vale más retener una provincia [8] que conquistarla[298]. En consecuencia, fueron enviados acá y allá, por diversas regiones, generales que, con denodado esfuerzo y en sangrientos combates, enseñaron a obedecer a esos pueblos extraordinariamente fieros y libres hasta el momento, incapaces, por ello, de soportar el yugo. El famoso Catón el Censor[299] venció en algunas batallas [9] a los celtíberos, el nervio hispánico. Graco[300], célebre padre de los Graco, los castigó con la destrucción de ciento cincuenta ciudades. Aquel Metelo[301] que había merecido [10] su sobrenombre por su actuación en Macedonia, también habría merecido que se le diera el de Celtibérico al haber capturado Contrebia en memorable actuación y respetado, con mayor gloria todavía, Nertóbriga. Lúculo[302] venció [11] a los túrdulos y vacceos, de los que aquel segundo Escipión[303], en combate singular provocado por el rey, había [12] obtenido un rico botín[304]. Décimo Bruto se extendió algo más, hasta los celtas y lusitanos y todos los pueblos de Galicia[305], y, tras haber alcanzado el río del Olvido[306], temido por los soldados, y recorrer como vencedor el borde del Océano, no volvió atrás antes de haber contemplado, no sin cierto temor por el sacrilegio, la caída del sol al mar y el eclipse de su incandescencia en las aguas.

[13] Pero todo el peso de la lucha recayó en lusitanos y numantinos, no sin razón, pues fueron los únicos de los pueblos del territorio hispánico en poseer caudillos. Habría recaído también en la totalidad de los celtíberos de no haber sido muerto al comienzo de la guerra el cabecilla de la sublevación, [14] Olíndico[307], hombre extraordinariamente destacado por su astucia y osadía —si hubiese tenido éxito—, que, a modo de un profeta, blandiendo una lanza argéntea como si hubiese sido enviada del cielo, había seducido las mentes de todos. Pero al haber irrumpido de noche con idéntica temeridad en el campamento del cónsul fue alcanzado por la jabalina de un centinela junto a su misma tienda. Por otra parte, a los lusitanos los sublevó Viriato[308], hombre [15] de sutilísima sagacidad que, tras convertirse de cazador en bandolero y luego de bandolero en caudillo y general, y, si la Fortuna lo hubiese permitido, en un Rómulo para Hispania, no contento con defender la libertad de los suyos, asolando a sangre y fuego durante

catorce años[309] todo el territorio en ésta y la otra parte del Ebro y el Tajo, y atacando, [16] incluso, los campamentos (y) guarniciones de los pretores, casi llegó a abatir a Claudio Unimano hasta el exterminio de su ejército (y) fijó en sus montes con nuestras trábeas y fasces, como trofeos, los estandartes que había capturado. Por fin, el cónsul Fabio Máximo[310] lo venció; pero la victoria [17] fue mancillada por su sucesor, Popilio[311], puesto que, ansioso por concluir la acción, después de haber atacado por medio del engaño, la traición y asesinos de su propio entorno, al quebrantado caudillo, que meditaba ya los últimos pasos de la rendición, ofreció al enemigo la gloria de parecer que no podía ser vencido de otro modo.

34

Guerra numantina

[**II 18**] Numancia, así como en riqueza fue inferior a Cartago, Capua y Corinto, en fama, por su valor y dignidad fue igual a todas, y, por lo que respecta a sus guerreros, la mayor [2] honra de España. Pues, ella sola, que se alzaba junto a un río, en una colina medianamente empinada, sin murallas y fortificaciones[312], contuvo con cuatro mil celtíberos, durante once años, a un ejército de cuarenta mil, y no sólo lo contuvo, sino que lo golpeó con notable dureza y le impuso infamantes tratados. Por último, una vez que ya hubo constancia de que era invencible, fue necesario recurrir al que había destruido Cartago.

Difícilmente, si se me permite confesarlo, se podría hallar [3] causa más injusta para una guerra. Habían acogido a los segidenses, aliados y parientes suyos, fugitivos de las manos de los romanos[313]. De nada sirvió su intercesión. Pese a que [4] se habían mantenido lejos de toda participación de los enfrentamientos, recibieron la orden de deponer las armas como precio para un compromiso oficial. Esto fue recibido por los bárbaros como si se les amputasen las manos. En consecuencia, se aprestaron inmediatamente a la guerra a las órdenes del valerosísimo Megarábico[314]. Después de haber atacado a Pompeyo en combate[315], pese a que habrían podido derrotarlo, prefirieron, no obstante, el tratado. Luego a [5] Hostilio Mancino[316]: también lo vencieron en sucesivas derrotas, de suerte que nadie podía sostener la mirada y la voz [6] de un hombre numantino. Con todo, también con él prefirieron el pacto, contentándose con el botín de las armas, aunque [7] habrían podido ensañarse hasta su exterminio. Pero el pueblo romano, no menos irritado por la infamia y la vergüenza del tratado numantino que el del famoso Caudio[317], vengó el deshonor de esta ignominia con la entrega de Mancino; [8] por lo demás, iniciado en la destrucción de ciudades por el incendio de Cartago, a las órdenes de Escipión[318], se [9] enardeció también en su deseo de venganza. Mas en esa ocasión tuvo que luchar más encarnizadamente en su propio campamento que en el campo de batalla, contra nuestro [10] ejército que con el numantino; de hecho, exhaustos por las tareas, repetidas e injustas y especialmente

propias de siervos, los que no sabían llevar las armas recibieron la orden de acarrear cumplidamente un haz de palos, y ensuciarse con el lodo los que no deseaban hacerlo con la sangre. Además, se suprimieron las prostitutas, los servidores[319] y los bagajes, salvo los imprescindibles. Se dice, con razón, [11] que un ejército vale tanto cuanto su general. Una vez que por este procedimiento la tropa volvió a la disciplina, se entabló el combate y sucedió lo que nadie habría esperado ver nunca: a un numantino huir. Incluso deseaban entregarse, [12] si se les imponían condiciones tolerables para sus hombres. Pero, puesto que Escipión deseaba una auténtica victoria y sin restricciones[320], se vieron impelidos a la necesidad de precipitarse al combate por primera vez con una muerte predestinada, después de haberse saciado con un banquete, cual ofrenda a los Manes, de carne semicruda y celia —de esta forma denominan esta bebida indígena sacada del trigo[321]—. Nuestro general se dió cuenta de su determinación: [13] por tanto, no concedió la batalla a quienes estaban decididos a morir. Cuando, rodeados por una fosa y una empalizada y cuatro campamentos, el hambre hizo presa en ellos y al no poder conseguir la lucha que requerían del general para morir como guerreros, se decidieron a salir. De esta forma, al [14] entablarse el combate, muchos de ellos resultaron muertos, y dado que el hambre les urgía, sobrevivieron un poco más con sus cadáveres. Por último, decidieron huir; pero también este recurso lo impidieron las mujeres, al quebrar las cinchas de los caballos, cometiendo por amor un gran crimen. [15] Y así, sin esperanza de solución, entregándose a los últimos transportes de rabia y furor, finalmente, a las órdenes de Recógenes[322], se aniquilaron a sí mismos, a los suyos y a su patria, con armas, veneno y el fuego propalado por [16] todas partes. ¡Cuán valerosísima y, en mi opinión, extraordinariamente dichosa ciudad, en medio de su desventura! Sostuvo con lealtad a sus aliados y contuvo durante mucho tiempo con una fuerza muy pequeña al pueblo reforzado por los recursos del orbe terrestre. Vencida, al fin, por el más excelso general la ciudad no dejó al enemigo gozo alguno: [17] no hubo ningún guerrero numantino que pudiera ser conducido encadenado; botín, como de hombres paupérrimos, ninguno; las armas las quemaron ellos mismos. El triunfo fue sólamente de nombre[323].

Hasta aquí el pueblo romano fue esclarecido, eminente, [**II 19**] piadoso, íntegro y excelso: el resto del período, si bien magnífico, también, más turbulento y vergonzoso, al crecer los vicios con la propia grandeza del Imperio; hasta tal [2] punto que, si se divide esta tercera edad, la de allende los mares, que hemos considerado de doscientos años[324], con justicia y razón confesará que los cien primeros, en los que sometió África, Macedonia, Sicilia y España, son áureos, como cantan los poetas, los cien siguientes, en verdad de [3] hierro y de sangre, y, si acaso, más inhumanos; pues con las guerras contra Yugurta, los cimbrios, Mitrídates, partos, piratas, galos y germánicos, en las que su gloria ascendió al cielo, se entremezclaron las sediciones gracanas y drusianas, además, las guerras contra los esclavos y, para que no falte nada a la vergüenza, las de los gladiadores. Por último, volviéndose [4] contra sí mismo, casi por rabia y furor —¡crimen nefasto!—, se laceró a sí mismo con las manos de Mario y Sila y, finalmente, de

Pompeyo y César. Estos conflictos, [5] aunque todos se unen y confunden entre sí, a pesar de todo, para que se vean con más claridad, y, al tiempo, con el fin de que los crímenes no oscurezcan las virtudes, los referiremos por separado y recordaremos antes, igual que empezamos, las guerras justas y piadosas con pueblos extranjeros, para que se advierta cómo la grandeza del Imperio crecía día a día. Después volveremos a los crímenes de los conciudadanos y a las luchas infames e impías.

35

Guerra asiática

[**II 20**] Vencida Hispania en el poniente, el pueblo romano vivía en paz en oriente, y no sólo en paz, sino que, con inusitada y desconocida Fortuna, a un tiempo llegaban a sus manos los tesoros y todos los reinos dejados en herencia por los reyes[325]. [2] Átalo[326], rey de Pérgamo, hijo del rey Éumenes, aliado y colaborador de nuestro ejército un tiempo atrás, consignó en su testamento: «Sea el pueblo romano heredero [3] de mis bienes. Los bienes reales son los siguientes…»[327]. Al hacerse cargo, pues, de la herencia, el pueblo romano no conservaba[328], en verdad, la provincia por derecho de guerra ni por las armas, sino por disposición testamentaria, que es [4] mucho más justo. Pero es difícil decir si el pueblo romano la perdió o recuperó más fácilmente. Aristónico[329], fiero joven de sangre real, soliviantó sin dificultad a muchas ciudades acostumbradas a obedecer a los reyes, tomó por la fuerza unas pocas que le ofrecieron resistencia —Mindos, Samos y Colofón— e, incluso, derrotó al ejército del pretor Craso[330] y lo capturó; mas éste, acordándose de su familia y [5] del prestigio romano, cegó con un palo al bárbaro que le custodiaba y lo incitó así a matarlo, como pretendía. Luego, [6] fue vencido y capturado por Perpena[331] y encadenado tras su capitulación. Aquilio concluyó la guerra asiática al [7] envenenar el agua —¡nefasto crimen!—, para lograr la rendición de algunas poblaciones[332]. Tal acción logró una victoria tan rápida como infame, puesto que, contra la ley divina y la tradición de nuestros antepasados, mancilló con impuras pócimas las armas romanas, inmaculadas hasta el momento.

36

Guerra jugurtina

[**III 1**] Esto ocurría en oriente; mas no había idéntica tranquilidad en la zona meridional. ¿Quién podría esperar que tras Cartago surgiera otra guerra [2] en Africa? Sin embargo, Numidia estalló violentamente y en Jugurta tuvo un enemigo que temer después de Aníbal[333]. De hecho, el rey, de una singular astucia, atacó al pueblo romano, famoso e invicto por su ejército, con dinero. Contra la esperanza de todos, la suerte deparó que se capturara mediante el engaño a un rey [3] especialmente artero. Nieto de

Masinisa e hijo de Micipsa, por adopción, cuando decidió asesinar a sus hermanos, arrastrado por la ambición de conseguir el reino, sin sentir más miedo por ellos que por el Senado y el pueblo romano, bajo cuya garantía y clientela estaba su reino, empleó la celada [4] para su primer crimen. Una vez dueño de la cabeza de Hiempsal, después de atacar a Adérbal y que éste se hubiese refugiado en Roma, se atrajo a su causa al Senado con el [5] soborno enviado por medio de sus embajadores[334]. Tal fue, justamente, su primera victoria sobre nosotros. Luego, después de haber ganado por el mismo procedimiento a los emisarios enviados para dividir el reino entre él y Adérbal, y tras haber vencido en Escauro[335] las virtudes tradicionales del pueblo romano, consumó con su osadía la impiedad iniciada. Pero los crímenes no permanecen ocultos durante mucho tiempo. Se hizo pública la infamia de la corrupción [6] de la embajada y se decidió perseguir con la guerra al fratricida. El primer enviado a Numidia fue el cónsul Calpumio [7] Bestia[336]; pero el rey, conocedor por experiencia de que contra los romanos era más poderoso el oro que la espada, compra[337] la paz. Al ser citado por el Senado, con la garantía [8] de protección oficial como reo de tal deshonra, con idéntica audacia que acudió, acabó con su rival por el trono, Masiva[338], haciéndole asesinar. Ésta fue la segunda razón para [9] declarar la guerra contra el rey. Así pues, la siguiente expedición punitiva se encargó a Albino[339]. Mas, también — ¡qué deshonor! — su hermano corrompió hasta tal punto al ejército que el Númida venció, porque los nuestros huyeron, y se apoderó del campamento, añadiendo, además, como precio para la salvación, un vergonzoso trato, gracias al cual [10] dejó libre al ejército que había sobornado. Por fin, no tanto para vengar al imperio romano cuanto su honor, apareció Metelo[340], que, con singular astucia, combatió al enemigo que intentaba eludirle con sus mismas artes, ahora con súplicas, ahora con amenazas, ora con la táctica de una huida [11] simulada o real. Sin contentarse con devastar campos y aldeas, asaltó la propia capital de Numidia; realmente, atacó en vano Zama, pero saqueó Tala[341], importante por contener [12] las armas y el tesoro real. Después, persiguió por Mauritania y Getulia al rey, despojado de sus ciudades y fugitivo, incluso, [13] de los límites de su propio reino. Por último, cuando Mario, con sus tropas ya incrementadas puesto que había hecho prestar juramento a los ciudadanos que carecían de patrimonio —por la oscura condición de su propio linaje[342]—, atacó al rey, aunque ya estaba agotado y herido, no consiguió vencerle con más facilidad que de estar entero y fresco. Con extraordinaria fortuna tomó la ciudad de Capsa, [14] fundada por Hércules, protegida en medio de África por la sed, las alimañas y la arena, y, gracias a un ligur, por un escabroso y escarpado camino penetró en la ciudad de Muluca, asentada sobre un rocoso monte[343]. Luego, junto a la [15] ciudad de Cirta le infligió una severa derrota, no sólo a él, sino también a Boco, rey de Mauritania, que, por parentesco, pretendía vengar al Númida[344]. Cuando aquél, desesperado [16] ya de su suerte, temió que le alcanzara la derrota ajena, convirtió al rey en moneda de cambio para lograr un tratado de amistad. Así, el yerno, el más taimado de los reyes, atraido [17] a una emboscada por el engaño de su suegro, fue entregado a

manos de Sila y, finalmente, el pueblo romano contempló a Yugurta cubierto de cadenas en el triunfo. Sin embargo, [18] también él, aun vencido y encadenado, vio[345] la ciudad de la que en vano había pregonado que era venal y que un día perecería, si encontrara comprador. Verdaderamente, suponiendo que hubiera sido venal, tuvo comprador; puesto que se libró de éste, estaba claro que no iba a perecer[346].

37

Guerra contra los alóbroges

[**III 2**] Así actuaba el pueblo romano en el mediodía. Con el que venía del norte [la lucha] fue mucho más dura [2] y de más vario acontecer ***. Nada hay más peligroso que esta región. Su clima es duro, y de ahí su forma de ser. Así pues, un violento enemigo irrumpió de pronto por doquier, por la derecha e izquierda y por el centro del septentrión.

[3] Los primeros en sufrir la fuerza de nuestras armas más allá de los Alpes fueron los saluvios, con ocasión de haberse quejado por sus incursiones la ciudad de Marsella[347], fidelísima [4] y extraordinaria aliada. Luego, los alóbrogues[348] y los arvemos, al requerir los eduos nuestra ayuda y protección contra ellos con parecidas quejas. Las corrientes del Isara y el Vindélico[349] y el más impetuoso de los ríos, el Ródano, [5] fueron testigos de ambas victorias. El mayor espanto para los bárbaros fueron los elefantes, semejantes a la bestialidad de sus gentes. Nada tan espectacular en el triunfo como su propio rey Bituito[350], cubierto con sus armas de diferentes colores y en su carro de plata, tal como había luchado. Cuál [6] y cuán inmenso fue el gozo por ambas victorias puede estimarse justamente por el hecho de que Domicio Enobarbo[351] y Fabio Máximo[352] alzaron torres de piedra en los mismos lugares en que habían luchado y fijaron encima los trofeos adornados con las armas enemigas, pese a que esta costumbre estaba fuera de nuestros hábitos, pues nunca el pueblo romano había afrentado en su victoria a los enemigos doblegados[353].

38

Guerra contra los cimbrios, teutones y tigurinos

[**III 3**] Los cimbrios, teutones y tigurinos[354], ahuyentados de los confines de la Galia al inundar el mar sus tierras, buscaban por todo el orbe nuevos [2] lugares de asentamiento, y al pasar a Italia, expulsados de la Galia e Hispania, enviaron emisarios al campamento de Silano —y de ahí al Senado— con el ruego de que el pueblo de Marte les diera algunas tierras como estipendio; a cambio, podría utilizar, a voluntad [3] sus brazos y sus armas. Mas ¿qué tierras podía conceder un pueblo que iba a pelear entre sí por unas leyes agrarias[355]? Al verse rechazados, pretendieron conseguir por la fuerza lo

[4] que no habían podido con las súplicas. Y ni Silano pudo contener el primer ataque de los bárbaros, ni Manlio el segundo, ni Cepión el tercero; todos fueron puestos en fuga y [5] privados de sus campamentos[356]. Todo habría terminado de no haber aparecido Mario en aquella generación[357]. Sin atreverse él tampoco a combatir inmediatamente, retuvo al ejército en el campamento hasta que languideció aquel invencible furor e ímpetu que los bárbaros consideraban valor. Se retiraron, pues, imprecando e inquiriendo —tal seguridad [6] tenían de apoderarse de la Urbe—, si deseaban enviar algo a sus esposas. Con una presteza acorde con sus amenazas, avanzaban por los Alpes, cerrojo de Italia, en triple formación. Mario se les anticipó, yendo por atajos con extraordinaria [7] rapidez, y, persiguiendo a la avanzadilla teutona por la falda misma de los Alpes, los venció — ¡dioses! — en qué combate, en el lugar que denominan Aqua Sextia[358]. El [8] enemigo controlaba el valle y el río que lo atraviesa; los nuestros no tenían agua. Si el general lo había hecho intencionadamente, o si había convertido el error en estrategia, no se sabe con certeza; lo cierto es que, al incrementarse la necesidad, el valor fue la razón de la victoria, pues al ejército [9] que le pedía agua le replicó: «¡Ahí la tenéis, si sois valientes»! Se combatió con tanta pasión y la masacre del enemigo resultó tal, que el victorioso pueblo romano no pudo beber de un río ensangrentado más agua que la sangre de los bárbaros. El propio rey Teutobodo, que estaba acostumbrado [10] a cabalgar sucesivamente sobre cuatro o seis caballos, en su huida logró con dificultad subir a uno, y apresado en el bosque inmediato fue el brillante espectáculo del triunfo; pues este hombre de gigantesca altura sobresalía por encima de sus propios trofeos[359].

[11] Una vez aniquilados completamente los teutones, se volvió contra los cimbrios. Éstos habían descendido como una plaga, ya —¡quién podría creerlo!— durante el invierno que eleva más las cimas de los Alpes, lanzándose hacia Italia [12] desde los montes Tridentinos. Intentando, en principio, vadear el Adige, no con un puente o barcas, sino —con estupidez propia de bárbaros—, con sus cuerpos, después de haber tratado en vano de detener la corriente con sus manos y escudos, lo cruzaron tras cubrir su superficie con un bosque [13] de troncos; el peligro habría sido grande, de haberse dirigido de inmediato a Roma, prestos al ataque; pero en Venecia, prácticamente la región más benigna de Italia, la propia suavidad del suelo y el cielo hizo languidecer su vigor. Además, Mario los atacó en el momento oportuno, cuando ya se encontraban relajados por la ingestión de pan [14] y carne cocida y la exquisitez del vino[360]. Ellos llegaron —†¡cuántas huellas, incluso entre los bárbaros!—[361]: requirieron de nuestro general un día para la lucha; les respondió que el siguiente[362]. Se encontraron en una anchurosa planicie que denominan Raudio. De su bando cayeron sesenta mil; del nuestro menos de trescientos. La carnicería del bárbaro duró todo el día. También aquí el general, a imitación [15] de Aníbal y su estrategia en Cannas, añadió la astucia al valor[363]; primero, al elegir un día neblinoso para atacar por sorpresa al enemigo; luego, ventoso para que el polvo se metiera en sus ojos y rostro; y, además, con la formación mirando hacia el oriente para que, por el brillo esplendente de los cascos y su reflejo, pareciera —lo que

rápidamente se supo por los prisioneros— cual un cielo en llamas[364]. Pero [16] no menor que con ellos fue la lucha con sus esposas, ya que, dispuestas sus carretas y carros a modo de barrera por todas partes, luchaban desde arriba, como desde torres, con lanzas y pértigas. Tan esclarecida fue su muerte como su lucha; [17] pues, como no pudieron obtener su libertad y el sacerdocio[365] en la embajada enviada a tal propósito a Mario —no lo permite la ley divina—, tras estrangular y ahogar a sus hijos indiscriminadamente, o cayeron hiriéndose unas a otras, o se colgaron de los árboles y de los yugos de sus carretas [18] con una cuerda trenzada con sus propios cabellos. Su rey Boyórige murió luchando denodadamente en primera línea, pero no sin tomarse venganza.

La tercera tropa, la de los tigurinos, que, a modo de refuerzo, se había asentado en las cimas de los Alpes Nóricos, se desvaneció escabulléndose en diferentes direcciones en [18] una vergonzante huida entre pillajes. El anuncio, tan grato y feliz, de la liberación de Italia y la salvación del imperio lo recibió el pueblo romano, no, como es habitual, a través de [20] los hombres, sino, si es lícito creerlo, de los dioses: el mismo día en que tuvo lugar la gesta delante del templo de Pólux y Cástor se vió a unos jóvenes entregar al pretor un mensaje laureado[366] y en el espectáculo un reiterado rumor [21] proclamó «¡Gran triunfo en la victoria címbrica!». ¿Puede haber algo más admirable, más insigne que esto? Como si Roma, alzada sobre sus colinas, asistiese al espectáculo de la guerra, a un tiempo, como suele ocurrir en el juego de los gladiadores, mientras los cimbrios morían en la batalla, en la Ciudad el pueblo aplaudía.

39

Guerra contra los tracios

Tras los macedonios, así lo decretaron [**III 4**] los dioses, se rebelaron los tracios, tributarios en otro tiempo de los macedonios; no contentos ya con sus incursiones a las provincias cercanas, Tesalia y Dalmacia, llegaron hasta el mar Adriático[367]; detenidos por esta barrera, por una interrupción, por así decirlo de la naturaleza, giraron sus dardos contra las propias aguas. Durante todo este tiempo no dejaron de [2] practicar crueldad alguna, ensañándose contra sus prisioneros: ofrecían libaciones a sus dioses con sangre humana, bebían en calaveras, mancillaban la muerte, provocada tanto por el fuego como por el humo, con juegos de todo tipo[368], incluso arrancaban los fetos de las mujeres embarazadas con torturas. Los escordiscos fueron los más sanguinarios de todos [3] los tracios, y, además, a su fuerza se añadía la astucia. La ubicación de sus bosques y montes estaba en consonancia [4] con su temperamento; en consecuencia, no sólo derrotaron y pusieron en fuga al ejército que mandaba Catón[369], sino [5] —¡hecho prodigioso!— lo capturaron en pleno. Errabundos y librados al pillaje, Didio[370] los confinó en los límites de su Tracia. Después, acudió Druso[371] y les impidió cruzar el Danubio. Minucio[372] devastó todo el valle del Ebro, mas no sin perder a muchos al cruzar su caballería el [6] río, traicionero por el hielo. Vulsón penetró en el Ródope y el

Cáucaso[373]; Curión fue hasta la Dacia[374], pero sintió pavor ante la tenebrosidad de sus selvas. Apio llegó hasta los sármatas[375]. Lúculo hasta el Tanais, límite del mundo, y el lago Meotis[376]. Y los más sanguinarios de los enemigos no [7] fueron sometidos sino con sus propios métodos, pues los prisioneros fueron torturados a hierro y fuego; pero nada les pareció más atroz a los bárbaros que verse obligados a sobrevivir a su castigo: sus manos habían sido cortadas.

40

Guerra contra Mitrídates

Los pueblos del Ponto, cuyo [**III 5**] nombre procede del mar Póntico[377], habitan por el norte, hacia la izquierda. El rey más antiguo de estas gentes y regiones fue Eetas, después Artabaces, descendiente de los siete Persas[378], luego Mitrídates[379], [2] con mucho el más importante de todos; pues, mientras para Pirro bastaron cuatro años y catorce para Aníbal, él resistió durante cuarenta[380], hasta que, abatido en tres formidables campañas, fue aniquilado por la fortuna de Sila, el [3] valor de Lúculo y la grandeza de Pompeyo[381]. Ante el legado Casio había aducido, como excusa para la guerra, que sus fronteras se veían hostigadas por Nicomedes de Bitinia[382]. En realidad, arrastrado por su inmensa ambición, ardía en deseos de poseer toda Asia y, si era posible, Europa. Nuestros vicios le daban confianza y seguridad, pues la ocasión [4] se mostraba propicia, ya que nos encontrábamos inmersos en las guerras civiles, y Mario, Sila y Sertorio dejaban visiblemente desguarnecida esa parte del Imperio[383]. En medio [5] de estas desdichas y revueltas del Estado, de repente, como si se hubiese buscado el momento propicio, el súbito torbellino de la guerra póntica irrumpió desde las altas cimas del Norte contra unos hombres fatigados y al tiempo, ocupados.

El primer embite de la guerra nos arrebató Bitinia, luego [6] fue saqueada Asia con idéntica furia, y nuestras ciudades y pueblos se pasaron sin vacilar al partido del rey. Se aproximaba, les instaba, se valía de la crueldad como si fuera del valor. Puede haber algo más atroz que su edicto en virtud [7] del cual ordenaba que fueran asesinados todos los ciudadanos romanos residentes en Asia?[384]. Realmente, en ese momento se violaron moradas, templos y altares, todas las leyes [8] humanas y divinas. Pero el mismo terror que dominaba Asia, abría también para el rey Europa. Y así, cayeron en manos de los prefectos enviados, Arquelao y Neoptólemo, a excepción de Rodas que permaneció a nuestro lado con firmeza, las restantes Cícladas, Delos[385], Eubea y la propia [9] gloria de Grecia, Atenas. El miedo al rey soplaba ya hacia Italia y la propia ciudad de Roma. Por tanto, Lucio Sila, hombre de extraordinario talento militar, marchó apresuradamente y al enemigo, que, con una violencia parecida, corría [10] hacia adelante, lo repelió, cual con una bofetada. Primero, empujó a la ciudad de Atenas, que había sido la engendradora de las mieses, a comer carne humana —¿quién podría creerlo?— por el hambre y el asedio;

después, demolió el puerto del Pireo, ceñido por seis o más murallas. Una vez hubo sometido a los más ingratos de los hombres, los perdonó, a pesar de todo, según él mismo dijo, por sus ritos religiosos y su fama, en reconocimiento a sus muertos[386]. [11] Luego, tras haber arrojado de Eubea y Beocia las guarniciones del rey, destrozó el grueso de sus tropas, primero en Queronea, luego en Orcómenos, y, tras cruzar de inmediato a Asia, lo venció a él en persona. La guerra habría concluido de no haber preferido más un triunfo rápido que efectivo[387]. Éste es el estado de cosas que Sila había [12] impuesto a Asia: se había firmado un tratado con los pónticos, Nicomedes recobró Bitinia del rey y Ariobarzanes, Capadocia, y Asia fue de nuevo nuestra, como al inicio; pero Mitrídates sólo había sido rechazado. En consecuencia, tal [13] situación no quebró a los pónticos, sino que los enardeció. De hecho, el rey, fascinado, por así decirlo, por Asia y Europa las codiciaba por derecho de guerra, no ya cual ajenas, sino —dado que las había perdido— porque le habían sido arrebatadas. Así pues, igual que un incendio no extinguido [14] se reaviva con llama más voraz, él acudía renovado contra Asia[388], con sus tropas sensiblemente acrecidas, en definitiva, con todo los recursos de su reino, por vía marítima, terrestre y fluvial.

Cícico, famosa ciudad, da esplendor al litoral de la costa [15] asiática con su acrópolis, sus murallas, su puerto y sus torres de marmol. Él la había invadido, cual una segunda Roma, con todo su poderío militar. Pero a sus moradores les dio [16] confianza para resistir un mensajero con la noticia de que Lúculo se aproximaba ya, quien —¡horrible es decirlo!— se había escabullido por entre las naves enemigas, sostenido por un odre que gobernaba con los pies, semejante, para quienes le divisaban de lejos, a un monstruo marino[389]. [17] Luego, cuando la derrota cambió de bando, al acosar al rey, por el dilatado asedio, el hambre, y por el hambre la peste, Lúculo lo persiguió cuando se retiraba y lo masacró hasta tal punto que el Gránico y el Esepo se convirtieron en ríos [18] de sangre. El rey, astuto y conocedor de la codicia romana, ordenó que los fugitivos esparciesen sus joyas y su tesoro para retener a sus perseguidores. No tuvo mayor éxito la huida por mar que por tierra; pues la tempestad que se abatió sobre la escuadra de cien naves aprestada con bagaje militar en el mar Póntico quedó tan malparada por tan vergonzoso estrago que se convirtió en el equivalente de una [19] batalla naval, y realmente pareció que Lúculo, en una especie de transacción con las olas y el huracán, había entregado [20] al rey a los vientos para que lo destrozasen. Las fuerzas del rey estaban todas ya deshechas, pero su espíritu se acrecía con las desgracias. Por tanto, volviéndose contra sus vecinos, envolvió casi todo el Oriente y el Norte en su propia [21] ruina. Trató de ganar a los íberos, caspios, albanos y las dos Armenias, de las que la Fortuna guardaba para su amado Pompeyo, honor, fama y títulos[390]. Éste, cuando advirtió [22] que Asia ardía en nuevos levantamientos y que a unos reyes les sucedían otros, pensando que no debía vacilar, antes de que las fuerzas de las naciones se coaligasen, cruzó el Éufrates después de construir rápidamente un puente con las naves, y, tropezándose con el rey que huía por la Armenia central, lo venció —¡qué Fortuna la de este hombre!— en un solo combate. La confrontación fue de noche y la luna se [23]

puso de nuestra parte: cual compañera de armas, al brillar de espaldas a los enemigos y de frente a los romanos, los pónticos buscaban erróneamente sus propias sombras que se proyectaban más lejos, como si fueran los cuerpos de los contrarios[391]. Aquella noche fue realmente vencido Mitrídates, [24] pues luego ya careció de fuerza, aunque, como las serpientes que, cuando se les secciona la cabeza, sacuden amenazantes la cola, lo intentó todo. De hecho, tras haber [25] escapado de su enemigo hasta la Cólquide, meditó nada menos que cruzar el Bósforo, de allí pasar por Tracia, Macedonia y Grecia, e, invadir así, inopinadamente, Italia. Pero, [26] al anticipársele la traición de los ciudadanos y el crimen de su hijo Farnaces, se quitó la vida, contra la que en vano atentó con el veneno, con la espada[392].

[27] Entretanto, Gneo Magno[393] recorría al vuelo los distintos pueblos de la tierra, en busca de los restos de la rebelión asiática. Tras perseguir por Oriente a los armenios y después haberse apoderado de Artajata[394], la propia capital de la nación, dispuso que gobernara el reino Tigranes que se lo [28] habia solicitado con ruegos. Por el Norte, siguiendo la ruta de los Escitas con las estrellas por guía, como en el mar, abatió a los habitantes de la Cólquide, perdonó a los íberos y respetó a los albanos. Una vez levantado el campo al pie mismo del Cáucaso obligó al rey de la Cólquide, Orodes, a descender a la planicie; y a Artoces, que reinaba sobre los íberos[395], a entregar como rehenes incluso a sus hijos. Recompensó también a Orodes, que le había enviado espontáneamente desde Albania su lecho de oro y otros presentes. [29] Luego, volviendo su ejército hacia el sur, atravesó el Líbano de Siria y Damasco y condujo las enseñas romanas por aquellos bosques perfumados de incienso y bálsamo. Los [30] árabes estaban a su disposición, si les ordenaba algo. Los judíos intentaron defender Jerusalén; pero también allí entró y vió abierto aquel gran arcano de la nación impía, un cielo bajo una cepa de oro[396]. Cuando se le nombró árbitro de los dos hermanos que se disputaban el reino, ordenó que gobernara Hircano; a Aristóbulo lo encadenó por ambicionar de nuevo el poder[397]. De esta forma, a las órdenes de Pompeyo, [31] el pueblo romano, tras recorrer Asia en toda su amplísima extensión, convirtió la que era la provincia límite del Imperio en interior. De hecho, con la excepción de los partos, que prefirieron la alianza, y los indios, que ni nos conocían[398], toda Asia, entre el mar Rojo y Caspio y el Océano, vencida e, incluso, subyugada por los ejércitos pompeyanos, estaba en nuestras manos.

41

Guerra contra los piratas

Entretanto, mientras el pueblo romano [**III 6**] se encontraba ocupado en diferentes partes del mundo, los cilicios habían invadido los mares y, tras interrumpir el comercio, transgrediendo el derecho de gentes, habían cerrado el mar con sus ataques como un temporal. [2] La agitación de Asia debida a las guerras contra Mitrídates daba alas a la

osadía de los destemplados y enloquecidos piratas y se lanzaban al abordaje impunemente gracias al desorden de una guerra que no les atañía y el odio que levantaba [3] un rey extranjero. Al principio, a las órdenes de Isidoro[399], contentándose con la zona marítima circundante, cometían sus tropelías entre Creta y Cirene, Acaya y el golfo Maleo, que habían denominado «de oro» por su botín. [4] Enviado contra ellos Publio Servilio, aunque logró desordenar sus ligeros y rápidos veleros con su sólida y armada [5] flota, los venció con una victoria sangrienta. Pero, sin contentarse con haberles apartado del mar, destruyó Faselis y Olimpo, sus ciudades más poderosas y enriquecidas por el botín de largo tiempo, e Isauria, el baluarte mismo de Cilicia, por lo cual, consciente del esfuerzo que le había supuesto, [6] amó apasionadamente el sobrenombre de Isáurico[400]. Mas, pese a verse vencidos en tantos desastres, no fueron capaces de quedarse en tierra, sino que, como ciertos animales cuya doble naturaleza les permite vivir en el agua y en la superficie, al mismo punto de retirarse el enemigo, incapaces de permanecer en suelo firme, se lanzaron de nuevo al mar, que era su medio habitual, y, extendiendo sus incursiones más que antes, pretendieron aterrorizar con su súbita irrupción [7] incluso las costas de Sicilia y nuestra Campania. En consecuencia, se consideró que Cilicia era digna de una victoria de Pompeyo y se la incluyó en la campaña mitridática[401]. Éste, con el deseo de extinguir de una vez y para siempre aquella peste propagada por todo el mar, inició el ataque con preparativos casi sobrehumanos. Puesto que disponía [8] sobradamente de naves, las propias y las de los aliados rodios, controló los dos estrechos del Ponto y el Océano con múltiples legados y prefectos. Gelio fue puesto al frente del [9] mar Tirreno; Plocio, del Sículo; Acilio bloqueó el golfo de Liguria; Pomponio, el de la Galia; Torcuato el de Baleares; Tiberio Nerón, el estrecho Gaditano, donde se abre la primera puerta a nuestro mar; Léntulo Marcelo, el de Libia; los hijos de Pompeyo[402], el de Egipto; Terencio Varrón, el Adriático; Metelo, el Egeo, el Póntico y el Panfilio; Cepión, [10] el Asiático; Porcio Catón obstruyó con sus naves alineadas enfrente, cual con un portón, las embocaduras mismas de la Propóntide. De esta forma, lo que los piratas poseían en todos [11] los puertos marítimos, golfos, cuevas, refugios, promontorios, estrechos y penínsulas, quedó encerrado en una especie de red y arrasado. Pompeyo en persona se dirigió al [12] lugar de origen y comienzo de la guerra, Cilicia; los enemigos no rehuyeron el encuentro. Parecía que su osadía se debía, [13] no a su esperanza, sino al hecho de estar sitiados; a pesar de todo, no se atrevieron más que a soportar el primer ataque. Luego, una vez que advirtieron que nuestras naves les cercaban por doquier, tras arrojar sus armas y remos con idéntico palmoteo en todas direcciones —lo cual es señal de [14] súplica— pidieron clemencia. Nunca disfrutamos de otra victoria tan incruenta; pero tampoco se ha encontrado otro pueblo más fiel en el futuro. Lo previó con su extraordinaria inteligencia el general, que alejó sensiblemente de la vista del mar a este, por así decirlo, pueblo navegante, y los encadenó a unas tierras situadas en medio del continente[403] y, a un tiempo, recuperó el mar para la navegación y devolvió [15] a los hombres a la tierra que era su medio. ¿Qué hay que admirar más en esta victoria? ¿La rapidez, puesto que se obtuvo en cuarenta días[404]? ¿La fortuna, ya

que no se perdió ni una sola nave? ¿O, más bien, la duración del resultado, porque la piratería dejó de existir?

42

Guerra contra Creta

[**III 7**] La guerra contra Creta, si hemos de ser francos, la hicimos por la exclusiva ambición de someter a la esclarecida isla. Parecía que había favorecido a Mitrídates[405]; se decidió tomar [2] venganza de ello por medio de las armas. El primero en invadir la isla fue Marco Antonio[406], con tal confianza y seguridad de lograr la victoria que en sus naves llevaba más cadenas que armas. Pagó el precio de su necedad; pues el [3] enemigo se apoderó de la mayoría de las naves y suspendió del velamen y las maromas los cuerpos de los cautivos, y largando velas de tal guisa, como triunfadores, los cretenses entraron navegando en sus puertos. Luego, Metelo, devastando [4] a hierro y fuego toda la isla, los redujo al interior de sus fortalezas y urbes: Cnossos, Eleuterna y Cidónea, como suelen decir los griegos, nodriza de ciudades[407]; y se ensañó [5] tan cruelmente con los cautivos que la mayoría se envenenaron, mientras algunos enviaban su rendición a Pompeyo, que se encontraba ausente. Aunque éste, que dirigía las operaciones [6] en Asia, había enviado allí incluso a su prefecto Antonio, no tuvo éxito en una provincia que no era la suya, y Metelo, más rabioso por ello, ejerció contra los enemigos el derecho del vencedor y, tras vencer a Lastenes y Panares, caudillos de Cidónea, regresó victorioso[408]. Sin embargo, de tan preclara victoria nada más obtuvo que el sobrenombre de Crético.

43

Guerra contra Baleares

[**III 8**] Dado que la casa de Metelo Macedónico se había acostumbrado a lograr sobrenombres de las guerras, puesto que uno de sus hijos se había convertido en Crético, no faltó mucho tiempo para que el otro recibiera el nombre de Baleárico[409]. [2] Por esta época, los habitantes de las islas Baleares[410] infestaban los mares con una violencia propia de piratas. Uno se hubiera extrañado de que estos hombres salvajes y que habitaban en los bosques se atreviesen a contemplar alguna [3] vez el mar desde sus rocas. Subían a sus rústicas embarcaciones y aterrorizaban súbitamente con su inesperado [4] ataque a los navegantes que cruzaban sus costas. Al vislumbrar la escuadra romana que se aproximaba por el horizonte, considerando el botín, osaron también salirle al encuentro y en el primer ataque cubrieron la flota con una nube de piedras [5] y rocas. Cada uno combate con tres hondas. ¿Quién puede sorprenderse de que los golpes sean certeros cuando éstas son las únicas armas para esta gente, ese su único entretenimiento desde la niñez? El niño no recibe alimento de su madre a no ser el

que ha derribado tras señalárselo ella[411]. Sin embargo, no aterrorizaron con su lanzamiento de piedras durante largo tiempo a los romanos: una vez que se llegó [6] al enfrentamiento directo y experimentaron el envite de nuestras proas y lanzas, como ovejas huyeron en busca del litoral con estentóreo griterio y, dispersándose por las alturas próximas, hubo que buscarlos para vencerlos[412].

44

Expedición contra Chipre

A las islas les había llegado el [**III 9**] destino fatal. También Chipre fue tomada sin enfrentamiento. Reinaba en [2] la isla, opulenta por su antigua riqueza y, a causa de ello consagrada a Venus[413], Ptolomeo[414], y tal era la reputación de esta riqueza, [3] no sin razón, que el pueblo vencedor de naciones y habituado a otorgar los reinos, ordenó, por instigación de Publio Clodio, tribuno de la plebe[415], incautarse del tesoro del [4] rey, un aliado que, además, estaba vivo. Mas éste, ante el rumor de la noticia, se anticipó a su destino envenenándose. [5] Porcio Catón[416] llevó hasta la desembocadura del Tíber el tesoro chipriota en galeras libúrneas[417], lo cual colmó el erario del pueblo romano mucho más que cualquier otro triunfo.

45

Guerra de las Galias

[**III 10**] Una vez que el brazo de Pompeyo había sometido Asia, la Fortuna transfirió a César[418] lo que quedaba [2] de Europa[419]. Quedaban, a la sazón, los pueblos más salvajes, galos y germanos, y los britanos, a los que, pese a encontrarse separados de todo el mundo, quiso vencer.

La primera insurrección de la Galia partió de los helvecios que, asentados entre el Ródano y el Rin, al carecer de suficiente tierra, acudieron a solicitar un lugar para asentarse, tras haber incendiado sus casas; tal fue su forma de jurar que no regresarían[420]. Pero, se vieron incapacitados para [3] huir por que César, tras solicitar un tiempo para deliberar, mientras lo dilataba, hundió el puente del Ródano[421], y con presteza, cual un pastor al establo su grey, recondujo de nuevo a su lugar de residencia a un pueblo extraordinariamente belicoso. Vino, a continuación, la lucha contra los [4] belgas[422], mil veces más cruenta porque luchaban por su libertad. Aquí, entre las muchas gestas ilustres llevadas a cabo por los soldados, destacó la famosa del propio general, puesto que, cuando su ejército vacilaba pensando huir, tras arrebatar el escudo de la mano de un fugitivo, volando a primera línea, enderezó por su propia mano la batalla. Luego, [5] tuvo lugar con los vénetos un combate naval, pero resultó peor la confrontación con el Océano que con sus propias naves: éstas eran toscas, sin formas

regulares y prestas a naufragar tan pronto como las rozaban nuestras proas. Sin embargo, la lucha se estancaba en los vados cuando el Océano, haciendo refluir la marea en plena lid, parecía intervenir [6] en la guerra. Añadiéronse también las contrariedades debidas a la naturaleza de los pueblos y sus regiones. Los aquitanos, gente astuta, se ocultaban en sus cuevas: ordenó encerrarlos. Los morinos se desperdigaban por los [7] bosques: ordenó incendiarlos[423]. Nadie podrá decir que los galos son sólo fieros; actúan con añagazas. Induciomaro incitó a los tréveros; Ambiorige a los eburones, y ambos, en una conjura perpetrada en ausencia de César, se lanzaron [8] sobre los legados; sin embargo, aquél fue valerosamente aplastado por Dolabela[424] y se le trajo la cabeza del rey. El segundo nos abatió en una emboscada arteramente perpetrada en el valle; por tanto, el campamento fue arrasado y perdimos a los legados Aurunculeyo Cota y Titurio Sabino[425]. Ninguna venganza pudo tomarse sobre el rey: se ocultó en una perpetua fuga en la otra orilla del Rin.

[9] Pero el Rin no quedó en absoluto sin castigo, pues era intolerable que quien había acogido y defendido al enemigo [10] quedara libre. La primera confrontación con los germanos procedió de una causa extraordinariamente justa. Los eduos [11] se lamentaban de sus incursiones. ¡Qué soberbia la del rey Ariovisto[426] cuando, al decirle los legados «Preséntate ante César», replicó «¿Y quién es César? Si quiere, que venga él. ¿Qué le importa lo que haga nuestra Germania?[427] ¿Me entrometo yo en los asuntos de los romanos?». Fue tal el espanto [12] producido en el campamento por esta gente desconocida que, en todas partes, incluso en el estado mayor, se redactaron testamentos. Pero aquellas corpulentas moles, por el mero hecho de serlo tanto, quedaban más expuestas al hierro de las espadas. ¡Cuál fue el ardor de los combatientes [13] puede colegirse de que, pese a que los bárbaros se cubrían con los escudos alzados por encima de sus cabezas al modo de la tortuga[428], los romanos saltaban por encima de los propios escudos y de ahí caían con sus espadas sobre sus yugulares. Los tencteros se quejaron por segunda vez de los [14] germanos[429]. En esta ocasión, sin embargo, César cruzó decididamente con un puente de barcas el Mosela y el propio Rin, y buscó al enemigo en la selva Hercinia. Mas el pueblo entero se había refugiado en los bosques y marjales: tal espanto había provocado la súbita incursión del contingente romano en su ribera. Y no cruzó sólo una vez el Rin, sino [15] dos, pero la segunda sobre el puente que había levantado[430]. El espanto fue superior; pues, al ver que su propio Rin había quedado prendido con un puente, como con un yugo, se produjo de nuevo la huida hacia los bosques y marjales, y, lo más amargo para César, no hubo enemigo que vencer.

[16] Una vez recorridos todos los lugares por tierra y mar, giró sus ojos hacia el Océano y, como si no fuera suficiente para los Romanos este orbe, pensó en otro[431]. Por tanto, tras aparejar una escuadra, cruzó a Britania con rapidez extraordinaria[432], ya que, después de haber levado anclas del puerto de los morinos en la tercera vigilia[433], abordó la isla antes [17] de medio día. El litoral bullía tumultuosamente de enemigos y sus carretas escapaban volando, convulsos a la vista del desconocido acontecimiento. La

convulsión se consideró una victoria. Recibió las armas y los rehenes de los convulsionados por el pánico y habría penetrado más hacia el interior de no haber castigado el Océano la osadía de su escuadra con su naufragio. De regreso, pues, a la Galia, volvió [18] contra este mismo Océano de nuevo con una flota superior y con sus fuerzas acrecidas y, de nuevo, contra estos mismos britanos. Persiguiendo a los caledones hasta su selva, incluso encadenó a uno de sus reyes, Casuelano[434]. Satisfecho [19] con ello[435] —pues no ambicionaba la provincia sino la fama—, retomó con un botín superior al precedente, encontrándose incluso con un Océano más calmado y favorable, como si confesara su inferioridad.

La mayor y, realmente, última de todas las coaliciones [20] de las Galias fue la de Vercingétorix, cuando éste —temible por su cuerpo, sus armas y su coraje, incluso con un nombre casi ideado para inspirar pavor— reunió a la vez a todos los arvemos y bitúrigos, a carnuntes y secuanos[436]. Él, al encontrarios [21] en sus bosques en gran número, en las jornadas festivas y asambleas, los incitaba a reivindicar el derecho a la libertad con sus fieras arengas. En ese momento César se [22] encontraba lejos, efectuando en Rávena una leva y durante el invierno se habían elevado más las cumbres de los Alpes: por tanto, creían que el camino estaba interrumpido. Pero él, —¡afortunada temeridad!— cruzando la Galia tal cual se encontraba en el momento de recibir la noticia, con una tropa expedita armada a la ligera, a través de cumbres impracticables hasta el momento, a través de caminos y nieves vírgenes, concentró en su campamento las alejadas guarniciones de invierno y se presentó en el centro de la Galia antes de [23] que su llegada se temiera en los confines[437]. Entonces, lanzando su ataque contra las ciudades que eran el baluarte mismo de la contienda, se apoderó de Avarico[438] con sus cuarenta mil defensores, y arrasó con el fuego Alesia[439], defendida [24] por doscientos cincuenta mil jóvenes guerreros. Todo el peso de la guerra se concentró en Gergovia, capital de los arvernos[440]. Puesto que ochenta mil hombres defendían la importante ciudad desde la muralla, la ciudadela y los rocosos peñascos, tras rodearla con una empalizada de estacas y un foso, —desviando el río hacia este foso—, y, además, con dieciocho[441] torres y un colosal parapeto, primero la sometió por hambre, luego abatió en la empalizada a quien se atrevía a salir con espadas y palos, y, por último, la obligó a rendirse sin condiciones. El propio rey en persona, el [26] más importante palmarés de la victoria, llegado que hubo al campamento, arrojó suplicante a los pies de César su caballo, sus faleras y armas, y dijo: «Aquí me tienes; venciste, hombre valerosísimo, a un hombre valeroso»[442].

46

Guerra contra los partos

Mientras el pueblo romano, gracias [**III 11**] a César, sojuzgaba a los galos en el norte, él mismo experimentaba en Oriente una profunda estocada de los partos[443]. Ni

siquiera cabe lamentarse de la Fortuna: la derrota carece de consuelo. Con la oposición de dioses y hombres, [2] la ambición del cónsul Craso, que codiciaba con avidez el oro pártico, se vió castigada con la masacre de las legiones [3] y su propia muerte[444]. El tribuno de la plebe, Metelo, consagró a las Furias de los enemigos al general expedicionario[445]; [4] cuando el ejército atravesó Zeugma[446], el Éufrates engulló las enseñas arrancadas por sus rápidos torbellinos y, cuando acampó en Niceforión, los embajadores enviados por el rey Orodes le advirtieron que debía recordar los tratados [5] firmados con Pompeyo y Sila. Mas él, que apetecía avaramente los tesoros reales, no respondió nada, ni siquiera con un pretexto legal, sino «que ya le respondería en Seleucia». [6] Por eso, los dioses que castigan a los que violan los tratados no dejaron de ayudar ni las añagazas ni el valor del enemigo. En primer lugar, se abandonó el Éufrates, el único que podía transportar las vituallas y cubrir las espaldas, dándose crédito a un tal Mazara, un sirio que se había fingido tránsfuga. Luego, el ejército fue conducido por tal guía al [7] centro mismo de una vasta llanura para que quedara expuesto por todos sus flancos al enemigo. Así, apenas había [8] alcanzado Carras[447] cuando los prefectos del rey, Silaces y Surenas[448], desplegaron por doquier las enseñas, refulgentes por el oro y la seda de los estandartes. Entonces, la caballería nos envolvió raudamente por todos los flancos y lanzó una densa nube de flechas, semejante a una granizada o una tempestad. El ejército quedó exterminado en una deplorable [9] carnicería. El propio general, requerido para parlamentar, habría caído vivo en manos del enemigo, a una señal dada, si, ante la resistencia de los tribunos, los bárbaros no se hubiesen anticipado a su fuga con la espada. De igual modo [10] abatieron con sus saetas al hijo del general[449], casi ante los ojos de su padre; incluso se llevaron su cabeza para irrisión de los enemigos. Los restos del infausto ejército, dispersos por Armenia, Cilicia y Siria, cada cual a donde le llevó su huida, apenas lograron transmitir la noticia de la derrota. La [11] cabeza de aquél, cortada y presentada al rey con su diestra, fue objeto de escarnio, no sin razón. Pues por las comisuras de la boca se deslió oro licuado: para que se quemara por el oro el cuerpo, incluso exánime e inerte, de aquel cuyo espíritu ardía por la codicia del oro[450].

47

Síntesis

[**III 12**] Esta es la tercera edad del pueblo romano, la de allende los mares, en la que, atreviéndose a salir de Italia, llevó [2] sus ejércitos por todo el orbe. Los primeros cien años[451] de esta etapa fueron santos, piadosos y, como dijimos, de oro, sin deshonor y sin crímenes, durante el tiempo en que se mantuvo pura e inocente la integridad de aquella estirpe de pastores y mientras el miedo inminente al enemigo púnico retenía la [3] antigua disciplina[452]. Los cien siguientes, que hemos extendido desde la destrucción de Cartago, Corinto y Numancia y la herencia de Asia del rey Átalo, hasta César y Pompeyo y, tras éstos, Augusto, del cual hablaremos, fueron tan magníficos por el

esplendor de los acontecimientos bélicos, como [4] indignos y vergonzosos por los desastres internos. Pues, igual que fue esclarecido y digno conquistar, no tanto para beneficio propio como para gloria del imperio, la Galia y Tracia, Cilicia y Capadocia —provincias de extraordinaria fertilidad y riqueza—, y también a los armenios y britanos, importantes nombres, así fue infame y deplorable haber combatido [5] al mismo tiempo, en casa, con ciudadanos, aliados, siervos y esclavos, y con todo el Senado enfrentado entre sí. Incluso no sé si habría sido mejor para el pueblo romano [6] haberse contentado con Sicilia y África, y hasta, privado de éstas, dominar en su propia Italia, que acrecentar tanto su grandeza que se arruinara por sus propias fuerzas[453]. ¿Qué [7] otra cosa, a no ser el excesivo éxito, promovió los enconos civiles? La derrota de Siria fue la primera en corrompemos, luego el legado asiático del rey de Pérgamo. Aquellos recursos [8] y riquezas debilitaron las costumbres de la época y hundieron la República, inmersa en sus vicios cual en una sentina. ¿Por qué el pueblo romano iba a requerir de los tribunos una reforma agraria y el reparto de trigo, a no ser por el hambre que el lujo había generado? De ahí, en consecuencia, la primera y segunda sedición gracanas y la tercera de Apuleyo. ¿Por qué el estamento ecuestre iba a separarse [9] del Senado por las leyes judiciarias, a no ser por la codicia para disfrutar en provecho propio de los impuestos del Estado y de los propios tribunales? De ahí, la de Druso, con su promesa de concesión de ciudadanía al Lacio y, a causa de ella, la guerra contra los aliados. ¿Más? ¿De dónde nos llegaron [10] las guerras serviles a no ser del elevado número de esclavos? ¿De dónde, un ejército de gladiadores contra sus dueños, a no ser por la prodigalidad derrochada para conciliarse el favor de la plebe que, complacida con espectáculos, convierte en arte lo que en otro tiempo era el suplicio para [11] los enemigos? Y, para referimos ya a los más conspicuos vicios, ¿acaso la compra de cargos no fue concitada por la [12] propia riqueza? De ahí, precisamente, surgió el temporal de Mario, de ahí, el de Sila. El magnífico preparativo de los banquetes y la suntuosa prodigalidad ¿no vinieron causados por una opulencia que iba a generar inmediatamente pobreza? [13] Ésta fue la que lanzó a Catilina contra su patria. En fin, el propio afán de lograr la hegemonía y el poder absoluto, ¿de dónde nació a no ser del exceso de recursos? Eso, evidentemente, armó a César y Pompeyo con las teas de las Furias [14] para destruir la República. Narraremos, pues, ordenadamente, todas estas convulsiones internas, separadas de las guerras exteriores y justas.

[1] Para este sintagma, sujeto principal de la obra, y las cuestiones del Prólogo —tema de las edades; fechas y personajes; la lucha de *Virtus-Fortuna;* la relaciónes con Livio; figuras y características estilísticas; el título de la obra; la *inertia,* etc. —, cf. los distintos capítulos de la Introducción, y la obra de FACCHINI, *Il proemio di Floro.*

[2] En éste y los parágrafos siguientes (6-7), hemos preferido las lecturas de JAL (cf. Intr., caps. III y XII).

[3] Lucio Junio Bruto y Lucio Tarquino Colatino fueron cónsules en el 509 (cf. I 3 [9] 1). La modificación de las cifras tradicionales (cf. *supra)* convierte a los dos últimos en Apio Claudio Cáudice (I 18 [II 2], 5) y Marco (no Quinto, cf. n. 219) Fulvio Flaco (I 16 [21], 1), cónsules del 264.

[4] La traducción responde a la propuesta de P. HAMBLENNE, «Une interpretation de *decoxit.* Florus, *Praef.* 8», *Latomus* 44 (1985), 623-626.

[5] Floro usa anacrónicamente el término en varias ocasiones para referirse a la época republicana; sobre ello y su valor como reflejo de la interpretación del pasado, debida a los manuales escolásticos de época imperial, cf. DEN BOER, «The *Epitome* of *Florus…*», págs. 8-9.

[6] Al ahogarse éste, descendiente de Ascanio (§ 4), cuando atravesaba el río Álbula, límite entre etruscos y latinos, el río cambió su denominación por la del rey muerto en sus profundidades (LIV., I 3, 6-9). Otra tradición lo presenta como un héroe, hijo del dios Jano y la ninfa Camarena. Para las personificaciones, cf. Intr., Cap. VII, n. 230.

[7] El desbordamiento del Tiber había formado en las riberas charcas que impedían el acceso directo al cauce ordinario, por lo que los secuaces del rey supusieron que en ellas podrían ahogarse igualmente los niños. Los arrojaron en una de las primeras —donde se encontraba la Higuera Ruminal—, y, al ser escasa el agua allí, la cuna quedó flotando.

[8] LIVIO (I 3, 2) atribuye este nombre al hijo de Eneas, de quien la *gens Iulia* se decía descendiente. Otra versión lo identifica con Ascanio, hijo de Eneas y Creusa (nieto por tanto de Príamo y Afrodita); una tercera, lo considera hijo de Ascanio y nieto de Eneas; otra, hijo de Lavinia *(infra).* CATÓN *(Orígenes,* frag. I 9b) apunta el origen del apelativo: tras vencer, al mando de la confederación latina formada por aborígenes y troyanos, a los rútulos y etruscos —dirigidos por Mecencio—, recibió el sobrenombre de *Iobum* (tal vez *Iolum* o *Ioulom),* diminutivo de Júpiter; Ascanio se habría convertido en el «pequeño Júpiter».

[9] El nombre deriva de Lavinia, hija de Latino, rey del Lacio, desposada con Eneas para sellar la paz entre los troyanos y sus huéspedes.

[10] Para nuestra interpretación —en contra de la habitual, «séptima generación» (cf. JAL, *Florus,* I, pág. 8 y n. 1)—, cf. PUCCIONI, «Interpretazione di *suboles ...»,* págs. 234-244; y FELE, *Lexicon…,* pág. 634. De hecho, según LIVIO (I 3, 6-10), hay trece reyes desde Ascanio-Julo hasta Procas *(infra)* —de ahí el *«bis» septima subole* que algunos añaden para sumar catorce—; pero, ni los nombres, ni el número coinciden con los de otros autores: OVIDIO *(Fastos* 4, 39) apunta once; y JUSTINO (XLIII 1-3) siete, contando a Amulio. En cambio, JERÓNIMO *(Die Chronik des Hyeronimus,* ed. R. HELM, Berlín 1956, pág. 85a), inspirado probablemente en Floro, dice que «siete» eran los años que llevaba reinando Amulio cuando la vestal dió a luz. BESSONE *(La storia epitomata,* pág. 165, y n. 6) resaltaba el paralelismo con los «siete» tradicionales reyes de Roma y que, con Amulio, sumaban catorce *(supra).* LIVIO utiliza el término, pero no aquí (VI 7, 1 y 12, 4; etc.); y PLINIO *(Paneg.* 26, 3) habla de la *Romana soboles.*

[11] Amulio y Numitor eran hijos de Procas, que había dividido la herencia real en dos partes: el mayor eligió el reino y Amulio el tesoro (LIV., I 3, 9-11). Valiéndose de él, destronó a su hermano, se desembarazó de sus hijos varones, y, so pretexto de honrar a su única hija, Rea Silvia, la convirtió en vestal (n. 29).

[12] La fecha tradicional de la construcción de Roma sobre el Palatino — en la que se celebraban las *Parilia,* dedicadas al dios y la diosa Pales— era el 21 de abril del 753.

[13] En la observación del vuelo de las aves *(auspicia),* una de las tres partes de la ciencia augural, había que tener en cuenta el animal que volaba — porque cada especie, con un carácter determinado, funesto o favorable, estaba destinada a una divinidad (cf. I 8 [13], 20)—, el lugar, la dirección, altura, velocidad y graznido (cf., también, I 18 [II 2], 29).

[14] Sobre este poetismo, *bellatrix,* cf. Intr., Caps. VII, n. 221, y IX.

[15] Los juegos, en honor de Neptuno ecuestre, eran los *Consualia* (LIV., I 9, 6), ligados al dios *Consus* —antigua deidad agrícola romana, cuyo altar subterráneo en el Circo Máximo se abría cada año en su fiesta anual —, con el que aquél se confundió pronto.

[16] La advocación se hacía derivar de los verbos *ferre,* «llevar» —porque el vencedor «llevaba» sobre los hombros los despojos del vencido al templo (PROP., IV 10, 45; LIV., I 10, 6); o la paz (FESTO, ed. W. LINDSAY, Leipzig, 1913, reimpr. Hildesheim, 1965, pág. 81)—; o *ferire,* «golpear, herir» (PROP., *ib.),* no sólo por las heridas que Júpiter podía infligir al enemigo (SALOMONE, *Epitome...,* pág. 76, n. 22), sino por los castigos que lanzaba contra los que violaban sus juramentos.

[17] Los *spolia opima* eran los obtenidos por un general romano —revestido por tanto de *imperium—,* tras matar a un caudillo enemigo en combate singular, luego dedicados a Júpiter Feretrio. PROPERCIO *(ib. supra)* poetiza los tres episodios en que fueron obtenidos: éste, ficticio y utilizado para legitimar la costumbre y la construcción del templo; y los dos, literaria y epigráficamente atestiguados: Coso (I 5 [11], 3), al vencer a Lars Tolumnio (quizá en el 428; cf. I 6 [12], 9); y Marcelo (I 20 [II 4], 5), contra el ínsubre Viridomaro en Clastidium (Liguria), en el 222 (POLIB., II 34, 2). En cuanto al rey, hijo de Hércules en Propercio, ni Livio ni Dionisio mencionan su nombre; sí VAL. MÁXIMO (III 2, 3); el *Elogio* de Rómulo del Foro (cf. cap. V, n. 117); y PLUTARCO *(Rómulo* 16, 3), que lo considera hábil militar y muy preocupado por la actuación del romano con las doncellas.

[18] Pueblo asentado al noreste de Roma, famoso por sus prácticas religiosas (§ 22). La importante *gens Claudia,* como la Fabia y otras, era de origen sabino.

[19] La traducción pretende reunir los matices de las dos principales versiones (HALM, con el sustantivo *nomine;* y ROSSBACH, FORSTER, MALCOVATI y JAL, con la simple aposición). Su nombre pasó a identificar la famosa roca —cuya situación exacta es discutida—, desde la que se arrojaba a los asesinos y traidores.

[20] Para las diferentes opciones del pasaje, cf. MALCOVATI, «Studi su Floro», pág. 49. LIVIO (I 11,9) recoge la posibilidad de que Tarpeya hubiera tenido la intención de engañar a los sabinos con su solicitud, privándoles de los escudos.

[21] Principal zona pública de Roma, ocupaba el espacio situado entre las colinas del Palatino, Quirinal y Capitolio; centro de la vida política de Roma a partir del siglo VI, cuando el lugar se drenó realizándose la Cloaca Máxima, sus primeros edificios datados son los templos de Saturno (en el 497; cf. LIV., II 21, 2); Cástor (484; cf. LIV., II 20, 12); y el de la Concordia, alzado por Camilo (cf. I 7 [13], 17), en el 367.

[22] Bajo este epíteto, «el que permanece, o mantiene, firme», «que detiene la huída», se le honraba en dos templos —Rómulo sólo instituyó un *fanum* (LIV., X 37, 15)—: uno, construido a raíz del voto del cónsul del 294, Marco Atilio Régulo (LIV., X 36, 11), en la tercera guerra samnita, entre la *Via Sacra* y el Palatino, y testigo del primer discurso de Cicerón contra Catilina; el otro, debido a Metelo Macedónico tras su triunfo en el 146 (I 30 [II 14], 5), en el circo Flaminio. Durante los últimos años de la República y en época imperial la advocación adquirió un claro matiz político: «el que consolida y mantiene el poder de Roma y su Imperio» (cf., CIC., *Catil.* I 11 y 30; y SÉN., *De benef.* IV 7, 2).

[23] Epónimo de los Tities *(infra),* e introductor en la Urbe de muchos de los cultos sabinos, su relación con Rómulo pudo haberse fingido como precedente para la magistratura colegiada.

[24] Según VARRÓN *(Lengua Lat.* V 46, 55), eran las de Ramnes, Tities y Lúceres, denominaciones procedentes de los lugartenientes de Rómulo (aunque los nombres, realmente etruscos, podrían no tener nada que ver con él); LIVIO (I 13, 8) designa así tres centurias de caballería: el nombre de Ramnes se debería a Rómulo; Tities, a Tacio *(supra);* y el historiador confiesa ignorar el de Lúceres — según el *De Viris Illustribus* (2, 11) a la reunión celebrada en el bosque sagrado *(lucus)* —. Para G. DUMEZIL *(Juppiter, Mars, Quirinus,* París, 1941) responderían a las tres clases de la sociedad: la casta sacerdotal, la campesina y la militar, con Jupiter, Quirino (§ 17) y Marte como tríada correspondiente. Tulio utilizó el término para la nueva división que sustituyó la étnica por la físico-geográfica: las cuatro tribus *urbanae,* Palatina, Colina, Esquilina y Suburana; y las 15-17, luego 31, *rusticae,* con nombres derivados de las familias.

[25] Asamblea de notables —cien al principio, y trescientos al final de la monarquía, mil con los Triunviros—,

principal órgano político durante la República y hostil a su democratización, al que frente a enemigos exteriores Roma debió sus más decisivas victorias, su fortaleza en momentos difíciles, su carácter de gran potencia y la inicial organización provincial. Para su eco en Floro y su relación con la fecha de la obra, cf. Intr., cap. V, n. 106.

26 Divinidad no muy bien conocida —quizá sabina: porque su nombre derive de la ciudad de Cures o porque se conecte con el de la lanza, *curis*—, y adorada en el Quirinal antes de la fundación de Roma, forma una de las tríadas de la religión romana (cf. § 15). Su más plausible etimología la conectaría con *Quirites,* los ciudadanos civiles, y las Curias.

27 Sagrada estatua de Palas, otorgada por Zeus a Dárdano —fundador de Troya, de donde fue robada por el griego Diomedes—, tenía la facultad de preservar a sus posesores de la derrota. Llevada a Roma por Eneas era conservada en un recinto oculto a las miradas del pueblo por las vestales (cf. n. 29).

28 El dios más antiguo de toda Italia (HEROD., I 16, 1) —anterior, incluso, a Júpiter (OVIDIO, *Fastos* I 63, 205-236 y 293; VIRG., *Eneida* VII 180)—, bastante misterioso, que incorporaba el principio de las cosas materiales: la entrada de puertas y calles, etc. (en la *Via Sacra* había una arco llamado *Ianus Geminus;* y su representación es la de una puerta o una doble faz en un solo cuerpo); e inmateriales: el espacio y el tiempo (el año); y los dioses (MACROBIO, *Sat.* I 9, 14). La doble puerta de su templo, a oriente y occidente, se clausuraba en época de paz, abriéndose al inicio de las hostilidades, un tema al que Floro presta mucha atención (cf. I 19 [II 3], 1; y II 34 [IV 12], 64). Para su relación con la fecha de la obra, cf. Intr., caps. I y III, n. 61.

29 El colegio de vírgenes (4, 6 y 7) de esta divinidad protectora del hogar y de la Ciudad, cuyo templo circular se encontraba en el Foro, se encargaba de velar para que el fuego sagrado, símbolo de Roma, no se apagase nunca; reclutadas entre los seis y diez años, de padres vivos, debían respetar la castidad hasta los treinta años de dedicación y su prestigio era grande.

30 Deidad, probablemente conectada con el agua y con el culto de Diana, y esposa del rey, según el *De Viris Illustribus* (3, 2), al que habría enseñado oraciones, conjuros y prácticas religiosas en general.

31 Floro caracteriza aquí a los romanos como personas de costumbres poco pulidas, toscas y salvajes (cf. el inmediato «fiero», § 4; y I 2 [8], 3), semejantes por su apariencia y falta casi de ley en su organización cívica a los «Bárbaros» —pueblos que, encajando con tales características, viven fuera del ámbito racial y de influencia griega o romana—, enemigos de Roma. FELE *(Lexicon…,* pág. 68) advertía que en ese sentido de *homo incultus* no vuelve a aparecer jamás, pero es más importante observar el sentido último de su caracterización: el respeto a la ley y el orden, que ahora se está gestando, son la esencia de la *civilitas romana,* y el panegírico a esta peculiaridad define el proyecto de la obra floriana (cf. Intr., especialmente cap. VI, n. 162).

32 Fundada por Alba sobre la orilla izquierda del Tíber, en la via Salaria, desempeñaría un importante papel en la guerra contra los etruscos (cf. I 6 [12], 7).

33 Para las habituales repeticiones de términos (§ 7), cf. Intr., Cap. VII, n. 219.

34 El epitomador ofrece en este pasaje una perfecta utilización del diferente matiz de *urbs* — concepto de carácter físico-geográfico que alude a los elementos externos que componen el entorno habitado, distinto del campo circundante del que a veces lo separa una muralla o muro—; y *civitas* —la ciudadanía política, la comunidad de *possessores* (cf. n. 41), con una economía determinada y unos derechos y deberes que los distinguen de los *peregrini* y esclavos—, difícil de recoger con el nuestro único de «ciudad».

35 El *cognomen,* Prisco, se debe (FESTO, ed. LINDSAY, pág. 253) al hecho de ser anterior a Tarquino el Soberbio. Sobre su figura, eco, tal vez, de Adriano, cf. Intr., cap. V, n. 106.

36 Para esta estratégica ciudad, alzada en el Istmo, metrópoli de numerosas colonias y cuyas desavenencias con Corcira fueron el origen de la guerra del Peloponeso, cf. I 32 [II 16].

37 El pasaje, bastante conflictivo, ofrece dos diferentes lecturas. La de HALM —«… y aumentó los caballeros con tres centurias…», implica la elevación a seis centurias, prescindiendo del número de sus componentes, que es el que presumiblemente el augur no deseara ampliar; de hecho, según la versión de DIONISO DE HALICARNASO (III 71, 1), que enlazaría mejor con las ediciones más antiguas, Nevio se opuso rotundamente a Tarquino cuando éste pretendió añadir a las existentes otras tribus nuevas de jinetes y darles su nombre y el de sus amigos. MALCOVATI y JAL suprimen el término «caballeros», interpretando *tribus* no como numeral, sino como el sustantivo «tribu». Según LIVIO (I 36, 1-3), con el que encajaría esta lectura, Tarquino,

comprendiendo a raíz de las bajas que le habían infligido los sabinos que la debilidad de su ejército se debía a la de la caballería, decidió añadir nuevas centurias a las ya existentes (§ 15); Nevio se negó hasta que se hubiese obtenido la aprobación de los auspicios, como Rómulo hizo; ello excitó la cólera del rey, que empezó a burlarse del augur *(infra).*

38 Los augures eran los encargados de observar e interpretar —no «adivinar»; su nombre, formación antigua y discutida (de *augeo:* «hacer crecer») sugiere más bien ritos de fertilidad— los signos naturales que constituían los presagios (cf. I 1 [1] 6-7; I 18 [II 2], 29), para ver si los dioses aprobaban o no una acción. Una de sus prerrogativas era el bastón curvo *(lituus)* con el que delimitaban las regiones celestes en las que se fijaba el *templum,* espacio donde debía celebrarse la observación (cf. I 1 [1], 32). Su influencia era grande —apertura de asambleas, acuerdos, elección de magistrados, batallas…—; pero aceptar o rechazar su consejo era responsabilidad del magistrado (cf. I 18 [II 2], 29).

39 Las *fasces* eran los haces de varillas de olmo o abedul, que —ligadas rodeando el hacha— llevaban al hombro los lictores que acompañaban a los magistrados *cum imperio* como símbolo de éste y en número proporcional a su importancia; inicialmente las *virgae* servían para azotar y las *secures* para aplicar los castigos capitales. La trábea, especie de toga púrpura y azafrán *(coccum)* de los reyes (ISID., *Etimol.* XIX 24, 8), pasó a ser la vestimenta oficial de cónsules y censores en determinados actos —podía también ser blanca orlada con franjas horizontales de ese color *(praetexta)* o el azafranado de los augures—; luego, de los emperadores, hasta el punto que el giro «tomar la púrpura» se convirtió en sinónimo de «alcanzar el trono». Las *sellae curules,* con patas curvadas en forma de 'S', eran las banquetas de marfil de los magistrados superiores — las privadas eran de cuero y plegables—. Los anillos, inicialmente lisos, eran utilizados sólo por los hombres libres, los únicos capaces de dar fe de algo, para autentificar documentos personales y se destruían al morir su portador (cf. TÁC., *Anales* XVI 19). Las *phalerae* eran las placas o medallas condecorativas de oro, plata o bronce, que se concedían como premio al valor y se colocaban en el pecho; el *paludamentum,* el manto distintivo de los generales, púrpura, azafrán y oro.

40 La *toga picta,* bordada —*palmata,* si el dibujo tenía forma de palmas— y recamada en oro, era la propia de los triunfadores; luego fue adoptada por Augusto como propia (DIÓN CASIO, XLVIII 16, 1; y 31, 3).

41 Las *classes* eran cinco, según la fortuna de los *possessores* (n. 34), quedando excluidos del servicio militar los que no tenían más de 1.500 ases *(capite censi; proletarii).* Para las tribus, cf. n. 24.

42 Con este término, de sentido poco claro para Floro, se designaban varias divisiones de la vida política de Roma: la primitiva del Senado, la reunión de diez curias a cuyo frente se encontraba el decurión, los miembros de los consejos municipales, etc.

43 El término —antecedente o derivado del sustantivo *collega,* «aquél que ha recibido con otro/-s, un poder» (ULPIANO, *Dig.* L 16, 173)—, pertenecía a la lengua religiosa: designaba a una reunión de personas asociadas para la celebración de un culto: pontífices, augures, salios, feciales. Luego se amplió a los miembros de cualquier grupo que tuvieran en común determinada profesión o tarea o a los de carácter militar.

44 Legendaria capital del rútulo Turno, a ella se atribuye la fundación de la española Sagunto (cf. I 22 [II 6], 3) junto a los zacintios. De condiciones físicas poco saludables, prisión del Estado en época republicana, sus campos acogieron los elefantes en la imperial, bestias a las que Floro dedica notable atención histórica y literaria (cf. Intr., caps. VII, n. 215; e *infra,* nn. 137 y 250).

45 Sobre la vía Flaminia, en la confluencia del Tíber y su afluente el Nar (cf. II 6 [III 18], 11), allí poseía una villa el famoso tribuno del 57 T. Anio Milón, asesino de Clodio (cf. I 44 [III 9], 3), y uno de los más violentos defensores del Senado contra los populares en el 60 y 52.

46 Colonia de Alba, de ella procede el *cinctus Gabinus,* una forma especial y complicada de ceñirse la toga (ISID., *Etimol.* XIX 24, 7), en determinadas ceremonias religiosas (por ej., en la *devotio,* cf. I 7 [13], 9).

47 Aunque la anécdota es atribuida, entre otros, a Periandro de Corinto, interpelado por Trasíbulo de Mileto, para nosotros es conocida por referirse de Ramiro II el Monje, rey de Aragón. Éste, siguiendo la opinión del abad de su antiguo monasterio —a quien había enviado a consultarle un mensajero que, sin obtener contestación directa del monje, recibió como respuesta idéntica acción: la poda de las varas más altas del jardín—, decapitó a los nobles levantiscos de su reino colocando sus cabezas en lo alto de la torre, en la denominada «Campana de

Huesca».

48 Floro silencia los nombres de muchos e importantes sucesos, obviamente muy conocidos, para enfatizar más su ausencia (cf. Intr., Cap. V, n. 111). Aquí se trata del templo de Júpiter Capitolino alzado sobre la cima sur —la otra la ocupaba la ciudadela *(Arx)*— de la colina sagrada por excelencia, cuyo nombre, según Livio, derivaba de la cabeza de Tolo *(caput-Toli,* cf. § 9).

49 El nombre inicial de estos magistrados no fue el de cónsul, sino el de *praetores,* denominación que tras el 366-367 se restringiría a los encargados de la administración de justicia (para el tema del «derecho» en Floro, cf. n. 31)—. El cónsul —quizá del verbo *consulo,* «aconsejar» o, «velar por, cuidar a»—, se convirtió en el más alto cargo civil y militar de las magistraturas ordinarias en época republicana. Hasta el 153 sus funciones comenzaban, tras una ceremonia oficial en el Capitolio (cf. I 5 [11], 7), el 15 de marzo; luego, el 1 de enero (n. 313). Alternaban el poder cuando se encontraban juntos, pero lo normal era que uno permaneciese en la Ciudad y otro dirigiese la campaña correspondiente; sus emblemas eran los del poder ejecutivo (cf. I 1 [5], 5) y, cuando cesaban en su cargo, ya «consulares» (cf. I 13 [18], 22), se encargaban del gobierno de alguna provincia o de las hostilidades en curso, como procónsules.

50 Realmente, Lars Porsen(n)a (cf. n. 84) era el lucumón o rey de Clusio. Todos los heroicos detalles del pasaje, con múltiples contradicciones en el relato tradicional, parecen encubrir una realidad distinta: en lugar de ayudar a restaurar la monarquía ayudando a Tarquinio —de hecho, coaligado con sus enemigos, los latinos y Aristodemo de Cumas que lo acogería en su destierro —, habría contribuido a abolirla. Tras su retirada se habría instaurado la República, pero cf. infra, n. 52.

51Escévola significa «Zurdo». Muchos de los sobrenombres romanos *(cognomina* o *agnomina)* responden a características físicas o cualidades personales; Floro alude habitualmente a ello, sobre todo cuando proceden de alguna gesta militar (cf. Intr., cap. VI, n. 195).

52 Otra versión, derivada de la leyenda etrusca y probablemente más real, asegura que conquistó el Capitolio y gobernó Roma con dureza.

53 Al «error» de situar en este momento el duelo que había tenido lugar en el bosque de Aricia, antes de la expedición de Porsena contra Roma, Floro añade la confusión de Arruncio con Sexto, el verdadero culpable del ultraje a Lucrecia. Pero la responsable de la alteración podría ser la concepción retórica del historiador que, tras el tema de los asuntos internos con Bruto y Publícola (I 3 [9], 4-5), ligaba así este episodio con el siguiente (I 5 [11]), ya «exterior» (cf. Intr., caps. V, n. 112 y cap. VI, 198; y para un análisis detallado, BESSONE, «Di alcuni ‘errori’…» pág. 421, n. 4; y «Anacronismi per omissione», págs. 393-395).

54 Octavio Mamilio (cf. 1. II, n. 43), era yerno, según la tradición, de Tarquino el Soberbio, quien habría recurrido a él en busca de refugio tras la fallida tentativa de regresar a Roma con Porsena; murió con él y sus hijos en esta batalla (496 ó 499).

55 Era un pequeño lago cercano a las colinas de Túsculo, tal vez, la depresión volcánica denominada Pantano, al sur de Gabio, drenada en el siglo XVII.

56 A esta magistratura extraordinaria, no colegiada —de origen griego o albano (DIONISIO HALIC., V 74, 3-4)—, muy próxima a la realeza y revestida de valor mágico-religioso, se acudía en caso de guerra o de calamidades naturales, con una duración máxima para su poder de seis meses. En el caso de Sila y César tuvo matices muy diferentes en propósito y alcance: encubría una tiranía impuesta por las armas. Aulo P. Albo, cónsul en el 496, fue dictador entonces o en el 499.

57 La idea se atribuye a Camilo contra los volscos (386 ó 389); y Emilio en Pidna (PLUT., *P. Emilio* 18; cf. n. 266); y para otras ocasiones, cf. FRONTINO, *Estrat.* II 8, 1. Pero, sólo es recordada para este momento por Floro (cf. SALOMONE, *Epitome…,* pág. 97, n. 3; e *infra).*

58 ¿Aulo? Cornelio C., héroe de las dos presuntas guerras contra Fidenas (la única histórica es probablemente la segunda, 428-5, cf. n. 17), fue tribuno con poder consular en el 426 y la estratagema la utilizó entonces contra esa ciudad (LIV., IV 33, 7). JAL *(Florus,* I, págs. 20 y 122) advierte el error de Floro al confundirlo con el verdadero jefe de caballería, Tito Ebucio Elba (cónsul del 499; cf. LIV., II 19,3), herido en su encuentro con Mamilio Tusculano (LIV., II 7-9; cf. n. 54); BESSONE («Di alcuni ‘errori’…», págs. 428-429), en cambio, sugería, más bien, una deformación del perdido *Epitome de Livio,* fuente suya y del *De Viris*

Illustribus (16, 2); o una complicada y múltiple *contaminatio* («Anacronismi per omissione», págs. 395-7): se trataría de concederle aquí —ya que en Fidenas el interés del epitomador era otro— el relieve adecuado a una figura como la suya, superior a la pálida de Ebucio, ligado, a su vez, al «dictador Postumio» Tuberto, vencedor en el Álgido (431), de cuya batalla frente a ecuos y volscos, justamente, se hace eco en el caso de la presunta estratagema.

59 Castor y Pólux, los Dióscuros, hijos de Zeus y Leda, tenían su templo en el Foro, bajo el Palatino, próximo a la fuente Yuturna donde, según la tradición, habían refrescado sus caballos tras la batalla (tal vez haya que conectar el culto con Túsculo, cf. n. 54-55). Su conexión con los caballos (cf. I 28 [II 12], 15), bien conocida, se ha podido explicar poco satisfactoriamente desde el punto de vista romano, puesto que, a diferencia de otros pueblos itálicos e ilirios, ellos conocían poco los recursos de este animal —Roma siempre utilizó la caballería de los aliados—. Se les prestó gran atención en el reinado de Pío, lo que, dada la de Floro, se ha puesto en relación con la fecha de la obra (sobre ellos, cf. BESSONE, «Sulle epifanie dei Dioscuri», *Patavium* 6 (1995); y n. 366.

60 Destacado centro marítimo, contaba con múltiples villas de recreo; en la de los Antoninos escribió Frontón su obra *Sobre las fiestas de Alsio.*

61 Cercana a la actual Porto d'Anzio, en la vía Apia, y destruida en el 346, se salvó el templo de la *Mater Matuta.* No es la situada en el valle del Liris (río que nace en el lago Fucino), severamente castigada por Roma tras el desastre de las Horcas Caudinas en el 320 (LIV., IX 12-16).

62 La primera, al pie de los Apeninos, ha visto el hallazgo de los *Fasti Verulani,* con fechas hasta el momento desconocidas como el nacimiento de Marco Antonio, o las nupcias de Augusto y Livia (14 y 17 de enero). Bovila, a unas 20 millas de Roma en la vía Apia, fue colonia de Alba, a cuyos supervivientes acogió; entre ellos estaba la *gens Iulia,* que tenía allí su *sacrarium* y siempre mantuvo una estrecha relación con la ciudad; en una de sus colinas fue asesinado Clodio (n. 45), tras ser herido en el templo de la *Bona Dea* (52).

63 Cf. n. 48.

64 Fundada antes que Roma, posiblemente por los sículos, afamada por sus frutos, materiales de construcción (el travertino) y cultos, era un importante lugar de descanso para notables personajes de la vida literaria y política de Roma que tenían allí sus villas (Catulo, Cintia, Augusto; y, sobre todo, Adriano, cf. Intr., Cap. III), y residencia de cautivos ilustres (Sífax de Mauritania y Zenobia de Palmira).

65 Al sureste de Roma, fundada, según la tradición, por Céculo, hijo de Vulcano (VIRG., *Eneida* VII 678-80), y escenario de la muerte de Mario el Joven (II 9 [III 21], 23), destacaba por sus condiciones naturales —Marco Aurelio residía ahí cuando perdió a su hijo de siete años (cf. Intr., cap. II)—; por sus antiguas y famosas *sortes Praenestinae;* y por el inmenso templo de la Fortuna Primigenia, de complicada y hermosa factura — con rampas, terrazas y pórticos columnados—, alzado por Sila en sustitución del destruido en su ocupación (82) —al tomarla Quinto Lucrecio O-/Afela, luego ejectuado por orden suya—.

66 La Haran bíblica, situada en la ribera izquierda del Baliso, al suroeste de Edesa en la Turquía suroriental y norte de Mesopotamia, se hizo famosa para los romanos por la derrota de Craso (I 46 [III 11], 8). Importante capital provincial con asirios y seléucidas, su nombre nativo es esta helenización de *Carrhae.* Caracala fue asesinado allí (217), cuando se dirigía a visitar su famosísimo templo del dios *Lunus/-a,* la divinidad semítica masculina de la Luna, Sin. Sobre la frase, cf. Intr., cap. III.

67 El bosque, donde estaba el lago denominado «espejo de Diana», era un lugar no lejano a Aricia (cf. n. 53), al pie de los Montes Albanos, famosa por su templo de Diana; desempeñó un importante papel en la batalla del Regilo, y en ella nacería Atia, la madre de Augusto.

68 La «selva Hercinia», o Herciniana —denominación que llegó a utilizarse para todas las montañas boscosas desde el Rin a los Cárpatos—, sólo fue distinguida claramente de los Alpes tras las expediciones de Tiberio y Druso: las cumbres que se extienden desde Bohemia, a través de Moravia, hasta Hungría (cf. II 30 [IV 12], 27).

69 A la izquierda del Liris (cf. n. 61), en una importante posición estratégica, fue causa de la segunda guerra samnita (n. 119); fiel a Roma ante Pirro y Aníbal, pero sublevada en el 125, fue destruida por Opimio (cf. II 3 [III 17], 5), entonces pretor.

70 Coriolo, la ciudad de cuya captura tomó el nombre (491 o 493), estaba próxima a Ancio *(infra);* cf,

también, I 17 [22], 3.

71 Ciudad costera, entre la desembocadura del Tíber y Circei (San Felice), nido de piratas entre los s. V-IV, en ella nacieron Calígula y Nerón.

72 Cónsul con Lucio Furio Camilo (338) y el primer dictador plebeyo atestiguado (314, o antes: 320), la columna alzada en su honor por esta victoria es la más antigua de este tipo de monumentos típicamente romanos *(infra).*

73 El término *rostrum* —literalmente «pico», «punta»—, se aplicaba a diferentes objetos, en especial al espolón de la nave; era un hierro que sobresalía de la proa, apto para destruir el flanco de los navíos enemigos. Las columnas decoradas con ellos, que conmemoraban un triunfo naval, recibían también ese nombre (cf. I 18 [II 2], 7). Al colocar las de Menio *(supra)* junto a la tribuna de los oradores, ésta pasó a denominarse *Rostra* (cf. II 2 [III 14], 4).

74 El vencedor de los ecuos fue Lucio (no Tito) Quincio Cincinato. Cuando L. Minucio Esquilino (cónsul sufecto, al que Floro confunde con Manilio) quedó sitiado en el Álgido (458), él fue elegido dictador y marchó a su rescate. Tras derrotar al enemigo y salvar a Minucio, devolvió los poderes dictatoriales al decimosexto día de haberle sido conferidos. Cf., además, I 17 [26], 7; y BESSONE, «La *'Fortuna'* di Cincinato: eroe misconociuto o adulterato», *Acta Clas. Univ. Scient. Debrecensis* 32 (1996), págs. 39-50.

75 La *gens Fabia* solicitó llevar la guerra contra Veyos sin aportación pública alguna; perecieron los 306 que la componían, con sus casi 4.000 clientes (LIV., II 48, 56); sólo se salvó el futuro cónsul del 467 —con Tito Emilio—, Quinto F. Vibulano, entonces adolescente, a quien no se había permitido acudir al enfrentamiento (cf. *infra,* n. 77).

76 La interesante sugerencia de D. R. SCHACKLETON BAILEY («Textual Notes on Lesser Latin Historians», *Harvard Studies in Clas. Philol.* 85 [1981], 171-172), *idonea,* con el sentido de «suficientemente capaz» en lo militar, en lugar de *nota,* haría el pasaje más inteligible: *gens una Fabiorum, satis superque idonea.*

77 Era la puerta Carmental —en el ángulo sudoccidental del Capitolio en la muralla serviana— por la que pasaban las procesiones expiatorias cuando se producía un nacimiento monstruoso, de acuerdo con el ritual marcado por los libros sibilinos. La batalla tuvo lugar el 18 de julio, el mismo día que la posterior derrota de Alia (I 7 [13], 7).

78 La estratégica ciudad de Faleris, que dominaba las vías de comunicación entre la zona alta y baja del Tíber, fue tomada por Camilo; como es frecuente (cf. n. 48), Floro calla la referencia.

79 Cf. n. 32 e Intr., cap. V, n. 112.

80 El adjetivo alude a la procesión funeral en la que se transportaba al cadáver. La fiesta de las *Feralia* se celebraba en febrero (17 ó 21).

81 Desde el 406 al 396; la ciudad, una de las doce de la confederación etrusca, conquistada también por Camilo (I 17 [22] 4), fue abandonada; pero como los edificios no se destruyeron, sirvió de refugio a los romanos tras la derrota de Alia (I 7 [13], 7).

82 El campamento de invierno se construía sólidamente con madera y piedra. Estas tiendas, levantadas con pieles de animales sujetas a estacas, sólo se utilizaban en verano.

83 En torno al 406, frente a la costumbre tradicional, Roma comenzó a pagar la soldada con fondos públicos.

84 El sentido del término etrusco *Lars* es, probablemente, el de «rey», «comandante militar», que la tradición analística malinterpretó, considerándolo propio del que lo llevaba (cf. n. 50); sobre éste y los despojos, cf. n. 17.

85 A mediados del siglo V, diferentes pueblos célticos se establecieron en las llanuras del Po; los senones lo hicieron definitivamente en el litoral Adriático.

86 Pese al acuerdo de los códices en este verbo, *vagare,* TERZAGHI («Per una nuova edizione di Floro», pág. 157) proponía utilizar el *bacchabantur* de JORDANES, un término retórico-poético que evocaría a VIRGILIO *(Eneida* IV 300 y X 41) y encajaría mejor con el estilo floriano.

87 La más notable de las doce ciudades de la confederación etrusca, residencia de Porsena (n. 50), sus

tumbas, algunas decoradas con pinturas, figuran entre las mejor conservadas de Etruria.

88 Según LIVIO (V 36, 1-37, 4), la culpa fue de los embajadores romanos que, contra el derecho de gentes, tomaron parte activa en la defensa de Clusio contra los galos. Mientras el Senado era partidario de castigarlos, el pueblo los eligió tribunos militares con poder consular; aquéllos, molestos, se movilizaron contra Roma.

89 Quinto Fabio Ambusto era, realmente, tribuno militar con poder consular (cf. LIV., V 36, 11).

90 En tales días no podía realizarse actividad pública. La batalla —en el 390 de acuerdo con la tradición romana; 387, para la griega—, tuvo lugar, según LIVIO (VI 1, 11), el mismo día que la de Crémera (n. 77); pero el 13 de febrero, para OVIDIO *(Fastos* II 195). El lugar no es conocido porque la ciudad de Crustumenio ha desaparecido sin dejar huella.

91 La *devotio,* una forma especial de *votum* —promesa solemne de ofrenda a la divinidad a cambio de algo —, era una ceremonia de ritual complejo, cuyo significado se pierde en muchos de sus símbolos. Consistía en la ofrenda que un magistrado *cum imperio* hacía de sí mismo a los Manes —originalmente almas de los muertos, luego divinidades infernales—, en el campo de batalla, para que, a cambio, el ejército obtuviese la victoria. LIVIO (VIII 9, 6-8) recoge la fórmula que debía pronunciar, a dictado del Pontífice Máximo, después de revestirse con la *praetexta* (n. 39), colocarse el *cinctus Gabinius* (n. 46) y velar su cabeza, tocando su mentón bajo los pliegues y pisando su lanza (tal vez una simbólica dedicatoria a Marte).

92 Para ellos, a los que alude también el parágrafo 9, cf. n. 39.

93 Sobre ellas, cf. I 1 [2], 3.

94 Quizá el tribuno militar con poder consular del 379, Lucio Albinio — Atinio, según ROSSBACH—.

95 El *plaustrum,* tirado por bueyes, con unas ruedas *(tympana)* cuyo eje producía un chirriante y desagradable ruido, era utilizado para transportar cargas pesadas en los trabajos del campo, provisiones o materiales de construcción (ISID., *Etimol.* XX 1,3); pero también conducía a las vestales y sacerdotes en las procesiones (para la precisión y riqueza léxica de Floro, cf. Intr., cap. VII, n. 220).

96 El genio era el numen tutelar que acompañaba a los hombres desde su nacimiento hasta la muerte (cf. II 17 [IV 7], 8).

97 La masacre se inició cuando uno de los senadores golpeó con su bastón a un galo que le había tirado de la barba (LIV., V 41, 9). Para las sillas, cf. n. 39.

98 En sánscrito, *maha* es «víctima». *Macto* es «inmolar a los dioses una víctima en su honor» (para el *hapax,* cf. Intr., cap. VII, n. 222).

99 Marco M. Capitolino, cónsul tres años antes (392), pudo haberse distinguido contra los celtas, pero la fábula debe haber sido inventada etiológicamente —dado que esta *gens* ya vivía en el Capitolio antes del saqueo de Roma—, para explicar el *cognomen* (n. 51). Pese a ser patricio, se opuso a Camilo (n. 102), defendiendo a los menos favorecidos por la fortuna, lo que provocó su caída; en los últimos años de la República se vio, tras su figura, la política de los Graco.

100 Bordeada por los *Horti sallustiani* y ocupada tradicionalmente por los sabinos, en ella se alzaron algunos de los principales templos de Roma y las ricas mansiones de Ático, el amigo de Cicerón, y Narciso, liberto del Emperador Claudio.

101 Sobre Breno, silenciado aquí (cf. n. 48), véase I 27 [II 11], 3.

102 Uno de los grandes héroes romanos, fue llamado del exilio en Ardea al que había sido condenado por haberse apropiado, según la leyenda, de parte del botín de Veyos (cf. I 17 [22], 4) —el destierro también puede ser una invención para justificar la derrota de Alia (§ 7)—. Nombrado dictador, los derrotó en el Foro y después en las proximidades de Roma, por lo que recibió el título de Padre de la Patria y «Rómulo» (cf. LIV., VII 1,10). Su figura se utilizó con propósitos político-propagandísticos en época de Sila y su discurso (LIV., V 51-4), como programa que anticipaba la actividad de Augusto (cf. II 34 [IV 12], 66).

103 El *torques* era un adorno redondo, no cerrado, típico de los galos, collar o brazalete —su nombre se debe a que están «torcidos, retorcidos», como los anillos de una serpiente enroscada (ISID., *Etimol.* XIX 31, 11) —, de bronce, plateado o dorado. LIVIO (VII 9, 8-10) refiere la anécdota, pero sin añadir el «áureo», que tal vez sea una derivación, propia de Floro o de la tradición de la que él depende, de la «corona de oro» que le concedió

el dictador tras la victoria (10, 14), o de las armas cinceladas en oro que portaba el galo (10, 7). El duelo se ha fijado en el 367, 361, o 358/7. Sobre él, cf. *infra,* n. 107.

104 El episodio se sitúa en el año 349 durante la lucha de Camilo (§ 18). Sobre Marco V. Corvino —cónsul 5 veces y dictador en el 342 y 302—, a la sazón tribuno militar, se posó un cuervo —ave «consagrada» a Apolo (cf. n. 13), que luego se lanzó sobre la faz del galo.

105 Pequeño lago redondo, entre Bomarzo y Orte, fue lugar de dos enfrentamientos: uno en el 310 ó 309 con los etruscos (LIV., IX 39, 5); y éste, probablemente en el 283, bajo el consulado de P. Claudio D. (cf. POLIB., II 20, 2). Es uno de los posibles «errores» de Floro (cf. Intr., cap. VI, n. 181).

106 Los latinos, siempre reticentes por la consideración inferior de que eran objeto dentro de la liga organizada tras la invasión gala, se rebelaron con los campanos (340). Tras la guerra, la liga fue disuelta y las distintas ciudades firmaron diferentes alianzas con Roma; las menores fueron acogidas en la ciudadanía romana.

107 Torcuato (cf. I 8 [13], 20), modelo de valor y virtudes romanas, era cónsul por tercera vez (347; 344; 340). VAL. MÁXIMO (I 7, 3) refiere su sueño, idéntico al de Decio *(infra),* según el cual un desconocido les advertía que uno de los dos generales y el ejército del otro habían sido reclamados por los Manes (cf. n. 91); puesto que ninguno de los dos rehusó el sacrificio, se convino que se sacrificaría el del ala que empezara a flaquear primero; los hados exigieron a Decio.

108 La tradición atribuye tres *devotiones* (cf. I 7 [13], 9) a la familia de los Decio Mus: a éste (LIV., VIII 9, 4-8), el cónsul del 340; a su hijo, muerto durante su cuarto consulado (312, 308; 297; 295), en la batalla del Sentino contra los samnitas (I 12 [17], 7), la única probablemente cierta (cf. DIODORO, XXI 6,1); y a su hijo, cónsul del 279, en Áscoli (I 13 [18], 9), aunque DIÓN CASIO (X 40, 43) asegura que su intención fue frustrada por Pirro y el hecho es desconocido para otras fuentes.

109 Los retóricos detalles con que se adorna la importante figura del plebeyo Manio C. Dentado, célebre por sus victorias —sobre los sabinos, durante su consulado (290), senones (284), Pirro (275) y los lucanos (274)—, coinciden con los atribuidos a Fabricio (cf. I 13 [IV 2], 9), y derivan, en gran medida, de la idealización admirativa de Catón. Drenó, en parte, el lago Velino *(ca.* 289) e inició el segundo acueducto de Roma (272), el *Annius vetus.*

110 En el Senado, no pudo recordar el número de muertos (OROSIO, III 22, 11). En la *contio,* tras el triunfo, aseguró haber tomado tanto campo que habría quedado vacío de no haberse apoderado de tal número de hombres, y capturado tal número de hombres que perecerían de no haber conquistado tanto campo *(De Viris Illustribus* 33, 2).

111 Líber, antigua divinidad latina de la fecundidad —el falo era su símbolo— y la fertilidad agrícola, confundida después con Baco, formaba con Ceres —antigua diosa de la abundancia itálica, cuyo templo del Aventino, supervisado por los ediles de la plebe, fue un importante centro de actividad plebeya (cf. II 3 [III 15], 5)—, y Líbera la tríada paralela a la eleusina de Deméter, Dioniso y Perséfone.

112 Presuntamente fundada por Bayos, compañero de Ulises, era especialmente famosa por sus aguas termales —allí alzaron sus fincas de recreo desde Julio César hasta Calígula, Nerón o Septimio Severo—. De ahí la repetida y anacrónica figura de Floro (cf. I 22 [II 6], 22).

113 Realmente, el Másico es una cadena montañosa tras la que comienza el campo Falerno.

114 Sobre el tema, cf. Intr., caps. III, n. 73 y V, n. 121.

115 Según la tradición, patria de los lestrigones homéricos, su clima y bellos alrededores la convirtieron en atractivo lugar para los acaudalados romanos, muchos de los cuales —como Cicerón, que murió en sus proximidades (cf. 1. II, n. 205)— alzaron allí sus villas.

116 Sobre las dos últimas y la fecha de composición de la obra, cf., Intr., ap. III, n. 73.

117 Fundada en torno al 600, unida a Roma tras el 312 por la vía Apia (cf. I 22 [II 6], 43), próspera y orgullosa, su nombre podría deberse a que su tierra *omnem vitae fructum capiat* («contiene», ISID., *Etimol.* XV 1, 54), o a la región «campestre» en la que se halla, Campania. Para el «error» de Floro, situándola «junto al mar», cf. Intr., cap. VI, n. 173.

118 La mención de éstas aquí debe ser una glosa posterior tomada de ISIDORO *(Etimol.* XV 1, 54).

[119] Floro redondea las cifras (cf. Intr., cap. VI, nn. 169-172): el preámbulo de la contienda, a veces considerado apócrifo, duró dos años (343-1); las dos confrontaciones decisivas, veintiséis (327-321 y 316-304, la segunda; y 298-290, la tercera); y el epílogo —el conflicto pírrico—, nueve (281-272). Por lo que respecta a los héroes, se trata de Quinto F. Máximo Ruliano (cf. n. 124) y su hijo, «Remolino», (cónsul del 292 y 276), que celebró los triunfos el 1 de agosto del 290 y 17 de febrero del 276 *(Corpus Inscrip. Lat.* I^2, XV y XVI, págs. 45 y 46, y 171-172); y, tal vez, del hijo homónimo de éste (cónsul del 265) y padre del *Cunctator,* cuyas acciones otros atribuyen a su padre. Y de Lucio P. Cursor, triunfador de la segunda, cónsul en cinco ocasiones (326, 320, 319; 315 y 313), y dictador dos (325 y 309), cuyos éxitos posteriores al desastre de las Horcas Caudinas fueron retóricamente ensalzados, hasta el punto de que LIVIO (IX 17, 8 y 13) lo compara, con ventaja, a Alejandro Magno; y de su hijo homónimo, cónsul en el 293 y 272. Para la simplificación de las confrontaciones, limitadas casi al episodio de las Horcas, cf. Intr., cap. VI, n. 177.

[120] Se trata, realmente (cf. SALOMONE, *Epitome...,* pág. 116, n. 13 y JAL, I, pág. 30, n. 19), del cónsul del 334, y ahora (321), Espurio Postumio Albino, que desempeñó el cargo en ambas ocasiones con Tito V. Calvino.

[121] En su avance por el valle del Caudio los romanos encontraron cerrado el camino; al intentar volver atrás se tropezaron con el enemigo, que, a las órdenes de Gayo Poncio H., les había cortado la retirada (321). El sitio tradicional, el valle de Arienzo-Arpaia, contiene un lugar llamado Forchia, pero parece demasiado pequeño.

[122] Aquéllos habían obligado a los romanos a pasar —semidesnudos, soportando las invectivas de los enemigos y encabezados por los cónsules (LIV., IX 6, 1-3)—, bajo un arco formado por tres lanzas. La historiografia tradicional, como Floro, intentó paliar por medio de acciones valerosas — como la muerte de los cónsules—, tanto la vergonzosa humillación, como la paz inmediata, que no podía ser duradera.

[123] La zona boscosa de los montes Ciminios separa el sur del centro de Etruria. La Caledonia (cf. I 45 [III 10], 18) —en Escocia, o, más vagamente para la mayoría de autores, al «norte de la isla»—, era famosa, además de por sus *saltus,* por sus perlas y animales. Para la Hercinia, cf. I 5 [11], 8.

[124] Fabio M. Ruliano (§ 5; y I 11 [16], 8; e *infra,* n. 127). La prohibición se produjo cuando la travesía ya había concluido felizmente. La expedición tenía que dejar al enemigo —que asediaba Sutrio— a sus espaldas.

[125] El *detonuit* latino evoca el epíteto de Jupiter Tonante. Floro alude a su mítica lucha contra los Titanes, hijos de la Tierra y Urano, a los que fulminó con el rayo por haber amenazado al cielo.

[126] El sintagma (cf. I 41 [III 6], 4 y 14), utilizado por SALUSTIO *(Conj.* 61, 7) para calificar la victoria sobre Catilina —cf., además, su arenga final (58, 21)—, y por LIVIO (X 29, 17), en la *devotio* de Decio *(infra),* sirvió luego para aludir a una victoria cruel. ERASMO la incluyó entre sus *Adagios* (III 9, 2).

[127] La expedición de la selva Ciminia del 310 fue llevada a cabo por Fabio *(supra,* n. 124), que compartió con Decio tres consulados: 308, 297 y 295. En éste último, en la tercera guerra samnita (n. 119), se produjo el encuentro con la coalición en Sentino —aunque LIVIO menciona su *devotio* (n. 108), parece que el auténtico héroe de la lucha fue Fabio (X 28,13 y X 29,8)—. Sobre la confusión / unión de los episodios, cf. Intr., caps. V, n. 114 y VI, n. 181.

[128] La propuesta de SHACKELTON-BAILHY («Textual Notes…», pág. 172) para el ilógico sintagma sería *totam Italiam ⟨nondum subactam/ devinctam⟩.*

[129] Uno de los mejores estrategas de la Antigüedad y buen ejemplo del diádoco helenístico, aspiraba, quizá, a reunir bajo un único mando a los griegos de Italia meridional y Sicilia, como núcleo de un imperio bajo su hegemonía. Desembarcó en el 280 en Tarento (§ 3), requerido frente a Turio (cf. II 8 [III 20], 6) y Roma; la guerra, iniciada en el 282, concluiría con la caída de la ciudad, el mismo año (272) en que moriría él (§ 11).

[130] Tarento, rica fundación doria (708), situada sobre un promontorio en una región fértil, tenía dos puertos y dos teatros; el pequeño se encontraba en el ágora de la ciudad.

[131] De acuerdo con el tratado firmado en el 303 las naves de guerra romanas no podían navegar al este del cabo Lacinio.

[132] Para el análisis del pasaje, uno de los más retóricos en su estructura y recursos, cf. I. MORENO, «La concepción dramática del *Epitome»,* págs. 315-316.

133 Heraclea, lugar en el que tuvo lugar la batalla (280), no estaba en Campania sino en Lucania, a escasa distancia de la costa del golfo de Tarento, entre la desembocadura del Siris y el Aciris; el error de Floro y OROSIO (IV 1, 8) —debido tal vez a la confusión entre el Liris (cf. n. 61), y el Siris lucano—, podría remontarse a la fuente de Floro (cf. BESSONE, «Di alcuni 'errori'…», pág. 421); o a un artificio retórico, paralelo, en su simplificación, al de la segunda guerra púnica (cf. BESSONE «Anacronismi per omissione…», pág. 408-409); la relación entre este pasaje y el § 24, ofrece la posibilidad de advertir la doble consecuencia de la victoria del epirota: su aproximación a Roma, prefigurando la de Aníbal (I 22 [II 6], 46); y la reacción casi maravillosa de los romanos, como también ocurrirá después contra el cartaginés (cf. Intr., cap. VIII, n. 259).

134 Otras fuentes lo denominan Oblaco (DIONISIO HALIC., XIX 12, 1) u Oplaco (PLUT., *Pirro* 16, 16); a partir de su hazaña, el rey cambió su lujosa vestimenta, con la que destacaba fácilmente, que desde entonces llevó su fiel Megacles. Levino era el cónsul del 280.

135 Curión (cf. I 10 [15], 2) y Gayo F. Luscino (cf. §§ 21-22 y I 13 [18], 21), prototipos de virtudes romanas, no eran los cónsules en esta ocasión (279); eran (EUTROPIO, II 13, 4), P. Sulpicio Saverión y Decio Mus, que siguió la costumbre familiar de la *devotio* (n. 108). Aunque, para algunos, la confusión de Floro invalida su cronología, BESSONE («Di alcuni 'errori'…», págs. 429-31), apunta la probable responsabilidad de la producción epitomatoria liviana en el error.

136 Pese a lo que podría deducirse del relato, el triunfo no fue de Roma, sino de Pirro. No obstante el volumen de sus pérdidas fue tal que, a partir de este momento, se denominó «victoria pírrica» la que supone casi tanto desgaste para el vencedor como para el vencido. Tras ella, el rey pasó a Sicilia; luego, regresaría a la península; Floro, como siempre, reduce la información al máximo.

137 La batalla se dio en *Maleventum* —«campo de manzanas» (de *malum,* manzana, y la ciudad griega *Malóeis)* —, que, a partir de ese momento pasó a denominarse *Beneventum* («Buen suceso»). Tras ella Pirro regresó al Epiro para morir en Argos en un enfrentamiento callejero (cf. n. 129). Sobre los elefantes, cf. n. 44, y para la composición del episodio, n. 132.

138 Pirro afirmaba que descendía de Aquiles por parte de padre y de Hércules, de madre; la comparación con la Hidra de Lerna alude al segundo trabajo de éste que debía combatir con una serpiente cuyas cabezas crecían cada vez que eran cortadas.

139 Ilustre senador patricio, cónsul en el 307 y 296, y censor, antes de ningún otro cargo (312), responsable de la construcción del primer acueducto y la vía Apia, y autor de famosas sentencias de probable influencia greco-pitagórica *(faber est suae quisque fortunae),* estaba retirado por la edad y la ceguera, pero se hizo llevar al Senado (279/278) para defender la guerra, frente a las propuestas favorables a la paz del bando conservador, en un brillante discurso recreado por Ennio, aún conservado en época de Cicerón.

140 Fabricio (§ 9), negociador con Tarento (284) y el rey (280 y 278), rechazó el soborno de Pirro y se negó a admitir la sugerencia de su envenenamiento. Su pobreza, austeridad e incorruptibilidad coinciden con las atribuidas a Dentado (§ 9).

141 Para el término «consular», aquí referido a Publio Cornelio R., cónsul en el 290 y 277, cf. n. 49.

142 La cifra sólo indica aproximadamente (cf. n. 119) la estancia de Pirro en Italia (primavera del 280-otoño del 275; cf. también, n. 380).

143 Cada milla media 1.481,5 metros. Los romanos ponían sobre las vías más importantes una piedra indicando la distancia a Roma; el procedimiento, documentado en el s. II, se generalizó con Augusto; el punto de partida y confluencia era el *Milliarium aureum,* erigido por él en el extremo del Foro, entre los *Rostra* (n. 73) y el templo de Saturno, aunque en realidad, se medía desde las últimas casas de la Urbe. Para el paralelo con Aníbal, cf. n. 133.

144 Los molosos, tribus que vivían entre el río Aoo al norte y el Golfo de Ambracia al sur, fueron de gran ayuda para Pirro en Italia y Sicilia. Para las figuras literarias, cf. Intr., cap. VIII.

145 Uno de los cautivos ilustres fue Livio Andronico, luego «iniciador» de la literatura romana (240).

146 Sublevados en torno al 269, fueron rápidamente sometidos por el cónsul Publio S. Sofo (268); parte de su territorio se incorporó a Roma; otra fue confiscada y sus habitantes trasladados a la zona situada entre

Campania y Lucania, que, de ahí, tomó el nombre de Agro Picentino.

147 Sobre él, cónsul por primera vez cuando la tomó (267; de nuevo en el 256), cf. I 18 [II 2], 23-26 (no es el citado en la n. 22).

148 Volsinio, ciudad célebre por el lujo afeminado de sus habitantes, había firmado una alianza con Roma en el 280. El cónsul del 265, Máximo «Remolino» (cf. n. 119), inició el asedio, pero murió al resultar herido. Concluyó la tarea su sucesor (264), Marco Fulvio Flaco (cf. n. 3, e Intr., cap. III).

149 Sobre ellas, «cuatro» como las gracano-drusianas, cf. Intr., caps. I y VII, n. 173.

150 ¿Publio? Postumio ¿Albino Regilense?, tribuno militar con poder consular (414), fue asesinado en un motín, tras arrebatar a los ecuos la ciudad de Bola (LIV., IV 49, 9-50, 6).

151 Cuando en la lucha contra los volscos el ejército huyó sin presentar batalla, el cónsul (471) y futuro decenviro (451-449), Apio Claudio Craso, el «Impío» *(infra,* n. 153), opuesto a la plebe (cf. LIV., II 56, 5-58), lo diezmó.

152 Publilio V., siendo centurión en el 473, promovió un tumulto en el que fueron maltratados los lictores; tribuno de la plebe en el 471, la tradición (LIV., II 56, 2) le atribuye la propuesta de transferir a los *comitia tributa* la elección de los magistrados plebeyos y, no sin discusión, la elevación del número de tribunos a cinco.

153 Aunque Livio lo considera patricio, no aparece en los *Fastos* y en época histórica los Marcio eran plebeyos (cf. I 5 [11], 9). Floro es casi críptico en su relato (cf. Intr., cap. VII, n. 208): su propuesta para abaratar el trigo de Sicilia, a cambio de la renuncia de la plebe a los privilegios obtenidos en las secesiones (491), terminó con la acusación a ésta de no cultivar los campos; condenado, se retiró al exilio, conduciendo a los volscos contra Roma; atendiendo a las súplicas de su madre y su esposa Volumnia, forzó su retirada, siendo ejecutado por ellos (cf. SALOMONE, *Epitome...,* pág. 130, n. 4).

154 Sobre él, cf. I 7 [13], 17.

155 Dos en origen, hasta diez más tarde, su poder específico —sólo limitado por el de otro tribuno—, la *potestas tribunitia,* reposaba sobre el *ius auxilii,* el derecho de ayudar a la plebe contra los abusos de los magistrados, mientras su *intercessio* les permitía oponerse a cualquier medida que perjudicase a ésta. Con la desaparición de la rivalidad entre patricios y plebeyos el cargo perdió su virulencia revolucionaria hasta la última etapa de la República (cf. II 1-5 [III 13-17]). El papel de M. A. Lanato, cónsul del 503, como mediador en la secesión del 494-493, puede ser inventado por la idea de su carácter plebeyo. Sobre la fábula, griega, cf. LIV., II 32, 8, y DIONISIO HALIC., VI 83, 2.

156 La leyenda de Virginia (LIV., III 44-48), que precipitó la caída de los decenviros (449; para Apio, cf. n. 151), aun coincidente con la de Lucrecia, no parece responder a una invención. Curiosamente, los considerados héroes plebeyos, su padre y ella, pertenecían, sin duda, a una familia patricia.

157 La *Lex Canuleia* (445), que permitía el matrimonio entre patricios y plebeyos, debía tener por finalidad el reconocimiento de los niños nacidos de madres plebeyas y su inclusión entre las *gentes* patricias.

158 Se trata del ahora tribuno, luego cónsul según los Fastos Capitolinos en el 361 (364, según Livio), Gayo Licinio, promotor con L. Sestio Laterano de las importantes leyes Licinio-Sestias (376-366), una de las cuales permitía el acceso de los plebeyos al consulado. Servio S. Rufo, tribuno con poder consular en cuatro ocasiones (desde el 388 al 377) debió apoyar la *rogatio* de su cuñado.

159 El hecho, referido con más detalle por LIVIO (VI 34,5-35) —el llanto de su hija le induciría a asegurarle que vería pronto tal honor en su casa, y apoyar a su yerno—, es tanto más sorprendente cuanto que Fabio mismo, igual que su padre cuatro veces, había sido tribuno militar con poder consular en el 381 y 369.

160 El pasaje, muy confuso, tanto por los problemas textuales, como por los nombres y el papel desempeñado por la agricultura —Espurio Melio se habría ensoberbecido por el favor popular obtenido al rebajar, o regalar, el grano; Espurio Casio (cónsul en el 502, 493 y 486) habría tratado de conseguir el poder con una ley agraria—, ha recibido múltiples interpretaciones y sugerencias; una de las recientes es la de BESSONE, *«Spurio Cassio* e *Spurio Maelio* in Floro e in Ampelio», *Riv. Filologia e Istruzione Clas.* 111 (1983), 435-451. Las últimas propuestas para el texto son las de SHACKELTON-BAILEY («Textual Notes… », pág. 172): *Sp. Cassium agraria lege, Sp. Maelium largitione suspectum... multavit. ac de illo quidem...;* y L. HAVAS y Z., NEMES («A disputed

Place in Florus and the Text tradition», *Acta Classica Univ. Scient. Debreceniensis,* 26 [1990], 79-82), con la que consideran reconstrucción del arquetipo, muy semejante, por lo demás, a la antigua lectura de HALM: «(El pueblo Romano) condenó a muerte a Esp. Casio por su ley agraria y a Esp. Melio porque su largueza resultaba sospechosa de atraerse el poder real; al primer Espurio lo mató su propio padre, y a éste, por orden del dictador Quincio, lo ejecutó en medio del Foro el jefe de caballería, S. Ahala». Cf., también, la interpretación de M. SORDI («Cultura e politica nella storiografia romana», *Centro di ricerche e documentazione sull'antichità classica* 10 [1978-79], 159-160), sobre el uso de las figuras de Melio y Ahala —de quienes la tradición sólo sabía que uno fue muerto por aspirar a la tiranía y el otro fue el sicario utilizado por el Senado para desembarazarse de él — en la polémica de la reforma gracana: aquél habría sido asimilado a la figura de Tiberio y éste, convertido en *magister equitum,* a la de su asesino, E. Nasica; además, se habría inventado el exilio de Ahala, por paralelismo con el de éste (cf. CIC., *Sobre su morada* 32, 86; VAL. MÁXIMO, V 3, 2).

161 Sobre Cincinato, de nuevo dictador en el 439 (SALOMONE, *Epitome…,* pág. 135, n. 22), cf. I 5 [11], 12.

162 Cf. I 7 [13], 13-15; Floro repite aquí la asociación de los términos *vindex-libertas,* como en I 3 [9], 1-2 (sobre tales cliches propios, cf. Intr. cap. VI, n. 194).

163 En castellano es difícil mantener el juego léxico de Floro *con fretum,* literalmente «pasaje, estrecho» —el de Mesina al final de la frase—, y el valor metafórico de LUCRECIO (IV 1030), evocando el deseo sexual del adolescente (cf. JAL, *Florus,* I, pág. 129; e Intr., cap. VII, n. 219).

164 Roma y Cartago —*Kart Hadash,* «ciudad nueva» (para la antigua, cf. n. 282)— habían mantenido buenas relaciones hasta el momento, como atestiguan sus diversos tratados (509, 348 y 343; 279-8). En el 264 los mamertinos —mercenarios campanos cuyo nombre deriva del de su dios Marte, en osco Mamers— solicitaron ayuda de Roma contra la guarnición cartaginesa, requerida previamente por ellos contra Hierón de Siracusa. Por tanto, el asedio púnico-siracusano a Mesina y la alianza con ella, votada en el 264, no son anteriores, como parece sugerir Floro, sino coincidentes con tal petición.

165 Aunque los historiadores antiguos insisten en presentar a Cartago como una potencia militar agresiva y asegurar que ambas se encontraban enfrentadas a causa de la posesión de Sicilia, lo cierto es que el interés prioritario de ésta era el económico-comercial; Roma, en cambio, ya había extendido su poder hasta la isla (§ 2).

166 La alusión remite a Escila y Caribdis. Claudio Cáudice (cf. n. 2-3), el cónsul del 264, inició formalmente la guerra cruzando a Sicilia con dos legiones.

167 Los cónsules del 260 eran Gayo Duilio (§ 10) y Lucio o Cneo (§ 11) Cornelio Escipión Asina, que conquistaría Palermo (§ 10) en su segundo consulado (254), celebrando el triunfo (253).

168 El sistema consistía en utilizar una especie de ganchos sujetos a una tabla para clavarla en la nave enemiga, inmovilizarla y luchar sobre un suelo similar al terrestre; la infantería romana era superior a la cartaginesa.

169 Con el botín de esta batalla, *Mylae* — hoy Milazzo, al norte de Sicilia—, silenciada como otras (cf. n. 48), elevó Duilio el templo de Jano en el *Forum Holitorium* y en su propio honor se alzó la columna rostral (n. 73) en el Foro (el elogio conservado es de época de Claudio). El honor concedido (§ 10) es más griego que romano.

170 El cartaginés Boodes engañó a Escipión, rodeándolo en el puerto, y forzó a su dotación a huir a tierra; atónito, éste se entregó (POLIB., I 21, 6-7). Tras escapar con extraordinaria suerte, obtuvo el consulado otra vez (§ 7; VAL. MÁXIMO VI 6, 2 y 9, 11).

171 Aulo Atilio Calatino fue dictador en el 249, pero algunas de estas ciudades se habían tomado durante sus consulados (258 y 254) y el triunfo lo celebró ya en el 257. Agrigento, la griega *Akrágas,* se alza a cierta distancia de la costa meridional; Trepani, bajo el Monte Érice (San Giuliano), donde yacía sepultado Érix, hijo de Venus, muerto por Hércules; y Érice, sobre él, al N.-O. de Sicilia. Lilibeo, plaza fuerte rodeada de marismas, es el punto más occidental de la isla; sobre Palermo, cf. § 7.

172 Según SALOMONE *(Epitome…,* pág. 140, n. 16), Floro une aquí dos episodios distintos (cf. Intr., Cap. VI, n. 179): el de Leónidas de Esparta en las Guerras Médicas (480) y el del también lacedemonio Otríades en el 550. El primero, con los trescientos de su guardia real —hombres escogidos que tuvieran hijos vivos— y los

beocios, aseguró el paso de las Termopilas (cf. I 24 [II 8], 11), resistiendo allí hasta que pudo obtenerse la victoria naval de Artemisias. Otríades fue el único superviviente de los trescientos espartanos que lucharon contra otros tantos argivos para decidir la posesión de Tirea pero su vergüenza ante la muerte de sus compañeros, de la que él había escapado, fue tal, que acabó suicidándose allí mismo (HERODOTO I 82, 8); pero antes de morir escribió con su sangre sobre un trofeo: «He vencido». La retórica frase de Floro permite simplemente entender lo que en realidad le ocurrió al rey espartano: que pagó con la vida su heroica resistencia. Casualmente (¿?), VAL MÁXIMO (III 2, *Extr.* 3-4) refiere ambos episodios uno tras otro.

173 Cónsul del 259, su elogio, el más antiguo de la tumba de los Escipiones, recoge su dedicatoria del templo de la Tempestad; para el esquema analístico del pasaje, cf. Intr., cap. VI, n. 172 y 198.

174 Sobre él, cf. I 15 [20], 1, e *infra,* § 23.

175 La ciudad era denominada *Clupea* por los romanos por la forma del promontorio sobre el que se alza; el *clipeus (aspís* en griego) era un escudo redondo, pequeño (de unos 90 cm.), generalmente de bronce y con cuidado trabajo de orfebrería —lo que implicaba que sólo podía ser utilizado por hombres ricos—, y procedente de Grecia como su nombre — *clipeus Argolicus*— permite deducir.

176 La anécdota, casi ininteligible en el relato floriano (cf. n. 153) —se había comprometido a regresar si no conseguía convencer a los romanos de la firma de la paz, algo que ni siquiera intentó; antes al contrario— pudo haber sido inventada para paliar la acción de su viuda al haber torturado a algunos prisioneros púnicos.

177 Lucio C. Metelo, cónsul del 251, y a quien se atribuye la salvación del Paladión de la quema del templo de Vesta (241), después de la victoria (250) utilizó con frecuencia, como su familia después, el motivo de los elefantes en sus monedas.

178 No fue el pueblo romano —sujeto real del verbo—, quien había despreciado las indicaciones de los *auspicia,* sino el cónsul del 249, Publio (no Apio) Claudio Pulcro —en el pasaje parece faltar el cargo o su abreviatura, *cos.* (cf. SHACKELTON-BAILEY, «Textual Notes…», págs. 172-173)—. Éste, irritado porque los pollos sagrados se negaban a comer antes de la batalla —si comían el augurio era bueno, pero mejor si les caía algo del pico; ello suponía prepararlos con un largo ayuno, con el fin de que, en su afán devorador, perdiesen el alimento—, los arrojó por la borda para que, «al menos, bebiesen»; luego, los dioses perdonaron su error (VAL. MAXIMO, I 4, 3 y VIII 1, 4).

179 Probablemente Floro atribuye a este cónsul (245) gestas realizadas por otros magistrados, ya que sólo él recuerda esta batalla que no encuentra eco en los fastos triunfales; en cambio, cf. n. 194.

180 Eran el golfo de Sidra y el de Gabés *(Syrtis Maior/Minor),* entre Tunicia Tripolitania y Cirenaica, cuya peligrosidad fue exagerada para proteger el comercio fenicio. Al oeste queda la hermosa isla de Djerba, la mítica *Meninx* de los comedores de loto homéricos.

181 Gayo Lutacio Cátulo, el primero de su linaje en lograr el consulado (242), se vio obligado, por una herida, a ceder la dirección de la batalla —al oeste de Sicilia, el 10 de marzo del 241—, a Quinto Valerio Falto; para el interés retórico y el gusto por las antítesis y composiciones anulares, cf. § 2-5; e Intr., caps. VI, n. 196, y VII, n. 215.

182Fue en el 235 (cf. I 22 [II 6], 35), reabriéndose el mismo año. Sobre él, cf. n. 28.

183 Tribus de buenos navegantes, vecinos de los celtas, ocupaban las tierras entre el Ródano y el Amo y las montañas al sur del Po. Las campañas se extendieron desde el 238 hasta el 118, tras solicitar Marsella ayuda de Roma para responder a sus ataques; su territorio formó la Narbonense.

184 Respecto al tópico o cliché (cf. lntr., caps. VI y VII), recuérdese la frase de COLUMELA (II 2, 6): «… la espada brilla con el uso, se robizna con la inactividad».

185Fulvio puede ser Quinto Fulvio Flaco (sufecto del 180), o, más probablemente (cf. LIV. XL 53-9), su homónimo del 179, censor en el 174 con Aulo P. Albino —el cónsul del 180 (LIV., XL 41, 2)—, y constructor de la Vía Fulvia. Bebio es, quizá, Marco B. Tánfilo, también cónsul ese 180.

186 Lucio Emilio Papo (cónsul del 225 con Gayo Atilio Régulo), los venció en la actual Talamone, pequeño puerto de Etruria.

187 Sobre el *torques,* cf. n. 103. Gayo Flaminio, cónsul del 223 y 217, adornó el Capitolio con ellos y con

los estandartes, dejando para su triunfo el resto del botín y los prisioneros (POLIB., II 27-31).

188 Marco Claudio M., cónsul en el 222, y por cuarta vez en el 210, persona culta y enérgica, ídolo de sus contemporáneos, obtuvo los *spolia opima* (cf. n. 17) y siguió la táctica fabiana (cf. I 22 [II 6]) contra Aníbal (216-214); pasó luego a Sicilia donde, tras apoderarse de Leontinos, inició el bloqueo de Siracusa (cf. I 22 [II 6], 33). Murió en Petelia, cerca de Venusia, en Lucania (208); Aníbal honró su cadáver, remitiendo las cenizas a su hijo en una urna de plata.

189 Sobre ellos, de nuevo, con alguna coincidencia, cf. II 23 [IV 12], 1.

190 Orgullosa y altanera, Teuta (cf. POLIB. II 4, 6), regente del reino tras la muerte de su marido —por los excesos cometidos mientras celebraba su victoria sobre los etolios—, había recibido con mal talante la franqueza de «uno» de los dos legados romanos —Floro, como otras veces, exagera (cf. Intr., caps. VI y VII, n. 221)—, hijos de Coruncanio, al que ordenó matar al salir de la audiencia (cf. POLIB., II 8, 10-11). Centimalo, cónsul en el 229 con L. Postumio, celebraría el triunfo naval al año siguiente.

191 Entre la primera y segunda guerra púnica hubo un intervalo real de más de veinte años. Para las cifras, aproximadas (cf. n. 119), cuando no contradictorias (cf. n. 380), véase Intr. cap. VI. La contienda duró dieciséis (218-202) y Aníbal sólo estuvo en Italia catorce, hasta el 204 (§ 50).

192 El propio caudillo relató a Antíoco el juramento que, inducido por su padre Amílcar, pronunció siendo niño (NEPOTE, *Aníbal* 2.1)

193 Pese a las palabras de Floro, la cuestión saguntina —ligada al tratado del Ebro (226)—, ha sido muy debatida. No parece que la relación entre Roma y Sagunto (n. 44) hubiera quedado fijada a través de un pacto regular *(foedus,* cf. I 34 [II 18], 4), sino más bien de *amicitia,* lo que implicaba una obligación de tipo político-moral *(fides).* Tomando la iniciativa, Aníbal capturó la ciudad, tras ocho meses de asedio; Roma sólo protestó al tener noticia de la caída, enviando a Fabio *(infra)* a Cartago para exigir la entrega del caudillo.

194 Según LIVIO (XXI 18), el Senado cartaginés no habría tomado directamente la decisión: al hacerse cómplice de Aníbal, no entregando a los culpables, su interlocutor, en un gesto teatral, abriendo su toga, les habría dado a elegir; al replicar éstos con igual altivez, el romano, dejando caer sus pliegues, les habría declarado la guerra. El protagonista de la escena parece haber sido Fabio Buteón (cf. n. 179), no *Cunctator* (§ 27), de quien Livio habla extensamente en ese libro; pero no hay tanta seguridad en la identificación como afirma SALOMONE *(Epitome…,* pág. 153).

195 Floro suele jugar con el significado de los términos y los *cognomina* de sus personajes (cf. n. 51): *Scipio* significa «bastón».

196 La batalla (diciembre del 218, sobre el río que fluye hacia el Po, cerca de la actual Piacenza), mostró las diferentes tácticas de cada ejército; la caballería cartaginesa desbarató la poderosa infantería romana conducida por Tib. S. Longo, que se agotó al verse obligada a cruzar las heladas aguas del río. Magón los golpeó por el flanco y la retaguardia.

197 Flaminio (cf. n. 187), situado en *Arretium* (Arezzo) para defender Etruria, se vió sorprendido por la rapidez del cartaginés que cruzó los Apeninos y el pantanoso Arno, dando un rodeo, para hallarse entre la via Flaminia y el enemigo; entre Cortona y Perusia estaba el Trasimeno, y la calzada corría entre el lago y las montañas. La trampa funcionó perfectamente: el ejército romano se introdujo por los desfiladeros sin inspeccionarlos previamente; quince mil hombres murieron con él, a cuyo desprecio de la observancia religiosa se atribuyó la derrota. Floro, como siempre, simplifica la cuestión.

198 Aníbal, evitando las montañas, se lanzó hacia el sureste apoderándose de los depósitos de víveres de Cannas (216). Como peligraban los abastecimientos, los cónsules le siguieron. El cartaginés, pese a su inferioridad numérica — 35.000 infantes y 10.000 de caballería contra 48.000 (o 60.000, según Polibio) y 9.000 jinetes—, los rodeó en una hábil maniobra.

199 Frente a las numerosas ocasiones en que Roma se ve ayudada por los elementos atmosféricos (I 24 [II 8], 17; I 38 [III 3], 15; etc.; cf. Intr., cap. VII), aquí Floro subraya las adversas condiciones para justificar la magnitud de la derrota.

200Este sucinto pasaje (cf. n. 153) implica que Paulo pudo soportar la afrenta gracias a su muerte valerosa y

Varrón no perdió la esperanza de mantener a salvo la República. Sorprende que el epitomador salve la responsabilidad del demagogo plebeyo Terencio Varrón, en contra de la tradición prosenatorial liviana. De hecho, Lucio Emilio Paulo, padre del vencedor de Pidna (I 28 [II 12], 7), que se había distinguido en su enfrentamiento contra Demetrio de Faros en la segunda guerra ilírica durante su primer consulado (219), fue una importante figura del círculo de los Escipiones —su hija Tercia estaba casada con el Africano I—. Aníbal hizo buscar su cuerpo procurando, en lo que de él dependió, enterrarlo honrosamente (VAL MÁXIMO, V 1, Extr. 6).

201 Según LIVIO (XXI 12, 1), Maharbal no era hijo del que fue comandante de la flota cartaginesa durante ciertos años de la guerra, sino de Himilcón; para la posible derivación de la noticia de otros «hijos de Bomílcar», como Hanón o Aníbal (LIV., XXI 27, 2; XXIII 49, 5), cf. BESSONE, *La storia epitomata,* pág. 181.

202 Aquí Floro utiliza la misma expresión de LIVIO (XXIII 45, 4).

203 Cf. I 11 [16], 4.

204 Marco Valerio Levino, pretor en el 227 y en el 215 —cuando actuó contra Filipo de Macedonia en la primera guerra macedónica (cf. I 23 [II 7] e Intr., cap. V, n. 114)—, consiguiendo la ayuda de la confederación etolia y de Átalo (212-211), fue cónsul con Marcelo (210; *infra,* n. 207), a quien sustituyó en Sicilia como procónsul (209), dejando el territorio griego-macedonio donde había estado como propretor desde el 214 al 211.

205 Quinto Máximo Cunctátor (cf. n. 119), patricio tradicionalista — cónsul en el 233, 228, 215 (suf.) y 209; y censor en el 230—, fue elegido dictador tras la derrota de Trasimeno (217) —ya lo había sido en el 221—, aplicando entonces la táctica dilatoria que Floro, como NEPOTE *(Aníbal* 5, 1-3), retrasa hasta después de Cannas, en uno de sus considerados típicos «errores», que, en ambos, parece responder a una específica estructura retórica (cf. Intr., cap. VI). Opuesto a la política de invasión de África de los Escipiones, murió en el 203, después de haber sido Pontífice Máximo doce años.

206 Sobre esta expresión —diferente de la tradicional «escudo de Roma»—, como reflejo de la nueva función que su figura empezó a desempeñar en el siglo II d. C., cf. Intr., cap. VI, n. 151.

207 Sobre Marcelo (§§ 25 y 29), cf. I 20 [II 4], 4. Pese a las palabras de Floro, que busca siempre el efecto dramático y la simplificación (cf. Intr., caps. VI y VII), Siracusa tardó dos años en ser conquistada (211); con la toma de Agrigento por Levino (cf. § 25) acabó la resistencia (210). Para la influencia de Cicerón en esta caracterización de Sicilia (§ 2) y Siracusa, cf. Intr., cap. V, n. 139 e *infra,* n. 209.

208 Matemático y amigo de Hierón II —para quien determinó las proporciones de oro y plata de una corona, exclamando al descubrirlo el famoso *heúrēka,* «lo he encontrado» (VITRUBIO, IX 9-12)—, la tradición le conoce por los inventos bélicos con que logró retrasar la conquista de la ciudad (cf. PLUT., *Marc.* 14-19); Marcelo sintió profundamente su muerte, censurando al soldado que lohabía atravesado mientras se encontraba enfrascado en sus cálculos matemáticos —lo que le había impedido apercibirse de la toma de la ciudad—, y tratando con gran consideración a su familia.

209 De ella se hacen eco CICERÓN *(Verrinas* II 2, 4, cf. *supra,* n. 207) y PLUTARCO *(ib., supra,* 18), quien se refiere a la zona más hermosa que mantuvo más resistencia, llamada Acradina, porque su muralla —no la «triple» de Floro— dividía en dos la ciudad: la nueva y la llamada Tuca.

210 En realidad, quien se hizo cargo de las operaciones no fue el cónsul del 215 y 213, Tiberio Sempronio, sino Tito Manlio Torcuato, cónsul del 235 y 224, que conocía bien la isla por haberla conquistado años atrás, celebrando el triunfo y cerrando el templo de Jano (cf. I 19 [II 3], 1).

211 O «Locos»: cadena montañosa al noroeste de la isla que domina una costa azotada por frecuentes tempestades.

212 Fundada por cartagineses y utilizada por Roma como puerto de guerra, para el giro, cf. II 26 [IV 12], 13, e Intr., cap. VII, n. 239.

213 Publio, padre del Africano I *(infra),* había conseguido enviar a su hermano Cneo (cónsul del 222) a Hispania (verano del 218), pese a la adversa situación que atravesaba Italia —iba a producirse el desastre de Trebia (diciembre del 218)—; y él mismo acudió como procónsul, una vez recuperado de sus heridas (§ 10). Los éxitos obtenidos —incluso Sagunto fue reconquistada (212)— se vieron interrumpidos con su muerte (cf. I 33 [II 17], 6).

214 De sólida educación tradicional pero abierto a las corrientes de pensamiento helénicas, hábil general y político, cónsul en el 205 y 194, gozó de un amplio prestigio hasta sus últimos años († 183), tras la acusación contra su hermano Lucio (I 24 [II 8], 14-17). Sobre el resto de su actividad, cf. n. 216 y I 24 [II 8], 14.

215 Para los importantes términos de este período, cf. Intr., cap. IX, n. 261. El caudillo púnico había sucedido a su cuñado Asdrúbal, asesinado en el 221, a los 25 años; su brillante campaña hasta orillas del Duero, cerca de la actual Zamora, sería el preludio de sus posteriores triunfos.

216 La hipérbole de Floro enmascara la realidad. Escipión, tras apoderarse en un brillante golpe de mano de Cartagena, siguiendo la línea ofensiva de su padre, derrotó a Asdrúbal (208) en *Baecula* (Bailén), con un procedimiento táctico diferente del tradicional romano: dividiendo su ejército y cayendo sobre los flancos de los enemigos. Su triunfo en el 206, en *Ilipa* (Alcalá del Río), cerca de Sevilla, estableció, practicamente, la dominación romana en España antes de regresar a la Urbe, donde fue elegido cónsul para el 205 (cf., además, II 33 [IV 12]). Él adoptó, probablemente, la espada ibérica. Para BESSONE *(La storia epitomata,* pag. 65, n. 37), la lectura *felicius* no es la más ajustada al procedimiento retórico floriano que prefiere la repetición de dos términos en pasajes próximos (cf. Intr., cap. VII, n. 219); *facilius* enlazaría con el del § 39.

217 Fundada por Asdrúbal (248), el puerto más importante de la costa este, fue capital de la Hispania púnica y luego de la Citerior en la República.

218 La expresión liviana (cf. BESSONE, *La storia epitomata...,* pág. 207, n. 11), que Floro repite a propósito de los hispanos (II 33 [IV 12], 46), VELEYO (II 129, 3) la aplica a otro famoso enemigo, Maroboduo.

219 Se trata del Quinto Fulvio Flaco, citado en el Prólogo (§ 6) en las ediciones tradicionales (cf. n. 3), cónsul del 237, 224, y ahora (212). La maniobra de Aníbal al dirigirse a Roma pretendía ayudar a Capua —que se había pasado a su causa—, férreamente sitiada por él y su colega, Claudio Pulcro, nieto del Ciego (n. 139). Al ser tomada de nuevo por Roma (211), fue tratada con dureza.

220 Las alusiones legendarias sobre esta retirada fueron múltiples. Pese a la sugerencia de que no se había atrevido a atacar la Ciudad por motivos religiosos, lo cierto es que las circunstancias no permitían por el momento un verdadero asalto —ni siquiera tras Cannas lo había intentado—, como con lógica intuyeron los generales romanos, que mantuveiron el cerco *(supra).* En cualquier caso, de acuerdo con la lectura de uno de los manuscritos, el texto podría decir *adortam:* «que casi había atacado».

221 En esta batalla (207) quedaron sepultadas las esperanzas de Aníbal, aunque se mantuvo en Italia hasta que los preparativos para zarpar a África quedaron listos en Lilibeo (204). La suerte, o la fatalidad, había hecho caer a los mensajeros de Asdrúbal en manos de los romanos, con lo que el cónsul, dejando la vigilancia de Aníbal a su lugarteniente, se lanzó con un selecto grupo de su ejército al encuentro de Salinator — educado por L. Andronico, triunfador sobre Demetrio de Faros (219) con E. Paulo (n. 200), y cónsul por segunda vez en el 210 —, dictador en el 207, que vigilaba la llegada de aquél desde Sena Galica. Intentando huir al cerco, el púnico fue alcanzado en el pequeño río de Umbría.

222 Para el tema, cf. Intr., caps. V, n. 129 y VI, n. 256. Por lo que respecta a Escipión, la verdad es que no había recibido recursos suficientes para preparar sólidamente la campaña; sólo la autorización de incluir voluntarios, tarea que le facilitaron sus importantes relaciones de clientelismo.

223 Se trata, respectivamente, de Asdrúbal Giscón (cf. I 33 [II 17], 6) — que, tras volver de España, fue derrotado por Escipión (203) en la Llanura Grande (la actual Souk el Kremis, sobre el Megierda), muriendo antes de Zama— y del príncipe de los *Masaesli,* una de las dos principales tribus de la Numidia occidental.

224 La típica exageración floriana alude al ataque nocturno en el que Lelio y Masinisa incendiaron el campamento de Sífax, mientras Escipión atacaba las guarniciones cartaginesas (203), quedando dueño de la zona circundante a Útica (cf. POLIB., XIV 4-5).

225 De hecho, las fuerzas romanas eran más compactas que las heterogéneas púnicas, y su disposición más elástica. El encuentro (20 de octubre del 202) se dió en los alrededores de Zama, que Floro, como en otras ocasiones (cf. n. 48), silencia en su lugar habitual; en cambio, cf. n. 341.

226 La concepción dramático-retórica de Floro se advierte perfectamente en los tres «capítulos» dedicados a las guerras macedónicas (cf. Intr., cap. VI, n. 179 y 198). Aquí incluye tanto la primera (215-205) contra Filipo,

como la segunda contra él también, más decisiva e importante (200-196), resumiendo episodios de ambas confrontaciones. La de Perseo (I 27 [II 11]), la última de las tres (168), será para él la segunda; y la rebelión de Andrisco del 148 (I 30 [II 14]), se convertirá en tercera, para hacer coincidir la destrucción de Cartago con la caída de Grecia (146).

227 Brillante soldado, aunque duro y no siempre equilibrado político, había ascendido al trono muy joven (221-179). A la muerte de Tolomeo Filopátor (205), a quien había sucedido Tolomeo Epifanes, un niño rodeado de pillos, Filipo y Antíoco firmaron un tratado, repartiéndose sus estados. Él ocupó los estrechos (202-200) —fundamentales para Rodas, que temía ser estrangulada por la coalición y lo habría sido probablemente sin la ayuda de Roma—, donde, en realidad, estuvo el origen del conflicto. Para esta alusión a Alejandro, cf. Intr., cap. V

228 Aunque todavía se mantienen puntos oscuros sobre este tratado, según LIVIO (XXIII 33), Filipo, con su flota, debía pasar a Italia y devastar la costa, peleando por tierra y mar a su libre albedrío; Italia, con su botín, quedaría para Aníbal que luego iría a Grecia a luchar con quien deseara el rey macedónico. Para mas detalle sobre él, cf. LIVIO, *ib.,* y SALOMONE, *Epitome...,* pág. 169, n. 6.

229 Entre ellos, el rey de Pérgamo y Rodas *(infra).* Con todo, es probable que Floro haya podido dar a la frase un sentido general aludiendo a los frecuentes requerimientos dirigidos a Roma por diversos motivos.

230 Levino actuó durante la primera guerra macedónica (cf. I 22 [II 6], 25); fue su sustituto en el sector oriental (210 al 206) P. Sulpicio Galba Máximo, cónsul del 211 y 200, el primer general encargado de la segunda; intentó la entrada en Macedonia por el oeste (199) donde venció a Filipo, pero tuvo que retirarse a la costa por falta de suministros. Como en otras ocasiones (cf. Intr., cap. VI, n. 179), Floro combina episodios —o confunde sucesos— y altera la cronología real: el tema del laurel como presagio lo refiere LIVIO a la segunda contienda (XXXII 1, 12); no a Levino. Tal vez ello se deba a que ambos personajes actuaron en el mar durante el primer conflicto, y éste, precisamente, al mando de la escuadra (LIV., XXXI 7, 4).

231 Átalo I (269-197), excelente militar y diplomático, responsable del grandioso monumento alzado para conmemorar la victoria sobre los gálatas al que pertenece el «Galo moribundo», inició una política de colaboración con Roma, entre otras razones por las ambiciones de Filipo; pese a los éxitos inmediatos que ello le reportó, luego supondría la absorción de su reino (cf. I 35 [II 20], 2).

232 Cf. n. 229. Floro insiste siempre en esta «ayuda» (cf. Intr., cap. VI, n. 168).

233 El cliché (cf. Intr., cap. V, n. 116), aparece referido a Pirro (I 13 [18], 25); pero es cierto que Filipo había sido vencido antes en la «primera» guerra macedónica.

234 Tito Quincio Flaminio, uno de los más conspicuos representantes de la política filohelénica de los Escipiones —aunque en esto también se le ha considerado un rival, más que un protegido, del Africano—, estuvo al frente de la guerra como cónsul (198) y procónsul *(infra).*

235 La batalla (197) tuvo lugar en Tesalia, en las colinas denominadas Cinoséfalos («Cabezas de Perro»), tras un encuentro fortuito entre los exploradores de ambos bandos —de ahí la expresión del autor (para otra semejante, cf. II 13 [IV 2], 63)—. Aunque el terrreno ofreciese importantes dificultades a la compacta falange macedónica, parece exagerado conceder tanta facilidad al triunfo de Flaminio; pero el tópico se repite con frecuencia (cf. Intr., cap. VI, n. 167).

236 Floro une aquí dos acontecimientos diferentes (cf. Intr., cap. VI, n. 179): los juegos ístmicos de Corinto (verano del 196), cuando, en medio del entusiasmo popular, Flaminio proclamó la «libertad» de Grecia, y los de Nemea del 195, que se organizaban el segundo y cuarto año de cada Olimpíada, que presidió él mismo; en esa fecha se celebró el congreso panhelénico en Corinto donde confirmó su decisión. Con todo, cuando los romanos abandonaron por fin Grecia —el Senado ordenó evacuarla en el 149—, era tarde y la semilla de la discordia estaba plantada.

237 Este tipo de prodigios era interpretado como signo de peligro inminente. Puesto que la ciudad de Cumas era de origen griego, éste se interpretó como favorable a Roma; para la inspiración del pasaje, cf. Intr., cap. V, n. 112.

238 Aníbal, después de huir de Cartago al advertir que los embajadores romanos requerían su entrega, se había refugiado en la corte de Antíoco, que, en principio, le recibió gozosamente (n. 192). Tras la derrota de Magnesia (189), en cuyas condiciones de paz se incluía también su entrega, escapó a Creta y de allí a Bitinia,

donde, al saber que Roma exigía al rey Prusias su cabeza y verse rodeado por los que acudían a prenderle, se suicidó el mismo año de la muerte de su gran antagonista, el Africano I (183).

239 Su plan consistía en coger a Roma entre dos frentes: concertando una alianza con Filipo V de Macedonia (cf. I 33 [II 7], 4), y logrando él sublevar a Cartago; pero no pudo realizarse por la estrechez de miras de Antíoco (cf. NEPOTE, *Aníbal* 8, 3), incapaz de comprender su potencial y de superar la envidia que sentía hacia el mortal enemigo de Roma.

240 En este caso la metáfora recuerda a CICERÓN *(Pro Murena* 17; cf. Intr., caps. V y VII, n. 229).

241 La ironía de Floro responde al hecho de que Antíoco había asumido el título de «Grande» tras sus brillantes victorias en Oriente.

242 Para la tendenciosa caracterización del rey y el panegírico del rápido éxito romano, cf. Intr., cap. VI, y libro II, n. 236. Su error fue no comprender que se hallaba ante una nueva e importante fuerza en la política mediterránea; pero sus triunfos en la zona oriental, que le habían granjeado el sobrenombre, y su concepción del papel de su dinastía en Asia, lo sugieren como digno de él. En este consulado (191), Acilio, un *homo novus* —aquél cuya familia no había desempeñado magistraturas superiores—, presentó la *Lex Acilia de intercalando,* dado el desfase entre las estaciones y el calendario romano que iba cuatro meses por delante.

243 Sobre ellas, «Puertas de Fuego» por sus emanaciones sulfurosas, cf. n. 173.

244 En realidad, la última parte del conflicto se desarrolló al norte del reino, en Asia Menor.

245 Una vez más (cf. *supra,* n. 230), Floro resume en uno dos momentos diferentes: Aníbal, al mando de una escuadra fenicia, apresuradamente reunida y de poca calidad, tropezó con las naves rodias en Panfilia y fue derrotado (agosto del 190), sin que volviera a tomar parte en la guerra (§ 5); Polisénides fue el adversario de Emilio en Mionesos *(infra).*

246 Continúa aquí la comparación (cf. Intr. cap. VI, n. 173), no ajustada por lo demás (cf. 1. II, n. 272), con las guerras médicas; y Jerjes, como es sabido, fue vencido en Salamina por Temístocles (480), no por Alcibíades (450-404), cuya sugestiva y controvertida personalidad dista mucho de la del pretor Lucio E. Régilo que mandaba la flota y celebró el triunfo, ya propretor, el año siguiente (189). La confrontación (septiembre del 190) tuvo lugar realmente en Mionesos, promontorio del norte de Efeso, que LIVIO describe con detalle (XXXVII 27, 7).

247 Ante las dificultades de Oriente se pensó en enviar a Asia al Africano I (cf. n. 214 y 216), pero, al haber sido cónsul por segunda vez en el 194, no podía ser elegido de nuevo tan pronto; la argucia consistió en designar a Lucio (190), mientras Gayo Lelio renunciaba al mando en Grecia — se autorizó a los cónsules a decidir entre ellos las provincias a su cargo—, que, de esta forma recayó en aquél; a su lado se puso a Publio, tal vez en calidad de procónsul, aunque la posición oficial es muy discutida y quizá no existiese.

248 Al este de Magnesia; como Publio se encontraba enfermo en Elea, en la costa misia, la batalla (probablemente en enero del 189) la dirigió realmente, con Eumenes de Pérgamo mandando el ala derecha, Gneo Domicio Enobarbo, primer cónsul de la familia (192; sobre el *cognomen,* n. 351). Lucio fue obligado a entregar el mando a su sucesor, Cneo Vulsón (§ 18 y n. 254), sin prórroga alguna para acabar la tarea; celebró el triunfo en el 188, amargado por la acusación de malversación de fondos.

249 La típica exageración floriana eleva el número de tropas, por lo demás muy heterogéneas, de que disponía Antíoco. El carro falcado tenía fijas en los ejes de las ruedas unas cuchillas, fuertes y afiladas, aptas para herir al enemigo e impedir su aproximación; servían, por tanto, para guarnecer al ejército.

250 Como para Pirro (I 13 [18], 7-8) y en Tapsos (II 13 [IV 2], 67), los elefantes (cf. n. 44 y 1. II, n. 158) fueron un importante elemento de distorsión; la temible falange se vió desecha por la espantada de los animales sobre los que se había lanzado una lluvia de dardos.

251 La paz de Apamea (188), también silenciada por Floro (n. 48), significaba en realidad la desaparición de Siria como potencia mediterránea — parte de su territorio fue concedido a Rodas y Pérgamo—, y la frontera con Asia Menor quedaba fijada en el Tauro, perdiendo así los territorios más helenizados. El resto de las condiciones no era menos duro.

252 Perteneciente también al círculo de los Escipiones, como cónsul del 189 se encargó de la campaña

etólica; la toma de Ambracia —al norte de la bahía de Accio—, presenciada por Ennio, fue celebrada en su tragedia homónima. Sobre su hijo, cf. n. 314.

253 De raza iliria, sus costas, entre Venecia y Liburnia, con golfos pequeños y profundos, los habían convertido en un pueblo de navegantes y piratas. Su nombre se debe al Ister, denominación que los griegos dieron al curso inferior del Danubio —los antiguos geógrafos ubicaban su desembocadura en estos lugares—, cuya parte superior, llamada así por los celtas, ellos desconocían. Fueron sometidos, tras enérgica resistencia, ante su actitud hostil por la fundación de Aquileya (177).

254 Floro no debía tener clara la actividad de los tres hermanos Vulsón; Aulo, cónsul del 178, es el que se encargó de esta campaña; Cneo —sin nada que ver con ella, como cree Floro—, de la de Asia y la de los gálatas, concluyendo con diez comisionados la paz de Apamea con Antíoco (188), obteniendo el triunfo pese a las reticencias de sus diez colegas (cf. *infra,* n. 256). Lucio actuó como legado suyo contra los gálatas y (189), luego también como embajador ante Antíoco (188).

255 Según LIVIO (XLI 4, 7), se suicidó, para no caer vivo en manos de los enemigos en *Nesattium* en el 177 *(ib.* 11, 6). Para el juego de su nombre con el *epulantes* anterior (§ 2), cf. Intr., cap. VII, n. 225.

256 Cf. I 24 [II 8], 15 y 18, y *supra.* Su triunfo se retrasó hasta el 187 por la oposición, entre otros, de Paulo Emilio, representante de la corriente de los Escipiones contrarios a su política. Considerado el introductor del lujo en Roma (LIVIO, XXXIX 6) con el regreso de su armada, de hecho los efectos de la riqueza asiática se hicieron notar en la economía y el comportamiento de la Urbe (cf. I 47 [III 12], 7).

257 El término latino es *Gallograeci.* Las tribus de galos —tolostóbogos (capital, Pesino), tectósagos (cap. Ancira, actual Ankara, donde se encontró una copia de las *Res Gestae* de Augusto) y trocmos (cap. Tavio)— llegaron a Asia Menor hacia comienzos del siglo III, estableciéndose al norte de Frigia, que, por ello, tomó el nombre de Galacia. Sometidos tras Magnesia (I 24 [II 8], 15), la provincia romana, formada en el 25 a. C., incorporó, además de éstos, otros territorios.

258 Sobre él, cf. I 7 [13], 17.

259 JAL *(Florus,* I, pág. 67) lee *quidam,* reduciendo el alcance de los que se comportaban así. TERZAGHI consideraba que este capítulo — «quizá el más desordenado del *Epitome*»—resumía la información liviana de los capítulos 12-50 del libro XXXVIII, más, la inspiración directa de Q. Cuadrigario, al que habría que atribuir esa noticia de la «derrota y fuga en dos combates», que el analista, según especifica LIVIO (23, 8), ubicaba en el Olimpo (cf. § 5); también el suicidio heroico, del que tampoco hay huella en el paduano (cf. *infra);* por lo cual, concluía («Per una nuova edizione di Floro», pág. 161), ambas noticias florianas deben añadirse al correspondiente frag. 66 de PETER, 227 s.

260 La versión difiere también de la de LIVIO (XXXVIII 24, 2-11) y VAL. MÁXIMO (VI 1, Extr. 2): el centurión, para atenuar su indignidad tras haberla forzado, le ofreció liberarla con un rescate; cuando los enviados regresaron con el dinero, ella, en su lengua, les contó lo ocurrido, pidiéndoles que lo ejecutasen; y «con la dignidad de una matrona romana» llevó su cabeza al marido.

261 Cf. la nota al epígrafe I 23 [II 7],

262 Hijo mayor de Filipo —y su legítimo heredero pese a los rumores sobre su origen esclavo—, accedió al trono tras la muerte de su padre (179), a la que había precedido el asesinato, en oscuras circunstancias, de su hermano menor Demetrio, que, entregado como rehén a Roma y educado en las costumbres romanas, habría sido mejor visto por los gobernantes de la Urbe. Su estrategia en la defensa de Macedonia, aunque careció de iniciativa táctica, tuvo éxito al principio.

263 En realidad, en la decisión final de Roma de atacar a Macedonia estaban las protestas de Eumenes de Pérgamo, que expuso ante el Senado los cargos contra Perseo (172), y el deseo de subrayar su carácter de potencia político-militar.

264 Sobre esto y la caracterización del rey, cf. Intr., Cap. VI. M. Filipo (§ 5) había sido ya cónsul (186), y enviado como embajador a Macedonia (183), entrevistándose luego con Perseo. Ahora (169) lo era por segunda vez.

265 Hijo del vencido en Cannas (cf. I 22 [II 6], 17), L. Emilio Paulo, cónsul por segunda vez (168), llegó a

Grecia a comienzos del verano, ascendiendo hacia el norte.

266 La batalla de Pidna (22 de junio de 168) —como otras veces (n. 48), el nombre es silenciado por Floro —, al sur de Macedonia, en el golfo de Termes, tuvo lugar poco después de la unión de sus fuerzas con las de Escipión Nasica (cf. I 31 [II 15], 7), aunque PLUTARCO *(P. Emilio* 18) indica que el principio de la pelea tuvo lugar cuando Emilio mandó soltar un caballo sin freno (cf. I 5 [11], 3). La apostilla sobre la cobardía del rey parece ser una exageración, pero el mismo PLUTARCO *(ib.* 19) se hace eco de la opinión de Polibio sobre su miedo, añadiendo que «una vez terminada la batalla, Perseo marchó huyendo de Pidna a Pela…» (23,1); con todo, recoge la defensa de Posidonio, refiriendo que tuvo que retirarse del combate, doblemente herido: por un golpe del caballo y un dardo.

267 El rey, aun tratado con gran deferencia por el vencedor (VAL. MÁXIMO, V 1, 8), fue llevado a Italia, con sus dos hijos, adornando el carro de Paulo en su triunfo y murió en Alba Fucens dos años después. Macedonia se dividió en cuatro regiones, con distintos centros, pero se la declaró libre (hasta el 146, cf. n. 273 y 291), continuándose la política de los Escipiones, pese a su caída. Para la *Fortuna,* cf. Intr., cap. IX.

268 El impresionante triunfo, en el que exhibieron múltiples y preciosas obras de arte —Paulo sólo se reservó la librería de Perseo—, duró tres días. Con todo, se vió ensombrecido por la muerte de dos de los hijos del triunfador: Paulo habría suplicado a los dioses que, si envidiaban su victoria, no castigasen a Roma, sino a él (VELEYO, I 10, 4-5). Trágicamente, se cumplieron sus deseos puesto que los otros dos habían sido adoptados: Fabio Máximo Emiliano y su preferido, Escipión Emiliano, a quien había temido perder en la batalla, buscándolo angustiado (PLUT., *P. Emilio* 22, 4). Murió en el 160, después de haber simbolizado con su carácter de hombre culto, justo administrador, buen general y fino político, siempre al servicio de la República, la unión de la tradición romana con el helenismo griego.

269 Como en las macedónicas (n. 226), Floro modifica la realidad. La segunda, de la que él no habla, fue el enfrentamiento en el año 219 con el «audaz, valeroso, pero irreflexivo y poco razonable» Demetrio Faléreo (POLIB., III 19, 9). Ésta fue la tercera; para la primera, cf. I 21 [II 5].

270 Sobre este tópico, cf. Intr., Cap. VI; en cualquier caso, el pretor del 168 y cónsul del 160, A. Galo, resolvió la guerra en 30 días (cf. LIV., XLIV 32, 4).

271 Cf. n. 226.

272 Quinto Cecilio Metelo, pretor en el 148 (tras P. Juvencio, 149), cónsul en el 143 y luego procónsul en la *Hispania Citerior* (142; cf. 1 33 [II 17], 10), celebró el triunfo sobre Andrisco (146), asumiendo el sobrenombre de Macedónico; elocuente y buen general, responsable del pórtico de su nombre, enemigo de Tiberio Graco y hostil con frecuencia a Escipión Emiliano, cuando murió (115) tres de sus cuatro hijos habían alcanzado ya el consulado: Baleárico (cf. I 43 [III 8], 1), Diademado (117) y Marco, en el 115, con Escauro (cf. I 36 [III 1], 5); algo después (113) lo obtendría Caprario, padre del Crético (cf. I 42 [III 7]).

273 Sería la primera provincia de Oriente (cf. n. 267); la Vía Egnacia, que se extendía hasta la antigua capital del reinio, Pela, aseguraba la ocupación y la defensa.

274 Las causas reales de la última guerra púnica son demasiado complejas para recogerlas aquí. Lo cierto es que incluso Floro no deja de admitir la lógica cartaginesa (cf. § 8): al no poder fiarse de la imparcialidad de las decisiones romanas y librados a la ambición númida *(infra),* el bloque que defendía la oposición a Roma se impuso. La decisión se tomó cuando, heridos en un tumulto algunos de los miembros de la legación númida en Cartago, Masinisa *(vid. infra)* invadió el territorio; indignados, pero sin comprender el alcance de su respuesta, los cartagineses replicaron. Su suerte estaba echada.

275 Rey de Numidia (cf. n. 333), atraído a la causa romana por la habilidad diplomática y amistad de Escipión, desempeñó con su caballería un importante papel en Zama (cf. I 22 [II 6], 58-60). Como fiel aliado de la Urbe gozó impunemente de su protección a costa de Cartago, que, incapacitada por el tratado para resistirse, sucumbió al fin a su provocación, cayendo en el enfrentamiento con Roma. Su corpulencia física corría pareja a su valor y a su visión política y artística.

276 Nacido en Túsculo, de brillante carrera que desembocó en su famosa censura (184-182), autor, entre otras obras, de los *Origines* y el *De agricultura,* ahorrador, cáustico e íntegro, fiel y firme representante de la postura tradicional, opuesta a la influencia de corte liberal-helenístico de los Escipiones, fue el eterno enemigo de

Cartago, cuya destrucción (146) no pudo contemplar (†149).

277 Publio C. E. N. Córculo (cónsul en el 162 y 155, y *Princeps senatus* en el 147), que ya se había distinguido en Pidna (cf. I 28 [II 12], 8), representó en esa polémica la opinión de los Escipiones *(supra);* en el 152 obligó a salir a Masinisa del territorio cartaginés.

278 Sobre el tópico del *metus hostilis,* cf. I 47 [III 12], 2.

279 La obligación de instalarse a más de 15 km. del mar sublevó definitivamente a la ciudad, a la que, tras haber entregado sus armas, ya nada quedaba por perder. La acción la iniciaron los cónsules del 149, Manio Manilio, que había combatido con poco éxito contra los lusitanos (155 o 154), pero era un destacado orador y jurista, y aparece como contertulio de Emiliano en el *De republica* ciceroniano; y Lucio Marcio Censorino, que, como edil (160 o 156), había organizado la representación de la *Hecyra* de Terencio.

280 Para un planteamiento parecido referido a la vida humana, cf. II 17 [IV 7], 15.

281 El «precipitado y atolondrado» (APIANO, *África* 113) Hostilio Mancino fue cónsul con Fabio Máximo Emiliano (n. 268), un año después de la caída de Cartago (145). Tal vez el error de Floro se deba al hecho de que en estos momentos *(ib.* 110) estaba al mando de la flota como legado (148), mientras el cónsul Calpurnio Pisón actuaba por tierra.

282 El término significa «fortaleza», no «piel», como aseguraba la leyenda de su fundación —los tirios al arribar al lugar habían solicitado 'la tierra que pudiera contenerse en una piel de toro para alzar una ciudad'; intrigados los africanos sobre cómo podría lograrse una cosa así, la concedieron; los recién llegados cortaron en tiras finísimas una y la colocaron sobre el lugar en el que luego se alzó la acrópolis cartaginesa (APIANO, *África* 1)—. Formaba parte del imponente complejo defensivo que era Cartago, tanto por sus condiciones naturales como por sus obras de fortificación; por ello Floro alude a ella como «otra ciudad» (cf. I 18 [II 2], 3).

283 Escipión Emiliano había destacado en esta guerra como tribuno militar (149-148); rodeado del carisma de su ascendencia (cf. I 28 [II 12], 12 y I 22 [II 6], 37), aunque aspiraba a la edilidad, fue elegido cónsul, pese a que reglamentariamente le faltaban cinco años; ello requirió una revisión de la legalidad vigente a la que muchos se opusieron —tampoco se efectuó el correspondiente sorteo para la adjudicación de las provincias—. Logró la caída de Cartago (primavera del 146), restaurando la disciplina, como después en Numancia (n. 318), y construyendo la gigantesca mole que cerró su puerto. Para el resto de su actividad, cf. I 34 [II 18], 13-16.

284 Cartago poseía dos puertos: el mercante, en forma de elipse y con salida directa al mar, y el militar, que, al no tener entrada propia, debía utilizar la otra.

285 Floro se refiere al Asdrúbal que dirigió la resistencia contra Roma en la ciudad (148-146), con más habilidad de la reconocida por POLIBIO (XXXVIII 7-8), que lo tacha de «fanfarrón, charlatán y carente de capacidad militar», y lo acusa de celebrar banquetes mientras los demás se morían de hambre; aceptó la rendición, pero en el último momento, cuando apenas quedaban supervivientes. El otro Asdrúbal era el nieto de Masinisa, que, paradójicamente —dada la amistad de su abuelo con Roma—, había reunido el ejército derrotado en Néferis por Lelio y Gulusa con el concurso de Escipión.

286 Este tipo de detalles muestra el carácter retórico y ejemplarizante de la obra floriana (cf. Intr., cap. VI), pero APIANO *(África* 131) y POLIBIO (XXXVIII 19 a) añaden las palabras de ella a Escipión, sin acritud y reconociendo su ejercicio del derecho de guerra, y a su esposo, censurando duramente su traición, antes de degollar a sus hijos y lanzarse al fuego.

287 El Senado ordenó la destrucción total de la ciudad. Inexplicablemente, estando Escipión presente, se perdió también la gran biblioteca.

288 Sobre ella, cf. I 1 [5], 1. Para el carácter plástico de las descripciones florianas, cf. Intr., cap. VI.

289 El epitomador simplifica la complicada realidad: Corinto formaba parte de la liga aquea a la que Critolao (§ 2) había convencido para votar la guerra contra Esparta (primavera del 146); al ser ésta aliada de Roma, la Ciudad se la declaró (cf. n. 292).

290 De hecho, Metelo, ahora promagistrado (cf. SALOMONE, *Epitome…,* pág. 199, n. 3), no lo fue hasta el 143 (cf. I 30 [II 14], 5).

291 Lucio Mumio Acaico, que como pretor y procónsul (153-2) había derrotado a los lusitanos iberos,

ahora, como cónsul del 146, sucesor de Metelo, fue el encargado de llevar las operaciones tras la victoria de éste en la Grecia central; luego organizaría la provincia ya romana de Macedonia, tratando con las ciudades griegas con Polibio como consejero. El elevado número de obras de arte, de Corinto y otras ciudades, llevado a Roma, para sí, su clientela o el ornato y disfrute de la propia urbe, fue sin precedentes. Aunque su imprecación a los que trasportaban cuadros y estatuas para que evitasen romperlas, so pena de tener que devolverle «otras nuevas» (VELEYO I 13, 4), suele interpretarse negativamente, lo cierto es que su relación con el círculo de los Escipiones —sería censor (142) con Emiliano, cuya severidad intentó moderar—, permite creer en una fina ironía.

292 El otro dirigente de la liga, tras la derrota, se suicidó en Megalópolis. La ciudad, que había servido de capital, fue sometida al pillaje y completamente arrasada. Con todo, no siguió el proceso de Macedonia (cf. n. 267); salvo quienes habían luchado directamente al lado de la confederación, el resto se mantuvo jurídicamente libre hasta que Acaya fue transformada en provincia por Augusto en el 27.

293 La fama de este bronce, tan apreciado por Verres (CIC., *Verrinas, passim),* como por Augusto (SUET., *Aug.* 70), se mantuvo hasta el Imperio; PLINIO *(Hist. Nat.* XXXIV 81-2), habla de sus tres clases: una, en la que predominaba la aleación de plata; otra, en la que sobresalía el oro; y una tercera en la que la proporción de los tres metales era idéntica. PLUTARCO *(Sobre los oráculos de la Pitia* 2, 395 B ss.) refiere que el incendio de una sola casa habría permitido a un deshonesto artesano descubrirlo por casualidad.

294 La resistencia hispánica, recogida parcial y sintéticamente por Floro (cf. Intr., cap. IX), se prolongó durante largos años, con intervalos de paz. Los primeros enfrentamientos serios surgieron en el 197 con la rebelión simultánea de las dos provincias *(infra),* y acabaron con la toma de Numancia (133) y con su pacificación definitiva por Augusto (II 33 [IV 12]).

295 Sobre ello, cf. I 22 [II 6], 36. Fueron vencidos, a su vez, por Asdrúbal y Magón, y el general Asdrúbal Giscón, con la ayuda de los siempre imprevisibles indígenas.

296 Sobre este cliché y el anterior, repetidos antes, cf. I 22 [II 6], 36-37.

297 El término *provincia* (según la etimología popular, relacionada con el verbo *vinco)* se aplica tanto a un lugar todavía no sometido, al que se enviaba un ejército con un magistrado al frente, como al ya sometido sobre el que éste ejercía el mando. Las dos hispanas, *Citerior* y *Ulterior* (II 33 [IV 12], 46), fueron constituidas tras la victoria de Escipión Emiliano.

298 Para esta importante sentencia, y su paralela (II 30 [IV 12], 29), cf. Intr., Caps. III, n. 81 y VI.

299 Cf. I 31 [II 15], 4. Enviado, como cónsul del 195, a controlar la rebelión en la Citerior obtuvo algunos éxitos —tal vez exagerados por Floro, aunque celebró el triunfo en el 194—; pero su actuación se limitó a la represión y explotación, sin lanzarse a una auténtica política de reorganización y cohesión del complejo mundo hispánico.

300 Tiberio Sempronio Graco, pretor en el 180 y cónsul en el 177 y 163, estuvo en la Citerior como propretor (179-78), logrando su pacificación más por tratados que por victorias. Dejó en la península el recuerdo de un trato justo y noble, si bien tampoco consiguió una organización política superior.

301 Macedónico (cf. I 30 [II 14], 5) luchó con los más orientales de los celtíberos (143-2), conquistó la actual Calatorao, y destruyó la capital, situada al sur de Zaragoza, aunque no tomó Numancia ni Termancia. De su clemencia se hace eco VAL. MÁXIMO (V 1, 5): al advertir que una de las máquinas de guerra iba a abatir el único punto vulnerable de las murallas de Centóbriga, donde, a modo de defensa, se había colocado a los dos hijos de un tal Retógenes —que se había pasado a las filas romanas—, prefirió renunciar al asedio para que el padre no los viera morir de forma tan cruel, y ello a pesar de que el celtíbero insistía en aceptar el sacrificio.

302 Los túrdulos eran una tribu lusitana; los vacceos, de la Tarraconense; Lucio Licinio L., primer cónsul de esta familia (151), masacró traidoramente a los habitantes de Coca cuando se entregaron.

303 Emiliano, tribuno militar (151) a las órdenes de Lúculo *(supra),* conquistó la corona mural por haber escalado los muros de la actual Villalpando, y combatió victoriosamente con un indígena de gigantesca corpulencia que se burlaba de los romanos por no responder a sus bravuconadas.

304 El término latino alude a los despojos opimos que sólo podían obtenerse en el caso de una lucha entre dos jefes (cf. n. 17); dado que ninguno de los dos lo era realmente (cf. *supra),* hemos preferido traducirlo en el

sentido más amplio.

305 Tras someter esta región, que durante la República formaba parte de la Citerior, como cónsul y procónsul (138/137), Décimo Junio recibió el sobrenombre de Galaico; orador filohelenista y enemigo de Gayo Graco, su triunfo fue cantado por el poeta Accio, de quien era patrón. La expedición tuvo lugar tras el asesinato de Viriato.

306 El río, denominado también Leteo, es identificado por algunos escritores antiguos con el Limias, hoy Lima, y por otros con el Miño (cf. *Períoca* 55; ESTRABÓN, III 3, 4; PLUT., *Cuestiones Rom.* 4).

307 Sobre él, llamado Olónico en la *Períoca* liviana (43), cuyo intento de rebelión es difícil de datar, *(ca.* 171), cf. Intr., cap. X.

308 Viriato —nombre derivado de viria, collar típico de los españoles, o relacionado con *vir,* como incorporación de una fuerza colectiva—, que había escapado de la pérfida matanza del pretor de la Ulterior, Servio Sulpicio Galba, de la que Floro no habla —tampoco de la de Lúculo (§ 11)—, logró persuadir a los lusitanos para que se alzaran; aprovechando su conocimiento de los lugares, inició una lucha de guerrillas que impedía a los romanos obtener una victoria decisiva. Para otras caracterizaciones semejantes, cf. *Períoca* 52; y EUTROPIO, IV 16, 2. La de OROSIO (V 4, 1) es una simplificación de la de Floro.

309 La cifra recoge toda la resistencia lusitana (cf. I 34 [II 18], 3); la de Viriato duró 8 años (147-139); para la identificación de Unimano (¿pretor del 145 o 146?), cf. SALOMONE, *Epitome…,* pág. 206.

310 La simplificación floriana y la complejidad de las relaciones familiares dificultan la buena comprensión de los hechos. En el 145 se envió al hijo de Paulo Emilio (cf. I 28 [II 12], 12 y 31 [II 15], 10), del que APIANO *(Iberia* 65) cuenta que, tras entrenar a gente joven y poniendo en práctica las técnicas de su padre, fue el segundo general que venció a Viriato, persiguiéndolo hasta Becor *(¿Baecula?).* Pero quien lo redujo al interior de la Lusitania fue Quinto Fabio Máximo Serviliano, hijo de Servilio Cepión (cónsul de 169), adoptado por Fabio Máximo (pretor del 181), lo que le hizo hermano adoptivo de Fabio Máximo Emiliano, y cónsul del 141. Acorralado en un principio por el hispano, éste lo perdonó, logrando por el momento poner fin a la guerra con un pacto que el Senado ratificó, confiriéndole a él la consideración de «amigo del pueblo Romano» y a los que estaban bajo su mando la posesión de las tierras que ocupaban (APIANO, *Iberia* 69). Sobre su hermano de sangre y sucesor, Quinto Servilio, cf. *infra.*

311 Mientras esperaba las órdenes del Senado, Popilio, cónsul del 139 y luego procónsul en la *Citerior,* colaboró con Cepión, cónsul del 140 y luego procónsul en la *Ulterior* (139, *supra),* responsable directo de la traición y el crimen; no considerando válido el tratado firmado por su hermano natural *(supra),* buscaba todo pretexto para continuar la guerra. Compró a tres miembros del consejo del caudillo, «sus más fieles amigos» (APIANO, *Iberia* 74, 1), Audax, Ditalcón y Minuros, que lo asesinaron.

312 Capital de los arévacos, en la confluencia del Duero y Tera, sí tenía un conjunto amurallado, como recoge OROSIO (V 7, 10) y prueban las excavaciones actuales. La guerra se prolongó (143-133), entre otras razones, por la grave crisis político-social de Roma en esos momentos (II 1 [III 13]), que se traducía en la poca calidad de las tropas reclutadas y la escasa capacidad de sus diferentes mandos (cf. n. 318 y 315-6), con criterios con frecuencia contrapuestos; pero el sitio, como tal, sólo duraría quince meses.

313 Segeda, de localización incierta en la zona de Calatayud, había decidido ampliar su recinto para incorporar a la población circundante. De acuerdo con los tratados firmados por Graco (cf. n. 300) los celtíberos no podían construir ciudades y el Senado le declaró la guerra. Por estas fechas, con el fin de que estos cónsules tuvieran un mayor tiempo para organizar sus ejércitos, se adelantó su entrada en funciones al 1 de enero (n. 49).

314 APIANO *(Iberia* 45) relaciona con esta sublevación a un valeroso Caro que, el día de las *Vulcanalia* (23 de agosto), murió en el enfrentamiento con Fulvio Nobilior, cónsul del 153 e hijo del vencedor de Ambracia (cf. I 25 [II 9], 1). Tal vez la denominación de Floro sea un sobrenombre del segedano, hecho común entre los celtíberos.

315 Quinto Pompeyo, *homo novus* (cf. n. 242) y hábil orador, sustituyó (140) al sistemático Metelo Macedónico (cf. I 33 [II 17], 10), que había iniciado la ofensiva sometiendo las tribus vecinas, al que censuró por su falta de éxitos. Forzado a la negociación (para los posibles detalles, cf. SALOMONE, *Epitome…,* pág. 208, n. 7), su sucesor, Popilio (cf. n. 311) repudió el tratado por considerarlo muy favorable a los numantinos. El

nulo éxito de éste se vería coronado por la ineptitud de su sucesor, Mancino *(infra).*

316 El cónsul del 137 capituló tan vergonzosamente que el Senado lo obligó a «entregarse» —la *deditio* lo condujo desnudo, con las manos atadas a la espalda ante las puertas de la muralla—. En la redacción del tratado —no un *foedus* que debía ser sancionado por los feciales, sino una *sponsio* que sólo afectaba al magistrado que lo había llevado a cabo— intervino también Tiberio Graco, cuestor entonces, y la decisión del Senado es aducida por los historiadores como una de las razones de su acción revolucionaria (cf. II 2 [III 14], 1-2).

317 Cf. I 11 [16], 9-11.

318 Cónsul, por segunda vez (134), su elección requirió de nuevo una legislación especial (cf. n. 283). Llevaba en su ejército entre otros personajes, luego famosos, a Mario, Yugurta, Gayo Graco —que se enteró aquí de la muerte de su hermano Tiberio—, y los escritores Polibio y Lucilio. Con fría determinación y lógica estrategia, una vez restaurada la disciplina (§ 10), destruyó los campos aledaños, cerró su comunicación por el Duero y sitió la ciudad.

319 Los *calones* eran los sirvientes de los soldados que llevaban las clavas de maderas secas, que en griego se denominan *kâla* (FESTO, ed. LINDSAY, pág. 54). También se encargaban de los equipajes y de transportar el agua.

320 Los numantinos enviaron una embajada solicitando ser tratados con consideración, advirtiendo que, en caso contrario, estaban dispuestos a morir. La negativa de Escipión, que deseaba la entrega incondicional, supuso la decisión definitiva.

321 La bebida, procedente del grano humedecido del que se extraía una especie de harina mezclada una vez seca con un jugo dulce, tenía un sabor áspero y producía efectos etílicos (OROSIO, V 7, 13-4).

322 «Retógenes» —distinto del celtíbero (cf. n. 301)—, «apodado Caraunio y el más distinguido de sus conciudadanos en riqueza, nobleza y dignidades» (VAL. MÁXIMO, III 2, Extr. 7), que antes había intentado buscar ayuda con cinco amigos (APIANO, *Iberia* 94), prendió fuego a su barrio y obligó a sus compatriotas a luchar de dos en dos con la condición de que el vencido sería arrojado a las llamas. Cuando todos perecieron, se lanzó él.

323 Los que no habían deseado darse muerte aparecieron ante el enemigo sucios y malolientes, con las uñas crecidas y las ropas mugrientas, pero temibles e impresionantes por la cólera, la fatiga y el dolor de haber devorado a sus compatriotas (APIANO, *Iberia* 97-98); de los supervivientes, 50 fueron reservados para el triunfo (132), los restantes vendidos y la ciudad arrasada. Escipión lograría el sobrenombre de Numantino y un nuevo triunfo (132). Pero su regreso coincidió con la revolución gracana, a la que se opuso, perdiendo gran parte de su popularidad. Su repentina muerte, con huellas de estrangulamiento (VELEYO, II 4, 5), hizo pensar en un asesinato, especialmente porque su esposa Sempronia era hermana de Tiberio y Gayo. Hábil orador y rígido moralista, valiente y buen general —a veces cruel—, liberal y culto, gozó de la amistad de destacados políticos y literatos —entre otros, Polibio y Panecio—, y de la admiración de Cicerón que lo convirtió en protagonista de su *De republica.*

324 Cf. I 18 [II 2], 1-2 y I 47 [III 12], 2-3.

325 El plural puede ser intensivo/exageración retórica (cf. n. 190), un «error» (Intr., cap. VI, 173), o, aunque Floro no hable de ello, incluir la posterior donación de Nicomedes de Bitinia (cf. n. 388).

326 Átalo III Filometor Evergetes (170-133), hijo de Éumenes II y sucesor de su tío Átalo II (138), legó a Roma el reino, con su fortuna privada, excepto los templos y sus tesoros y la ciudad de Pérgamo, dotada de un amplio territorio circundante; dada su juventud, los motivos de tal decisión no han quedado nunca claros (cf. II 3 [III 15], 2), pero carecía de herederos directos, tal vez temiera la revuelta popular que se estaba gestando (§ 4), y, probablemente, advirtiera lo inevitable del destino de su reino.

327 La frase debía ser el comienzo del testamento (cf. *Orientis Graeci Inscrip. Selec.,* ed. W. DITTENBERGER, 338). SILACKELTON-BAILEY («Textual Notes…», pág. 172), por su parte, sugiere esta adición: … *in bonis regiis* ⟨*Pergameni*⟩ *fuerunt. haec* es un recurso.

328 JAL *(Florus,* I, pág. 82, n. 3) subrayaba que el verbo *retineo,* extraño en el contexto, debe implicar que la provincia era disputada a Roma. Pero quizá Floro anticipe con él los problemas de los que se derivó la rebelión

de Aristónico (cf. § 4).

329 Hijo natural de Éumenes II —Éumenes III, como sugiere una rara contribución numismática—, o, para otros, de Átalo II, se atrajo para su rebelión (133-2) a esclavos y no griegos —le resultó fácil convencer a la población rural aduciendo la avaricia romana y las dificultades económicas—; su base fue Leuca, aunque le apoyaron otras ciudades.

330 Craso *Dives* Muciano, pretor en el 134, era cónsul (131) cuando se le confió el mando contra Aristónico. De acuerdo con otras fuentes murió en la batalla (130).

331 Marco, cónsul en el 130 (¿el mismo de II 7 [III 19], 7?), sucesor de Craso, no pudo concluir la guerra ni celebrar el triunfo —a pesar de haber tomado Estratonicea (más tarde Hadrianópolis, en Licia) y capturado a Aristónico—, puesto que murió en el 129.

332 Sólo Floro transmite esta noticia del envenenamiento. Lo cierto es que Manio Aquilio, triunfador en el 126, fue acusado, y escandalosamente absuelto, por haberse dejado sobornar por Mitrídates del Ponto para recibir la Gran Frigia. Ello provocaría la *Lex de Asia* de Gayo Graco, que dejaría abierta la provincia a la codicia de los *publicani.*

333 Numidia —de *nomázō,* «pacer»; tal vez voz bereber: N'umiden, «hijos de pastores»—, comprendía parte de las actuales Argelia y Túnez; unificada por Masinisa tras la segunda guerra púnica (cf. I 31 [II 15], 2-4), era, en realidad, obra del imperialismo romano. Jugurta, hijo ilegitimo de Mastanábal, hermano de Micipsa —hijos ambos de Masinisa—, se había ganado el respeto de Escipión Emiliano y la estima de otros nobles romanos cuando tomó parte en el sitio de Numancia al mando de las tropas auxiliares númidas (n. 318).

334 Presididos por Opimio (cf. II 3 [III 15], 5), los senadores enviados a Numidia repartieron el reino entre Adérbal —la región oriental, con Cirta como capital— y Jugurta, que, sin conformarse, sitió Cirta. Floro silencia la crucifixión de Adérbal y la masacre de sus habitantes, incluidos los ítalos, hecho que colmó la paciencia del Senado —sobre todo por la presión de los *equites,* muy perjudicados en sus intereses— y obligó a la intervención (111).

335 Marco Emilio Escauro, de familia patricia, aunque no muy distinguida, se casó con la hija de Metelo Delmático (hermano del Numídico, § 10), luego desposada con Sila *(ca.* 89); *princeps senatus* tras su consulado (115), y sobornado por Jugurta *(infra),* para su acción contra Saturnino, cf. II 4 [III 16], 5 y 5 [III 17], 5.

336 Encargado, como miembro de la comisión gracana, de distribuir la tierra en África, acudió allí como cónsul que era (111) con Escauro como legado *(supra);* en lugar de enviar a Jugurta a Roma, firmó un vergonzoso tratado que le permitió conservar el trono; condenado, fue nuevamente exilado en el 90.

337 Si el tiempo es, realmente, presente, se obtendría una de las cláusulas más utilzadas por Floro, según subrayaba JAL *(Florus,* I, págs. 140 y LVIII-LIX).

338 Hijo de Gulusa —hijo de Masinisa y hermano de Micipsa—, era primo de Yugurta (110).

339 El cónsul (110) Espurio Postumio Albino, más interesado en la política interior que en la lejana guerra colonial, encomendó la tarea a su hermano Aulo Postumio Albino, que fracasó vergonzosamente.

340 Metelo Numídico, sobrino del Macedónico (cf. I 30 [II 14], 5), de probada experiencia militar y categoría moral (cf. II 4 [III 16], 3), cónsul ahora (109), llevaba en su ejército como legados al aristócrata Rutilio Rufo (II 5 [III 17], 3) y a Mario *(infra).* El triunfo (106) no le compensó de la amargura de su sustitución por el futuro líder de los populares.

341 El rey huyó por la noche con sus hijos y parte del dinero de la ciudad, cuya ubicación no ha sido fijada con exactitud, que fue tomada a los cuarenta días (SAL., *Guerra de Jugurta* 76). Obsérvese el juego fonético y literario con Zama, la batalla no citada en su momento (cf. n. 225).

342 *Homo novus* (cf. *supra,* n. 242), logró su primer consulado (107) en una hábil y dura campaña en la que acusó injustamente a su protector Metelo. De carácter simple y desconocedor absoluto de las complejidades de la vida político-aristocrática de Roma, el vergonzoso método que utilizó para encumbrarse en otro momento menos difícil lo habría relegado para siempre. Incluyó entre sus tropas a los ciudadanos que carecían de bienes, lo que supuso el cambio de un ejército de Estado a otro ligado a su general; esta vinculación estrecha entre los soldados y su jefe serviría de base a las confrontaciones civiles, abriría el camino del Imperio y sería uno de los principales

factores de la crisis del siglo III d. C —que se alargaría hasta el IV—, convirtiéndose, en definitiva, en una de las principales causas de la caída de Roma.

343 Según SALUSTIO *(Yug.* 92, 5-94-7) y FRONTINO (III 9, 3), Muluca no era una ciudad sino un río en cuyas proximidades se encontraba el refugio del rey. Un ligur descubrió por casualidad el paso hacia el castillo mientras buscaba caracoles.

344 Boco era su yerno; el reyezuelo, que había oído hablar de Sila a sus embajadores, entonces cuestor a las órdenes de Mario, requirió su presencia en las negociaciones, aunque en principio dudaba si entregarle a él a Yugurta o viceversa: la pasión hablaba contra Roma, el miedo a favor (SAL., *Yug.* 108, 3). El futuro dictador (II 9 [III 21], 2), con valor y gran habilidad retórica y negociadora, consiguió su propósito (105).

345 Lamentablemente el castellano no puede recoger la aliteración del *victus ac vinctus, vidit urbem… venalem…,* y apenas el juego antitético del *fraude* (§§ 2 y 17; cf. Intr., cap. VI, nn. 225 y 233). El día 1 de enero del 104, mientras Mario celebraba el triunfo, aquél era ejecutado en la cárcel Mamertina.

346 Floro, con su típica *variatio* (cf. Intr., caps. VI y VII), recoge como final del capítulo la famosa frase que SALUSTIO *(Guerra de Jugurta* 35, 10) pone en su boca cuando salía de Roma, tras el asesinato de Masiva (110).

347 Floreciente fundación focense (s. VI) y tradicional aliada de Roma que la protegía de los ataques de los pueblos galos, obtuvo fácilmente la ayuda del Senado (125); el ejército, al mando de Fulvio Flaco —partidario de los Graco—, extendió con sus campañas la influencia de la Urbe.

348 La tribu de la Narbonense, entre el lago Leman, el Isara *(infra)* y los Alpes, y cuyo nombre parece significar «extranjeros», es especialmente conocida por su papel en la conjuración de Catilina (cf. II 12 [IV 1], 9).

349 Sobre este río, sólo recogido por Floro e identificado con el Sorgue actual, al norte de Aviñón, cf. SALOMONE, *Epitome…,* pág. 222, n. 4; y JAL, I, pág. 87. El Isara es el Saona.

350 La versión floriana difiere de la liviana *(Perioca* 61), según la cual el rey fue primero enviado a Roma para satisfacer al Senado y luego recluido en Alba Fucens, con su hijo Congonetiaco, porque parecía poco conveniente para la paz devolverlo a la Galia. VAL. MÁXIMO (IX 6, 3) achaca su captura a Domicio *(infra),* que, indignado porque el rey había incitado a los suyos a ponerse a disposición de su sucesor, Quinto Fabio, lo atrajo a su casa bajo el pretexto de una entrevista.

351 *Ahenobarbus* significa «el de la barba de color de bronce». SUETONIO *(Nerón* 1, 1-2) refiere que el Lucio Domicio, fundador de la estirpe, recibió la orden de Cástor y Pólux de anunciar al Senado el triunfo de la batalla del Regilo (I 5 [11], 2) de la que todavía no se tenía noticia en Roma; y, para que pudiera ofrecer una prueba de su poder sobrenatural, acariciándole el rostro, convirtió el color negro del vello en una tonalidad roja brillante, semejante al bronce. Cneo, cónsul del 122, celebró el triunfo sobre los arvernos (118 ó 117) y comenzó la construcción de la Vía Domicia (121), desde el Ródano hasta Roma.

352 Hijo de F. Máximo Emiliano (n. 268), cónsul en el 121, tras el triunfo obtuvo el *cognomen* de Alobrógico y construyó el primer arco triunfal de Roma *(Fornix Fabianus).*

353 Sobre la posible relación de este trofeo con el alzado por Trajano en Adamclisi, la actual Dobrudja, y su relación con la ideología de la obra, cf. Intr., cap. VI, n. 202.

354 A los cimbrios (establecidos en Jutlandia) y teutones (en las islas del archipiélago danés), pueblos de origen germánico, se unió en esta época la tribu helvécica de los tigurinos.

355 En realidad, las leyes agrarias (II 1 [III 13], 7, y 2 [III 14], 4) fueron anteriores a estos hechos (133-121). Ellos aparecieron en el horizonte romano en el 113, cuando, tras la pérfida emboscada de Geneo Papirio Carbón, éste fue derrotado; pese a todo, no osaron invadir Italia. La acción de Silano (§ 4) se sitúa ya en el 109, durante su consulado.

356 Geneo Manlio Máximo —cónsul del 105 con Rutilio Rufo (II 5 [III 17], 3)—, había sido encargado de enfrentarse a una coalición de los tres pueblos, junto con el experimentado procónsul Quinto Servilio Cepión (hijo del citado en la n. 310), que había ido como pretor a Hispania (109), regresando triunfador de los rebeldes ibero-lusitanos (107). Los romanos sufrieron una grave derrota cerca de Arausio (Orange), en la orilla izquierda del

Ródano, que produjo una gran conmoción en Roma; y a Cepión, que tardó en ayudar a su colega —porque, perteneciente a la alta nobleza, le desagradaba obedecer las órdenes de un *homo novus* (n. 242) que, como cónsul (106), era superior—, se le abrogó el *imperium* y fue desterrado.

357 Cf. I 36 [III 1], 13 e *infra*. Floro, obligado por la necesidad de ser breve, es impreciso en el relato de los hechos. Tras su victoria de Arausio *(supra),* los cimbrios se habían dirigido a España, de donde regresaron al ser rechazados por los celtíberos, mientras los teutones se dedicaban a saquear la Galia septentrional; ahora (102) decidieron atacar Italia.

358 Importante centro estratégico, había sido levantada por Gayo Sextio Calvino (124). Mario, que había terminado la reorganización del ejército iniciada en el 108 —mayor duración del servicio, nuevas tácticas y mejoras en el armamento e impedimenta (herramientas de zapador)—, los dejó avanzar hacia Italia, aguantando sus insultos, para vencerlos después (102).

359 PLUTARCO *(Mario* 24, 7), en cambio, indica que «los reyes» — Floro puede desconocer el número o haberlo reducido para concentrar más el efecto (cf. n. 325)— fueron capturados por los secuanos cuando huían por los Alpes y entregados; ello permitió a Mario presentarlos a los embajadores cimbrios cuando éstos se burlaban de él; según OROSIO (V 16, 12), habría muerto en la batalla.

360 Tras devastar la Traspadana sin conquistar ciudad alguna se asentaron allí. Mario, reelegido cónsul ininterrumpidamente desde el 104, acudió a Roma para serlo de nuevo para el 101.

361 El texto, corrupto —quizá una glosa—, permite sólo una traducción aproximada. SHACKELTON-BAILEY («Textual Notes… », pág. 174) proponía una clarificadora expresión: «acudieron ellos (pues incluso entre los bárbaros hay muchas huellas de valor) el día…»

362 La batalla —en la llanura de Vercelas (para la ausencia del nombre, cf. n. 225), en la Traspadana, en el cruce de las rutas al Ticino y Milán—, se fijó para tres días después (30 de julio del 101). Floro silencia la destacada actuación *(infra)* de su legado, cónsul del 102, Quinto Lutado Cátulo (cf. 1. II, n. 78), que, según EUTROPIO (V 2, 1), había luchado con «más éxito»; tras celebrar el triunfo con Mario, proclamado «Padre de la Patria», construyó los pórticos del Palatino con el botín.

363 Sobre el mismo cliché en I 1 [3], 4, y la habitual exageración e inexactitud de las cifras florianas (§ 14), cf. Intr., cap. VI, n. 189 y 169 ss.

364 PLUTARCO *(Mario* 25-27), que utiliza como fuente el relato de Sila, presente en las filas de Cátulo —quien censuraba a Mario la mala fe que contra él había mostrado en la planificación de la batalla—, refiere que a Mario el plan le había salido al revés: ofuscado por el polvo producido por la caballería, no pudo perseguir al enemigo que se dió de bruces con Cátulo; a favor del ejército romano jugó el calor y el sol —los bárbaros tenían que cubrir sus ojos con los escudos a modo de visera— y que los soldados no pudieran distinguir la ferocidad de sus contrarios por la polvareda: sin verse dominados por el pánico luchaban con el primero que encontraban.

365 VAL. MÁXIMO (VI 1, Extr. 3) atribuye el hecho a las mujeres de los teutones, que le habrían expresado al general su deseo de no tener trato carnal con los hombres, como las vestales; al no obtener el favor, se habrían ahorcado. OROSIO (V 16, 13), que también refiere el sangriento sacrificio de sus hijos —estrellándolos contra las rocas—, lo adscribe a las esposas de tigurinos y ambrones.

366 Con estos mensajes dirigidos al Senado se anunciaba la victoria (cf. n. 230). Sobre los Dióscuros, citados aquí sólo por Floro, cf. n. 59 y I 28 [II 12], 15.

367 Los tracios, tribus feroces y guerreras que habitaban la zona comprendida entre el Danubio, el Egeo, el Helesponto y el Ponto, entraron en la esfera romana a partir de su relación con Macedonia; la zona al oeste del río Ebro fue incorporada tras Pidna (I 28 [II 12]); la revuelta de Andrisco (I 30 [II 14], 5) facilitó la del este. Aludir a Dalmacia y Tesalia como provincias en ese momento es el típico anacronismo floriano (cf. Intr., cap. VI, n. 174). Dalmacia (II 25 [IV 12], 11), incorporada al Ilírico, llegó a serlo cuando éste fue dividido, bajo Augusto (9 d. C), en dos (Ilírico Superior e Inferior), conocidas bajo los Flavios con su nombre y el de Panonia. Tesalia, liberada de Macedonia (196) y luego vuelta a incorporar en ésta tras Pidna (cf., n. 267), sólo fue provincia independiente en la división de Diocleciano, dentro de la diócesis de Mesia.

368 El tormento es narrado por CICERÓN *(Verrinas, Actio Sec.* I 17, 45): se introduce al prisionero en un lugar cerrado con hierba verde y húmeda para que muera asfixiado.

369 Cónsul en el 114, nieto del Censor, fue derrotado por esta cruel y poderosa tribu céltica asentada en la Panonia Inferior, en la zona de la confluencia del Danuvio y el Savo, al este de Sirmio.

370 Tito Didio, tribuno de la plebe del 103, era gobernador de Macedonia (100-99?) cuando obtuvo esta victoria. Tras su consulado (98) vino a Hispania (97-93) como procónsul, teniendo a Sertorio como tribuno militar en su campaña contra los celtíberos, sobre los que celebraría el triunfo en el 93.

371 Rico y hábil orador, famoso contrincante de Gayo Graco como tribuno de la plebe del 122 —Floro no lo menciona (cf. II 3 [III 15]); sí a su hijo (el tribuno del 91, II 5 [III 17])—, cónsul en el 112, les combatió con éxito durante su proconsulado (111-10).

372 Sobre él, cf. II 3 [III 14], 4; tras enfrentarse a ellos como cónsul (110) y procónsul (hasta el 106), celebró el triunfo y construyó los pórticos que llevaron su nombre, especialmente utilizados para la distribución de grano.

373 Este Vulsón, difícilmente identificable, puesto que el episodio sólo es referido por Floro (cf. SALOMONE, *Epitome...,* pág. 232, n. 9), podría ser el cónsul del 189 (I 27 [II 11], 2). La mención junto al Cáucaso del Ródope (cadena montañosa entre las actuales Bulgaria y Grecia), es el típico error/exageración florianos (cf. Intr., cap. VI, n. 173).

374 Región habitada por pueblos de origen tracio, fue conquistada por Trajano en dos campañas (101-102; 105-107), gesta que inmortalizó en su famosa columna bajo la cual luego se enterrarían sus cenizas (sobre él, cf. Intr., caps. III y VI). Gayo Escribonio Curión cónsul en el 76 y padre del tribuno del 50 amigo de César (II 13 [IV 2], 34), permaneció en la zona hasta la llegada de Lúculo (I 40 [III 5], 16).

375 Apio Claudio Pulcro, partidario de Sila, cónsul en el 79 e *interrex* en el 78, como procónsul en Macedonia (77-76) combatió contra los escordiscos y otras tribus tracias del Ródope, muriendo allí. Los sármatas (cf. II 29 [IV 12], 20; e Intr., cap. II, n. 28), pueblo belicoso y nómada de excelentes jinetes, pasaban por ser descendientes de los escitas y las Amazonas, pero la referencia aquí no parece muy fidedigna.

376 Marco Licinio Lúculo—tras su adopción, M. Terencio Varrón Liciniano—, realizó brillantes campañas en Macedonia como cónsul del 73, coincidiendo con las que su hermano natural (ambos eran hijos del citado en el libro II, n. 51), Lucio Póntico (n. 389), llevó a cabo contra Mitrídates (I 40 [III 5], 16). El Tanais (actual Don) era un gran río de la Sarmacia, que marcaba el límite entre Europa y Asia. El lago Meotis es el actual Mar de Azov.

377 La descripción de Floro es confusa e imprecisa: el actual mar Negro se encuentra levemente a la izquierda y a norte de los navegantes que llegan a Asia cruzando los estrechos de Dardanelos y Bósforo; la parte sur de sus aguas baña la costa septentrional de los reinos de Bitinia y el Ponto.

378 Eetas —rey de la ignota Ea *(Aía),* la Cólquide, a quien Jasón arrebató el vellocino de oro—, era el padre de Medea. La secuencia dinástica, tal como Floro la resume, es prácticamente incomprensible y poco acorde con la de otras fuentes. AMPELIO (cap. 30) es más claro, añadiendo cómo llegó a reinar Artabaces: después de Ciro y Cambises (522), que murió ante las noticias de la usurpación del mago Esmerdis, que se hacía pasar por hijo de Ciro, «los siete persas», el futuro Darío el Grande y seis amigos, se conjuraron para que obtuviera el trono aquél cuyo caballo relinchara primero; gracias a un astuto palafrenero, Darío se convirtió en rey —HERÓDOTO (III 70-88) refiere detalladamente la historia incluyendo en ella el famoso pasaje sobre la mejor forma de gobierno (80) —. De éste descendía Artabaces, y AMPELIO evoca la autoridad de las *Historias* de SALUSTIO para aducir que de él, a su vez, procedía Mitrídates.

379 Mitrídates VI Eupátor Dionisos (120-63), vigoroso, jinete y arquero insuperable, inteligente —dominaba más de veinte lenguas—, y cruel, llegó al trono todavía niño (once años); pero se mantuvo alejado de él hasta los dieciocho, oculto en las montañas con algunos de sus fieles servidores, por temor a su madre y tutores regentes; tirano helenizado, pero maquiavélico, pretendió convertir su reino en una gran monarquía oriental, como las de los Diadocos, apoderándose de zonas limítrofes, estableciendo alianzas dinásticas —su hija casó con Tigranes de Armenia—, y chocando, lógicamente, con los intereses de Roma.

380 A la poca precisión de Floro en las cifras, ya nos hemos referido (cf. n. 119). Sobre Aníbal, cf. n. 191; la campaña contra Pirro duró diez años en conjunto (282-272; cf. n. 142). La de Mitrídates, salvo que se incluyan los episodios ocurridos en la Capadocia (102-100; cf. § 4), de los que, precisamente, él no habla, sólo

veinticinco (88-63). Tal vez, sin embargo, recoja la vida activa de Mitrídates (102-63[†] = 39).

381 La «fortuna» y la «grandeza» de Sila y Pompeyo aluden a sus sobrenombres, «Felix» y «Magno»; sobre el «valor» de Lúculo, cf. § 16. Para ello, como fórmula de estructuración del relato, cf. Intr., cap. VI.

382 Gayo Casio, pretor del 90, no era legado, sino procónsul (cf. SALOMONE, *Epitome...,* pág. 235, n. 6) o gobernador en Asia (89). Nicomedes IV había sido repuesto en el trono —del que había sido apartado por Mitrídates, a favor de su hermano Sócrates—, por Manio Aquilio, cónsul del 101 con Mario (cf. 1. II, n. 51), e hijo del homónimo del 129 (I 35 [II 20], 7); presionado por el romano y sus acreedores, bloqueó el Bósforo (la montañosa y boscosa Bitinia se alzaba en la parte occidental del Ponto Euxino) e invadió el territorio póntico (cf. *infra,* n. 385).

383 De nuevo Floro generaliza y resume: en el año 89 concluía el problema itálico y se iniciaba la rivalidad entre Mario y Sila, justamente a propósito de esta guerra (II 9 [III 21], 6); de hecho, ésta fue declarada oficialmente entonces, aunque las hostilidades habían comenzado en la primera década del siglo a causa de la Capadocia (§ 2) —donde el Senado había entronizado a su protegido Ariobarzanes (95)—, que Mitrídates pretendía ocupar con Tauridia y Paflagonia. Pero el enfrentamiento definitivo entre ambos tendría lugar después del regreso del futuro dictador (82-79) de Asia, en el 83, año en que Sertorio vino a España, donde comenzaría su rebelión poco después (80).

384 Se trata del famoso decreto de Éfeso (88): Mitrídates ordenó que a los treinta días se asesinara a todos los ciudadanos romanos, sin distinción de clase y sexo. Su propósito no era tanto la muerte gratuita de itálicos cuanto la complicidad de quienes iban a beneficiarse del rico botín.

385 Aquí se repitió la matanza de Asia. Floro no menciona Lesbos, donde se había refugiado Aquilio, que había iniciado realmente la guerra al reponer a Ariobarzanes y Nicomedes en sus tronos, exigiendo además una indemnización y forzando al de Bitinia al choque (cf. n. 382). Aquilio fue capturado y muerto por el póntico, aunque VAL. MÁXIMO (IX 13, 1) dice que prefirió vivir humillantemente como esclavo del rey; CICERON *(Tusc.* V 14) y PLINIO *(Hist. Nat.* XXXIII 48), refieren que el rey le hizo recorrer Asia montado en un asno y luego derramó oro en su boca para censurarle su avaricia (cf., además, II 7 [III 19], 11).

386 Pero Floro silencia la masacre y el saqueo de la ciudad por sus tropas (1 marzo del 86).

387 Le interesaba más solucionar su rivalidad con Mario que esta guerra; de ahí su deseo de firmar la paz antes de que lo hiciera el representante del partido democrático —la de Dárdanos (85) fue un simple y precario acuerdo—, y que impusiera unas condiciones bastante blandas: debía devolver las conquistas de Asia y entregar dinero y naves. De hecho, la realidad histórica difícilmente puede aclararse aquí: cuando Sila marchó a Oriente, en medio del caos de Roma (II 9 [III 21], 12-17), Mario y sus secuaces lo destituyeron, dando el mando, tras otros varios y por último, al capaz y enérgico Flavio Fimbria (cf. libro II, n. 76), que obligó al póntico a evacuar Pérgamo, pero se suicidó (85) al pasarse su ejército al dictador.

388 En el 73 invadió Bitinia, acogido favorablemente por la población, descontenta del legado del reino a Roma que Nicomedes, como Átalo (cf. n. 325) había hecho († 75/74).

389 Pese a las palabras de Floro, el hecho de vadear un río de esta forma era algo habitual en esta época. Lucio Licinio Lúculo (cf. I 39 [III 4], 6), cuestor de Sila (88-87), pero honesto y buen administrador, como procónsul aquí (73-67), tras su consulado (74) fue el protagonista de la tercera campaña contra el rey, logrando conquistar Tigranocerta. Pero la recuperación de sus enemigos y el motín de la armada, la hostilidad de los caballeros a los que no había dejado saquear Asia y la instigación de su cuñado Clodio (I 44, [III 9], 3) anularon sus éxitos y cambiaron la opinión pública contra él; su triunfo fue diferido hasta el 63 —Gabinio *(infra)* había apelado a la estrechez de miras de la plebe mostrando una ilustración de una de sus lujosas villas—.

390 Hijo de Pompeyo Estrabón (cf. II 6 [III 18], 14), partidario de Sila, cónsul (70), tras su éxito sobre Sertorio y vencedor de los piratas cuyo mando había recibido en virtud de la Ley Gabinia (67), logró el de Oriente por la Ley Manilia (66).

391 OROSIO (VI 4, 4) y PLUTARCO *(Pomp.* 32) indican que la luna estaba tras los romanos, lo cual alargaba sus figuras e impedía calcular bien las distancias —TÁCITO *(Hist.* III 23) refiere una situación semejante a propósito de la batalla de Cremona—. El biógrafo termina el relato de la desbandada y sangrienta huida del rey aludiendo al valor de su concubina Hipsicracia, a la que, por su carácter arrojado, él denominaba

Hipsicrates.

392 Habituado a un ambiente de corrupción y alevosía (cf. n. 379), Mitrídates había acostumbrado su cuerpo a los venenos para evitar las tradicionales celadas. Cuando, acorralado en su palacio de Crimea, quiso utilizarlos, no le sirvieron de nada († 63).

393 El sobrenombre se le había concedido a su regreso de África, donde venció a Cneo D. Enobarbo y al rey Yarbas; Sila le permitió el triunfo (12-III-81), pese a su condición, todavía, de caballero.

394 A la izquierda del Araxes, al sur de Armenia y fortificada según los consejos de Aníbal, era la residencia real. Pompeyo mantuvo a Tigranes en el trono pero le hizo abandonar todas sus conquistas. Armenia se convirtió en un estado cliente de Roma, intermedio entre Roma y Partia; llave y fiel de la balanza, se creaba así el conflicto que iba a condicionar durante el Imperio la cuestión oriental.

395 Iberia era el antiguo nombre de la mitad este de Georgia, entre la Cólquide y el norte de Armenia, cuyo río principal era el Ciro, objeto de disputa en los siglos III y IV entre Roma y los Sasánidas; pasó, ya cristiana, a control persa tras el 337.

396 Los judíos eran considerados «impíos» por no creer en los dioses (para el adjetivo y su posible relación con Adriano, cf. Intr., cap. III). En esta última frase, de sentido poco claro, quizá Floro ha reunido distintas noticias: el culto dirigido al cielo, típico de los judíos —en el templo no había ninguna representación material de la divinidad (TÁC., *Hist.* V 9,1)—, la vid de oro donada a Pompeyo por Aristóbulo, y el culto al árbol del que habla JUVENAL (II 13-6; VI 544-5).

397 A Hircano —por el que se inclinaban los intereses romanos— lo sostenían los fariseos, ortodoxos dogmáticos y partidarios de una comunidad eclesiática independiente de la laica. Aristóbulo era apoyado por los saduceos, intelectuales helenizados y capitalistas, que buscaban un estado laico. Pompeyo irrumpió en el *sancta sanctorum* aprovechando el descanso sabático y Judea pasó a formar parte de la provincia de Siria bajo la supervisión de Hircano, convertido en Sumo Sacerdote de Jerusalén.

398 Todavía no había relaciones estrechas entre ambos. Floro puede enfatizarlo para subrayar la antítesis con las líneas finales de la obra (II 34 [IV 12], 62-3) o repetir un cliché propio (cf. el término *pactio* en ambos e Intr., Cap. VI, n. 189).

399 Sobre la identificación de éste con el que se pasó al servicio de Mitrídates y fue vencido y muerto por Lúculo en el 72, cf. SALOMONE, *Epitome...,* pág. 246, n. 3.

400 Publio Servilio Batia, procónsul en Cilicia (78-75), recibió el sobrenombre y el honor de un segundo triunfo en el 74.

401 En realidad, la campaña contra los piratas (67) es anterior a su ofensiva contra Mitrídates del 66 (n. 390).

402 Es difícil aceptar el dato, dada su edad: Gneo tenía 13 años; y Sexto, 8 (cf. II 13 [IV 2], 86 y 18 [IV 8]). Para la referencia a todos estos legados, cf. L. PLUCI DORIA BREGLIA, «I legati di Pompeo durante la guerra piratica», *Annali della Facoltà di Let. e Filos. della Univ. di Napoli* 13 (1974), 47-66; como síntesis, SALOMONE, *Epitome...,* págs. 248-9. Cepión (§ 10), hermano de Servilia (cf. 1. II, n. 184), era, justamente, el hermanastro de Catón.

403 El castellano no puede recoger el juego (cf. Intr., cap. VII, n. 233) que Floro establece con el término *mediterraneus.*

404 De hecho, éste fue el tiempo que se tardó en reducir la zona occidental; el resto se concluyó en tres meses. Roma consiguió así el territorio que se extendía desde Isauria hasta el sur de Cilicia, que constituyó una nueva provincia.

405 La isla, una de las plazas fuertes de los piratas, había enviado ayuda a Mitrídates. El orden peculiar de estas confrontaciones (la de Creta tuvo lugar en el 72/71 ¿?-66; la balear en el 123), se debe, como en otras ocasiones, a la peculiar concepción retórico-dramática de la historia floriana (cf. Intr., cap. VI, n. 179).

406 Hijo del orador homónimo (cf. II 9 [III 21], 14) y padre del futuro triunviro, pretor del 74, tras su fracaso en las operaciones, recibió, irónicamente, el sobrenombre de Crético —también había sido un desastre su actuación en Liguria y España—; murió en la isla (72).

407 Tal vez con esta aposición Floro se esté refiriendo al antiquísimo origen de la ciudad que se consideraba fundada por Minos.

408 De nuevo (cf. 367) Floro atribuye la denominación de provincia a territorios que todavía no lo son. Metelo Crético *(infra)* celebró el triunfo, diferido, en el 62; Lastenes y Panares fueron reservados para el de Pompeyo, que, en virtud de la ley Gabinia (cf. n. 390), había intentado reemplazarle, aunque sin éxito, dado que poseían igual *imperium;* el Magno había enviado, no a Antonio (cf. n. 406), que, como pretor (74), había recibido también un *imperium* especial, sino a su legado Lucio Octavio.

409 El epitomador confunde la complicada genealogía de los Metelos. Crético, cónsul en el 69, era nieto del Macedónico (cf. I 30 [II 14], 5). Baleárico, el cónsul (123) y procónsul encargado de la conquista de las islas, el hijo mayor —abuelo, a su vez, del tribuno Publio Clodio (I 44 [III 9], 3)—. Sobre la inversión cronológica de esta guerra, cf. n. 405.

410 El nombre griego de las islas era *Gymnesiae,* porque en verano sus hombres combatían desnudos *(gymnoús).* Luego fue reemplazado por el ibérico original *Baliaris/-rides* — transformado en *Baleares* en el período augústeo—, dado que la habilidad principal de sus habitantes era cazar *(bállein)* con hondas y piedras; pero también podría deberse al nombre del compañero de Hércules, Baleus.

411 ESTRABÓN, que alude a su origen fenicio (XIV 2, 10) y señala la fertilidad del lugar y al carácter pacífico de la gente, refiere este detalle y sitúa las tres hondas sobre su cabeza (III 5, 1), mientras que, según DIODORO (V 18), guardaban una en torno a la cabeza y otra del vientre, y sostenían la tercera en la mano.

412 Tras la derrota, el Baleárico, con tres mil colonos hispánicos, fundó las ciudades de *Pollentia* (Pollensa) y Palma, en *Maiorica,* antes *Columba.*

413 La diosa era especialmente venerada en Pafos, donde, según la tradición, había emergido de las aguas.

414 Hijo menor de Ptolomeo IX y hermano de Ptolomeo XII Auletes, fue rey desde el 80 hasta el 58, cuando Chipre pasó a Roma. La isla, que había ayudado a Alejandro Magno a tomar Tiro con su flota (333), pasó primero a Antígono y luego a Ptolomeo. Ofrecida a Cleopatra por César y reclamada por Augusto, cedida por él, se convirtió en provincia senatorial.

415 El famoso tribuno cesariano († 52; cf. n. 45), que arrastraría a Cicerón al destierro durante su tribunado (58), era enemigo de Ptolomeo, que se había negado a pagar su rescate a los piratas (67). En el 58 promovió la Ley Clodia, por la que se encargó a Catón abatir al rey —según VELEYO (II 45, 4), Clodio se libró de él con el pretexto de honrarle—.

416 Biznieto del Censor, de integridad extraordinaria, aunque sin visión de futuro, regresó con más dinero del esperado —la cantidad entregada fue de 7.000 talentos—, sin descansar hasta haberlo entregado al Senado, aunque las dos series de cuentas hechas se habían perdido (PLUT., *Catón* 36-39); cf., además, II 12 [IV 1], 10; y II 13 [IV2], 10 ss.

417 Se trata de pequeñas naves ligeras.

418 Ligado desde siempre, pese a su noble linaje, al partido democrático —era sobrino de Mario y se había casado con Cornelia (84), la hija de Cina—, adquirió prestigio y popularidad por la brillantez de los juegos organizados durante su edilidad, consiguiendo así destacados éxitos electorales. Al regresar de España, obtuvo el consulado tras el llamado primer triunvirato (cf. II 13 [IV 2], 9-14) y, después de él, el proconsulado en la Galia durante cinco años (59); en el 55 se le prolongó este mando extraordinario por otros tantos. La conquista del país fue narrada por él mismo en la *Guerra de las Galias,* y tanto la fama que logró cuanto la escuela que sus tropas adquirieron allí fueron baza importante en la lucha contra Pompeyo (49-48/46).

419 Aquí nos hemos inclinado por el texto de JAL *(Florus,* I, pág. 101) porque nos parece que encaja mejor con la idea expresada por Floro en otros pasajes.

420 Floro simplifica el proceso; él alude a la resolución definitiva de los helvecios de asentarse en la zona oeste de la Galia, después de atravesar territorio alóbrogue (cf. n. 348), ya dentro del dominio romano. La emigración iba a ofrecer a César el pretexto para la guerra.

421 CÉSAR mismo *(G. Galias* I 7, 2) indica que el puente fue hundido «antes» de la solicitud planteada por los jefes Nameyo y Veruclecio, para cuya respuesta él había pedido hasta el 13 de abril; con su destrucción no se

pretendía evitar la huida de los bárbaros, sino impedir su entrada en territorio romano. La confrontación tuvo lugar, finalmente, en Bibracte, donde fueron capturados la hija y uno de los hijos del jefe Orgetórige (I 23-26); tras la derrota, regresaron a sus tierras.

422 En realidad, la lucha contra los belgas fue posterior a la de los germanos con Ariovisto (58); pero, como en otras ocasiones, Floro prescinde del orden cronológico para ceñirse al que le parece más interesante, aquí el etnográfico-geográfico (cf. Intr., cap. VI).

423 La expedición contra los aquitanos (56) la dirigió Publio Licinio Craso, hijo del triunviro CÉSAR *(Guerra de las Galias* III 20); los morinos fueron vencidos, pero talando, no incendiando, los bosques *(ib.* III 29,1).

424 Según el propio CÉSAR *(Guerra de las Galias* V 53-58), el legado era Labieno (II 13 [IV 2], 83); la confusion de Floro con el yerno de Cicerón (cf. 1. II, n. 138) es difícil de justificar, pese a los intentos realizados (cf. BESSONE, *La storia epitomata,* pág. 71).

425 Lucio A. Cota (autor de una obra sobre la campaña británica de César) y Quinto T. Sabino fueron dolosamente arrastrados a una emboscada. Al enterarse del desastre, el dictador en señal de duelo se dejó crecer la barba y el cabello hasta no haberlos vengado (SUET., *César* 67, 2).

426 Rey de los suevos, invadió la Galia a invitación de los secuanos (71); el Senado había ratificado sus conquistas con la consideración de «amigo» (59); sin embargo, César utilizó la petición de los jefes galos para actuar contra él (58). Sobre su muerte, cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* V 29.

427 Floro utiliza las palabras de CÉSAR *(Guerra de las Galias* I 34, 2-4) — salvo en la última interrogación, inexistente en el texto cesariano—, pero, según él, habrían sido pronunciadas al comienzo de la guerra, cuando envió mensajeros al rey solicitándole una entrevista.

428 La «tortuga» era la maniobra que consistía en que un cuerpo de soldados se cubría con sus escudos por todas partes, como el caparazón de este animal: los de la primera fila los colocaban por delante; los de los lados ocultaban sus flancos, y los restantes subían los suyos para tapar las cabezas de sus compañeros. El encuentro final tuvo lugar en el verano del 58 cerca de la actual Besançon.

429 La nueva incursión germana se materializó en el invierno del 56-55.

430 Para el puente, construido en sólo diez días CÉSAR *(Guerra de las Galias* IV 17-18), se utilizó una técnica revolucionaria que lo convirtió en un ejemplo de la ingeniería romana; aunque no se conoce con exactitud su emplazamiento, se ha apuntado la confluencia del Mosela y el Rin, cerca de Coblenza.

431 Floro acude a una cierta ambigüedad en el sujeto de la acción: el habitual hasta el momento, el pueblo Romano; o el ambicioso César, futuro dueño de Roma y precedente de Octaviano (cf. Intr., cap. VII, n. 208). La referencia a Britania como un orbe distinto aparece también en VELEYO (II 46,1) y LUCANO (I 369). En el *Panegírico a Constancio* (IV 11, 2) se indica que César escribió al Senado «que él había sido el primero en descubrir un *orbem terrarum,* creyendo que su extensión era tal que no era rodeado por el océano, sino capaz de contener al propio océano»; tal expresión podría haber figurado en el informe remitido al Senado al que el propio CÉSAR hace referencia (IV 38, 4).

432 SUETONIO *(César* 47) aduce como una de las razones para ello su esperanza de encontrar perlas. Para la proverbial *celeritas* cesariana (cf. § 22) —futuro tópico panegírico de los emperadores que Floro también atribuye a Roma y sus buenos dirigentes—, cf. Intr., Cap. VI, n. 167.

433 CÉSAR *(Guerra de las Galias* V 2, 3) cuenta que ordenó a los soldados acudir al puerto de Itio (Boulogne, probablemente), porque sabía que desde allí era muy fácil el cruce (cf., también, V 5, 1). Los romanos dividían la noche en cuatro vigilias, de duración variable, según la estación del año; en ésta, la tercera se extendía, aproximadamente, de 1 a 3 de la madrugada.

434 Esta segunda expedición fue realizada en el 54; la Caledonia (cf. I 12 [17], 3) sólo se conquistó en el siglo I d.C. Según el propio CÉSAR *(Guerra de las Galias* V 11, 8 y 22, 4-5), «Casivelauno» no llegó encadenado, sino que envió mensajeros para tratar sobre la rendición. Él le exigió rehenes, tributos, y que no atacara al joven Mandubracio y a los trinobantes.

435 La táctica de guerrillas del jefe británico impidió que César lograra un resultado definitivo. Regresó a la Galia sin el botín que hubiese obtenido de haberlos vencido.

436 El rey arverno, cuya familia gozaba de gran prestigio en su pueblo, concentró en Gergovia —a unas 4 millas al noreste de la actual Clermont-Ferrand— una importante coalición de tribus situadas entre el Loira y el Sena.

437 César salió hacia la Narbonense sin esperar a concluir el reclutamiento, llegando antes de lo que pensaban sus enemigos. Sobre esa extraordinaria celeridad, cf. n. 432.

438 Su nombre procedía del río *Avara;* capital de los bitúrigos —en el Bajo Imperio se la denominó *Biturigae,* la actual Bourges—, fue conquistada en abril del 52.

439 Ciudad de los mandubios, el detalle de su entrega a las llamas ha sido considerada una equivocación casi segura por la crítica actual, dado que César no lo indica y que la ciudad era un importante enclave económico y religioso. Cf. *infra.*

440 Gergovia fue atacada antes de Alesia, donde se rindió el arverno y a la que en realidad debe referirse el texto (cf. JAL, *Florus,* I, pág. 106, n. 1), y después de Avarico. De hecho, Floro atribuye a Gergovia — a la que no debería haber hecho referencia, puesto que se trataba de un fracaso de César, ya que Vercingétorix resistió valerosamente (52)—, todo lo que la tradición adjudica al sitio de Alesia (cf. *supra);* JAL *(Florus,* I, págs. 111-118), tras comparar los textos de César, Orosio y Floro, intenta reconstruir el que pudo escribir el epitomador: «… se apoderó de Avarico…, y arrasó Genabo con el fuego; y todo el peso de la guerra se concentró en Alesia, defendida…».

441 César dice veintitrés; en este caso el error paleográfico es fácil (XVIII/XXIII).

442 Este final es una recreación de Floro sin paralelo en César, que, sin embargo, sí recoge la decisión del galo de entregarse vivo por si los romanos quedaban satisfechos con ello (VII 89, 3). El giro «arrojar el caballo» a los pies del vencedor ha sido rectificado por otras lecturas (cf. JAL, *Florus,* I, pág. 151). Es posible un error, pero la retórica concepción de Floro y la osadía de sus giros permiten entender el pasaje. PLUTARCO *(César* 27), por su parte, advierte que el vencido enjaezó ricamente su caballo, rodeó el estrado de César y, «arrojando al suelo su armadura» (semejante al giro cesariano, VII 89, 4), se sentó a sus pies hasta que recibió el permiso para alzarse. El galo tuvo que cumplir las humillantes condiciones impuestas y esperó encadenado el triunfo (46), tras el que fue ejecutado.

443 Pueblo iraní, establecido al noreste de Persia, adquirió gran importancia con la llegada de los Arsácidas (250 a. C.-230 d. C), que extendieron su poder por Persia y Mesopotamia. Su capital era Ecbatana, y Ctesifonte su residencia invernal. Terror del ejército romano, su papel político, conteniendo la entrada de las invasiones nómadas del noreste, fue muy importante.

444 Craso, apodado *Dives* por su riqueza obtenida en las proscripciones de Sila —VAL. MÁXIMO (VI 9, 12) habla de su carácter despilfarrador y, por ende, de su inmediata indigencia—, adquirió notoriedad en la guerra contra Espartaco (72-71; cf. II 8 [III 20], 12); cónsul con Pompeyo (70), formó con él y César el primer triunvirato (50). Ansioso, y necesitado, de fama y triunfos, logró que se le asignara el proconsulado de Asia (54), tras el segundo consulado (55).

445 Floro confunde el nombre del tribuno que, tras haberse opuesto infructuosamente a la leva de tropas y, en conjunto, a la guerra por injustificada e injusta, despidió al general con la imprecación; no era Metelo, sino Gayo Ateyo Capitón; quizá ello se deba al recuerdo del tribuno L. Cecilio M., que se opuso a la apertura del erario por César (cf. I. II, n. 132).

446 La próspera Bâlkîs, en la margen derecha del Éufrates, se denominaba así, «Unión», por el puente de barcas alzado por Alejandro Magno; construida por Seleuco I, era un importante nudo de rutas fronterizo entre el Este y el Oeste.

447 Sobre ella, cf. I 5 [11], 8. La funesta batalla (5 de junio del 53) es detalladamente descrita por PLUTARCO *(Craso* 23-31): el romano, que inadvertidamente se había vestido de negro en lugar de con la púrpura tradicional de los generales, fue muerto por un parto llamado Pomaxatres; su cabeza, arrojada ante el rey en uno de los banquetes celebrados para festejar la boda recien concertada de Pácoro (II 19 [IV 9], 4) y la hermana de Artabaces, fue motivo de burla para todos.

448 Surenas (esto es, «El Sureno»), pertenecía a esta familia persa, una de las siete grandes que gobernaban

Seistán como vasallos de los Arsácidas. El más conocido de ellos, él, ayudó con 10.000 arqueros a caballo y una buena reserva de flechas en camellos a restaurar a Orodes II contra su hermano Mitrídates III; la derrota de Craso lo convirtió en héroe, pero los celos de los nobles partos llevaron al rey a condenarlo a muerte.

449 Sobre él, cf. I 45 [III 10], 6.

450 La noticia la narra también DIÓN CASIO (XL 27, 3), pero podría ser una invención, tal vez sugerida por el castigo infligido a M. Aquilio por Mitrídates (n. 385). Aunque Floro insiste mucho en el ansia de riqueza de Craso (§ 2), la razón fundamental de su interés por Oriente era lograr ese triunfo que le asegurara la devoción del ejército, el prestigio militar y la fama (cf. n. 444).

451 Cf. I 34 [II 19], 2. Para estas divisiones escolástico-retóricas, cf. Intr., cap. VI.

452 Floro combina aquí las dos teorías que los historiadores romanos dieron sobre la decadencia de la República: la idea de que la desaparición de la enemiga mortal de Roma iba a suponer su relajamiento moral —(SAL., *Guerra de Jugurta* 41, 2; LIV., Pref. 9; VELEYO, II 1; PLINIO, *Hist. Nat.* XXX 150; OROSIO, IV 23, 9; AGUSTÍN, *Ciudad de Dios* I 30-2)—; y la afluencia de riquezas (SAL., *Conj.* 10).

453 Para este tipo de dudas y preguntas retóricas, de anáforas y repeticiones, y en general, de múltiples figuras retóricas de este capítulo y el que introduce el libro II, siquiera muy brevemente, cf. Intr., caps. VI-VII.

LIBRO II

SINOPSIS

1

Sobre las leyes de los Gracos

Las causas de todas las revueltas [**III 13**] civiles las provocó el poder de los tribunos, que, con la apariencia de proteger a la plebe, para cuya defensa fueron creados, mas, en realidad, tratando afanosamente de lograr para sí el poder supremo, pretendían captar las simpatías y el favor del pueblo con leyes agrarias, frumentarias y judidicales[1]. En todas había una apariencia de equidad ¿Qué más justo que la plebe recuperara de los patricios [2] sus propiedades para que el pueblo vencedor de naciones y dueño del mundo no viviera desterrado del fuego de sus altares?[2]. ¿Qué más equitativo que el pueblo, carente de recursos, [3] viviera de su erario? ¿Qué más eficaz para garantizar un [4] mismo derecho a la libertad, que, puesto que el Senado gobernaba las provincias, la autoridad del orden ecuestre se reforzara, al menos, con el control de los tribunales? Pero eso [5] mismo conducía a la ruina y la desgraciada República era el [6] precio de su propia destrucción. Realmente, la transferencia del poder judicial del Senado al orden equestre suprimía los [7] impuestos, es decir, la hacienda del Estado[3], y la compra de trigo agotaba los propios recursos de la República, el tesoro público[4]; y, ¿cómo podía reintegrarse a la plebe a los campos sin arrojar a sus propietarios, también ellos mismos parte del pueblo y dueños en ese momento, casi de pleno derecho en razón del largo usufructo, de los terrenos legados por sus antepasados[5]?

2

Sedición de Tiberio Graco

[**III 14**] La llama del primer conflicto la encendió ⟨Tiberio⟩ Graco, un príncipe de la Ciudad, lógicamente, por su linaje, atractivo personal y elocuencia[6]. [2] Pero, o por el temor a verse contaminado por la entrega de Mancino, puesto que había sido garante del tratado —de ahí su paso al grupo de los populares[7]—, o impulsado por la justicia y el bien común, [3] porque se compadeció de la plebe expulsada de sus tierras, para que el pueblo vencedor de naciones y dueño del mundo no viviera desterrado de sus casas y de sus hogares, abordando, fueran cuales fueran sus razones, abordando una empresa desmedida, cuando llegó el día de presentar la ley, subió [4] a la tribuna[8] escoltado por una nutrida turba, sin que faltara allí toda la nobleza con sus satélites dispuestos al enfrentamiento —ella también tenía tribunos partidarios suyos—. Pero, cuando Graco vio que Gayo Octavio ponía el veto a [5] sus proyectos de ley, echándole mano, en contra de las prerrogativas sagradas de la colegialidad y los derechos que le confería su potestad tribunicia, lo arrojó de la tribuna y a tal extremo lo aterró con la amenaza de una muerte inminente que lo obligó a dimitir de la magistratura[9]. Nombrado así [6] triunviro

para repartir las tierras, al pretender el día de los comicios que se prorrogaran sus poderes para consumar sus proyectos[10], se le enfrentó la nobleza con un grupo armado de aquellos a quienes había expulsado de sus tierras. La [7] masacre se inició en el Foro. Tras haberse refugiado de allí en el Capitolio, al exhortar a la plebe a defender su vida, rozando con la mano su cabeza, dió la impresión de pretender para sí la monarquía y la diadema real, y, en consecuencia, incitado el pueblo a tomar las armas, fue muerto con una apariencia de legalidad por orden de Escipión Nasica[11].

3

Sedición de Gayo Graco

Inmediatamente, para vengar la [**III 15**] muerte y reinvindicar también las leyes de su hermano, se encendió con un coraje no menor Gayo Graco[12]. Éste, [2] como con idéntico desorden y terror pretendiera llevar a la plebe a las tierras de sus antepasados y prometiera al pueblo para su subsistencia la reciente herencia del rey Átalo[13], y, ya ensoberbecido y prepotente, en [3] su segundo tribunado tratara de conseguir el poder con el apoyo incondicional de la plebe, al osar oponerse a sus leyes [4] el tribuno Minucio[14], fiado en la facción de sus satélites, se apoderó del Capitolio, lugar fatídico[15] para su familia. Cuando, arrojado de allí por la matanza de sus compañeros, [5] se hubo retirado al Aventino, al salirle al encuentro también allí una tropa armada de senadores, fue muerto por el cónsul [6] Opimio[16]. Incluso se profanó su cadáver y la inviolable cabeza de un tribuno de la plebe fue pagada a peso de oro a sus asesinos[17].

4

Sedición de Apuleyo

[**III 16**] Con no menor intensidad apoyó las leyes de los Graco Apuleyo Saturnino[18]. A este hombre le daba tantas alas Mario, enemigo siempre de la nobleza y fiado además en su consulado ***[19]. Tras el asesinato público en los comicios de su rival en el tribunado, Aulo Ninio[20], intentó nombrar en su lugar a Gayo Graco[21], hombre sin adscripción a ninguna tribu[22], sin garantes y sin nombre, pero que intentaba con una falsa reputación [2] entrar en esta familia por adopción. Ensoberbecido en medio de tantos y tales ultrajes gracias a su impunidad, se precipitó con tal vehemencia a defender las propuestas de ley de los Graco que obligó, incluso, al Senado a votar sus leyes, amenazando a los que se negaran con la interdicción del agua y del fuego. Hubo, sin embargo, uno que prefirió el exilio[23]. [3] Muy afectada, pues, toda la nobleza tras el exilio de Metelo, después que hubo ejercido su poder tiránico durante tres años, llegó a tal punto de locura como para llevar los disturbios incluso a los comicios consulares con un nuevo crimen. Pues [4] para nombrar cónsul a Glaucia, el cómplice de sus dementes

propósitos, ordenó asesinar a su competidor Gayo Memio[24] y, en medio de tal alboroto, aceptó con alegría ser proclamado rey por sus secuaces[25]. Mas en esta ocasión, ya por la conspiración [5] de los senadores, ya por tener en contra al propio cónsul Mario, dado que no había podido defenderlo, los dos grupos se enfrentaron en el Foro; arrojado de allí, invadió el Capitolio[26]. Pero, al quedar sitiado, una vez que les fueron rotas [6] las cañerías, y garantizar al Senado su arrepentimiento por medio de mensajeros, tras descender de la ciudadela con los cabecillas de su facción fue recibido en la Curia. Irrumpiendo violentamente allí, el pueblo lo despedazó, golpeándolo con palos y piedras incluso mientras moría.

5

Sedición de Druso

[**III 17**] Por último, al intentar implantar las mismas leyes Livio Druso[27], mientras procuraba atraerse la ayuda de unos y de otros, no sólo con los recursos que el tribunado le ofrecía, sino incluso con la autoridad y prestigio del propio Senado [2] y el apoyo de toda Italia, organizó tan devastador incendio que no pudo resistir siquiera sus primeras llamas y, cuando fue arrebatado por una muerte imprevista, dejó como herencia [3] a la posteridad la guerra. Los Graco habían dividido al pueblo romano con la ley sobre los tribunales y convertido un estado cohesionado en uno bicéfalo. Los caballeros romanos, apoyados en un poder tan considerable que dejaba en su mano el destino y las fortunas de los ciudadanos más sobresalientes, al controlar los impuestos, depredaban la República a su capricho; el Senado, debilitado por el destierro de Metelo y la condena de Rutilio[28], había perdido todo [4] el prestigio de su dignidad. En estas circunstancias, dos hombres iguales en recursos, valor, honores —por ello precisamente se había acrecentado en [Livio Druso] el ansia de emulación— defendieron, uno, Servilio Cepión[29], a los caballeros, otro, Livio Druso, a los senadores. Faltaban las enseñas, [5] las águilas y los estandartes; por lo demás, una ciudad única se encontraba dividida en un enfrentamiento propio de dos campamentos. Cepión fue el primero en atacar al Senado, eligiendo a Escauro y a Filipo[30], líderes de la nobleza, para acusarlos de corrupción electoral. Con el fin [6] de resistir esos ataques, Druso se atrajo hacia sí a la plebe con las leyes gracanas, y, con estas mismas, a los aliados hacia la plebe, con la esperanza de que obtendrían el derecho de ciudadanía. Se conserva su frase: «Que no había dejado nada para repartir a nadie, a no ser que alguien quisiera dividir el cieno o el cielo»[31]. Cuando llegó el día de votar [7] las leyes, de pronto apareció por doquier tal multitud que la ciudad parecía asediada por la llegada del enemigo. A pesar [8] de todo, el cónsul Filipo se atrevió a oponerse a sus propuestas de ley, pero un servidor público[32], manteniéndolo apresado por la garganta, no lo soltó hasta que le brotó sangre por la boca y los ojos. Así, por la fuerza, se propusieron [9] y aprobaron las leyes, pero mientras los aliados requerían de inmediato la recompensa de su voto en la propuesta, entretanto, una muerte

oportuna —dadas las circunstancias tan críticas—, arrebataba a Druso, desbordado y entristecido por unas reformas temerariamente promovidas. Sin embargo, los aliados no dejaron por ello de exigir con menor insistencia del pueblo romano, por las armas, las promesas de Druso[33].

6

Guerra contra los aliados

[**III 18**] Se puede llamar guerra social[34] para debilitar su abominable carácter, mas, si hemos de decir la verdad, [2] aquello fue una guerra civil. Puesto que el pueblo romano se ha mezclado con etruscos, latinos y sabinos y lleva una sola sangre tomada de todas, su cuerpo se ha formado de distintos miembros [2] y consituye uno solo procedente de todos ellos; con no menor deshonra se sublevaban los aliados en Italia que los ciudadanos [3] en la Urbe. Por tanto, como los aliados reclamaran con toda justicia disfrutar los derechos de una ciudad a cuyo engrandecimiento habían contribuido con sus fuerzas[35] —tal esperanza les había hecho concebir Druso por su ambición de poder—, una vez que éste fue asesinado por el crimen de [4] sus conciudadanos, idéntico fuego que le consumió a él inflamó a los aliados para conquistar la Ciudad por las armas. ¿Puede haber desgracia mayor? ¿Mayor desastre, cuando [5] todo el Lacio y el Piceno, toda Etruria y Campania, finalmente, Italia entera se levantó contra Roma, que era su madre y su fundadora? ¿Cuando toda la flor de nuestros más [6] firmes y fieles aliados tuvo cada uno bajo sus enseñas a los más extraordinarios habitantes de las ciudades: Popedio, a los marsos y ⟨pelignos⟩, Afranio, a los latinos, Plocio, a los umbros, Egnacio, a los etruscos, Telesino, a los del Samnio y Lucania? ¿Cuando el pueblo árbitro de reyes y naciones no [7] pudo gobernarse a sí mismo, hasta el punto de que la Roma vencedora de Asia y Europa se vio atacada por Corfinio[36]?

La primera provisión de la guerra fue inmolar a los cónsules, [8] Julio César y Marco Filipo[37], en el monte Albano el día de las Ferias Latinas en medio de los sacrificios y los altares. Después que este sacrilegio fracasó por una traición, [9] toda la locura afloró en Áscoli, en plena concurrencia de los juegos, al ser asesinados los legados de la Urbe allí presentes. Éste fue el juramento de una guerra impía. A partir ya [10] de este momento, por doquier, en todas las regiones de Italia, mientras Popedio iba de un lado a otro como jefe y responsable de la guerra, resonaron en pueblos y ciudades múltiples trompetas de guerra. Ni el saqueo de Aníbal ni el [11] de Pirro fue tan considerable. Mira Ocrícolo; mira Grumento; mira Fésula; mira Carseoli, Esernia, Nuceria, Picencia, [12] devastadas por los asesinatos, las armas y el fuego. Fueron puestas en fuga las tropas de Rutilio, también las de Cepión. En cuanto al propio Julio César[38], cuando, después de perder su ejército, fue traído a la ciudad cubierto de sangre, con su triste funeral[39] hizo accesible el centro de la Urbe. [13] Pero la extraordinaria Fortuna del pueblo Romano, siempre mayor justamente en los infortunios, resucitó de

nuevo con todas sus fuerzas, y, atacando de uno en uno los pueblos, Catón[40] dispersó a los etruscos, Gabinio a los marsos, Carbón [14] a los lucanos y Sila[41] a los samnitas. Por su parte, Pompeyo Estrabón[42], tras devastarlo todo a sangre y fuego, no puso fin a la masacre hasta que con la destrucción de Áscoli pudo satisfacer de alguna forma a los Manes de tantos ejércitos y cónsules y a los dioses de las ciudades saqueadas.

7

Guerra contra los esclavos

Aunque se combatió con los aliados [**III 19**] —¡abominable crimen!— a pesar de todo, eran hombres de condición y nacimiento libres, pero ¿quién podrá soportar con ecuanimidad en el pueblo soberano del mundo las guerras contra esclavos? El [2] primer enfrentamiento contra ellos tuvo lugar en los primeros tiempos de la Urbe, con el sabino Herdonio[43] como cabecilla, en la propia Ciudad, cuando, ocupada en las revueltas de los tribunos, fue asediado el Capitolio y recuperado por el cónsul; no obstante, aquello fue un alboroto más que una guerra. Después de haber extendido nuestro poder por toda la tierra, ¿quién podría creer que Sicilia fuera saqueada con mayor crueldad en la guerra de los esclavos que en la púnica? Tierra feraz en trigo y provincia, en cierta forma, [3] aledaña, estaba ocupada por los latifundios de ciudadanos romanos. En ella prendieron la chispa de la guerra los numerosos ergástulos[44] dedicados al trabajo de la tierra y los cultivadores encadenados. Un sirio de nombre Euno[45] [4] —la magnitud de nuestros desastres nos obliga a recordarlo—, que simulaba una posesión fanática mientras ofrecía sus cabellos a la Diosa Siria, exhortó a los esclavos a la libertad [5] y la guerra, como si fuera por designio divino; y para probar que eso ocurría por arte sobrenatural, tras esconder en la boca una nuez que había recubierto de azufre y fuego, [6] inspirando con suavidad, exhalaba fuego al hablar. Al principio, este prodigio le proporcionó dos mil hombres de los que encontró en su camino, luego, tras romper los cerrojos de las prisiones por el derecho de guerra, formó un ejército de más de sesenta mil hombres[46]; y vestido con las insignias reales, para que no faltara desgracia alguna, destruyó fortalezas, aldeas y ciudades amuralladas con su terrible pillaje. [7] Más aún, la mayor deshonra de la guerra, incluso: se capturaron los campamentos de los pretores —no me avergüenza mencionarlos—, Manlio, Léntulo, Pisón, Hipseo[47]. Así, quienes debían ser apresados por los perseguidores de fugitivos, perseguían a los jefes pretorios que andaban huyendo de la batalla. Finalmente, se les envió al suplicio gracias al general Perpena[48]. Éste, en efecto, tras haber acabado con [8] ellos, vencidos y asediados por último junto a Henna[49], por el hambre, cual por una plaga pestífera, castigó a los bandoleros supervivientes con grilletes, cadenas y cruces; y quedó satisfecho con una ovación[50], para no mancillar el prestigio del triunfo con la mención de unos esclavos.

Apenas la isla había empezado a recobrar el aliento, [9] cuando de inmediato, en la

pretura de Servilio, a un sirio le sucede un cilicio. El pastor Atenión, después de asesinar a su dueño, encuadra bajo enseñas militares a sus compañeros liberados del ergástulo. Él mismo, revestido con la púrpura [10] y un báculo de plata y ceñida su frente al modo de los reyes[51], congregó un ejército no menor que el de su fanático predecesor, y, destruyendo con mucha más crueldad —como si quisiera incluso vengarlo—, aldeas, ciudades amuralladas y fortalezas, se ensañaba con mayor odio contra los esclavos, cual tránsfugas, que contra los dueños. También por él [11] fueron puestos en fuga los ejércitos pretorios, tomado el campamento de Servilio y tomado el de Lúculo. Pero, siguiendo el ejemplo de Perpena, Tito Aquilio empujó a la situación extrema al enemigo, privado de víveres, y destruyó con facilidad por las armas a unas tropas disminuidas por el hambre; se habrían entregado si, por miedo al suplicio, no [12] hubieran preferido una muerte voluntaria. Ni siquiera fue posible castigar al jefe, aunque llegó vivo a nuestras manos: mientras la muchedumbre luchaba a su alrededor por capturarlo, la presa fue despedazada entre las manos de los que se la disputaban.

8

Guerra contra Espartaco

[**III 20**] Realmente, se puede tolerar incluso la deshonra de la guerra de los esclavos, pues, pese a verse sometidos a todo por su suerte, no obstante, son, por así decirlo, una clase de hombres de segunda categoría y llegan a ser admitidos en los privilegios de nuestra libertad: la guerra promovida por Espartaco [2] no sé con qué nombre designarla, puesto que los esclavos fueron soldados y los gladiadores jefes; aquéllos de ínfima condición, de pésima éstos, con sus ultrajes aumentaron la desgracia de Roma[52].

Espartaco, Criso y Enomao, tras decerrajar el gimnasio [3] de Léntulo, huyeron de Capua con treinta o más hombres de su misma condición[53]; y, después de convocar a los esclavos para que se alistaran bajo sus enseñas, congregándose rápidamente más de diez mil, unos hombres hasta poco ha contentos con haberse fugado querían ya incluso vengarse. Decidieron [4] asentarse en primer lugar en la cima del Vesubio como sobre un altar de Venus[54]. Cuando allí se vieron asediados por Clodio Glabrón, descolgándose con cuerdas formadas por sarmientos a través de las gargantas de la hueca montaña, descendieron hasta su misma falda y por un camino oculto con un rápido ataque se apoderaron del campamento de nuestro general, que no esperaba nada semejante; después, de otro campamento, el de Varinio; luego, el de [5] Toranio[55]; y se esparcen por toda la Campania; y, no contentos con devastar villas y aldeas, saquean también con terribles [6] matanzas Nola y Nuceria, Turio y Metaponto[56]. Al haberse reunido el número adecuado para un ejército regular, toda vez que sus tropas se habían acrecido día a día, fabricaron unos toscos escudos de mimbres y pieles de animales, y del hierro de sus cadenas fundido, espadas y dardos [7] y para que no faltara ornato alguno a un ejército regular, tras domar, incluso, las manadas que encontraban en su camino, se

organiza una caballería, y las insignias y las fasces arrebatadas [8] a los pretores las entregaron a su jefe. Él, convertido de mercenario tracio en soldado, de soldado en desertor, después en bandolero, luego por gracia de la fuerza física, [9] en gladiador[57], no las rehusó. Incluso llegó a celebrar con la pompa propia de las exequias de los generales los funerales de sus jefes caídos en la batalla y ordenó que los soldados prisioneros lucharan a muerte alrededor de la pira, como si quisiera expiar por completo toda su infamia anterior, si de gladiador se convertía en organizador de juegos de gladiadores[58]. [10] A continuación, lanzando su ataque ya hasta contra consulares, aplastó en el Apenino el ejército de Léntulo y, junto a Módena, destruyó el campamento de Gayo Casio[59]. [11] Engreído por tales victorias proyectó —suficiente es esto [12] para nuestra deshonra—, invadir la ciudad de Roma. Finalmente, se alza con todas las fuerzas del Imperio contra el mirmilón[60], y Licinio Craso[61] defendió el honor romano; derrotados y puestos en fuga por él, los enemigos —avergüenza concederles este nombre— se refugiaron en los confines de Italia. Allí, encerrados en el rincón del Brucio, tras [13] preparar la huida a Sicilia y, por no tener barcos a su alcance, intentarlo sin éxito en un estrecho de corriente muy rápida con balsas hechas de maderos y toneles unidos con juncos, lanzándose finalmente al ataque, se arrojaron a una muerte digna de hombres valientes y, cual convenía con un [14] gladiador por jefe, se luchó sin cuartel[62]. El propio Espartaco, luchando en primera fila con gran valor, cayó como un general[63].

9

Guerra civil de Mario

[**III 21**] Sólo faltaba para colmo de calamidades del pueblo romano que ya él mismo desencadenara contra sí una guerra parricida en su propia casa, y que en el centro de la Ciudad y el Foro, como en la arena, los ciudadanos combatieran con sus [2] propios conciudadanos a modo de gladiadores. De cualquier forma, yo lo soportaría con ánimo más ecuánime, si, al menos, hubieran estado al frente de la lucha criminal unos líderes despreciables, plebeyos o nobles. Mas, en ese momento — ¡abominable hecho!— ¡qué héroes!, ¡qué generales!, Mario y Sila[64], esplendor y gloria de su siglo, prestaron a un delito tan deleznable incluso su prestigio público.

[3] La guerra civil de Mario o de Sila se desarrolló, por así decirlo, bajo tres constelaciones. Al principio con desórdenes ligeros y de escasa importancia, mas bien que una guerra realmente[65], al quedar limitada la crueldad sólo a los [4] propios jefes de los ejércitos. Luego, de forma más despiadada y sanguinaria, cuando la victoria se ensañó con los [5] miembros del propio Senado; por último, se sobrepasó no sólo la furia de los enfrentamientos ciudadanos sino la de enemigos extranjeros, al apoyarse la vesania de los ejércitos en los recursos de toda Italia, mientras los odios se enconaban hasta el punto de no quedar personas por asesinar.

La causa del inicio de la guerra fue la insaciable ambición [6] de poder por parte de

Mario, al solicitar, gracias a la ley Sulpicia[66], la provincia que le había sido decretada a Sila. Éste, por su parte, incapaz de soportar una afrenta contra sus derechos, se rodea al punto de las legiones y, difiriendo la guerra contra Mitrídates, introduce en la Ciudad por las puertas Esquilina y Colina dos columnas de su ejército[67]. Luego, después que Sulpicio y Albinovano lanzaron [7] sus turbas contra el cónsul[68] y arrojaron por todas partes desde la muralla dardos y piedras, arrojándolos él también, abrió camino por medio del fuego y se apoderó vencedor, cual de una ciudad cautiva, de la sede del Capitolio que había logrado sustraerse no sólo a los cartagineses, sino también a los galos senones[69]. Entonces, tras declarar enemigos [8] públicos a sus adversarios por un decreto del Senado, se tomaron medidas crueles de acuerdo con la ley contra el tribuno de la plebe que estaba presente y otros de la facción contraria[70]; a Mario lo salvó su fuga con aspecto de esclavo o, más bien, el destino lo reservó para la segunda guerra[71].

[9] En el consulado de Cornelio Cina y Cneo Octavio[72] se reavivó aquel incendio mal extinguido, precisamente por el enfrentamiento de éstos, cuando se deliberaba en los comicios del pueblo sobre la vuelta de los que el Senado había [10] declarado enemigos públicos; rodeada la asamblea por fuerzas armadas, al vencer, no obstante, aquéllos que consideraban preferible la paz y la tranquilidad, Cina, huyendo de su patria, se refugió junto a sus partidarios. Mario regresó de África engrandecido por su desgracia, puesto que su prisión, sus cadenas, su fuga y su destierro habían conferido a su [11] prestigio un cierto terror. Por ello, a la sola mención de tan gran hombre se congrega gente de todas partes, se arma — ¡crimen infame! — a los esclavos y a los ergástulos, y el desgraciado [12] general encuentra con facilidad un ejército. Así, reivindicando con la violencia la patria de la que por la violencia había sido expulsado, podría haber dado la impresión de actuar de acuerdo con la ley, de no haber depravado su causa con la crueldad. Pero, volviendo hostil a dioses y hombres, de inmediato en el primer ataque es destruida Ostia, cliente y protegida de Roma[73], con una matanza impía. A continuación, se entra en la Ciudad con cuatro columnas. Cina, Mario, Carbón[74] y Sertorio se dividieron los ejércitos. [13] Aquí, tras desalojar del Janículo todas las tropas de Octavio, dando inmediatamente la consigna de asesinar a los ciudadanos más sobresalientes, se ensañan con más saña que en una ciudad púnica o cimbria. La cabeza del cónsul Octavio [14] se expuso en las tribunas, la del consular Antonio[75], en las mesas del propio Mario. Los dos César son masacrados por Fimbria ante los Penates de sus propias casas[76]; los Craso, padre e hijo, cada uno a la vista del otro. Los garfios de los verdugos arrastraron por medio del Foro a Bebio y a Numitorio[77]. [15] Cátulo se sustrajo al escarnio de sus enemigos [16] inspirando humo[78]. Mérula, sacerdote de Júpiter, salpicó con la sangre de sus venas los ojos del propio Jupiter en el Capitolio[79]. Ancario fue abatido en presencia del propio Mario, porque no le había tendido su mano, ciertamente nefasta, [17] cuando él lo había saludado[80]. Todas estas muertes de senadores ocasionó el séptimo consulado de Mario, entre las calendas e idus del mes de enero ¿Qué habría sucedido, si hubiera

llegado a completar el año?

[18] En el consulado de Escipión y Norbano[81] estalló con toda su furia aquella tercera tormenta de la locura ciudadana: por un lado, estaban en pie de guerra ocho legiones y quinientas cohortes, por otro, Sila volvía presuroso de Asia con [19] un ejército vencedor. Toda vez que Mario se había mostrado tan salvaje contra los partidarios de Sila, ¿cuánta crueldad iba a requerirse para que Sila pudiera vengarse de Mario? Primero, los ejércitos se encontraron junto a Capua, a las orillas del río Volturno, y rápidamente quedaron desbaratadas las tropas de Norbano, rápidamente abatidas todas las fuerzas de Escipión, al ofrecérseles una esperanza de paz. Entonces, Mario el Joven y Carbón, los cónsules[82], como si [20] desesperaran de obtener la victoria, para no morir sin venganza, aplacaban anticipadamente sus propios Manes con la sangre de los senadores y, tras sitiar la Curia, sacaban del Senado, cual de una cárcel, a quienes iban a ser degollados. ¡Qué masacre en el Foro, en el circo, en los abiertos templos! [21] El pontífice Mucio Escévola[83], abrazado a los altares de Vesta, tuvo su sepelio con el mismo fuego de la diosa. Lamponio y Telesino, jefes de los samnitas, saquearon [22] Campania y Etruria con más crueldad que Aníbal y Pirro, y se tomaron venganza con pretextos partidistas. Junto a Sacriporto[84] [23] y la puerta Colina[85] fueron derrotadas todas las tropas enemigas; allí quedó aplastado Mario, aquí Telesino. Con todo, el fin de la carnicería no fue el mismo que el de la guerra. Pues, incluso en tiempo de paz, se desenvainaron las espadas y se castigó a aquéllos que se habían entregado voluntariamente. Menos grave fue que en Sacriporto y en la [24] puerta Colina Sila matara a más de setenta mil hombres: era la guerra; ordenó que cuatro mil ciudadanos inermes, que se habían entregado, fueran ejecutados en la Villa Pública[86]: [25] ¿no resulta excesivo, para tiempos de paz, un número tan elevado? ¿Mas, quién podrá contar aquéllos que mató indiscriminadamente todo el que quiso en la Ciudad? Hasta que, al advertir Fufidio que debía sobrevivir alguno para que hubiera alguien sobre quien mandar, se publicó aquella inmensa lista y se eligieron mil de los más notables del orden equestre y del Senado para ordenárseles morir ¡Edicto sin precedentes![87].

[26] Tras esto, avergüenza narrar el escarnecido final de Carbón y Sorano, los Pletorio y los Venuleyo, Bebio, despedazado sin espadas, con las manos, al modo de las fieras[88]; a Mario, hermano del propio general[89], junto al sepulcro de Cátulo, después de sacarle los ojos y cortarle manos y piernas, se le conservó durante algún tiempo para que la [27] vida se le fuera yendo de cada uno de sus miembros. Se podría tolerar el castigo individual: pero los municipios más florecientes de Italia fueron vendidos en subasta pública, [28] Espoleto, Interamno, Preneste, Florencia. En cuanto a Sulmo, ciudad aliada y amiga desde antiguo —¡vergonzoso crimen!— no la asalta o asedia según las normas de la guerra, sino que, como se ordena que los condenados sean conducidos a muerte, así ordenó Sila que la condenada ciudad fuera destruida[90].

10

Guerra contra Sertorio

¿La guerra contra Sertorio[91], qué [**III 22**] otra cosa fue más que una herencia de las proscripciones de Sila? No se si llamarla extranjera o mejor civil, ya que la sostuvieron lusitanos y celtíberos a las órdenes de un general romano. Desterrado y [2] huído de aquella fatídica lista de proscripción, hombre de un valor realmente extraordinario, pero funesto, perturbó con sus desgracias mares y tierras; tras probar suerte, ora en África, ora en las islas Baleares, se adentró con sus proyectos hasta el Océano y las islas Afortunadas, y, finalmente, armó a Hispania. Los valientes se entienden fácilmente con [3] los valientes y nunca brilló más el valor del soldado hispano [4] que con un general romano. Con todo, él, no satisfecho con Hispania, volvió también sus ojos a Mitrídates y los países [5] pónticos, y ayudó con su flota al rey. ¿Cuál habría sido el límite para un enemigo tan formidable que el poder romano no pudo hacerle frente con un solo general? A Metelo[92] se [6] sumó Gneo Pompeyo[93]. Estos destrozaron sus tropas, tras haberlo perseguido por casi toda Hispania. Se combatió durante largo tiempo y siempre con resultado incierto; a pesar de todo, sucumbió por el crimen y traición de los suyos, antes que por la guerra. Los primeros combates se llevaron a cabo por medio de los lugartenientes, iniciando las operaciones Domicio y Torio de una parte, Hirtuleyo de otra[94]; [7] después, cuando éste fue derrotado cerca de Segovia y aquéllos junto al Guadiana, los propios generales, midiéndose directamente a su vez, se igualaron en derrotas junto a [8] Laurón y Sucrón[95]. Entonces, unos se pusieron a talar campos, los otros, a destruir ciudades; la desgraciada Hispania sufría el castigo de la discordia entre los generales romanos; hasta que, asesinado Sertorio por una traición de los suyos y [9] vencido y entregado Perpena[96], se sometieron al poder de Roma incluso las propias ciudades de Huesca, Termes, Clunia, Valencia, Osma y Calahorra, que había experimentado el rigor extremo del hambre[97]. Así se restauró en Hispania la paz. Los generales victoriosos quisieron que esta guerra se considerara extranjera, en lugar de civil, para poder celebrar el triunfo[98].

11

Guerra civil en el consulado de Lépido

En el consulado de Marco Lépido [**III 23**] y Quinto Cátulo[99] se suscitó una guerra civil sofocada casi antes de iniciarse; pero, por pequeña que fuera, la chispa de aquel levantamiento surgió de la pira funeraria de Sila[100]. Lépido, que ambicionaba, [2] en efecto, un cambio político, se disponía con jactancia a anular las decisiones de ese gran hombre; y con toda la razón, si, pese a todo, hubiera podido realizarse sin un gran [3] desastre para la República. Puesto que el dictador Sila, amparado en las leyes de la guerra, había proscrito a sus adversarios, cuando Lépido ordenaba que regresasen los supervivientes, ¿que otra cosa hacía que invitarlos a las armas? Y, como los bienes de los

condenados, aunque obtenidos injustamente, ⟨eran poseídos⟩, sin embargo, con toda legalidad debido a la asignación de Sila, su reclamación socavaba sin duda los fundamentos del Estado plenamente pacificado[101]. [4] Convenía, pues, que la República, enferma y herida, descansara de algún modo para que las llagas no se reabrieran [5] por la propia cura. En consecuencia, después de haber atemorizado a la ciudad con asambleas subversivas, cual con trompetas militares, tras dirigirse a Etruria[102], desde allí [6] acercaba su ejército armado contra Roma. Pero ya Lutacio Cátulo y Gneo Pompeyo, líderes y abanderados de la tiranía [7] silana, habían ocupado el puente Milvio y el Janículo. Rechazado por éstos en el primer combate y declarado enemigo público por el Senado[103], en una fuga incruenta se retiró a Etruria y de ahí a Cerdeña, y allí murió de enfermedad y remordimiento. Los vencedores, por su parte, se quedaron [8] satisfechos con la paz, hecho poco frecuente en las guerras civiles.

12

Guerra de Catilina

A Catilina[104], en primer lugar el [**IV 1**] despilfarro y luego la ruina del patrimonio familiar que aquél había originado, más el hecho de que los ejércitos romanos estaban en los confines del mundo, lo impulsaron al impío proyecto de destruir su patria. Apuñalar al Senado, asesinar a los cónsules, incendiar [2] la ciudad por varias partes, saquear el erario, destruir, en definitiva, toda la República desde sus cimientos, aquello que ni Aníbal parecía haber deseado, lo intentó —¡oh sacrilegio! [3] —¡con qué aliados! Él era patricio; pero eso es lo de menos: los Curiones, Porcios, Silas, Cetegos, Autronios, Varguntеyos y Longinos[105] ¡Qué familias! ¡Qué glorias del Senado! ¡Incluso Léntulo, pretor precisamente en aquel momento![106]. A todos estos tuvo como cómplices de su [4] inhumano crimen. Se añadió, como prenda de la conjuración, sangre humana que bebieron en copas pasadas de mano en mano[107]: sacrilegio supremo, si no hubiera sido más [5] grave aquél por el que bebieron. Habría desaparecido un Imperio tan glorioso, si la conjuración no hubiera acaecido en el consulado de Cicerón y de Antonio[108]; aquél la descubrió [6] con su diligencia, éste la aplastó con su ejército. El indicio de tal crimen afloró por Fulvia, prostituta despreciable [7][109], pero menos nociva que los patricios. El cónsul, tras reunir al Senado, pronunció un discurso contra el reo, que se encontraba presente[110]; con todo, no consiguió otra cosa salvo que el enemigo se alejara y amenazara pública y expresamente que apagaría bajo ruinas el incendio prendido en él[111]. En efecto, él sale a reunirse con el ejército que Manlio [8] tiene preparado en Etruria para marchar con las armas sobre la Ciudad. Léntulo, que auguraba para sí el poder real destinado a su familia por los versos de la Sibila[112], el día señalado por Catilina reparte por toda la ciudad soldados, teas, armas. Y, sin contentarse con una conspiración de ciudadanos [9] invita a tomar las armas a los legados de los alóbroges que, casualmente,

se encontraban presentes en aquel momento. La demencia habría cruzado al otro lado de los Alpes si la carta del pretor no hubiera sido interceptada por una segunda traición, la de Volturcio[113]. De inmediato, por orden de Cicerón se apresa a los bárbaros[114]; públicamente, [10] en el Senado el pretor se declara reo convicto. En la deliberación sobre el castigo, César consideraba que, en atención a su méritos políticos, había que perdonarlos, Catón, que [11] había que condenarlos de acuerdo con su crimen[115]. Tras votar todos de acuerdo con esta opinión, los traidores son estrangulados en la cárcel. Aunque una parte de la conjuración había sido reprimida, a pesar de todo, Catilina no desiste de sus proyectos; con el ejército en pie de guerra dirigiéndose desde Etruria contra la patria, es masacrado al enfrentársele el ejército de Antonio. El desenlace puso de [12] manifiesto con qué atrocidad se había combatido[116]. Ningún enemigo sobrevivió; cada uno cubría con su cadaver el mismo lugar que había ocupado durante el combate. Catilina fue encontrado lejos de los suyos entre los cadáveres de los enemigos, una muerte muy hermosa, si hubiera caído de esta forma por su patria.

13

Guerra civil entre César y Pompeyo[117]

Ya casi pacificado todo el universo [**IV 2**] el Imperio romano era tan grande que no podía ser vencido por ningún poder exterior. Por ello, la Fortuna, envidiosa del pueblo soberano del mundo, lo armó a él mismo para su propia destrucción. Ciertamente, la furia de Mario y de Cina, dentro de la Ciudad, [2] había sido ya un preludio, como si se tratara de un experimento. El temporal silano, aunque había estallado con notable amplitud, no obstante se había mantenido en los límites de Italia. La vesania de César y de Pompeyo se apoderó, [3] como una especie de diluvio o de incendio, de la Ciudad, de Italia, de pueblos, naciones, en una palabra, de toda la extensión del Imperio, de manera que propiamente no debe [4] denominarse sólo civil, ni siquiera social, ni tampoco extranjera, sino más bien algo conformado por todas ellas y mucho más que una guerra; de hecho, si consideras sus jefes, [5] todo el Senado estaba dividido en dos partidos; si los ejércitos, en una parte, había once legiones, en otra, dieciocho, toda la lozanía y vigor de la sangre italiana[118]; si las tropas auxiliares de los aliados, por un lado, los reclutamientos galos y germanos, por otro, Deyótaro, Ariobarzanes, Tarcondimoto, Cotis y Rascípolis[119], y todas las fuerzas de Tracia, Capadocia, Macedonia, Cilicia, Grecia y el oriente entero; si la duración de la guerra, cuatro años, mas corto [6] espacio para la magnitud de los desastres; si los lugares y los países en que se desarrolló, la propia Italia; de allí se desvió a la Galia e Hispania y, retornando desde Occidente, se asentó con todas sus fuerzas en Epiro y Tesalia; de aquí súbitamente saltó a Egipto, de allí volvió su mirada a Asia, se estableció en África, regresó, por último, de nuevo a Hispania [7] y allí acabó muriendo por fin. Pero los odios partidistas no se extinguieron tampoco con la guerra. No se calmaron hasta que el rencor de los vencidos se sació con el asesinato del

vencedor en la propia Ciudad, en pleno Senado.

[8] La causa de tal desgracia, la misma de todas, la excesiva prosperidad[120]. Puesto que en el consulado de Quinto Metelo y Lucio Afranio[121] la majestad romana dominaba todo el universo y Roma celebraba en los teatros de Pompeyo[122] sus victorias recientes —los triunfos sobre el Ponto y Armenia—, su excesivo poderío suscitó la envidia, como suele [9] suceder, de ciudadanos que disfrutan de paz. Metelo, por el escaso reconocimiento de su triunfo sobre Creta, y Catón[123], siempre receloso de los poderosos, denigraban a Pompeyo y se oponían a sus actos. Este resentimiento lo desvió del camino recto y lo empujó a buscar apoyos para su carrera política. En aquel momento destacaba Craso por su linaje, riquezas [10] y prestigio público, aunque, pese a todo, deseaba un poder mucho mayor; Gayo César era ponderado por su elocuencia y su coraje, y, en ese momento también ya, por su consulado; con todo, Pompeyo sobresalía entre ambos. Así, [11] puesto que César deseaba conseguir prestigio público, Craso aumentarlo y Pompeyo conservarlo, y todos ambicionaban igualmente el poder, llegaron con facilidad a un acuerdo para apoderarse de la República[124]. Por tanto, sirviéndose cada [12] uno de los recursos de los otros para su propia gloria, César se apoderó de la Galia, Craso de Asia y Pompeyo de Hispania: tres ejércitos poderosísimos con los que se logró el gobierno del orbe gracias a la alianza de los tres líderes. Esa [13] dominación duró diez años por respeto a los compromisos, ya que se contenían por el miedo recíproco. A la muerte de Craso entre los partos y de Julia, hija de César, que, casada con Pompeyo, mantenía la concordia entre yerno y suegro por el vínculo matrimonial, la rivalidad brotó al instante. El [14] poderío de César le resultaba sospechoso a Pompeyo y el prestigio pompeyano era insoportable para César. Ni aquél toleraba un igual, ni éste un superior[125]. ¡Qué crimen! Luchaban por la supremacía como si la Fortuna de tan gran Imperio no pudiera admitir a los dos. Por tanto, en el consulado [15] de Léntulo y Marcelo, se rompieron por primera vez los acuerdos de la coalición[126]. El Senado, es decir, Pompeyo, trataba sobre la sucesión de César, sin que éste se opusiera si se aceptaba su candidatura para los próximos comicios. [16] La posibilidad de presentarse al consulado estando ausente, que los diez tribunos, con el apoyo de Pompeyo, hacía poco le habían concedido por decreto, se le negaba ahora por maniobras del propio Pompeyo: que viniera y lo [17] pidiera de acuerdo con la tradición de los antepasados. Él, por contra, reclamaba apremiantemente el cumplimiento del decreto y aseguraba que, si no se cumplía la palabra dada, no licenciaría el ejército. En consecuencia, se le declara enemigo público[127]. César, espoleado por estas medidas, decidió defender con las armas los trofeos de las armas.

[18] El primer escenario de la guerra civil fue Italia, cuyas fortalezas había ocupado Pompeyo con débiles guarniciones; pero todas quedaron dominadas por el súbito ataque de [19] César. En Arimino sonaron las primeras trompetas militares[128]. Luego, fueron expulsados Libón de Etruria, Termo de Umbría y Domicio de Corfinio[129]. La guerra habría concluido sin sangre de haber podido abatir a Pompeyo en Brindisi[130]. Se le había

bloqueado, pero él escapó de noche [20] por los diques del puerto cercado. ¡Es vergonzoso referirlo! El, hasta hacía poco, príncipe del Senado, moderador de la paz y de la guerra, huía en una nave averiada y casi desarbolada por el mar, teatro de sus triunfos. Sin embargo, no [21] fue más deshonrosa la huida de Pompeyo de Italia que la del Senado de la Ciudad: al entrar en ella, casi vacía por el pánico, César se nombró cónsul a sí mismo[131]. Incluso ordenó forzar el erario sagrado, porque los tribunos tardaban en abrirlo, y antes se apoderó del tesoro y el patrimonio del pueblo romano que del poder supremo[132].

Después de expulsar y poner en fuga a Pompeyo, prefirió [22] organizar las provincias antes que perseguirlo. Controla por medio de sus legados Sicilia y Cerdeña, garantía del [23] abastecimiento de trigo[133]. En la Galia no había enemigos; él mismo había conseguido la paz. Pero Marsella[134] se atrevió a cerrar las puertas al general que la atravesaba en dirección a los ejércitos pompeyanos de Hispania. La desgraciada ciudad, mientras desea la paz, cae en la guerra por miedo a la propia guerra; pero, puesto que estaba protegida por sus [24] murallas, ordenó que se la conquistara en su ausencia. La ciudad de origen griego[135], en contra de su fama de molicie, se atrevió a romper el cerco, incendiar las máquinas de guerra [25] e, incluso, a entablar una batalla naval; pero Bruto, a quien se había encargado la guerra, tras vencerlos en tierra y en mar, los sometió totalmente. Se entregaron con rápidez y se lo arrebataron todo, excepto lo que más estimaban, la libertad.

[26] Indecisa, con resultados diversos, pero incruenta fue la guerra en Hispania con los legados de Cneo Pompeyo, Petreyo y Afranio[136], a los que, acampados en Lérida junto al río Segre, intenta asediar y cerrar el paso a la ciudad amurallada. [27] Entre tanto, las crecidas del río por la primavera impiden los aprovisionamientos: de esta forma, los campamentos se ven afectados por el hambre y el mismo que sitiaba [28] parecía sitiado. Pero cuando el río volvió a su cauce y dejó libres los campos para el pillaje y el combate, de nuevo los ataca con crueldad y, hostigándoles en su retirada hacia la Celtiberia con trincheras y empalizadas, los obligó por tales procedimientos a rendirse por falta de agua. Así fue conquistada [29] la Hispania Citerior, y la Ulterior no tardó mucho. ¿Qué iba a conseguir una legión cuando habían sido derrotadas cinco? Así pues, al entregarse voluntariamente Varrón[137], Gades, el Estrecho, el Océano, todo seguía la buena estrella de César.

Con todo, la Fortuna se atrevió un tanto a ir contra el [30] general en su ausencia en Iliria y en África, como si intencionadamente pretendiera destacar más sus éxitos con sus fracasos; como Dolabela y Antonio[138] hubieran recibido órdenes [31] de ocupar las entradas del Adriático y aquél hubiese levantado el campamento en las costas del Ilírico y éste en las de Curicta, al dominar Pompeyo una gran parte de los mares, con rapidez su lugarteniente Octavio Libón los rodeó [32] a ambos con numeroso contingente naval[139]. El hambre obligó a Antonio a rendirse. También las pateras, que la carencia de naves había obligado a construir, enviadas por Básilo en su ayuda fueron capturadas como en

una red, por una estratagema original de los cilicios, partidarios de Pompeyo, [33] que desplegaron maromas por debajo del mar. Con todo, a dos las destrozó la corriente. Una, que transportaba a los opiterginos, encalló en los bancos de arena y dio un ejemplo memorable a la posteridad, ya que una tropa de mil jóvenes rodeada por todas partes aguantó durante todo un día los ataques de un ejército y, como su valor no tuviera ninguna posibilidad de éxito, por fin, para no llegar a entregarse, ante la exhortación del tribuno Volteyo, se lanzaron los [34] unos sobre los otros hiriéndose mutuamente. También en África fue similar el coraje y la desgracia de Curión, que, enviado para conquistar la provincia, orgulloso tras haber derrotado y puesto en fuga a Varo, no pudo resistir la imprevista llegada del rey Juba ni la caballería mauritana[140]. Se ofrecía al vencido el camino de la huida, pero el honor le aconsejó seguir con la muerte al ejército perdido por su temeridad.

[35] Pero, una vez que la Fortuna reclamaba ya el par debido[141], Pompeyo había elegido el Epiro como sede; y César [36] no iba a demorarse[142]. De hecho, tras dejarlo todo organizado en la retaguardia, aunque el pleno invierno se lo obstaculizaba con sus tempestades, navegó hacia el combate; y [37] como, tras acampar cerca del Órico, la parte del ejército que había quedado en Brindisi con Antonio se retrasase por falta de naves, estaba tan impaciente que, en un mar tempestuoso, en plena noche y en una barca de exploración, intentó ir él solo a traerlo[143]. Han llegado hasta nosotros sus palabras dirigidas al piloto asustado por tan gran riesgo: «¿Qué temes? Llevas a César». Una vez reunidas todas las tropas [38] procedentes de diversos sitios en un lugar y establecidos los campamentos uno cerca del otro, los planes de los jefes eran diversos. César, agresivo por naturaleza y deseoso de concluir la empresa, desplegaba su ejército, provocaba, hostigaba; unas veces, con el asedio del campamento que había [39] rodeado con una empalizada de diez y seis millas[144] —ahora bien ¿en qué podía molestar un asedio a los que poseían abudantes recursos por tener el mar abierto?—; otras, con el [40] asalto sin éxito a Dirraquio, ya que su propia situación la hacía inexpugnable; además, con continuos enfrentamientos en las salidas de los enemigos, en los que brilló el extraordinario valor del centurión Esceva, en cuyo escudo se clavaron ciento veinte dardos[145]; finalmente, con el saqueo de las [41] ciudades aliadas de Pompeyo, devastando Órico, Gonfos y otras fortalezas de Tesalia. Contra tales acciones Pompeyo [42] urdía retrasos, buscaba escapatorias, desgastaba de esta forma, por la escasez de víveres, a un enemigo cercado por todas partes, hasta que languideciera el espíritu de tan impetuoso [43] jefe. No sirvió durante mucho tiempo el provechoso plan del general. Los soldados censuraban la inactividad, los aliados el retraso y los notables la ambición de su jefe[146]. Así, precipitándolo los hados, se eligió Tesalia como lugar para la batalla y en la llanura de Filipos[147] se jugó el destino [44] de la Ciudad, del Imperio y del género humano. Nunca, en ningún lugar, la Fortuna contempló tantas fuerzas del pueblo romano, tanto esplendor; más de trescientos mil hombres entre un lado y otro, además de las tropas auxiliares, [45] los reyes y el Senado. Nunca hubo presagios más evidentes del inminente desastre: huida de las víctimas, enjambres en las banderas, tinieblas en

pleno día; el propio general en un sueño nocturno oyó en su teatro[148] un aplauso que sonaba a modo de duelo y por la mañana se le vió — ¡horrible presagio!— [46] en su cuartel general vestido de luto. Nunca estuvo el ejército de César ni más valiente ni más decidido; de él partió la primera señal de la trompeta, de él los primeros dardos. También se hizo famosa la lanza de Crástino que inició el combate y, luego, con una espada clavada en la boca —así fue encontrado entre los cadáveres—, en la propia peculiaridad de su herida mostraba la rabia y el furor con que había peleado[149]. Pero no fue menos sorprendente [47] el desenlace de la batalla. De hecho, aunque Pompeyo disponía de tan nutrida tropa de jinetes que parecía que iba a rodear a César con facilidad, el rodeado fue él. Pues, después [48] de luchar con idéntica fortuna durante largo tiempo y de que la caballería se hubiese lanzado al ataque desde el flanco por orden de Pompeyo, de pronto, las cohortes germanas, al recibir en ese momento la señal, atacaron con tanta fuerza a los jinetes diseminados, que éstos parecían infantes y aquéllas venir a caballo. Al desastre de la caballería, [49] puesta en fuga, le siguió el aniquilamiento de la infantería ligera; entonces, al difundirse más el terror y obstaculizarse mutuamente las tropas, el resto de la masacre fue como obra de una sola mano; nada contribuyó más a la destrucción del ejército que su propio tamaño. César se multiplicó en esta [50] batalla y combinó funciones de soldado y de general. Se han conservado dos frases suyas —una sangrienta, pero sabia y eficaz para la victoria: «soldado, hiere en la cara»[150]; otra destinada a su vanidad, «perdona a los ciudadanos»—, mientras [51] perseguía a Pompeyo, dichoso con todo, en medio de la desgracia, si le hubiera arrastrado la misma suerte que a su ejército. Sobrevivió a su propio honor para, con mayor deshonra, huir a caballo por el valle de Tempe en Tesalia, para arribar a Lesbos en una navecilla, para considerar en Siedra, peñasco desierto de Cilicia, la fuga al país de los [52] Partos, a África o a Egipto, para, finalmente, morir en las costas de Pelusia, por la orden del más vil de los reyes, según el plan de unos eunucos, y, para que no faltara nada a su desgracia, asesinado ante los ojos de su mujer y de sus hijos por la espada de un desertor de su ejército, Septimio[151].

[53] ¿Quién no pensaría que con Pompeyo había concluido la guerra? Mas los rescoldos del incendio de Tesalia se reavivaron [54] con mayor fuerza y con más virulencia. En Egipto, ciertamente, la guerra contra César no tuvo implicaciones [55] partidistas. Puesto que Ptolomeo, rey de Alejandría, había cometido la mayor atrocidad de la guerra civil y sancionado un tratado amistoso con César gracias a la muerte de Pompeyo, la Fortuna, que buscaba la venganza de los Manes de [56] tan prestigioso hombre, encontró la ocasión. Cleopatra, hermana del rey, postrada a los pies de César, reclamaba su parte del reino[152]. Añadíase la hermosura de la joven, acrecida por el hecho de que, siendo tal, parecía haber sufrido [57] una injusticia, y el odio contra el propio rey, que había sacrificado a Pompeyo al destino de su partido y no a César, a quien, sin duda, se habría atrevido a tratar igual de habérsele presentado la oportunidad. Cuando César ordenó reponerla [58] en el trono, al ser rodeado en su palacio al punto por los mismos asesinos de Pompeyo, resistió con valor admirable la carga de un

considerable ejército, a pesar de disponer de un exiguo número de hombres armados. En primer lugar, [59] alejó los dardos de los enemigos que le asaltaban, incendiando los edificios próximos y el arsenal[153]; luego, ganó con rapidez la península de Faro[154]; arrojándose de allí al mar, alcanzó a nado con sorprendente suerte a su armada que se encontraba próxima, dejando su capa en las aguas, por azar o intencionadamente, para que sirviera de blanco a los dardos y piedras que lanzaban sus enemigos. Acogido [60] entonces por los soldados de su flota, atacando a un mismo tiempo y por todas partes a sus enemigos obtuvo la venganza de los Manes de su yerno sobre aquella gente cobarde y traidora. Teodoto, jefe e instigador de toda la guerra, y Potino y Ganimedes, monstruos ni siquiera viriles, fueron arrebatados por la muerte mientras huían en diversas direcciones por mar y por tierra. El cadáver del propio rey fue encontrado cubierto de lodo con la distinción de su coraza de oro[155].

También en Asia surgieron nuevas revueltas desde el [61] Ponto, como si la Fortuna buscara intencionadamente este final al reino de Mitrídates: que el padre fuera vencido por [62] Pompeyo y el hijo por César. El rey Farnaces, fiando más en nuestras disensiones internas que en su propio valor, se lanzaba sobre Capadocia con su ejército en son de guerra. [63] Pero, al atacarle César, en una sola y, por así decirlo, incompleta batalla, lo destruyó como el rayo que en un mismo y único instante cae, hiere y se desvanece[156]. No son vanas las palabras que pronunció César sobre su propia actuación: había vencido al enemigo antes de verlo.

[64] Así fue la guerra con extranjeros; en África, por el contrario, con sus conciudadanos, mucho más cruel que en Farsalia. Hacia ahí había arrojado los restos del hundido partido la marea, por así decirlo, de la huida; pero no deberían llamarse [65] restos, sino guerra completa. Las fuerzas habían sido dispersadas más que aplastadas; la propia muerte del general había reforzado el juramento y la sucesión de sus generales no resultaba desmerecedora; de hecho, los nombres de Catón y Escipión[157] sonaban con fuerza suficiente para ocupar el lugar de Pompeyo. Se unió a las tropas el rey de Mauritania, Juba, sin duda para que César venciera con mayor [66] amplitud. Ninguna diferencia hubo entre Farsalia y Tapsos, salvo que en ésta fue más grande, y por ello más terrible, el ímpetu de los cesarianos, indignados porque la guerra se hubiera acrecido tras la muerte de Pompeyo; en fin, lo nunca visto, dieron la señal de la batalla por decisión propia, sin esperar la orden de su jefe. Y la matanza se inició con el rey [67] Juba, cuyos elefantes, no habituados a la guerra y recientemente traídos de la selva, asustados por el súbito estruendo de las trompetas se lanzaron sobre los suyos[158]. Al punto, los soldados se dieron a la fuga y ni siquiera los jefes fueron tan valientes como para no huir. No obstante, no todas las [68] muertes carecieron de gloria. Escipión escapaba ya en una nave[159], pero cuando los enemigos lo alcanzaron se clavó la espada en el vientre, y, al preguntar alguien dónde se encontraba, respondió con estas palabras: «El general se halla perfectamente». Juba, tras haberse retirado a su palacio, se [69] dio un espléndido banquete al día siguiente con Petreyo, su compañero de fuga, y sobre los manteles y las copas se ofreció a él para que lo matara. Éste tuvo el coraje para el rey y para sí mismo;

mientras, las viandas a medio consumir y los platos fúnebres rezumaban simultáneamente con la sangre del rey y del romano[160]. Catón no intervino en la batalla; [70] con su campamento alzado junto a Bagrada custodiaba Útica como segunda llave de África. Pero enterado de la derrota [71] de su partido, sin dudarlo, como era propio de un sabio, buscó la muerte incluso con alegría: después de despedir con un abrazo a su hijo y a sus compañeros, tras pasar la noche leyendo, a la luz de la lámpara, el libro de Platón que trata de la inmortalidad del alma, se entregó a un breve sueño; luego, alrededor de la primera vigilia, desenvainando la espada, se hirió, por su propia mano, una y otra vez, el pecho [72] descubierto[161]. Los médicos, entonces, se atrevieron a profanar con sus cuidados a un héroe tal. Él lo toleró hasta que se retiraron, luego se descubrió las heridas y mientras la sangre brotaba con fuerza depositó las moribundas manos en la herida[162].

[73] Como si nunca se hubiera combatido, así se reanudó de nuevo la lucha y la contienda partidista, y en la misma medida que África fue superior a Tesalia, tanto Hispania superó [74] a África. El hecho de que los generales fueran hermanos y que en lugar de uno estuvieran al frente dos Pompeyos[163], [75] favorecía extraordinariamente a su partido. En consecuencia, nunca se luchó con más saña ni con un resultado tan dudoso. En primer lugar, en la bocana misma del Océano se enfrentaron los legados Varo y Didio; pero, para las naves fue más acre el enfrentamiento con el propio mar que entre sí, puesto que, como si pretendiera castigar la vesania de los ciudadanos, el Océano destrozó en un naufragio ambas escuadras. [76] ¡Qué espanto cuando a un tiempo se enfrentaron el oleaje, el huracán, los hombres, las naves, las armas! Añade el miedo al propio lugar, al converger el litoral hispano por un lado y el mauritano por otro, un mar interior y otro exterior, y las Columnas de Hércules que se erguían amenazantes, encarnizándose todo, por doquier y a un tiempo, por el combate y la tempestad[164]. Luego, ambas partes se apresuraron [77] a asediar las ciudades que, desgraciadas, entre unos y otros generales, sufrían el castigo por su alianza con Roma. La última de todas las batallas fue Munda[165]. Aquí no gozó [78] de su anterior Fortuna, sino que el combate fue dudoso y durante largo tiempo sombrío, de suerte que parecía que la Fortuna deliberaba no se sabía qué. Lo cierto es que el propio [79] César, antes de la batalla, se mostraba entristecido contra su costumbre, bien por sus reflexiones sobre la fragilidad humana, bien por considerar sospechosa la excesiva continuidad de sus éxitos, bien por temer —puesto que había empezado a convertirse en otro Pompeyo— un destino igual. Y en medio del fragor del combate ocurrió lo que nunca nadie recordaba: después de que, tras largo tiempo, las filas no so hiciesen sino matar[166] con resultado incierto, se produjo un impresionante silencio, como si se hubiese convenido, y el pensamiento de todos fue éste: «¿hasta cuándo?» Por fin, [81] algo inusitado para los ojos de César —¡infamante! —, tras catorce años la experimentada tropa de sus veteranos —que, aun cuando todavía no habían huído, resitían más por vergüenza que por valor—, retrocedió. Por ello, él personalmente, [82] tras alejar su caballo, se abalanzó a primera línea, como un demente. Allí retenía a los que huían, infundía valor a los portaestandartes, suplicaba,

exhortaba, increpaba, en definitiva, recorría toda la formación con su mirada, su [83] gesto y su voz. Se dice que en aquella confusión había meditado incluso su muerte y que así se había manifestado en su rostro, como si deseara alcanzar el fin por su propia mano, de no ser porque cinco cohortes de los enemigos que Labieno[167] había enviado en ayuda del campamento que estaba en peligro, al ser conducidas por el centro de la formación, dieron la impresión [84] de huir. O él mismo creyó esto o, como astuto general, aprovechó la ocasión y lanzándose contra ellos como si huyesen, a un tiempo levantó el ánimo de los suyos y abatió el del enemigo[168]. Pues aquéllos, juzgando que podían vencer, le siguieron con mayor coraje, mientras los pompeyanos, al creer [85] que los suyos se daban a la fuga, empezaron a huir. ¡Cuál fue la masacre de los enemigos y la cólera y el furor de los vencedores puede colegirse de que, al refugiarse en Munda los fugitivos de la batalla y ordenar César de inmediato sitiar a los vencidos, se formó un terraplén con los cadaveres amontonados que se sostenían entre sí unidos por las lanzas y jabalinas[169]—algo indigno [86] incluso contra bárbaros—! En cuanto a los hijos de Pompeyo que, por supuesto, desesperaban de la victoria, a Cneo, huído del combate, herido en una pierna y que buscaba lugares poco habitados e intransitables, lo mató Cesonio tras haberle dado alcance en la ciudad de Laurón[170] mientras combatía —hasta tal punto no desesperaba aún[171]—; a Sexto, la [87] Fortuna lo ocultó durante algún tiempo en la Celtiberia y lo reservó para otras guerras tras la muerte de César[172].

César entró en su patria vencedor, celebrando primero el [88] triunfo sobre la Galia: éste incluía el Rin y el Ródano y el Océano, representado como un cautivo de oro[173]; su segundo laurel fue el egipcio: en esa ocasión desfilaba el Nilo en una litera, Arsínoe[174] y Faro, que ardía en un simulacro de sus llamas. El tercer cortejo fue a propósito de Farnaces y el [89] Ponto. El cuarto exhibía a Juba[175] y los moros, e Hispania, dos veces vencida[176]. En ningún momento, Farsalia, Tapsos y Munda, y cuán superiores eran aquéllas por las que no celebraba triunfo alguno.

[90] Éste fue, por el momento, el fin de las guerras. La paz posterior fue incruenta y la guerra se vió compensada por la clemencia. Nadie fue muerto por orden suya, a excepción de Afranio —era suficiente con haberle perdonado una vez—, Fausto Sila[177] —Pompeyo le había enseñado a temer a los yernos[178]—, y la hija de Pompeyo[179] con los hijos de Sila [91] —en esta ocasión se cuidaba del porvenir—. En consecuencia, todos los honores fueron reunidos por parte de los agradecidos ciudadanos en un único soberano[180]: estatuas en derredor de los templos, en el teatro una corona radiada, tribuna en la curia, un frontón[181] en su casa, un mes en el ámbito[182] de los dioses; además, Padre de la Patria y dictador perpetuo, y por último, no se sabe con certeza si de acuerdo con su propio deseo, se le ofreció delante de la tribuna de los oradores, por el cónsul Antonio, la corona del [92] reino[183]. Todos estos honores se acumulaban sobre él, cual ínfulas sobre una víctima destinada al sacrificio. De hecho, el odio venció la clemencia del soberano y la facultad de otorgar privilegios resultaba onerosa para los ciudadanos

libres. Su poder absoluto no se soportó durante mucho más [93] tiempo, sino que Bruto y Casio y otros senadores acordaron la muerte del soberano[184]. ¡Qué fuerza tiene el destino! La [94] conjuración se había difundido ampliamente, incluso el mismo día se le había entregado a César un codicilo, y no había podido obtenerse un sacrificio favorable con cien víctimas. No obstante, llegó a la Curia pensando en la expedición contra los partos. Allí, al sentarse en la silla curul, le [95] asaltó el Senado y cayó al suelo con veintitrés heridas. De este modo, aquél que había anegado el orbe terrestre con la sangre de sus ciudadanos, anegó finalmente la Curia con la suya propia.

14

Acontecimientos ocurridos bajo Augusto[185]

Parecía que tras el asesinato de [**IV 3**] César y Pompeyo, el pueblo romano había retornado a su antigua condición de libertad. Y habría retornado [2] de no ser porque Pompeyo había dejado hijos y César heredero o, lo que fue más pernicioso que ambos hechos, de no haber sobrevivido Antonio[186], su colega durante cierto tiempo, en seguida émulo del poderío de César, [3] tea y torbellino de la generación inmediata. De hecho, mientras Sexto reclama los bienes paternos, el miedo impera en todo el mar; mientras Octavio venga la muerte de su padre, Tesalia [4] debió sufrir la guerra por segunda vez[187]; mientras Antonio, de carácter inconstante, se irrita con el sucesor de César o se decanta por convertirse en rey por el amor de Cleopatra***, pues no hubiera podido salvarse de otra forma [5] a no ser refugiándose en la esclavitud[188]. Hay que alegrarse, no obstante, de que, en medio de tal confusión, el poder supremo recayera especialmente en Octavio César Augusto, quien con su inteligencia y habilidad organizó el cuerpo del [6] Imperio, trastornado y conturbado en todas partes, que, sin duda, nunca habría podido unirse y pensar al unísono, de no ser gobernado por la voluntad de un solo jefe, cual con un espíritu [7] y una mente. En el consulado de Marco Antonio y Publio Dolabela[189], cuando la Fortuna transfería ya a César el Imperio Romano se produjeron diferentes y múltiples tumultos. [8] Y, como suele ocurrir en el giro anual del firmamento, cuando los astros resuenan al moverse y muestran con la tormenta sus evoluciones, así entonces, por el cambio del gobierno de Roma —esto es, de todo el género humano—, todo el cuerpo del Imperio se estremeció desde sus cimientos y se conmovió por toda clase de peligros, guerras civiles, exteriores y serviles, por tierra y por mar.

15

Guerra de Módena

El primer motivo para las guerras [**IV 4**] civiles fue el testamento de César[190], cuyo segundo heredero, Antonio, furioso porque Octavio había sido antepuesto a él, inició una guerra implacable contra la adopción de un adolescente tan intrépido. Pues, [2] al ver a

un muchacho de dieciocho años débil y vulnerable y susceptible a la injusticia, él, que gozaba de absoluto prestigio por haber sido compañero de armas de César, hostigaba con latrocinios su herencia, le perseguía con sus ofensas, trataba de impedirle por todos los procedimientos la adopción de la familia Julia, y, por último, cogió las armas públicamente para [3] someter al joven. Con el ejército ya preparado sitiaba a Décimo Bruto, que en la Galia Cisalpina resistía su levantamiento[191]. Octavio César, que se había granjeado el favor popular [4] por su edad y la afrenta, y por el prestigio del nombre del que se había revestido, después de llamar a las armas a los veteranos, siendo un ciudadano particular —¡quién podría creerlo!— ataca al cónsul, libra a Bruto de su asedio de Módena y [5] despoja a Antonio de su campamento[192]. En ese momento, realmente, brilló por la grandeza de su heroísmo, pues, ensangrentado y herido, logró llevar a hombros hasta el campamento el águila entregada por un portaestandarte moribundo.

16

Guerra de Perusia

[**IV 5**] El reparto de tierras suscitó la segunda[193] confrontación, puesto que César las había otorgado[194] a los veteranos de su padre como recompensa [2] por su servicio militar. El temperamento de Antonio, siempre nefasto en otras circunstancias, lo excitaba en esta ocasión, con la espada al cinto, su esposa Fulvia[195], de viril osadía[196]. Así pues, tras incitar a los colonos expulsados de sus campos, había tomado de nuevo las armas. César, atacando [3] a éste, que había sido declarado enemigo público, ahora no por los votos particulares sino de todo el Senado, lo redujo al interior de los muros de Perugia y lo obligó a rendirse por un hambre deshonrosa que lo había soportado todo[197].

El triunvirato[198]

Como si Antonio por sí solo no [**IV 6**] fuera suficientemente dañino para la paz, dañino para el estado, Lépido se añadió al incendio como otra llama[199]. ¿Qué se podría haber hecho contra dos cónsules, dos ejércitos? Fue necesario llegar a la alianza de un pacto extraordinariamente sangriento[200]. Las aspiraciones de todos eran muy diferentes, como sus caracteres. [2] A Lépido lo espoleaba la ambición de riquezas por las transformaciones políticas del Estado, a Antonio el deseo de venganza sobre aquéllos que lo habían declarado enemigo público[201], a César, que su padre todavía no estaba vengado y que Casio y Bruto fueran una ofensa para los Manes de [3] aquél. Con este, por así decirlo, acuerdo, se firma la paz entre los tres dirigentes. En la confluencia de dos ríos, entre Perusia y Bolonia[202], estrechan sus manos y sus ejércitos los aclaman. Sin ningún respeto por el ordenamiento jurídico se impone el triunvirato, y a la República, sojuzgada por las armas, regresa la proscripción silana, cuya atrocidad menor fue la

muerte de, al menos, ciento cuarenta senadores[203]. [4] Las ejecuciones de los fugitivos por todo el orbe terrestre fueron infames, atroces, miserables. ¿Quién podría lamentarse de tal indignidad, cuando Antonio proscribió a su tío Lucio César y Lépido a su hermano Lucio Paulo[204]? En [5] Roma, ciertamente, ya era habitual exponer en los Rostra las cabezas de los muertos; pero, ni aun así, pudo la Ciudad contener las lágrimas cuando vio cortada la cabeza de Cicerón en aquella tribuna que fue suya y que la concurrencia se agolpaba para verlo, como antes solía para escucharlo[205]. Estos crímenes se apuntaron al haber de Antonio y Lépido. [6] César se contentó con incluir a los asesinos de su padre no fuera que, si hubieran quedado impunes, su muerte no se considerase, además, justa.

17

Guerra de Casio y Bruto

Parecía que Bruto y Casio habían [**IV 7**] arrojado del reino a Gayo César cual al rey Tarquinio, pero con el propio parricidio perdieron la libertad que habían deseado restaurar plenamente[206]. [2] Así pues, tras perpetrar el asesinato, temiendo, no sin razón, a los veteranos de César, huyeron inmediatamente de la Curia hacia el Capitolio. A aquéllos no les faltaba valor [3] para la venganza pero todavía carecían de jefe. Al advertir con claridad qué desastre amenazaba al Estado, pese a que se desaprobaba el asesinato, no pareció oportuno el castigo. Así pues, aunque por consejo de Cicerón se había decretado [4] la amnistía[207], con el fin de no herir los sentimientos del afligido pueblo, partieron hacia Siria y Macedonia, las provincias que les habían sido otorgadas por el propio César, al que habían asesinado. Así, la venganza de César, más que suprimirse, se aplazó.

[5] Una vez ya reorganizado el Estado entre los triunviros, más como se pudo que como se debía, tras dejar a Lépido para defender la Ciudad, César con Antonio toman las armas [6] contra Casio y Bruto. Con un gran ejército aprestado, acamparon en aquel mismo escenario que resultó fatídico para Cneo Pompeyo[208]. Pero tampoco en este momento se mantuvieron ocultos los imminentes presagios de la derrota [7] determinada por el destino: un enjambre de abejas se posó sobre las enseñas y las aves habituadas a comer despojos humanos revoloteaban a su alrededor, como si fuesen ya suyos, y los que iban a la batalla tuvieron una señal[209], notoriamente funesta, al salirles al encuentro un etíope[210]. Al [8] propio Bruto, durante la noche, mientras, según su costumbre, meditaba consigo mismo a la luz de la lámpara, se le presentó una especie de sombra negra y al preguntarle quién era respondió «tu genio malo» y se desvaneció ante sus estupefactos ojos[211]. Con un presagio semejante, mas para el [9] éxito, en el campamento de César las aves y las víctimas lo habían pronosticado todo. Pero nada más propicio[212] que el médico de César resultara advertido por un sueño de que César debía salir del campamento que amenazaba con ser capturado, como sucedió. Tras entablar ya la batalla, aunque [10] durante cierto tiempo se luchó con idéntico ímpetu,

por más que de un bando los generales estuvieran allí presentes y de otro, a uno lo hubiera sustraído una enfermedad física y a otro el miedo y la cobardía[213], la invicta fortuna del vengador y del que estaba siendo vengado se mantenía firme en favor de su partido, como el resultado del combate demostró. Al principio, a tal punto fue dudoso —el riesgo fue parejo por ambas parte— que, de un lado, se capturó el campamento de César y de otro, el de Casio. Pero ¡cuán más [11] eficaz es la fortuna que el valor! ¡Qué verdad es lo que Bruto musitó en su último suspiro, que el valor no es una [12] realidad, sino una palabra![214]. Un error dio la victoria a aquel combate. Casio, al flaquear su ala y ver que la caballería, después de apoderarse del campamento de César, se retiraba rápidamente, pensando que huían escapó hacia una [13] colina. Entonces, dado que el polvo, el estruendo y también la proximidad de la noche le impidieron comprender lo ocurrido y, puesto que también tardaba en exceso en transmitirle noticias un explorador enviado a tal efecto, creyendo que todo había concluido para su partido presentó su cabeza [14] a uno de su entorno para que se la cortara. Bruto, al haber perdido con Casio también su espíritu, para no faltar en nada a la palabra dada —pues habían convenido no sobrevivir a la guerra en tales circunstancias— también presentó su pecho a uno de sus compañeros para que lo atravesara[215]. [15] ¿Quién no se sorprendería de que hombres de tal sabiduría y valor no hubieran utilizado sus manos para su muerte? A no ser que esto derivara precisamente de las creencias de su escuela: no mancillar sus manos para poner fin a sus vidas, tan sagradas y piadosas, sino utilizar su propia decisión, pero la acción criminal ajena[216].

18

Guerra con Sexto Pompeyo

Eliminados los asesinos de César, [**IV 8**] quedaba la casa de Pompeyo. Uno de los dos jóvenes había muerto en Hispania[217], otro había escapado merced a la huida y, tras reunir los restos de la infeliz contienda, después de haber armado incluso a los esclavos de las prisiones, dominaba Sicilia y Cerdeña. Incluso se había enseñoreado ya del centro del mar con su escuadra. ¡Qué distinto de su padre! Aquél había acabado con [2] la piratería cilicia[218], éste se defendía con piratas. Saqueó Puteolo, Formia, Volturno, toda Campania, Poncia y Enaria, y la desembocadura misma del río Tíber. Inmediatamente después, al enfrentarse con la escuadra de César, la incendió y hundió. No sólo él, sino Menas y Menécrates, infames siervos a los que había colocado al frente de la escuadra, revoloteaban por toda la costa para depredarla. Por tantos [3] éxitos sacrificó en Péloro cien bueyes recubiertos de oro y envió al mar un caballo vivo cargado de oro —esto lo consideraban una ofrenda a Neptuno—, con el fin de que quien regía el mar le permitiera reinar en su mar. Por último, se llegó a tal peligro[219] que, pese a todo, se firmó la paz con el enemigo —si, realmente, enemigo era el hijo de Pompeyo—. ¡Qué grande, mas breve, fue la alegría! Cuando en el [4] acantilado del litoral de Bayas se tomó el acuerdo

sobre su regreso y la devolución de los bienes y, a invitación suya, se celebró un banquete en la nave, él, increpando a su suerte, exclamó: «Estas son mis carinas»; no sin ironía, puesto que mientras su padre había vivido en la parte más famosa de la ciudad, las «Carinas»[220], su propia morada y sus Penates [5] pendían de una nave. Pero, por la inadecuada conducta de Antonio, puesto que había devorado el botín de los bienes de los pompeyanos de los que había sido postor, no pudo tomar posesión de ellos: empezó a rechazar la firma del pacto. En consecuencia, volvió de nuevo a las armas y [en] todos los lugares del Imperio[221] se preparó contra el joven [6] una escuadra cuya propia construcción fue grandiosa; pues, tras haberse interrumpido un tramo de la vía Herculana y excavarse unas playas, el lago Lucrino[222] se convirtió en puerto, añadiéndosele el Averno, después de seccionar el terreno que los separaba, para que en la tranquilidad de aquellas aguas los ejercicios de la flota pudieran realizarse como [7] en una batalla naval. El joven, atacado con tal apresto militar en el estrecho de Sicilia, fue derrotado[223] y se habría llevado a los Infiernos la reputación de gran general de no haber intentado nada después; pero es indicio de un alma grande esperar siempre. Con todo perdido, huyó, largando [8] velas hacia Asia, para caer allí en manos de los enemigos y, lo que es más lamentable para hombres valientes, morir encadenado a manos del verdugo, al arbitrio de los adversarios. No ha habido tras Jerjes huida más penosa: dueño, poco [9] ha, de trescientas cincuenta naves, huía con seis o siete, con la antorcha de la nave capitana apagada, después de haber arrojado al mar sus anillos, aterrorizado y mirando atrás y, sin embargo, sin temer otra cosa que ser encontrado[224].

19

Guerra contra los partos bajo el mando de Ventidio

Aunque César había eliminado en [**IV 9**] las personas de Casio y Bruto su partido y en la de Pompeyo todo el prestigio de aquél, no había logrado, sin embargo, una paz estable puesto que restaba un escollo, un obstáculo, una rémora[225] para la seguridad del Estado: Antonio. Realmente, no carecía de vicios [2] para causar su destrucción, antes al contrario, tras haberlo experimentado todo en la ambición y la lujuria, libró del terror que suscitaba, primero a sus enemigos, luego a sus conciudadanos, por último, también a su generación.

Los partos se habían engreído más por la derrota de Craso [3] y habían recibido con alegría las guerras civiles del pueblo Romano. Por tanto, tan pronto se les presentó la primera ocasión no dudaron en absoluto en atacar, a incitación deliberada [4] de Labieno[226], que, enviado por Bruto y Casio — ¡qué furia de crímenes!—, requirió en su ayuda a los enemigos. Y éstos, a las órdenes de Pácoro[227], el joven hijo del rey, desbarataron las guarniciones de Antonio; el legado Saxa [5] consiguió no caer en sus manos gracias a su espada[228]. En definitiva, una vez arrebatada Siria, el mal iba a propagarse más lejos, puesto que los enemigos, bajo el pretexto de ayudarles, obtenían

las victorias en beneficio propio, si Ventidio[229], también legado de Antonio, no hubiera vencido a las tropas de Labieno, al propio Pácoro y a toda la caballería parta en el amplio espacio comprendido entre el Orantes y [6] Éufrates[230]. Hubo más de veinte mil muertos; no sin habilidad por parte de nuestro general, que, simulando pánico, permitió al enemigo acercarse al campamento hasta que, privado de espacio para el lanzamiento las flechas, se le arrebató la posiblidad de arrojarlas. El rey cayó combatiendo valerosamente. Luego, tras hacer circular su cabeza por [7] las ciudades que habían hecho defección, Siria fue reconquistada sin sangre. Así, con la muerte de Pácoro compensamos la derrota de Craso.

20

Guerra contra los partos bajo el mando de Antonio

Tras medir alternativamente, partos [**IV 10**] y romanos, sus fuerzas, puesto que Craso y Pácoro habían dejado prueba del poderío de cada bando, de nuevo con mutuo respeto renovaron la alianza y el propio Antonio firmó un tratado con el rey[231]. Mas —¡inmensa vanidad la de ese hombre!— mientras por [2] el afán de honores ambiciona que el Arajes y Éufrates aparezcan en el pedestal de sus estatuas[232], sin razón, sin lógica y sin siquiera una ficticia declaración de guerra, tras dejar súbitamente Siria, ataca a los partos, como si el ataque por sorpresa formara también parte de la condición de un jefe. Gente astuta, a más de fiada en su ejército, finge terror y [3] huye hacia campo abierto. Y mientras él, cual vencedor, rápidamente los perseguía, una tropa de enemigos, no muy numerosa, irrumpió de repente al atardecer, como una nube, contra unos soldados ya agotados por el camino y cubrió, con una lluvia de flechas lanzadas por doquier, a las [4] dos legiones. No hubiera sido nada en comparación con la inminente derrota que, de no haber intervenido la compasión de los dioses, se nos avecinaba para el día siguiente. Un superviviente de la derrota de Craso, con vestimenta parta, galopó hasta el campamento y, tras saludar en lengua latina, informó —su propio idioma les dio seguridad— de [5] lo que nos amenzaba: el rey acudía con todas sus tropas; debían retirarse y buscar la protección de las montañas; incluso así, quizá no escaparían al enemigo. Pero, de esa forma, se consiguió que su ataque fuese menor de lo que amenazaba; [6] no obstante se dio. El resto de las tropas habría sido destruido de no ser porque, al acecharles las jabalinas como una tormenta de granizo, por una cierta suerte, los soldados, como si hubiesen sido adiestrados, se hincaron de rodillas y con los escudos echados por encima de sus cabezas se hicieron [7] pasar por muertos. Entonces el Parto paralizó sus arcos. Cuando, luego, los romanos se pusieron de nuevo en pie, el hecho les resultó tan portentoso que uno de los bárbaros gritó: «¡Ea, romanos, id en paz; con razón la fama os considera vencedores de las naciones cuando habéis conseguido [8] escapar a las flechas de los partos!». La derrota sufrida después en el camino no fue menor que la recibida del enemigo. Primero, el lugar era peligroso por la falta de agua; segundo, las aguas, más peligrosas por sus carácter salado y ácido; y, por fin, incluso las dulces fueron dañinas, al

ser [9] bebidas por gente agotada y con avidez. Más tarde, el calor ardiente en Armenia y las nieves en Capadocia y el brusco [10] cambio de un clima a otro originaron la peste. En consecuencia, con apenas una tercera parte superviviente de las dieciséis legiones, con su tesoro destrozado por todas partes a golpe de zapapico[233], y tras haber requerido, por todo ello, el ínclito general, de un gladiador de su propiedad, que le diera muerte, huyó a Siria donde, por un increíble desvarío de su mente, se volvió mucho más cruel, como si fuera un vencedor quien había huido[234].

21

Guerra contra Antonio y Cleopatra

La locura de Antonio, que no había [**IV 11**] podido consumirse por la ambición, se extinguió por el lujo y la lujuria, pues, al odiar las armas tras el episodio de los partos, pasaba el tiempo inactivo, atrapado por el amor de Cleopatra, y se reponía en el regazo de la reina como si hubiera obtenido éxito[235]. Por ello, la egipcia, como precio para sus placeres, requirió [2] de un general ebrio el Imperio romano, y Antonio se lo prometió, como si el romano fuese más asequible que el parto. Por tanto, se preparó para conseguir el poder supremo, [3] mas no de una forma oculta, sino que, olvidándose de su patria, su nombre, su toga y las fasces, volcado enteramente hacia aquel monstruo, había mudado tanto de modo de pensar como de vestido y atavío: cetro de oro en su mano, cimitarra al costado, manto de púrpura ornado de grandes gemas preciosas; le faltaba la diadema para que, también [4] como un rey, disfrutara de la reina[236]. A la primera noticia de la nueva revuelta César había partido de Brindisi para hacer frente a la inminente guerra y, tras acampar en el Epiro, había bloqueado con la escuadra en orden de batalla todo el litoral de Accio, la isla de Léuca, el monte Léucate y [5] los promontorios del golfo de Ambracia[237]. Nosotros teníamos cuatrocientas naves; el enemigo, no menos de doscientas; pero el tamaño compensaba el número: de seis a nueve filas de remeros, sobrealzadas, además, por torres y entablados de madera a modo de fortines o incluso ciudades, eran arrastradas con gran estrépito del mar y extraordinario esfuerzo por parte de los vientos; realmente, sus propias proporciones [6] fueron la causa de su ruina. Las naves de César tenían sólo de dos a seis filas de remeros; y así, adecuadas para cualquier maniobra que exigiera la ocasión, atacar, retroceder y virar, abordando muchas a aquéllas —pesadas e incapacitadas para todo—, de una en una, con proyectiles, a la vez con las proas y, además, con bolas de fuego lanzadas [7] a discreción, las pusieron en fuga[238]. En ningún otro momento se evidenció mejor la magnitud de las tropas enemigas que tras la victoria; pues los restos del naufragio de la escuadra provocado por la batalla flotaban en toda la superficie marítima y las olas, agitadas por la brisa, arrojaban a la playa los despojos cubiertos de púrpura y oro de árabes, sabeos y mil pueblos de Asia. La primera en acaudillar la fuga [8] fue la reina, dirigiéndose a alta mar con su mascarón de oro y sus velas de púrpura. Antonio la siguió inmediatamente, pero César fue tras sus huellas.

No les sirvió de nada ni haber [9] preparado la huida[239] hacia el Océano, ni fortificar los dos promontorios de Egipto, el Paretonio y el Pelusio, con guarniciciones: casi los tenía al alcance de la mano. Antonio fue el primero en utilizar la espada[240]; la reina, hincándose a los pies de César, pretendió seducir al general. Vanamente, en verdad, pues su belleza fue inferior a la continencia del príncipe. Ella no trataba de mantener la vida, que le era [10] ofrecida, sino una parte del reino. Cuando desesperó de poder lograrlo del príncipe y advirtió que se la reservaba para el triunfo, aprovechando un descuido de su guardia, se recluyó en el mausoleo (así denominan al sepulcro real). Allí, [11] tras revestirse de sus solemnes galas, como acostumbraba, se sentó en un trono rociado de perfume junto a su amado Antonio y, acercando serpientes a sus venas, se deslizó en la muerte como en un sueño[241].

[**IV 12**] Éste fue el fin de las guerras civiles: las restantes se llevaron a cabo contra pueblos extranjeros que, al hallarse el Imperio inmerso en sus propios males, brotaban por los diferentes [2] rincones del orbe. De hecho, la paz era reciente y las cervices, soberbias y altaneras, de pueblos todavía no acostumbrados al freno de la servidumbre se apartaban del [3] yugo recién impuesto. La región que mira hacia al norte se comportaba con mayor fiereza: los nóricos, ilíricos, panonios, dálmatas, mesios, tracios y dacios, sármatas y germanos[242].

22

Guerra contra los nóricos

Los Alpes daban alas a los Nóricos, como si la guerra no pudiera trepar a sus nevados picos; pero sometió[243] completamente todos los pueblos de aquella región, breunos, ucenos[244] y [5] vindélicos, por medio de su hijastro Claudio Druso[245]. Cuál fue la ferocidad de aquellas gentes es fácil mostrarlo justamente a través de las mujeres que, al carecer de proyectiles, arrojaron a sus hijos, tras haberlos golpeado contra el suelo, a los rostros del enemigo que tenían delante.

23

Guerra contra los ilirios

También los ilirios viven en las faldas de los Alpes y custodian sus profundos valles y determinados lugares rodeados por abruptos torrentes como si fueran sus fronteras. Contra ellos tomó él mismo el mando de la expedición y ordenó construir puentes[246]. Y, cuando las aguas y el enemigo sembraron [7] la confusión, él arrebató el escudo de la mano a un soldado que vacilaba en el ascenso y fue el primero en abrir camino[247]. Entonces, cuando, al seguirle la tropa, el puente se vino abajo por el peso de la multitud, con heridas en las manos y rodillas, más impresionante por la sangre y más augusto[248]

por el peligro que había corrido, destrozó a los enemigos que huían.

24

Guerra contra los panonios

Los panonios se encuentran defendidos por dos impetuosos ríos, el Dravo y el Savo. Tras saquear a sus vecinos, se ocultaban en sus orillas. Envió a Vinio a someterlos[249]. Fueron [9] abatidos en las riberas de cada uno. Las armas de los vencidos no fueron quemadas de acuerdo con la costumbre de la guerra[250], sino quebradas y arrojadas a la corriente para que, de esta forma, anunciaran a los que resistían el prestigio de César.

25

Guerra contra los dálmatas

Los dálmatas vivían habitualmente en los bosques, de donde salían [11] con suma presteza para el pillaje. Ya antes, el cónsul Marcio[251], con el incendio de la ciudad de Delminio, los había, por así decirlo, decapitado. Después, Asinio Polión —el segundo de los oradores[252]— les había confiscado rebaños, armas y tierras; pero Augusto envió a someterlos por completo a Vibio[253], quien obligó a tan fiera raza a cavar la [12] tierra y arrancar de sus venas todo el oro; con tanto afán lo rebuscaba esta gente —por otra parte, la más avara de todas—, con tal cuidado, que parecía que lo extraían para su propio provecho.

26

Guerra contra los mesios

Causa espanto decir qué fieros, qué crueles, qué bárbaros entre los propios bárbaros[254] fueron los mesios. Uno de sus jefes, tras pedir silencio [14] antes de la batalla, inquirió «¿Quiénes sois vosotros?»; se le respondió a su vez: «Romanos, dueños del mundo». Mas aquél replicó: «Así será, si [15] nos vencéis». Marco Craso[255] consideró esto un presagio. Ellos, inmolando un caballo ante la formación, juraron que ofrecerían a sus manes las entrañas de los generales muertos [16] y se las comerían. Podría creerse que los dioses les habían escuchado: ni siquiera pudieron aguantar el sonido de las trompetas. Gran espanto infundió a los bárbaros el centurión Comidio, de necedad bastante bárbara pero eficaz para hombres tales, quien, portando sobre su yelmo[256] un fuego que se agitaba con el movimiento de su cuerpo, emitía una luz, de tal suerte que su cabeza parecía arder en llamas.

27

Guerra contra los tracios

Los tracios habían llevado a cabo frecuentes rebeliones antes, pero la más importante tuvo lugar en el reinado de Remetalces[257]. Éste había acostumbrado a sus bárbaros a la disciplina de un ejército regular, incluso a las armas romanas; pero, una vez sometidos por Pisón[258], mostraron su furia en su cautividad, puesto que, al intentar romper sus cadenas a mordiscos, castigaban su propia fiereza.

28

Guerra contra los dacios

Los dacios viven pegados a sus montes. De allí, cuantas veces el Danubio helado enlazaba sus orillas, a las órdenes de su rey Cotisón, solían [19] atacar y devastar a sus vecinos. A César Augusto le pareció que era necesario alejar a este pueblo, cuyo acceso era tan difícil. Enviado, pues, Léntulo[259], los rechazó a la otra orilla; en la de acá, se fijaron guarniciones. En consecuencia, la Dacia no fue vencida entonces, sino que su conquista se pospuso y difirió para otro momento[260].

29

Guerra contra los sármatas

Los sármatas cabalgan por sus amplias llanuras[261]. Para éstos fue suficiente que el mismo Léntulo los apartara del Danubio. Nada poseen salvo sus nieves, escarchas y bosques. Tal es su barbarie que ni siquiera comprenden qué es la paz.

30

Guera contra los germanos

¡Ojalá no hubiese tenido tanto interés en someter también la Germania! Su pérdida fue más vergonzante que gloriosa su conquista. Pero, [22] puesto que sabía que su padre Gayo César había perseguido la guerra, tras haber cruzado por dos veces el Rin con un puente, deseó convertirla en provincia en honor suyo[262]; y lo habría conseguido si los bárbaros hubiesen podido soportar nuestros defectos tanto como nuestras órdenes.

Enviado a esta provincia Druso[263], primero sometió a los usipetas, luego recorrió el territorio de los ténceros y [23] catos; y, con los despojos y enseñas de los marcomanos, alzó [24] una especie de elevado túmulo a modo de trofeo. De allí se dirigió a la vez contra las poderosas naciones de los queruscos, suevos y sigambros que, utilizando la crucifixión de veinte centuriones a modo de juramento sagrado, habían iniciado la guerra

con la esperanza de una victoria tan segura que habían dividido anticipadamente el botín con este [25] acuerdo: los queruscos habían elegido los caballos, los suevos, el oro y la plata, los sigambros, los prisioneros; mas todo sucedió al contrario. Pues el vencedor, Druso, distribuyó sus caballos, rebaños, collares, y a ellos mismos, como botín y [26] los vendió. Además, para custodiar la provincia estableció por todas partes guarniciones y puestos de vigilancia a lo largo del río Mosela, el Elba y el Weser. En la propia orilla del Rin levantó más de cincuenta fortines. Enlazó Bona y Gesoriaco con puentes y reforzó su protección con la escuadra[264]. [27] Hizo transitable la selva Hercinia, intrincada[265] e inaccesible hasta este momento. En síntesis, tal paz había en Germania que los hombres parecían cambiados, la tierra diferente y el propio clima más suave y benigno de lo acostumbrado. No por adulación, sino en razón de sus méritos, [28] al morir allí el valerosísimo joven, el propio Senado —hecho nunca acaecido antes— le concedió el sobrenombre de la provincia.

Pero es más difícil conservar una provincia que conquistarla[266]; [29] se conquistan con tropas, se retienen con justicia. La alegría fue, pues, breve. De hecho, los germanos habían [30] sido más vencidos que sometidos y, mientras estuvo como general en jefe Druso, sentían un respeto superior por nuestras costumbres que por los ejércitos[267]; cuando murió, [31] comenzaron a odiar los caprichos y la soberbia de Varo no menos que su crueldad[268]. Este osó celebrar juicios y, poco precavido, publicó edictos[269], como si pudiera contener la violencia de los bárbaros con las vergas de los lictores y la [32] voz del pregonero. Ellos, que ya antes contemplaban entristecidos sus espadas enmohecidas y sus caballos inmóviles, tan pronto como advirtieron que el foro y las leyes eran más crueles que la guerra, tomaron las armas a las órdenes de Arminio; [33] entretanto, tal era la seguridad de Varo en la paz que ni siquiera se alteró al ser informado de la conjuración por uno [34] de sus príncipes, Segestes[270]. Atacándole de improviso, sin que hubiera tomado precaución alguna, ni temiera nada semejante, cuando él —¡qué seguridad!— los citó ante el tribunal, lo invaden por todas partes; se apoderan del campamento; [35] masacran tres legiones[271]. Varo, al verlo todo perdido, tuvo el mismo destino y coraje que Paulo en su día de [36] Cannas[272]. Nada más cruel que aquella matanza en medio del fango y los bosques, nada más insoportable que el insulto de los bárbaros, en especial contra sus abogados defensores. A [37] unos les sacaban los ojos, a otros les amputaban las manos; la boca de uno fue cosida, tras cortarle antes la lengua a la que un bárbaro, sosteniéndola en su mano, increpó: «Por fin dejaste de sisear[273], víbora». Incluso el cadáver del propio cónsul, [38] que el respeto piadoso de los soldados había inhumado, fue desenterrado. Los bárbaros poseen todavía las enseñas y dos águilas; la tercera, la arrancó el portaestandarte antes de que cayera en manos del enemigo y, tras ocultarla en el hueco de su talabarte, quedó escondida en la ensangrentada ciénaga[274]. Con esta derrota se consiguió que el Imperio que no se [39] había detenido con firmeza al borde del Océano, se detuviera a la orilla del río Rin[275].

31

Guerra contra los gétulos

Esto ocurría al norte; por el sur había más tumultos que rebeliones. A las órdenes de Coso, reprimió a los musulamos y gétulos, habitantes de las Sirtes[276]. Por ello se le concedió el sobrenombre de Getúlico, de mayor entidad que la propia [41] victoria. Confió el sometimiento de los marmáridas y garamantes a Quirinio[277]. También él habría podido regresar como Marmárico, pero fue más moderado en su valoración de la victoria.

32

Guerra contra los armenios

En oriente hubo más dificultad con los armenios. Ahí envió a uno de los dos Césares, sus nietos[278]. El destino de ambos fue breve, pero el de uno carente de gloria; Lucio murió por enfermedad en Marsella, Gayo pereció en Siria a causa de una herida, cuando intentaba recuperar la Armenia que se [43] había pasado en secreto a los partos. Pompeyo, después de vencer al rey Tigranes, había acostumbrado a los armenios a la única servidumbre de recibir de nosotros sus regentes[279]. Este derecho, que había quedado interrumpido, fue recuperado gracias a él, en un combate no incruento, y, a pesar de todo, ni siquiera importante. Pues, Dones, a quien el rey Arsaces[280] [44] había colocado al mando de los partos, tras simular una traición, acercándose a Gayo[281], volcado en la lectura de un codicilo que él mismo le había entregado que, [aparentemente], contenía la relación de los tesoros, lo atacó con la espada súbitamente empuñada. Lo cierto es que entonces Gayo César se recuperó de la herida por un tiempo y *** Por su parte, el bárbaro, rodeado por todas partes por los [45] enemigos, dió satisfacción a Gayo César, que todavía en ese momento estaba vivo[282], con el hierro y la pira a la que se arrojó al verse herido.

33

Guerra contra los cántabros y astures

Por occidente, en casi toda Hispania reinaba la paz, a excepción de la zona que, partiendo de las estribaciones rocosas del Pirineo, baña la orilla más próxima[283] del Océano. Aquí vivían dos pueblos extraordinariamente resistentes, [47] cántabros y astures, nunca sometidos a nuestro Imperio. El primero en iniciar la rebelión, el más enérgico y pertinaz fue el de los cántabros[284], que, no contentos con defender su libertad, pretendían incluso imponer su dominio a sus vecinos y hostigaban con frecuentes incursiones a los vaceos, turmogos [48] y autrigones[285]. Contra éstos, pues,

ya que pregonaban que iban a actuar más contundentemente, no envió una expedición, sino que se hizo cargo de ella él mismo. Llegó personalmente a Segisama y acampó[286]; luego, rodeando toda Cantabria con el ejército dividido en tres alas, mantuvo encerrada a esta gente feroz, como en una red, cual fieras [49] salvajes. Ni siquiera hubo reposo desde el Océano, puesto que también las propias espaldas del enemigo fueron hendidas por una peligrosa escuadra. Primero se luchó contra los cántabros al pie de las murallas de Bérgida[287]. De ahí, rápidamente huyeron hacia el altísimo monte Vindio[288], donde habían confiado que antes ascenderían las olas del mar que las armas romanas. En tercer lugar, la ciudad de Aracelio[289] resistió con gran firmeza; con todo, fue capturada. Finalmente, [50] se sitió el monte Medulio[290], que cercaron con una fosa continua de quince millas y atacaron por todas partes a la vez; cuando los bárbaros advirtieron su fin, anticiparon su muerte, mientras celebraban un banquete, por el fuego y la espada y el veneno que allí se extrae habitualmente de los árboles del tejo, y la mayoría se libró de la cautividad, que, para hombres no sometidos hasta el momento, parecía peor que la muerte. César se enteró de estos sucesos por medio [51] de los legados Antistio y Furnio, y Agripa[291], mientras pasaba el invierno en las costas tarraconenses. Luego, acudiendo [52] ya él mismo, a unos los hizo descender de los montes, a otros los cogió como rehenes y a otros los vendió por derecho de guerra como esclavos. La gesta le pareció al Senado [53] digna de la corona de laurel, digna del carro triunfal: pero César era ya tan grande que menospreció acrecerse con el triunfo. Por esta época, los astures habían descendido de [54] sus nevados montes con una numerosa hueste. El ataque no se lanzó, como es habitual entre los bárbaros, temerariamente; sino que, tras haber acampado junto al río Astura[292], con su formación dividida en tres cuerpos, se dispusieron a [55] atacar los tres campamento romanos a un tiempo. El choque con hombres tan valerosos, que atacaban tan súbitamente y con tal decisión, habría resultado dudoso y sangriento, ¡y [56] ojalá saldado sólo con una derrota mutua!, de no ser por la traición de los brigecinos[293], gracias a cuyo aviso llegó Carisio[294] con su ejército. Aunque fue para nosotros una victoria haber aplastado sus proyectos, pese a todo, también el [57] combate resultó cruento. Acogió los restos del derrotado ejército la muy poderosa ciudad de Lancia[295], donde se combatió con la naturaleza del lugar, a tal punto que, cuando exigieron incendiar la ciudad capturada, el general consiguió [58] con dificultad su perdón, para que fuera testimonio más conspicuo de la victoria romana quedando en pie que siendo reducida a cenizas.

[59] Éste fue el fin de las campañas de Augusto, el fin mismo de la revuelta de España. Luego su fidelidad fue firme y la paz eterna, tanto por el carácter de éstos, más inclinado al arte de la paz, como por la previsión de César, que, temeroso de la seguridad que les inspiraban los montes en los que se refugiaban, les ordenó habitar y vivir en su campamento, [60] porque se alzaba en la planicie[296]; que allí radicase la asamblea de la nación; que aquel espacio se considerara como su capital. Favorecía el proyecto la naturaleza de la región, pues todo su entorno es aurífero y rico en crisócola y minio y

otras sustancias colorantes. Ordenó trabajar el suelo. Así, rebuscando en las profundidades de la tierra, mientras trataban de conseguirlos para otros, los astures comenzaron a tener conocimiento de sus recursos y riquezas.

34

Paz con los partos y divinización de Augusto

Una vez pacificados todos los [61] pueblos al occidente y al sur, también al norte —al menos entre el Rin y el Danubio—, igual que en oriente entre el Ciro y el Éufrates, incluso aquéllos que estaban libres de nuestra dominación percibían nuestra grandeza y respetaban al pueblo romano, vencedor de naciones. En efecto, los escitas y los sármatas[297] enviaron legados [62] para solicitar nuestra amistad. También los seres[298] y los indios, que viven bajo el mismo sol, trayendo, con sus piedras preciosas y perlas, entre otros presentes, elefantes, hacían valer especialmente la longitud del trayecto —habían tardado cuatro años—; con todo[299], el propio color de sus hombres ponía de manifiesto que venían de otro clima. [63] También los partos, como si se avergonzaran de su victoria, nos devolvieron las enseñas arrebatadas tras la derrota de [64] Craso[300]. Hubo así en todo lugar para todo el género humano una paz única y duradera o un pacto, y por fin César Augusto se atrevió a cerrar el bifronte Jano, en el año setecientos desde la fundación de la ciudad, clausurado en dos ocasiones antes de su reinado, bajo Numa y tras la primera [65] victoria sobre Cartago[301]. A partir de este momento, dedicado a la paz, reprimió con múltiples leyes, duras y severas[302], un siglo proclive a todos los vicios e inclinado a la molicie, y, a causa de tan destacadas acciones, se le concedió el título de dictador perpetuo y Padre de la Patria[303]. Incluso se [66] debatió en el Senado si puesto que había fundado el Imperio debía denominársele Rómulo; pero pareció más sagrado y venerable el nombre de Augusto, evidentemente para que, ya en ese momento, en su vida terrenal, con tal denominación y título quedara divinizado[304].

[1] Floro resume en estas tres leyes el intento revolucionario de los Graco, cuya sombra proyecta hasta Druso, agrupando temáticamente las «cuatro» sediciones (cf. Intr., cap. VI). Lamentablemente, ni él apunta su complejidad y alcance —los Graco intentaron resolver los problemas de su época con los precarios medios de una constitución ya inadecuada para el momento, viéndose inmersos en la violencia desatada por la radicalización de las posturas—, ni nosotros podemos hacerlo ahora.

[2] La frase, prácticamente idéntica a la de II 2 [III 14], 3, ha sido suprimida de algunas ediciones.

[3] La controvertida reforma de Gayo tenía por finalidad mejorar la administración provincial, puesto que los tribunales de los procesos de concusión contra los gobernadores, miembros del estamento senatorial, no estarían formados por ellos: los jueces serían los caballeros, exclusivamente, o con los senadores. Pero, si éstos habían sido tendenciosos en ocasiones, los caballeros fueron nefastos por favorecer a los acusados de su orden, como demostró el caso de Rutilio (cf. II 5 [III 17], 3). Pero sus medidas consiguieron crear una conciencia de clase en los *equites,* trazando una línea de separación con aquéllos.

[4] El Estado debía conceder a un precio político un modio de trigo a cada ciudadano sin recursos, lo que supuso —ahora, cuando esto desembocó en el reparto de trigo gratuito, y peor luego, cuando a ello se añadió el de otros productos: aceite, carne,…—, una pesada carga para el fisco.

[5] La ley pretendía revitalizar la propiedad privada —y, en consecuencia, el ejército— exigiendo el cumplimiento de las leyes Licinio-Sextias (cf. libro I, n. 158), que prohibían una posesión individual superior a 500 yugadas del *ager publicus.* La yugada era una medida agraria de superficie equivalente a 2.500 m^2.

[6] Hijo del pacificador de Cerdeña y España (I 33 [II 17], 9), y de Cornelia, hija del Africano I, se había distinguido en la tercera guerra púnica a las órdenes de su cuñado, E. Emiliano (cf. libro I, n. 323); en Numancia participaría en el tratado de Mancino (cf. libro I, n. 316). Tribuno en el 133, su proyecto debe integrarse dentro del complejo contexto de la antigua aristocracia y sus tradicionales ideales de *pietas, fides* y *dignitas;* olvidó, sin embargo, los cambios socio-político-económicos ocurridos, que hacían inviable la vuelta atrás. Para la última frase, cf. el juicio sobre Gayo de VELEYO (II 6, 1); y para el tema del incendio, *infra,* II 5 [III 17], 1.

[7] Cf. I 34 [II 18], 4.

[8] Situada a lo largo del *Comitium* (cf. I 5 [11], 10), cuando se abandonó definitivamente éste, Augusto construyó otra inmensa, que cubría el extremo oeste del Foro, en la que el orador podía presentarse al público con sus amigos —se pretendía alejar así el fantasma de la tiranía—.

[9] Para otros autores, su nombre era Marco; como tribuno podía poner el veto a la propuesta de ley de su colega, lo que en circunstancias normales habría sido resuelto mediante el procedimiento habitual: el Senado decidía; pero su intransigencia encrespó los ánimos de Tiberio, quien planteó su deposición —propuso que el pueblo decidiera si la ley debía ser aprobada y si un tribuno, hostil a una ley beneficiosa para ellos, podía permanecer en su cargo—, que fue unánimente aceptada. Dado que atentaba contra la inviolabilidad (cf. libro I, n. 155), su acción, sin precedentes en la historia constitucional romana, lo convirtió en sedicioso. Floro, lógicamente, simplifica los hechos.

[10] La renovación del cargo no estaba prohibida por la ley, pero sí excluída de la costumbre.

[11] Primo de Tiberio y Gayo y cabeza de la facción optimate más radical, cuando el cónsul P. Mucio Escévola (enemigo suyo y partidario de las reformas, y probable editor de los *Annales Maximi)* se negó a actuar contra aquél, capitaneó al grupo de senadores y clientes que atropellaron al tribuno. Enviado a Asia (132), en parte para salvarle de las iras de la multitud, murió en Pérgamo. Floro, a diferencia de los otros dos historiadores «oficialistas», Veleyo y Valerio Máximo, ni justifica a los asesinos, ni utiliza términos peyorativos para caracterizar a los reformadores; no hay censura moral en su juicio (sobre ello, cf. G. HINOJO, «Juicio de los historiadores imperiales sobre los Gracos», *Helmantica* 34 [1983], 293-308), pero sí insiste, con todos los procedimientos posibles de su formación retórica, en la idea de violencia y terror que acompañó estos intentos (cf. I. MORENO, «El recurso enumerativo …, pág. 434-435).

[12] Vehemente e inteligente, y también excelente orador, sirvió bajo su cuñado en Numancia (cf. n. 6) y fue nombrado triunviro en la comisión agraria. Tribuno diez años después que su hermano (123) —no «inmediatamente»—, su programa poseía una mayor visión de futuro y abarcaba un amplio registro de

propuestas que alcanzaban a más sectores de la sociedad —cabe destacar, por su importancia inmediata, que las provincias consulares fuesen asignadas antes de su elección—.

13 No fue de Gayo, sino de Tiberio, de quien partió esa propuesta sobre la herencia (cf. I 35 [II 20], 2; e Intr., Cap. VI, n. 173) para resolver los problemas de asignación de tierras; fue ella la que hizo estallar la ira del Senado.

14 M. Rufo (I 39 [III 4], 5), tribuno del 121, propuso la abrogación de la *lex Rubria* que había dado vida a la colonia de Cartago, nada popular entre el pueblo.

15 Aquí hemos preferido la lectura tradicional de *fatale* concertado con Capitolio —lugar en el que había muerto Tiberio (cf., además, Intr., cap. VI, n. 219)—, en lugar de con *manu* («facción») de MALCOVATI; la forma castellana mantiene el doble sentido del termino latino: «señalado por los hados» y «funesto».

16 El Senado había dictado el senadoconsulto último, decreto por el que se establecía el estado de excepción y se concedían a los magistrados poderes extraordinarios para velar por la República. Opimio (cf. libro I, n. 334) lo persiguió con sus partidarios hasta el Janículo, donde, herido, se hizo matar por un esclavo que, prestamente, se dió también muerte.

17 De hecho, Gayo, al no ser ya tribuno, no gozaba de la inviolabilidad. Su cadáver, como el de Tiberio y sus partidarios, fue arrojado al Tíber y sus propiedades confiscadas; a las mujeres se les prohibió llevar luto.

18 Perteneciente a la baja nobleza, convertido en «popular» al ser depuesto de su cargo de cuestor por el Senado, fue elegido tribuno para el 103 (luego para el 100).

19 En el texto hay una laguna. Mario necesitaba su apoyo para lograr el reparto de tierras para sus veteranos —primero los de África y luego los de la campaña contra cimbrios y teutones— y él se beneficiaba del prestigio y poder del victorioso cónsul.

20 Otros autores lo denominan Nunio.

21 Se trata de un presunto hijo de Tiberio que su hermana Sempronia, pese a todas las presiones, se negó a reconocer.

22 El alambicado giro alude a la carencia de ciudadanía del personaje.

23 Fue Metelo Numídico (I 36 [III 1], 10); durante su censura (102) había tratado de expulsar del Senado a Saturnino y Glaucia, impidiéndolo su primo y colega Metelo Caprario (cf. libro I, n. 272).

24 Rival de Glaucia, y también de los populares, tribuno de la plebe en el 111 —momento en el que había censurado a la *nobilitas* encargada de la campaña contra Yugurta—, aspiraba al consulado para el 99.

25 La noticia, probablemente difundida por la nobleza para desacreditarle, remite también a Tiberio.

26 Decretado el senadoconsulto último por Escauro (cf. I 36 [III 1], 5), Mario se vió obligado a actuar contra el grupo refugiado en el Capitolio, hasta que, cortado el suministro de agua, se entregaron confiando en la protección del cónsul que los llevó a la Curia (100).

27 Hijo del adversario de Gayo (cf. I 39 [II 4], 5) y sobrino de Rufo *(infra),* era abuelo de Livia, tercera esposa de Augusto; su intento de reforma democrático-conservadora (91) trató de buscar un compromiso entre caballeros y senadores en la cuestión de los tribunales: 300 caballeros, tantos como senadores, entrarían a formar parte del Senado, renunciando a su vez, a los puestos de jueces. Su propuesta de ley sobre la concesión de ciudadanía a los ítalos, no atendida, fue el preludio de la guerra social (II 6 [III 8]). Para la distinta visión de VELEYO, cf. n. 31.

28 El íntegro senador Publio R. Rufo, cónsul del 105, tras su estancia en la provincia de Asia había sido injustamente acusado de corrupción por los caballeros (92). En el fondo, la acción iba dirigida contra el célebre pontífice y jurista Quinto Mucio Escévola (hijo del cónsul del 133, cf. n. 11), quizá el elemento más representativo de la *nobilitas,* a quien no se atrevieron a atacar directamente, y del que era legado (94-93). Tras la condena, se exilió al lugar que presuntamente había esquilmado, donde fue recibido con los brazos abiertos; el proceso colmó la paciencia de los optimates. Sobre Metelo, cf. n. 23.

29 Pretor en el 90, hijo del vencido en Arausio (cf. I 38 [III 3], 4) y cuñado de Livio, amigo suyo al principio, se opuso a él después.

30 Sobre Escauro, cf. § 5; Lucio Marcio Filipo (cf. n. 37), había sido antes partidario de Saturnino.

31 VELEYO, en cambio (II 14, 2), recoge sus últimas palabras de tono muy distinto: «Parientes y amigos, ¿tendrá la República un ciudadano semejante a mí?».

32 Los *viatores,* generalmente libertos o personas de baja extracción social, estaban al servicio de los magistrados y senadores; sus tareas iban desde transmitir sus mensajes hasta llevar a cabo arrestos o ejecutar las sentencias.

33 SCHACKLETON BAILEY («Textual Notes…», pág. 174) proponía una lectura cuya traducción sería: «perseveraron en reclamarlo…; al no serles concedido, lo buscaron con las armas».

34 Mantenemos esta traducción para *bellum sociale* por su carácter tradicional, pese a no ser la más ajustada (cf. la del epígrafe), ya que con el término *socii* se alude a los «aliados» del pueblo romano y no todos participaron. Otros hablan de «itálica», la «última samnita», o «mársica» — porque, si bien aquéllos fueron los últimos en capitular, éstos se distinguieron en su petición de la ciudadanía y en la lucha—. Aunque tomaron parte los pueblos de la zona suroriental, excepto Calabria y los Abruzzos, el núcleo estuvo en la zona montañosa central. Pese a la dureza de la confrontación, por afectar justamente a quienes se habían formado en su escuela, Roma se impuso con sus habituales procedimientos: el perdón a los que renunciaban a las hostilidades y la guerra sin cuartel a los demás.

35 Su obligación era aportar tropas auxiliares terrestres o marítimas.

36 La estratégica capital de la confederación, en la Vía Valeria, fue tomada en el 89. Para la paradoja, una más del relato, cf. Intr., cap. VIII, n. 215.

37 Sexto J. César y Filipo (cf. n. 30) eran los cónsules del 91. El proyecto se había gestado antes de la muerte de Druso, que lo habría impedido avisando a Filipo, pese a lo cual fue acusado de cómplice *(De Viris Illustribus* 66, 12).

38 Según SALOMONE *(Epitome…,* pág. 291, n.l), Lucio J. César (cf. II 9 [III 21], 1), el cónsul del 90, era el encargado de las operaciones en el sur. Sin embargo, el texto permite pensar que Floro ha confundido a éste con Sexto (§ 8); y, de hecho, JAL los identifica *(Florus,* II, pág. 146). Rutilio, cónsul del 90, había sido pretor en torno al 93; para Cepión, cf. supra n. 29.

39 SCHACKLETON BAILEY («Textual Notes…», pág. 174) prefería el dativo, *funeri,* referido a la masacre y carnicería de la armada romana.

40 Nieto del Censor (cf. I 31 [II 15], 4), tal vez el tribuno del 100 opuesto a Saturnino, combatió con éxito (cf. I 5 [11], 8) hasta su muerte, durante su consulado (89).

41 Sobre él, legado de César, cuyos brillantes éxitos en esta campaña le facilitarían la obtención del consulado del 88, cf. I 36 [III 1], 17 y II 9 [III 21], 2.

42 Padre del Magno, cónsul del 89, combatió en el sector norte donde tomó Áscoli. Responsable de la ley Pompeya que concedía el derecho latino a los transpadanos, fue el primero en advertir las ventajas que para alguien poco respetuoso con la constitución romana, ofrecía, además del respaldo de la armada, un encumbramiento que podía rozar el límite de la legalidad y el beneficio personal de la extensión del derecho de ciudadanía.

43 Según la tradición, Apio Herdonio había sitiado el Capitolio en torno al 460 con sus clientes y esclavos, pero la sedición fue finalmente sometida por el dictador de Túsculo, Mamilio (cf. libro I, n. 53), a quien se recompensó con la ciudadanía romana (SALOMONE, *Epitome…,* pág. 293, n. 2, habla de Publio Volumnio Amincio Galo). El pasaje, como el de las sediciones (cf. n. 1), está estructurado también temáticamente.

44 En sentido estricto eran lugares, habitualmente subterráneos, donde se enviaba como castigo a convictos y esclavos; en general, servían de custodia a los de las grandes propiedades latifundistas que adquirieron auge a partir del siglo II. Sicilia era idónea para una rebelión de este tipo por las condiciones especialmente duras que los esclavistas imponían y la escasa protección que la administración romana ofrecía ante sus desafueros.

45 Nacido en Apamea, esclavo en Henna, se hizo llamar «Antíoco», con cuyo nombre acuñó moneda; para su caracterización, semejante a la de Atenión y Olónico, cf. Intr., cap. IX.

46 Los iniciadores de la revolución fueron los esclavos del brutal Damófilo y su esposa Megálida, de los que aquéllos se vengaron cumplidamente. Su noble hija, en cambio, fue entregada por ellos mismos a unos parientes sana y salva.

47 La cronología de todo el episodio es poco segura *(ca.* 136-132; la pretura de L. Papirio Hipseo se fija en el 139 ó 135; Léntulo, ¿Lucio, el cónsul del 130, o Gneo, pretor del 137?); para el posible orden de actuación de ellos, cf. SALOMONE, *Epitome...,* pág. 295, n. 9. Manlio puede ser el Aulo M. Torcuato, cuestor del 81, por el que se inclina ella; o Gneo, pretor del 72 derrotado por Espartaco, por el que se decide JAL *(Florus,* II, pág. 147; pero también, pág. 20, n. 1). Pisón debe ser el analista, L. Calpurnio P. Frugi, pretor en el 136 y censor el 120, cuyo hijo homónimo obtuvo una corona áurea durante la contienda del consulado de su padre, el 133.

48 La mención de este Perpena puede ser un error: fue Publio Rupilio, seguidor de E. Emiliano y cónsul del 132 con Popilio Lenas, quien conquistó Taormina y luego Henna (132), mientras Perpena (cf. I 35 [II 20], 6), cónsul del 130, derrotaba a Aristónico (§ 9). Quizá actuara junto a Rupilio como promagistrado.

49 Levantada por los sículos para mantener alejados a los sicanos, *omphalos* de Sicilia, poseía un importante santuario de Deméter.

50 La *ovatio* era un triunfo menor decretado al general victorioso, cuando el éxito había sido de escasa entidad o faltaba alguna de las condiciones para el triunfo.

51 Sobre su caracterización, cf. n. 45. Él tomó el mando en Segesta y Lilibeo; vencido por Manio —no Tito — Aquilio (§ 11; cf. 1. I, n. 382 y 385), hijo del vencedor final de Aristónico (I 35 [II 20], 7), fue enviado a la isla tras los escasos éxitos de Gayo Servilio (102), que, a su vez, había sustituido a Lóculo (pretor urbano del 104, hijo del introductor de la familia en la *nobilitas,* cf. 1. I, n. 302); de hecho, la sucesión de los acontecimientos fue la contraria a la referida por Floro. El conflicto concluyó en el 100.

52 HALM y FORSTER añadían *Romanam,* que, para una mejor comprensión de la frase, recogemos también. Jal la traduce sin incluirla en el texto. En cambio, ninguno añade al *servi* el *liberi* del *Bambergensis* que H.T. WALLINGA *(Bellum Spartacium:* Florus' Text and Spartacus Objetive», *Athenaeum* 80 (1992), págs. 25-43) considera esencial para entender un texto cuya inspiración se debería a la acción de los esclavos manumitidos en el 214 cuyo comandante, Tiberio Sempronio Graco (†212), escribió al Senado que «algún día lucharían como hombre libres» (LIV. XXIV 14,3); Espartaco y su gente, pretendiendo imitar la organización legionaria y aspirando a la manumisión oficial, habrían suscitado el recuerdo de tal episodio en el epitomador.

53 El tracio Espartaco —que al parecer había militado en las tropas auxiliares romanas y fue convertido en esclavo por deserción (§ 8)—, y los galos Criso y Enomao, estaban en la escuela de gladiadores de Cn. Cornelio Léntulo Batiato; la rebelión (verano del 73) adquirió pronto auge entre los esclavos y los elementos rurales desposeídos.

54 El pasaje es complejo y las conjeturas, múltiples. El texto del *Bambergensis* parece enlazar con el hecho de que el altar de la diosa era considerado un refugio para los esclavos desde la Antigüedad. FORSTER, en cambio, que hablaba de *velut rabidis beluis,* enfatizaba el carácter de bestias salvajes que habrían tenido, tal vez en contraste con el Vesubio, siempre considerado un bellísimo lugar. La sugerencia de WALLINGA *(«Bellum Spartacium...»,* págs. 32-34), sustituir *ara Veneris* por *arx belli servis,* aclararía mucho el sentido del pasaje: «los esclavos decidieron que el monte Vesubio sería su primer asiento como fortaleza militar».

55 El pretor y cuestor del 73 fueron varias veces derrotados por Espartaco, cuyo movimiento, que llegaría a contar con 150.000 hombres, se extendería por todo el sur de la península.

56 La devastación de las campanas Nola y Nuceria sólo es recogida por Floro; Turio (cf. libro I, n. 129) y Metaponto eran famosas urbes de la Magna Grecia en el golfo tarentino.

57 Cf. la caracterización de Viriato (I 33 [II 17], 15) y para los clichés, en general, Intr., cap. VI, n. 189.

58 Los juegos debieron celebrarse en honor de la muerte de Criso, que había caído en el monte Gárgano, en Apulia, vencido por el propretor Quinto Arrio.

59 Gneo Cornelio Léntulo Clodiano, cónsul del 72, tras el desastre, fue destituido por el Senado; Casio Longino, padre del cesaricida y cónsul del 73, derrotado y muerto en la ciudad de la vía Emilia.

60 Gladiador que llevaba el yelmo gálico sobre el que se agitaba la cimera, con la imagen de un pez —el

término latino, *mirmillo,* deriva de *mormýlos* o *mormýros,* una especie de pescado— y el escudo rectangular; combatía con un tracio o reciario. Aquí su sentido es el genérico de gladiador. Para los presentes históricos, cf. Intr., cap. VII, y para el *populus Romanus* como el sujeto elididido, ib., n. 208.

61 El futuro triunviro (cf. I 46 [III 11], 2; e *infra),* procónsul a la sazón, acabaría la guerra (73).

62 La expresión latina procede del lenguaje de los juegos gladiatorios donde uno de los dos contendientes debía morir sin remisión (cf. II 13 [IV 2], 35). Floro, una vez más, simplifica los hechos. Los rebeldes desistieron de su intento de pasar a Sicilia con la ayuda de los piratas cilicios que los traicionaron, tal vez corrompidos por el pretor de Sicilia, Verres. Espartaco todavía se dirigió a Brindisi, quizá para cruzar al Epiro, pero, al saber que Lúculo ya estaba allí, regresó a enfrentarse con Pompeyo, enviado por el Senado en ayuda de Craso. La propuesta de WALLINGA *(«Bellum Spartacium...»,* págs. 35-43) es que el gladiador buscaba ofrecerse oficialmente a Roma, a través de Craso, en una *deditio* que presuponía un gran ascendiente por su parte, como jefe, sobre sus hombres. La lucha final tuvo lugar en Lucania.

63 Su cuerpo no fue encontrado; 6.000 esclavos fueron crucificados en la vía Apia.

64 Lucio Cornelio Sila descendía de una antigua familia patricia, pero no sobresaliente en la esfera política; culto y dominado por el afán de gloria, tras una vida disoluta se ganó el respeto de los soldados y del propio Mario (cf. I 36 [III 1], 13); cónsul del 88, se le concedió la dirección de la campaña contra Mitrídates (cf. I 40 [III 5], 9), origen de la disputa con Mario.

65 La lectura de MALCOVATI, «un tumulto mayor que una guerra», deja poco claro el sentido de la frase. La corrección propuesta por TERZAGIII («Per una nuova edizione di Floro», pág. 166), que ya había utilizado FORSTER, *magis quam bello,* permite entender mejor, creemos, el sentido que Floro debió dar a la frase.

66 Publio Sulpicio Rufo, patricio que renunció a tal condición para ser elegido tribuno de la plebe (88), llegó a un acuerdo con Mario por el que, si éste le ayudaba a obtener la aprobación de sus propuestas, especialmente la de la inclusión de los itálicos en todas las tribus, él conseguiría del pueblo que se le entregara la dirección de la guerra póntica *(supra).* En los tumultos siguientes (cf. *supra,* n. 64), Sila sólo logró salvarse apelando a la ayuda del propio Mario que le prestó su casa. Sulpicio consiguió por la fuerza su propósito y Sila fue privado del mando (cf. libro I, n. 383).

67 Fue la primera vez que el ejército atacó la *Urbs,* evolución lógica tras la reforma de Mario (cf. libro I, n. 342 y 358); los altos oficiales no apoyaron a Sila, salvo un cuestor; pero los soldados, al verse privados del importante botín de Oriente, pidieron ser conducidos a Roma.

68 O, como en alguna otra ocasión, Floro se equivoca, puesto que ninguno de los dos eran cónsules, o en la transmisión textual hay un error y hay que sustituir el nominativo *consules* por el dativo *consuli* que es la decisión que nosostros hemos seguido.

69 La lucha se dió sobre todo en el Esquilino y pasó luego a la Subura, pero no puede excluirse el combate en el Capitolio; para éstos, cf. I 7 [13].

70 Los vencedores revocaron las leyes de Sulpicio, declarándolo enemigo público con Mario, y obligaron a que los plebiscitos sólo pudieran otorgarse si contaban previamente con el beneplácito del Senado.

71 Mientras la cabeza de aquél era expuesta en el Foro, el anciano Mario se libró con dificultad —salvó la vida, gracias a la compasión ciudadana ante los gritos del esclavo enviado para ejecutarle, un germano al que él había capturado en la guerra címbrica (VELEYO, II 19, 3-4)—. Regresaría a Roma con Cina (87), muriendo dos semanas después de su investidura como cónsul para el 86 (§ 17).

72 En el 87: eran el democrático Cina —conocido adversario de Sila, que gobernaría de hecho la Ciudad hasta su muerte a manos de sus soldados (84), cuando pretendía llevarlos contra aquél, ya vencedor de Mitrídates—; y el débil optimate Octavio (§ 14).

73 La ciudad se entregó a los democráticos, que la asaltaron impunemente; el suministro de grano quedó interrumpido.

74 Papirio C., sedicioso tribuno en el 92, luego cónsul con Cina (85-84) y después (cf. *infra*, § 26) con Mario el Joven (hijo adoptivo de Mario), al que no pudo ayudar en Preneste, huyó a África abandonando a sus tropas ante la llegada de los silanos; capturado por Pompeyo fue ajusticiado en Lilibeo.

75 El famoso orador, abuelo del triunviro, cónsul del 99, fue muerto por la indiscreción de un esclavo. Gneo Octavio, adversario de Saturnino en el 100 y cónsul del 87 con Cina, a cuyo deseo de modificar la legislación silana se opuso, desencadenando la que Cicerón llama *bellum Octavianum* —tras expulsarlo nombró a Mérula (§ 16) cónsul sufecto porque, como *Flamen Dialis* que era (en cuyo cargo sería seguido por César), no podía tomar parte activa en la actividad consular—, fue muerto por C. Marcio Censorino —tras negarse a huir, después de la rendición del Senado—, vistiendo sus ropas consulares.

76 Se trata del pontífice Gayo Julio César Estrabón y el cónsul del 90, Lucio (II 6 [III 18], 12). Sobre Fimbria, hijo de un *homo novus* y amigo de su protector Mario, cf. libro I, n. 387. Los Penates eran los dioses protectores de la familia cuyas representaciones se veneraban en el larario de los atrios.

77 El primero, identificado por algunos con M. (?) Bebio ¿Tánfilo? (cf. SALOMONE, *Epitome...,* pág. 307), fue el tribuno del 103, opuesto a Saturnino, violentamente alejado del Foro al oponerse a sus propuestas. El segundo, probablemente, era uno de los magistrados encargados de acuñar moneda entre 123-103.

78 Cátulo (cf. libro I, n. 362) se asfixió en una estancia encalada recientemente, todavía húmeda (cf. I, n. 368), en la que hizo arder fuego (VELEYO, II 22, 4).

79 Lucio Cornelio Mérula había renunciado al consulado al que había sido elevado por Octavio (cf. n. 75) a la llegada de Cina.

80 El pretor Quinto Ancario (88) fue muerto al no responder Mario a su saludo. A partir de entonces, el gesto se convirtió en sintomático y el procedimiento, en habitual.

81 Para el 83 habían sido elegidos el popular Gayo Norbano ¿Balbo?, y el aristócrata Lucio Cornelio Escipión Asiático, símbolos de la unión entre patricios y *homines novi* en el gobierno.

82 Del 82; cf. § 13.

83 Cónsul del 95 (cf. II 5 [III 17], 3) junto con el orador Lucio Licinio Craso, fue muerto por Lucio Junio Bruto, entonces pretor urbano (82). Sobre Vesta, cf. I 1 [2], 3.

84 Lugar cercano a Preneste, la ciudad se decía fundada por Tarquino el Soberbio.

85 Ya en Roma (§ 6) —la *Collina Porta,* en la muralla serviana, al noroeste del Quirinal, como punto estratégico importante, había desempeñado ya un papel destacado en la invasión gala (LIV., V 41, 4) y en la campaña contra Aníbal (LIV., XXVI 10, 1)—, donde las tropas silanas llegaron en persecución de las marianas supervivientes. La batalla (1 de noviembre) duró toda la noche y parte del día siguiente.

86 Era el espacio del Campo de Marte donde los magistrados realizaban el censo y las levas, y se recibía a los embajadores extranjeros que no podían entrar en el *pomerium.*

87 Sila fue el primero en fijar listas con las personas condenadas a muerte, estableciendo la recompensa para quienes cumplieran la tarea y el castigo para los encubridores (APIANO, *G. civiles* I 95-6); luego fueron las ciudades (§ 28). L. Fufidio, prosélito silano, propretor en la *Hispania ulterior* (80), sería vencido por Sertorio.

88 Sobre Carbón, cf. §§ 13 y 20; Q. Valerio Sorano fue muerto por Pompeyo en Sicilia (82); M. Pletorio era senador; quizá también Venuleyo; Bebio, desconocido, podría ser el citado antes (§ 14).

89 Floro confunde el parentesco: hijo de la hermana de Mario y Marco Gratidio, era primo del adoptado (§ 13); fue torturado por Catilina, partidario de Sila entonces.

90 El epitomador, interesado como siempre en un final retórico (cf. Intr., Cap. VI) y dominado por la brevedad, silencia los hechos posteriores: Sila fue nombrado «Dictador perpetuo para la formulación de las leyes y la restauración del Estado»; su obra, en las reformas constitucionales y burocráticas, en la dictadura militar permanente, en sus títulos, la utilización de la religión como base para su poder, incluso en sus funerales (cf. II 11 [III 23], 1), fue el antecedente de la de César y base de la creación del Imperio.

91 Quinto Sertorio, cuya figura —rebelde contra un régimen odioso, revolucionario popular y nacionalista hispánico, aventurero sin escrúpulos— fue muy discutida ya en las fuentes antiguas, vino a España huyendo de las proscripciones silanas. Nombró un Senado compuesto por exiliados romanos, entrenó a los indígenas en la táctica romana y fundó una escuela para los hijos de la aristocracia nativa en Huesca —este estudio general sería el punto de partida de las futuras universidades—, lo que le concedió el favor y fervor de los hispanos que le

ayudaron en una serie de reformas político-militares, como alternativa al poder de Roma —en definitiva, para enfrentarse a ella—. Con todo, la maquinaria romana funcionó una vez más: los procónsules fueron ganando terreno, las dificultades lo hicieron cada vez más cruel con su entorno y, finalmente, cayó asesinado en un banquete (cf. § 9).

92 Metelo Pío, hijo del Numídico (cf. I 36 [III 1], 10) y cónsul con Sila (80), fue vencido por Sertorio en la Lusitania durante su proconsulado (79-71), triunfando luego con Pompeyo (71).

93 Enviado a España (77) con un proconsulado extraordinario —recuérdese la irónica fórmula con la que se defendió su nombramiento: no «como procónsul», sino «en lugar de los cónsules»—, cuando abandonó España, después de sofocar los últimos reductos de la resistencia (71), había dejado ya firme la base de su influencia que tendría su reflejo en la guerra civil (cf. II 13 [IV 2], 26 y 86-7).

94 Marco Domicio Calvino (pretor en el 80) y Lucio Torio Balbo fueron vencidos por Lucio Hirtuleyo (79), que luego caería luchando contra Metelo (75).

95 Laurón, difícil de localizar (cf. II 13 [IV 2], 86), estaría situada entre Sagunto y Valencia, o próxima al Júcar. Sucrón, junto a ese río, ha sido identificada por algunos con Alcira. Pese a las palabras de Floro, en ambos encuentros resultó vencedor Sertorio (75).

96 Legado de Lépido en Cerdeña, tras asesinar a Sertorio (n. 91), resentido por su creciente ascendencia y su propia falta de éxitos, fue capturado y muerto por Pompeyo.

97 Como en Atenas (cf. I 40 [III 5], 10 e Intr., cap. VI-VII), la expresión final, alambicada e intensiva, con varias negaciones, parece aludir a ciertas prácticas de canibalismo.

98 Pompeyo lo celebró el último día de diciembre (71); al siguiente comenzaba su consulado (70). Para los plurales intensivo-poéticos, cf. Intr., cap. VII, n. 221.

99 En el 78 fueron cónsules el padre († 77) del triunviro (cf. II 16 [IV 6], 1), que pese a haberse casado con la hija de Saturnino, luego se pasó a Sila; y el hijo homónimo del cónsul del 102 (cf. II 9 [III 21], 15).

100 A la muerte de Sila —leit-motiv que liga estos tres capítulos (cf. Intr., cap. VI)— los cónsules (78) se enfrentaron por los honores funerarios que éste debía recibir. Lépido —enriquecido con las proscripciones, y elegido para este cargo contra los deseos de Sila, pero con la ayuda de Pompeyo—, intentó evitar su celebración a expensas públicas. Cátulo y los silanos pretendían los más altos, criterio que al final prevaleció. Tal y como se realizaron, en su pompa y sentido, fueron el preludio de los de César y los emperadores.

101 Su programa político incluía el regreso de los exilados, la restauración de las propiedades confiscadas y la reanudación del reparto de trigo a la plebe.

102 La revuelta se inició en ese lugar, al expulsar unos campesinos a los colonos silanos. Paradójicamente, Lépido fue el encargado de aplastar una rebelión de la que era responsable.

103 El proceso es el contrario: declarado enemigo público, el Senado invistió de poderes extraordinarios a Cátulo y Pompeyo; éste se dirigió al norte, donde derrotó a Marco Junio Bruto (padre del cesaricida) en Módena (77) y luego lo asesinó; después regresó al sur para vencer con Cátulo a Lépido, quien moriría después, no tanto por enfermedad cuanto por la tristeza de haber descubierto la traición de su esposa (cf. PLINIO, *Hist. Nat.* VII 122). El puente Milvio, que salvaba la vía Flaminia, al norte de Roma, mencionado por primera vez en el 207 y reconstruido, por primera vez —luego, infinitas—, por Escauro (109; cf. n. 26), sería luego el lugar en que fueron apresados los alórogues en la Conjuración de Catilina (63; cf. n. 113) y el de la famosa derrota de Majencio por Constantino (312).

104 Lucio Sergio Catilina, pretor en el 68 y propretor en África (67-66), aspiró, sin éxito, a varios consulados: el 65 (su candidatura fue rechazada por presentarla fuera de plazo); el 64 (estaba inmerso en un proceso de concusión en el que fue defendido, entre otros, por Cicerón y del que salió absuelto); el 63 (derrotado por Antonio y Cicerón); y el 62, en el que fue vencido por Murena y Silano. Este último revés lo decidió. Su complot, perfecto exponente de las condiciones sociales de distintos grupos — mísero proletariado urbano, campesinos empobrecidos, víctimas de la especulación y la fuerza, aristócratas frustrados y ambiciosos a la búsqueda del poder personal, etc.—, es un ejemplo de la caótica situación de la República en esos momentos. Floro silencia un primer intento fallido (66), en el que el encargado de dar la señal a los conjurados habría sido él

(SAL., *Conj. de Catilina* 5-8) —aunque se apresuró excesivamente—, o César, que no habría comparecido el día señalado, por arrepentimiento o por miedo (SUET., *César* 9, 2).

105 Para el plural intensivo, cf. Intr., Cap. VII, n. 221; es una forma de resumir, destacándola, la información de SALUSTIO *(Conj.* 17,3). Para las identificaciones, cf. el Índice; en el caso de Sila, como SALUSTIO mismo especifica, se trata del hijo de Servio Cornelio S.

106 Publio Cornelio L. Sura, cónsul del 71, había sido expulsado del Senado por los censores del 70. Pretor de nuevo (63), encargado de las negociaciones con los alóbrogues, arrestado y convicto, fue ejecutado tras la deliberación del Senado.

107 Según SALUSTIO *(Conj.* 22,1), hubo quienes dijeron que Catilina, tras su discurso, les había hecho beber sangre mezclada con vino con la correspondiente imprecación (cf. libro I, nn. 91 y 445), para obligarles más entre sí; pero señala que esto, como otras cosas, sólo fueron invenciones de los que luego pretendieron apagar el odio suscitado contra Cicerón (cf. *infra)* por sus drásticas medidas contra ellos.

108 Los cónsules del 63 eran el famoso orador —que, pese a ser un *homo novus* (cf. 1. I, n. 242), obtuvo el consulado gracias al voto optimate y a lo largo de toda su vida capitalizó al máximo, y en exceso, el éxito logrado en la conjuración—; y Gayo A. Híbrida, hijo del orador (cf. II 9 [III 21], 14) y hermano del Crético (cf. I 42 [III 7], 2), apoyado por los populares.

109 SALUSTIO *(Conj.* 23, 3-4), en cambio, alude al noble linaje de la amante de Quinto Curión, uno de los conjurados, cuya largueza y amenazas le habían resultado sospechosas.

110 La primera catilinaria se pronunció el 7, o el 8, de noviembre; al día siguiente, la segunda; la tercera, el 3 de diciembre tras el arresto de los alóbrogues (noche del 2 al 3); y la última, el 5, en la sesión en que se decidió la pena para los conjurados (§ 10). Salustio no recrea ninguna.

111 Las últimas palabras son las de la famosa expresión salustiana *(Conj.* 31, 9) que Catilina pronunció, no cuando el historiador las aduce (tras la primera catilinaria), sino en julio, antes de las elecciones consulares, cuando Catón le había amenazado con un proceso (cf. Intr., cap. VII).

112 Los libros sibilinos, cuyo origen se remontaba a los etruscos —la Sibila de Cumas los habría vendido a Tarquino Prisco—, revisados en tiempo de Augusto y cuya última consulta fechada data del 363 (AMIANO XXIII 1, 7), profetizaban que tres «Cornelios» reinarían en Roma: Cina y Sila, ya muertos; y, ahora, él (§ 3).

113 Para la diferencia de planteamiento con la versión salustiana —que menciona explícitamente la resistencia que opuso Volturcio en el enfrentamiento del puente Milvio *(Conj.* 46, 4) y, cómo, una vez capturado, intentó, en principio, no hablar del tema hasta que confesó *(ib.,* 47, 1), después de prometerle la impunidad—, cf. Intr., Cap. V, n. 130. La *altera proditio* parece más una forma de resumir la información y caracterizar a los personajes, que un auténtico error (con todo, cf. *infra).*

114 El proceso no es exacto. Los alóbrogues (cf. 1. I, n. 348) fueron apresados antes de la «traición» de Volturcio (cf. *supra),* justamente para apoderarse de la carta de los conjurados; ello permitió arrestar de inmediato a Léntulo, Cetego y Estatilio. Volturcio iba con ellos.

115 El Senado se manifestó en las dos líneas brillantemente ejemplificadas por los discursos antitéticos de SALUSTIO *(Conj.* 51-52); César, por su propio carácter y su simpatía hacia los conjurados, más benévolo; Catón, más enérgico e intransigente, logró la condena.

116 En enero del 62, cuando intentaba pasar a la Galia, cogido entre Antonio y Metelo, fue derrotado por el propretor Petreyo (II 13 [IV 2], 26), en Pistoya. El final evoca claramente el salustiano.

117 El pasaje, uno de los más elaborados del *Epítome,* permite advertir la multiplicidad de recursos del autor. La imposibilidad de apuntar las figuras, juegos y referencias, en cada caso, nos obliga a remitir a los interesados a la selección recogida en los capítulos VI-VII de la Introducción.

118 Sobre las cifras, variables momento a momento en este caso, cf. Intr., cap.VI, n. 169 ss.

119 Se trata, respectivamente, del tetrarca de la Galacia Occidental, a quien el Senado otorgó el título de rey, y los reyes de Capadocia y Cilicia tracia, y los astos (Tracia oriental) y tracios macedónicos.

120 Sobre el importante tópico, cf. Intr., Cap. VIII, n. 258. También, en general, para la *Fortuna.*

[121] Eran los cónsules del 60; Q. Cecilio M. Céler era enemigo de Pompeyo, que había repudiado a su hermanastra Mucia *Tertia,* de la que tuvo a Cneo y Sexto. En cambio, la carrera de Afranio aparece ligada al triunviro, a cuyas órdenes luchó contra Mitrídates y como legado suyo gobernaría la *Citerior* (53); vencido y perdonado en Lérida por César, logró huir en Farsalia, pero fue ejecutado tras Tapsos (§§ 26, 66 y 90).

[122] Eran los de madera, anteriores al de piedra que el propio Pompeyo levantó en el Campo de Marte (cf. I 40 [III 5], 21 y II 5 [III 22], 5), inaugurado en el 55.

[123] Sobre Metelo, cf. I 42 [III 7], 4. Catón se había opuesto a los deseos de Pompeyo cuando éste regresó de la campaña mitridática (63): entrega de tierras a los veteranos y ratificación de sus medidas en Oriente.

[124] El acuerdo (60), secreto y privado, denominado por Catón monstruo de tres cabezas, es el primer triunvirato: César aportaba su prestigio, la simpatía popular de que gozaba y el apoyo del partido democrático; Craso, el de los *equites* y el dinero; Pompeyo, la ayuda de sus veteranos con el eco de sus victorias.

[125] Esta frase y la anterior sobre Craso y Julia —desposada con Pompeyo en el 59— parecen directamente inspiradas en el texto de LUCANO (I 125-6 y 98-120); cf. Intr., cap. VI.

[126] L. Cornelio L. Crure y Gayo Claudio M. eran los cónsules del 49; los acontecimientos referidos después por Floro son, en realidad, anteriores a los primeros días de enero, cuando se inició el enfrentamiento —tras la carta ultimátum de César leída en la sesión del día 1, fecha en la que éstos comenzaban su mandato—.

[127] El epitomador simplifica la compleja cuestión (cf. CÉSAR, *G. civil* I 1-10). Tras la sesión de ese 7 de enero, se votó el senadoconsulto último contra César por negarse a licenciar a sus tropas.

[128] Rímini era la primera ciudad importante al sur del Rubicón, río que, tras las reformas administrativas de Sila (cf. n. 90), constituía la frontera de Italia. Al cruzarlo con su ejército —con la famosa frase: «La suerte está echada» (SUETONIO y PLUTARCO coinciden en el mismo capítulo de sus respectivas *Vidas,* el 32)—, éste comenzaba la guerra civil.

[129] Lucio Domicio Enobarbo (para el *cognomen,* cf. 1. I, n. 351) —casado con Porcia, hermana de Catón (I 44 [III 9], 5)— había intentado arrebatar a César el gobierno de la Galia, escenario de los triunfos de su abuelo en el 56 (cf. I 37 [III 2], 6). La clemencia cesariana, al dejarlo en libertad tras su vergonzosa capitulación aquí, le permitió defender Marsella, de la que también huyó, para caer, finalmente, en Farsalia. Lucio E. Libón, suegro de Sexto Pompeyo, se pasaría después a César; su hermana Escribonia sería la segunda esposa de Augusto (n. 278). Termo, propretor en Asia en el 51-50, defendía *Iguvium* (Gubio).

[130] Pese a la rapidez de César —que, en un fulminante avance, se había apoderado con sus lugartenientes de las plazas fuertes que dominaban la via Casia y el Piceno—, Pompeyo consiguió escapar.

[131] Realmente, César no fue elegido cónsul por segunda vez hasta después de su vuelta de la campaña de España; es cierto que en este momento intentó resolver sus problemas legales, pero sin éxito. Durante el verano del 49 fue nombrado dictador por Lépido y bajo su convocatoria se celebraron las elecciones para el 48; accedió él, con Publio Servilio Isáurico (hijo del citado en I 41 [III 6], 4).

[132] El erario sagrado, *sanctius* o *interius,* era el que se conservaba en los subterráneos del templo de Saturno, como reserva *ad ultimos casus* (LIV., XXVII 10,11), procedente del 20% sobre el valor de los esclavos liberados. César, pese a sus palabras achacando a Léntulo la ruptura de los sellos antes de su precipitada huida *(G. civil* I 14, 19), se apoderó de él, sin que lograra evitarlo la férrea oposición del tribuno optimate Lucio Metelo (cf. I 46 [III 11], 3).

[133] Quinto Hortensio se encargó del Adriático; Curión (cf. § 34) fue enviado como legado propretor a África, tras ocupar Sicilia con dos legiones.

[134] Confiada a Domicio (§ 19), fue conquistada por el legado Gayo Trebonio, luego conspirador en la muerte del dictador. Décimo Junio Bruto Albino (cf. § 25 y II 15 [IV 4], 34) estaba al mando de la flota.

[135] Sobre si este término despectivo, *graeculus,* puede aludir al que se lanzaba contra el Emperador Adriano, cf. Intr., cap. V, n. 106.

[136] M. Petreyo (cf. II 12 [IV 1], 11), gobernaba la *Ulterior* desde el 55; sobre su muerte, cf. § 69. Para Afranio, § 8.

[137] El erudito polígrafo (116-27), también legado de Pompeyo, al verse abandonado por los soldados sin lograr entrar en Cádiz —ciudad que recibiría la ciudadanía latina por su comportamiento —, se entregó a César. El dictador lo perdonó, ahora y tras Munda (45), evitando la persecución que contra él había emprendido Antonio; luego le encomendaría la dirección de la primera biblioteca pública de Roma (47); pero su asesinato impidió realizar el proyecto que, retomado por Octaviano, recaería sobre Asinio Polión (ISID., *Etimol.* VI 5,2; PLINIO, *Hist. Nat.* VII 115; OVIDIO, *Tris.* III 1, 71; cf. n. 252) —. De su vasta producción queda sólo una parte del *De lingua latina y Rerum rusticarum libri III.*

[138] Publio Cornelio Dolabela, famoso por su carácter disipado y su poca habilidad política, se había casado con Tulia, la hija de Cicerón, de la que se separaría luego, sin devolver la dote; legado ahora con Gayo Antonio (49) —luego capturado por M. Bruto en Apolonia y probablemente ejecutado por orden suya—, y cónsul después con su hermano mayor Marco Antonio (44; cf. n. 189), se suicidó (julio del 43), en Laodicea (Siria) tras haber combatido con César en Farsalia, África e Hispania.

[139] Floro une aquí dos personajes diferentes: Marco Octavio, edil en el 50, y Libón (§ 19).

[140] Elegido tribuno en el 50 como enemigo de César que le había ofendido, se pasó a él resentido por la oposición de los optimates hacia sus planes. Sitiado junto al río Bagrada, tras algunos éxitos iniciales, cayó frente al cruel y arrogante Juba I, que, agraviado por ambos, se había unido a Pompeyo.

[141] Como antes (cf. II 8 [III 20], 14), el giro procede del lenguaje aplicado a los gladiadores.

[142] Para idéntica idea y expresión aplicada a Aníbal, cf. I 22 [II 6], 2.

[143] La anécdota y sus palabras —recogidas, también, por SUETONIO (58,2); PLUTARCO (38); APIANO, *Guerras civiles* II 57;)— muestran su intrepidez y decisión características.

[144] Unos 25 Km. aproximadamente (cf. I 13 [18], 24).

[145] SUETONIO *(César* 70,4) añade que, a pesar de ellas y de haber perdido un ojo, mantuvo la defensa del fortín.

[146] Frente a la sensata opinión de Pompeyo que, como experto general, pretendía rehuir el enfrentamiento directo, los optimates que le acompañaban lo forzaron a la batalla (9 de agosto del 48, cf. *infra).* Para la repetición del término, aquí *dux,* cf. Intr., cap. VII, n. 219.

[147] Floro confunde, en dos ocasiones (aquí y en II 17 [IV 7], 6), Farsalia (Tesalia) con Filipos (Macedonia). En cambio, no hay error en los §§ 64-6 y 89; sobre idéntica «confusión» en Lucano, cf. Intr., cap. V. La ubicación del lugar, bastante compleja (cf., como resumen, F. PASCHOUD, «La bataille de Pharsale: quelques problèmes de detail», *Historia* 30 [1981], 178-188), parece ser la orilla sur del Enipeo, afluente del Peneo. Era un lugar que, como César había deseado, impedía el libre despliegue de la superior caballería enemiga, que, en cualquier caso, no estuvo a la altura de su obligación (cf. *infra,* n. 150).

[148] Cf. § 8.

[149] El centurión primipilar fue el primero en lanzarse a la batalla, arengando a los soldados y asegurando a su *imperator* que se acordaría siempre de su valor (CÉSAR, *G. civil* III 91).

[150] La explicación más técnica del detalle parece darla FRONTINO (IV 7, 32) cuando advierte que tal tipo de golpe obliga al enemigo a retirarse girando la cabeza. Además de la posible crueldad del aserto, puede considerarse el ingenio de un experto general o la debilidad de la caballería pompeyana (cf. *supra,* n. 147).

[151] Pompeyo, con un pequeño pelotón, su quinta esposa, Cornelia (cf. n. 157), y su hijo Sexto, se dirigió a Egipto, cuyo rey, Ptolomeo XII Auletes († 51; cf. I 44 [III 9], 2), le debía mucho; al ir a desembarcar fue asesinado en el propio bote, el mismo día en que trece años antes celebrara su triunfo sobre Mitrídates (28 de septiembre), por su propio tribuno militar, Lucio Septimio, por orden de Teodoto y el eunuco Potino, tutores de Ptolomeo XIII, y Aquila, el jefe de la armada, que no deseaban verse arrastrados a una guerra por su causa.

[152] La joven (17 años) y hermosa Cleopatra VII, hermana, esposa y rival del Ptolomeo XIII con quien gobernaba desde su boda (51), logró el apoyo de César, que luego la desposaría con Ptolomeo XIV, su otro hermano (47); ella lo envenenaría después, estableciendo como corregente al hijo que tuvo con el dictador, Ptolomeo XV, Cesarión, asesinado por orden de Octaviano (30).

153 Sitiado mientras aguardaba los refuerzos, se vió obligado a prender fuego a la flota y las instalaciones del puerto, lo que provocó la pérdida de gran parte de la espléndida biblioteca de Alejandría.

154 La isla de Faro, definida como península por estar unida al continente por un dique (CÉSAR, *Guerra civil* 112, 1-5), controlaba la entrada al puerto.

155 El rey y muchos egipcios murieron en el río tras la batalla (marzo del 47), con lo que el suegro consideró vengado al yerno. Potino había sido ejecutado antes por orden de César, que con ese hecho cierra su relato de la Guerra Civil (III 112, 12).

156 Con su habitual *variatio* (cf. Intr., Cap. VII), el epitomador alude aquí a las famosas palabras con que César comunicó al Senado su victoria en Zela (47) —también silenciada (cf. libro I, n. 48)—, que luego figuraron en su cortejo triunfal: *Veni, vidi, vici* (SUET., *César* 36, 2 y 37, 2). La batalla duró unas cuatro horas, de ahí la expresión floriana.

157 Quinto Cecilio Metelo Pío Escipión (adoptado por Metelo Pío, cf. II 10 [III 22], 5) y cónsul con Pompeyo (52), era su suegro; Cornelia, viuda de Craso, se había casado con él (cf. n. 151) tras el fallecimiento de Julia, la hija de César, que había muerto de parto († 54).

158 Como en otras ocasiones (cf. 1. I, n. 250), en el enfrentamiento (6 de abril del 46), los elefantes, heridos por los honderos y arqueros cesarianos, pusieron en fuga a su propio ejército.

159 SCHACKLETON BAILEY («Textual notes…», pág. 174) modifica la extraña frase con esta propuesta: *… nec duces fortius. Non inconspicuos tamen mors omnium; quam ut effugerent, iam Scipio…* La traducción sería: «… y ni siquiera los generales tuvieron más valor. No obstante, su muerte no los dejó sin brillo; para huir de ella, ya Escipión…».

160 De hecho, ambos suicidios tuvieron lugar tras el de Catón (12 de abril): el de Escipión, después de ser capturado por la flota cesariana en Hipona; el de Juba, una vez que intentara en vano entrar en la capital de su reino; Numidia fue convertida en la provincia de Nueva África. César nombró al historiador Salustio su gobernador.

161 Para un final con tópicos parecidos, cf. el de Otón (SUET., *Otón* 11)

162 El estoico Catón (I 44 [III 9], 5) no pudo soportar ni la caída de la República ni la posibilidad de ser perdonado por César, y su muerte lo convirtió en un símbolo de resistencia a la tiranía, que perjudicó mucho la imagen de aquél. MALCOVATI descartó como glosa la adición de *B,* también suprimida por JAL e ICART: «que él mismo se había infligido dos veces». FORSTER la mantuvo.

163 Gneo y Sexto pasaron a España, tras tomar las Baleares, con los supervivientes de África.

164 La importancia concedida a esta batalla, de la que no sabemos nada más, ilustra los intereses retóricos de Floro (cf. Intr., cap. VI).

165 Probablemente la actual Montilla, al suroeste de Córdoba, contempló el encuentro forzado por César (17 de marzo del 45, ya del calendario juliano).

166 La conjetura de SCHACKLETON BAILEY («Textual notes…», pág. 174) para este pasaje, *occiderent et occiderentur...,* encaja perfectamente con las repeticiones del estilo floriano (cf. Intr., Cap. VII, n. 219), además de con el de LIVIO (VI 30, 5).

167 Tito Labieno (cf. 1. I, n. 424), padre del Pártico (cf. n. 226), se había pasado a los pompeyanos al comienzo de la guerra civil.

168 Para otras parecidas actitudes, cf. I 1 [3], 7 (Tulo Hostilio) y I 38 [III 3], 8 (Mario).

169 La *tragula* era una especie de jabalina pequeña, típica de galos y celtíberos.

170 Hay una distancia excesiva entre Munda (§ 78) y Laurón (cf. n. 95) para recorrerla con rapidez. M. BESNIER *(Lexique de Géographie ancienne,* París, 1913, pág. 420) y JAL *(Florus,* II, págs. 29; 47 y 146) las identifican sin problema; SALOMONE *(Epitome...,* págs. 315 y 435) las diferencia. El asesino es denominado Cesenio Lentón por DIÓN CASIO (XLIII 40, 2) y OROSIO (VI 16, 9).

171 La contradicción del texto a propósito de la esperanza o desesperanza de ambos es evidente. Por eso, entre otras razones, SCHACKLETON BAILEY («Textual notes…», pág. 175) propuso la más lógica de *adeo*

desperabat, sin el adverbio *nondum.*

172 Sexto, refugiado junto a los lacetanos, se enfrentaría luego con Augusto (cf. II 18 [IV 8]).

173 En los triunfos se incluían imágenes o representaciones pictóricas de los vencidos o sus países propios.

174 Arsínoe era la hermana menor de Cleopatra; Antonio la mandaría matar para complacer a su amante.

175 Era el ilustrado Juba II, hijo del vencido en Tapsos, que, educado en Roma con César y luego Octavio, se casaría con Cleopatra Selene, hija de M. Antonio y Cleopatra. Puesto al frente de Numidia (25 a.C.), reunió en varios libros sus notables conocimientos sobre diversas materias.

176 En realidad, los triunfos fueron cinco: los cuatro primeros —Galia, Egipto, el Ponto y África—, se celebraron antes de Munda, el mismo mes, con algunos días de intervalo (SUET., *César* 37, 1). El quinto, España, en octubre del 45. BESSONE *(La storia epitomata,* págs. 77-9) refuta el considerado «error» floriano (cf. Intr., cap. VI, n. 181), subrayando la retórica elaboración del pasaje y cómo distintas expresiones —incluida el «Hispania, dos veces sometida», que recogería la campaña del 49 y esa derrota de Munda— permiten advertir que el claro dominio floriano de la realidad histórica siempre se subordina a su concepción dramática.

177 Hijo del dictador y yerno de Pompeyo, fue capturado tras Tapsos con Lucio Afranio.

178 Cf. § 65.

179 Según el *Bellum Africanum* (95, 3), fue perdonada.

180 A César, como a Tiberio (II 2 [III 14], 7), se le acusó precisamente de querer convertirse en rey (cf. *infra,* n. 183). Como Floro utiliza el término *princeps* (§§ 92-93), que aplica también al pueblo romano, consideramos preferible traducirlo así.

181 Remate de los templos que se ubicó en el techo de su casa, concedido a iniciativa del Senado.

182 A propuesta de Marco Antonio, el mes *Quintilis* recibió su nombre, que todavía conserva: Julio.

183 Fue durante la fiesta de las Lupercales; pese a ser rechazada y ofrendada a Júpiter Óptimo se convirtió en uno de los pretextos para su asesinato; SUETONIO *(César* 79-80) señala más honores y con mayor precisión, ligándolos, también, a su muerte.

184 Marco Junio Bruto era hijo de Servilia (libro I, n. 402) y del homónimo, legado de Lépido (77); o, para otros, del propio César — de ahí sus últimas palabras pronunciadas en griego: «¿Tú también, hijo mío?», que Floro, pese a sus múltiples *dicta,* no recoge—; partidario de Pompeyo, fue perdonado por César tras Farsalia; participante en la conspiración por razones patrióticas, sus contemporáneos admiraban su independencia de espíritu y su categoría moral (cf. II 17 [IV 7], 14). Gayo Casio Longino, también perdonado por el dictador, había contado incluso con su apoyo y era pretor, con Bruto, ese mismo año.

185 El epígrafe no corresponde al del índice introductorio (cf. Intr., Cap. I, n. 20). El capítulo, considerado tal por los copistas, es, en realidad, la introducción de todo el pasaje dedicado ya a Augusto.

186 Hijo de Crético (I 42 [III 7], 2), como tribuno del 49 había intentado sin éxito defender la causa de César en el Senado, por lo que tuvo que huir oculto en un carro; educado en su escuela, pero sin su perseverancia y capacidad política, chocó desde el primer momento con Octavio.

187 Sobre esta aparente confusión, cf. II 13 [IV 2], 43.

188 El texto latino está incompleto, pero Floro ha resumido con habilidad el planteamiento político-psicológico de los momentos siguientes al asesinato del dictador.

189 Los cónsules del 44 eran Marco Antonio y César; Dolabela (cf. n. 138) era el sufecto que habría debido sustituir al dictador en su campaña contra los partos. Floro utiliza aquí un típico giro analístico para introducir la época imperial y presenta a Augusto como César *(infra);* a partir de este momento lo denominará así (cf. Índice onomástico).

190 En su último testamento, a diferencia de los anteriores donde era Pompeyo (cf. SUET., *César* 83), César dejaba como heredero principal a su sobrino Octavio, al que adoptaba; a Antonio —Suetonio no lo menciona—, y a Décimo Bruto *(infra);* al pueblo romano le legaba sus jardines y a cada ciudadano trescientos sestercios.

191 Protegido por el dictador, en cuyo asesinato a pesar de todo participó, como procónsul del 44 le había

sido adjudicada la Cisalpina —por la que justamente Antonio estaba interesado como recurso útil para sus planes, por su proximidad y como potencial para el reclutamiento—. Cuando Antonio se la reclamó en diciembre (44), en virtud del plebiscito de junio de ese mismo año, se negó a entregarla, retirándose a Módena, que fue sitiada por aquél; finalmente, abandonado por su ejército y capturado por un jefe galo, su cabeza fue enviada al futuro triunviro.

192 Floro simplifica la cuestión. Los cónsules del 43 eran Aulo Hircio, antiguo oficial de César, y Gayo Vibio Pansa, que murieron en la batalla, no Antonio que acababa de serlo (44; cf. n. 189). Y Octaviano, en estos momentos, ya disponía de mando al haberle concedido el Senado el de propretor (7 de enero del 43). Antonio, vencido (21 de abril), huyó perseguido por Bruto. El Senado, con los cónsules muertos, no pudo impedir que aquél se erigiese en triunfador, conservando su ejército.

193 Quien provocó este enfrentamiento, dos años después, fue el hermano de Antonio, Lucio (cónsul del 41), que había estado con él en Módena; su nombre debería ser añadido en la línea siguiente (L. Antonio), según propone SCHACKLETON BAILEY («Textual notes…», pág. 175); aunque Floro pudiera cometer errores —como convertir a Fulvia en esposa de Lucio—, en su opinión, era incapaz de suponer al triunviro prisionero de Octaviano. Sin embargo, la caracterización del personaje encaja perfectamente con éste (cf. II 20 [IV 10], 1 y 10). BESSONE *(La storia epitomata,* pág. 76) lo considera una licencia retórica de Floro —igual que la presunta confusión sobre el rey de Comagene (cf. n. 231)—: Lucio es «una pálida figura, súcubo de Fulvia, la *virilis uxor»* (cf. n. 196).

194 JAL prefiere el imperfecto *persolvebat,* porque en realidad esta expropiación la llevó a cabo Octaviano al regresar de Filipos (comienzos del 41).

195 Rica y ambiciosa, esposa sucesivamente de Clodio y Curión, antes de serlo de Antonio, era suegra de Octaviano, al haberse casado éste con su hija Claudia, a la que abandonó (41), a raiz de todos estos enfrentamientos. Tras la derrota, acudió a reunirse con Antonio en Grecia, muriendo allí antes de que éste se desposara con Octavia.

196 En esta ocasión nos hemos inclinado por la lectura de JAL, *virilis audaciae,* que presenta claro eco del retrato de Sempronia (SAL., *Conj.* 25, 1), en lugar de la de HALM y MALCOVATI, *virilis militiae.* TERZAGHI, por su parte («Per una nuova edizione di Floro», pág. 167), suprimía el *uxor* como glosa fuera de lugar: el *virilis militiae* es un genitivo de cualidad, dependiendo de *gladio,* «… ceñida con la espada, que es la propia del servicio militar de los hombres, *agitabat».*

197 Cf. n. 97; LUCANO (I 41) cita como famosa el «hambre perusina». Octaviano le perdonó la vida, sin duda para no enemistarse con Antonio con quien en el verano del 40 concertó la paz de Brindisi.

198 Estrictamente, este pasaje, como tantos otros (cf. Intr., cap. VII), ocupa un lugar inadecuado (cf. JAL, I, pág. XXXIV), puesto que la *Lex Titia* por la que fueron nombrados *III viri rei publicae restituendae* (27 de noviembre del 43) precedió a Filipos y al conflicto de Perugia (cf. *infra,* n. 200).

199 Tras Módena, Antonio se refugió junto a éste, gobernador de Hispania (48) y antiguo *magister equitum* de César (46-44); a ambos se unieron otros cesarianos, lo que indujo a Octaviano a aceptar la paz. Cónsul de nuevo (42), se hizo cargo de Italia durante la campaña de Filipos; impelido a retirarse del triunvirato, carente de la energía requerida para utilizar las oportunidades de que gozó por nacimiento y por haber disfrutado del favor de César, fue Pontífice Máximo, cargo en el que había sucedido a César, hasta su muerte (13 ó 12).

200 En la reunión de Bolonia donde se organizó el triunvirato (cf. *supra,* n. 198), además de la futura actividad de cada uno y el reparto de poder —Antonio, las dos Galias; Lépido, España y la Narbonense; Octaviano, Sicilia, Cerdeña y las dos Áfricas; e Italia, los tres—, se decidieron las poscripciones que fueron superiores en crueldad a las de Sila (cf. II 9 [III 21], 25).

201 En esta declaración desempeñó un papel decisivo Cicerón con sus doce Filípicas (especialmente la segunda), que le granjearon la enemistad eterna del triunviro (§ 5).

202 Las fuentes antiguas difieren sobre el punto de encuentro, probablemente entre el Lavino y el Reno; sobre el error de aludir a Perugia, en lugar de Módena, cf. Intr., Cap. VI, n. 173 y 181.

203 PLUTARCO *(M. Antonio* 20), generalizando, los eleva a 300, antes de añadir el episodio de Cicerón; en *Bruto* (27, 6), da una menor: 200; y más o menos ésta en la de *Cicerón* (46, 2).

[204] Floro parte del conocimiento de los hechos y los personajes por sus lectores. Se trata de L. Julio César, cónsul en el 64 y censor en el 61 con el padre de Curión (cf. libro I, n. 374), hijo del primo del padre del dictador y hermano de la madre de Antonio, honesta y digna. Esposa de Cornelio Léntulo, el conjurado al que Cicerón hizo ejecutar, pudo ser el motivo del odio entre su hijo y el orador que se habría negado —falsamente, según PLUTARCO *(M. Antonio* 2)— a entregarles el cadáver en una primera instancia. El biógrafo *(ib.,* 20,5-6) refiere la escena en que Julia lo salvó, gritando que no lo matarían antes de acabar con ella que había dado a luz a su *imperator (autokrátora).* De Emilio Paulo —que, siendo edil, comenzó la reconstrucción de la basílica Emilia y fue cónsul con Gayo Marcelo (50)— PLUTARCO *(ib.,* 19) advierte que al triunviro se le permitió matarlo, aunque, según otros testimonios, cedió, siendo los otros los que pedían su muerte; con todo, parece que escapó, muriendo en Mileto.

[205] Su muerte se produjo cuando intentaba huir, el 7 de diciembre del 43 (cf. I 11 [16], 6); el futuro Augusto, al que el orador había ayudado al comienzo del conflicto persuadiendo al Senado de que lo apoyase contra Antonio, no impidió la venganza de éste (§ 2).

[206] La expulsión de Tarquino (I 1 [7], 11 y 3 [9], 1-2) fue siempre el paradigma de la defensa de la libertad frente al despotismo tiránico. Aunque los cesaricidas se proclamaron paladines de aquélla y defensores de la República, al carecer de un plan político concreto, no lograron su objetivo y el asesinato careció de sentido.

[207] El Senado (17 de marzo), a propuesta de Cicerón, aprobó conceder tal amnistía, y, al tiempo, irónicamente, se revalidaron las decisiones cesarianas, lo que muestra, una vez más, la ambigüedad política del orador.

[208] Sobre Farsalia/Filipos, cf. *supra,* n. 147.

[209] El texto juega con el sentido distinto de la palabra *signa:* «enseña» y «señal» (cf. I 22 [II 5], 51 y 59 y II 13 [IV 2], 45 y 48; e Intr., Cap. VII, n. 233).

[210] Por su etimología —«de rostro quemado» *(Aethiops* viene de *aíthō,* «quemar», y *ṓps,* «vista» y «cara»), es decir, «negro»—, el término, que no aludía sólo al habitante del Alto Nilo, sino a todo hombre de piel oscura al sur del Sáhara, implica un presagio funesto.

[211] El genio, tras identificarse, le habría dicho que lo vería en Filipos; él le había replicado sin dudar: «Bien, allí te veré» (cf. PLUT., *Bruto* 36).

[212] Puesto que *praesens* es el epíteto propio del lenguaje augural, mantenemos la lectura de MALCOVATI frente a HALM y JAL, que siguen la de los dos principales manuscritos, *B N, praestantius.*

[213] Para la crítica hacia Antonio, cf. II 20 [IV 10], 1 y 10, e Intr., cap. VI.

[214] La idea que parece deducirse de esta frase es que el «valor», como parece interpretarlo Floro, y la «virtud», a la que probablemente aludía Bruto *—virtus* posee ambos matices—, son sólo palabras, que, con frecuencia, no influyen en el desarrollo y resultado de la acción humana en la vida real.

[215] De nuevo el epitomador une dos acontecimientos (cf. Intr., Cap. VI, n. 179), aquí, batallas; en la primera, Casio, vencido por Antonio, al creerlo todo perdido, acabó con su vida. Bruto se suicidó tras la segunda, unos veinte días después (el 23 de octubre del 42), lanzándose contra la espada sostenida por su amigo Estratón, o contra su propio acero.

[216] Casio era seguidor de la escuela epicúrea, según PLUTARCO *(Bruto* 37, 2), que refiere su larga réplica a Bruto, platónico impregnado de estoicismo, al que negaba la existencia del genio fantasmagórico del sueño (cf. § 8), o, al menos, de su voz y sus poderes. La frase de Floro parece ser una invención (cf. SALOMONE, *Epitome...,* pág. 361, n. 17). Pero recuérdense las palabras de Darío justificando el hecho de no suicidarse tras su derrota: «… prefiero morir por un crimen ajeno que por uno propio» (Q. CURCIO, V 12, 11).

[217] Cf. II 13 [IV 2], 86-87.

[218] Cf. I 41 [III 6], 7-15. Para las habituales paradojas y antítesis florianas, cf. Intr., cap. VI, n. 196.

[219] Sobre todo, porque dificultaba el abastecimiento de Roma. El encuentro, cuyo resultado sería efímero, tuvo lugar en el cabo Miseno (39).

[220] El juego de palabras, muy habitual en Floro y que el castellano no puede mantener, se establece aquí con

carinae, «quillas», y el barrio de Roma del mismo nombre, próximo al Esquilino, notable por sus grandiosos edificios.

221 La dificultad textual del pasaje ha permitido distintas lecturas. Podría entenderse también: «con todos los recursos del Imperio».

222 El lago, entre Pozzuoli y Bayas, se encontraba separado del mar por una estrecha franja de tierra sobre la que pasaba la vía Herculana; la unión con el Averno próximo se realizó, al parecer, con una serie de canales.

223 El autor de la doble victoria (36) obtenida en Milazzo (cf. libro I, n. 169), con la que Octaviano consolidó su posición, fue Agripa (cf. *infra,* n. 291).

224 Para esta última frase hemos aceptado la lectura de JAL (cf. I, pág. CLVIII), cuya reconstrucción encaja mejor con las palabras precedentes; el giro, paradójico, oscuro y poético, mantiene el juego estilístico con el *repetans* precedente. No obstante, la sugerencia de SCHACKLETON BAILEY («Textual Notes…», pág. 176) dejaría el texto de MALCOVATI con un sentido perfecto: *timens ne <sic> periret;* no, «temiendo morir»; sino «morir así». Sexto fue ejecutado por orden de Antonio.

225 La expresión final, *et nodus et mora,* es una reminiscencia virgiliana *(Eneida* X 428); cf. Intr., cap. V, n. 120.

226 Hijo del lugarteniente de César (cf. n. 167), enviado por Casio a los partos en busca de ayuda contra los triunviros, se quedó allí, ocupando Siria (41-40; *infra),* sin vacilar en denominarse *Parthicis imperator;* fue muerto (39) por Ventidio (§ 5), cuando huía, en el monte Capro (FESTO, *Brev.* XVIII).

227 Era el hijo mayor de Orodes II (cf. I 46 [III 11], 4), que, tras la derrota de Carras, había invadido Siria (40; *supra).* Ventidio lo derrotó y ejecutó (38) para desconsuelo de su padre, luego asesinado por su otro hijo, Fraates IV (cf. n. 280 y II 33 [IV 12], 63).

228 L. Decidio Saxa, que había combatido con César en España contra los pompeyanos (49), dirigiendo con Norbano la avanzadilla cesariana en Filipos, gobernó Siria por Antonio; según otras fuentes murió a manos de los partos.

229 Típico advenedizo de las guerras civiles, tras ayudar a Antonio después de su desastre en Módena y, como recompensa, ser nombrado cónsul sufecto (43), recibió el encargo de pasar a Asia, actuando allí contra los partos (§ 4). Cuando murió, tras notables éxitos por los que obtuvo el triunfo (38), recibió el honor de un funeral público. No hay evidencia ni del cognomen de Baso que suele dársele, ni de que sea el *mulio* («mozo de mulas») mencionado por VIRGILIO *(Catal.* 10).

230 El Orontes —de accidentado perfil y rico caudal, a cuyas orillas se alzan Heliópolis (Baalbek), Emesa, Arethusa y Apamea—, baña un fértil valle y era la ruta obligada para el comercio y los ejércitos. El Éufrates —con las notables ciudades de Akkad, Ur y, sobre todo, Babilonia—, defendía la entrada a las mesetas de Armenia y su papel, como el del Rin, fue el de marcar la separación entre la civilización helénicoromana y los partos o persas; los bárbaros.

231 El pacto, según DIÓN CASIO (XLIX 22), fue firmado con Antíoco I de Comagene, al norte de Siria (cf. n. 193; para el error, cf. Intr., cap. VI, n. 173 y 181). En este momento los partos no ofrecían peligro y la guerra se debió exclusivamente al deseo de gloria de Antonio que pretendía realizar el sueño de César.

232 Floro alude a la costumbre de recordar en las bases de las estatuas de los triunfadores los nombres de los pueblos vencidos o lugares en los que se había obtenido la victoria.

233 El término latino, *dolabra,* alude a un tipo especial de instrumento de doble punta, mixto de pico o azadón y hacha que los soldados utilizaban para cavar y seccionar (cf. I 38 [III 3], 7). Durante el camino, la tropa se dedicó a robar el tesoro de Antonio, destruir pinturas y estatuas, y cometer pillajes de todo tipo.

234 VELEYO (II 82, 3) expresa la misma idea: «… consideraba esta fuga una victoria puesto que había escapado vivo».

235 Realmente, la relación con Cleopatra se había iniciado años antes, después de Filipos, tras su entrevista en Tarso (41).

236 VELEYO (II 82, 4), en cambio, advierte que entró en Alejandría llevando una corona de oro. La caracterización de Antonio, con los tópicos de los monarcas orientales (cf. Intr., cap. VI, nn. 159 y 1. I, n. 242),

tiene múltiples precedentes y continuadores (Nerón, Heliogábalo; Galieno; Carino, Diocleciano). Pero quien inició la campaña de desprestigio contra él fue el propio Augusto en el discurso con que abrió su consulado del año 33.

237 Tras múltiples vacilaciones, Antonio, por insistencia de Cleopatra, se decidió a dar la batalla (2 de septiembre del 31), frente al promontorio de Accio, buscando la salida al mar abierto.

238 La diferencia más importante radicaba en la heterogeneidad de las tropas del antiguo triunviro frente a la solidez del viejo aparato militar romano, a las órdenes del gran general que era Agripa (cf. *infra,* n. 291).

239 VELEYO (II 85, 6), que no alude a la posible premeditación de la fuga, se pregunta cómo habría utilizado la hipotética victoria, cuando, en la realidad, había huído.

240 Frente a Alejandría, Antonio intentó repeler el ataque, pero, al verse abandonado por la mayor parte de su ejército e informado de la presunta muerte de su amante (cf. PLUT., *M. Antonio* 76), acabó con su vida (verano del 30).

241 El suicidio por la mordedura de serpiente fue deducido a partir de las dos pequeñas marcas que sobre su brazo aparecían en una pintura. La repetida aliteración del sonido «s» en el texto latino, subraya el sibilante serpenteo de los ofidios (cf. II 30 [IV 12], 37); para las aliteraciones, cf. Intr., cap. VII, n. 225.

242 Bajo los epígrafes siguientes se refieren, con poca precisión y un orden peculiar, el de los puntos cardinales (cf. Intr., cap. VI y I 35-40 [II 20-III 5]), los enfrentamientos exteriores que Augusto sostuvo durante su principado.

243 El sujeto del bloque, elidido como antes el pueblo Romano, es Augusto (cf. I 45 [III 10], 16, e Intr., cap. VII, n. 208).

244 Mientras los breunos y vindélicos están bien identificados, resulta más conflictiva la mención de los cenos (tracios), o ucenos (conjetura de ROSSBACH, aceptada por las ediciones posteriores); éstos, sólo citados por PLINIO *(Hist. Nat.* III 20, 137), al parecer, residían en la zona más occidental de los Alpes.

245 Hijo menor de Tiberio Claudio Druso Nerón y Livia, tercera esposa de Augusto, y hermano del futuro Emperador Tiberio, era el preferido de su padrastro para sucederle, tras la muerte de Marcelo, Agripa y sus nietos (cf. infra, n. 278). El Nórico se convirtió en provincia el año 15.

246 Esta campaña (35-33), denominada dalmácica por el nombre de la tribu ilírica asentada en la costa adriática (II 25 [IV 12], 11), fue dirigida personalmente por Augusto —la única, con la cántabra (SUET., *Aug.* 20, 1)—. Pero, incluso en esas ocasiones, el éxito se debió a sus colaboradores, sobre todo, Agripa (cf. infra, n. 291); él carecía de talento militar, lo que le privó siempre del halo de los generales victoriosos.

247 Al ver que los soldados no hacían caso de sus reproches, se lanzó a cruzarlo con sus generales, Hierón y Agripa, dos guardias personales y unos pocos escuderos; heridos varios, incluso él, al derrumbarse el maderamen, logró subir a la torre con sus enseñas (APIANO, *Iliria* X 20).

248 La referencia al título de Augusto (cf. II 34 [IV 12], 66) es obvia. Floro utiliza idéntico adjetivo, *augustior;* que para Rómulo (I 1 [1], 18); sobre ello, ideológica y retóricamente, pero apenas esbozado, cf. Intr., cap. VI e *infra,* n. 304.

249 Floro confunde a Vinio con Marco Vinicio, *homo novus* de Cales (Campania), cónsul sufecto del 19 y a quien el historiador Veleyo dedicaría su obra por haber disfrutado de su patronazgo. Sobre el 13, durante (tal vez) su proconsulado, y con Agripa, llevó a cabo las operaciones que concluirían el 9 d. C, tras las campañas de Tiberio (II 22 [IV 12], 4), sustituto de Agripa a su muerte (12 a. C.). El acéfalo *elogium* de Túsculo que habla de sus campañas transdanubianas plantea problemas sobre las fechas (14-13; 10; 1 d. C.).

250 Las armas eran generalmente quemadas por el vencedor o por el pueblo vencido (cf. I 34 [II 18], 17).

251 Se trata de Gayo Marcio Fígulo (cónsul por segunda vez en el 156); sobre Dalmacia, cuya principal ciudad era Delminio, en la Erzegobina occidental, cf. I 39 [III 4], 1.

252 Autor de una prestigiosa *Historia de las guerras civiles* y constructor de la primera biblioteca pública (cf. infra, n. 137), cónsul en el 40, con el botín del triunfo sobre éstos (39), se retiró a la vida privada, tras la campaña; amigo de César y Antonio, Horacio y Virgilio, y organizador de las primeras lecturas públicas en Roma, aparece citado tras Cicerón por QUINTILIANO (X 1, 113); el comentario de Floro puede ser un apunte propio o una glosa, a partir del pasaje que éste le dedica.

253 Gayo Vibio Póstumo formó parte de la expedición (6 al 9 de nuestra era), en la que también estuvo el historiador Veleyo, a las órdenes de Tiberio; cónsul sufecto el 5 d. C., fue el primer gobernador de la nueva provincia, cuando el Ilírico se dividió (cf. I 39 [III 4], 1).

254 Sobre la expresión, *barbari barbarorum,* cf. § 16 y I 22 [II 6], 35, e Intr., Cap. VII, n. 239.

255 Nieto del triunviro, cónsul del 30 y antiguo partidario de Sexto Pompeyo y Antonio, sucesivamente, fue el encargado de la campaña (29-28); el incidente provocado a propósito de su interés por conseguir los *spolia opima* (cf. I 1 [1], 11) al matar al jefe de los *Bastarnae* con sus manos y la renuencia de Augusto a concederlo, celoso de su gloria militar, aduciendo que no luchaba bajo sus propios auspicios, pudo acelerar el proceso de regulación constitucional sobre la posición de Octaviano. En cualquier caso, se le permitió celebrar el triunfo (27). La organización de la provincia fue posterior (comienzos del s. I d. C.).

256 Sólo Floro habla del personaje; el yelmo —*cassis,* con la misma raíz de campamento *(castra)* y *casa* (cf. I 1 [1], 3), relacionada con la idea de cubrir—, diferente de la *gallea,* era de metal.

257 Ésta tuvo lugar entre el 13-11, antes de que Remetalces I († 14), tío de Rascuporis, el hijo de Cotis (cf. II 13 [IV 2], 5), llegara al trono (12/11 a. C.). Tracia fue convertida en provincia romana por Claudio (46 de nuestra era), tras el asesinato por su esposa de su último rey, Remetalces III.

258 Lucio Calpurnio P., hijo del suegro de César y padre, según Porfirión (HOR., *Ars Poetica* 1), de los Pisones, a los que Horacio dedicó esta obra (cf. JAL, *Florus,* II, pág. 66, n. 3), el sobrenombre *Frugi,* que a veces se le da, procede de dos errores antiguos.

259 Gneo Cornelio Léntulo, el cónsul del 14 a. C —SALOMONE *(Epitome…,* pág. 381, n. 3) apunta la duda sobre él o el del 18, menos notable—, obtuvo los *ornamenta triumphalia* en su campaña contra ellos y los sármatas (cf. *infra,* § 20) entre el 1-4 d. C *(ca.).*

260 La expresión parece aludir a la posterior conquista del lugar por Trajano (cf. I 39 [III 4], 6).

261 Sobre ellos, cf. I 39 [III 4], 6; y para Léntulo, *supra,* n. 259.

262 Para su adopción, cf. II 15 [IV 4], 1-2; y para la hazaña del dictador en el Rin, I 45 [III 10], 14-15.

263 Sobre Druso, cf. n. 245. Combatió con éxito desde el 12 hasta el 9, cuando murió, súbita y algo misteriosamente, a consecuencia de una caída de caballo (14 de septiembre del 9 d. C.). Recibió el título de Germánico también para sus descendientes (§ 28), y con él es conocido su hijo predilecto, padre de Calígula y hermano del emperador Claudio. Con todo, sus empresas fueron más brillantes que realmente operativas.

264 Sobre la discusión de esta frase —Floro parece aludir al hecho de que las dos orillas de los ríos que bañaban los puertos de Bona (Bonn) y Gesoriaco, fueron unidos por un puente—, cf. SALOMONE, *Epitome…,* pág. 384, n. 5.

265 ROSSBACH, HALM, FORSTER y JAL mantienen el *invisum* de los códices, «desconocida»; pero el giro, en conjunto, contradice la opinión del propio Floro que afirma que César buscó al enemigo en ella (cf. I 45 [III 10], 14), hecho al que, por lo demás, el propio dictador no hace referencia y MALCOVATI apunta la corrección de Axelson, *invi[s]um,* que es el adjetivo habitualmente utilizado por Floro en tal tipo de pasajes —la Ciminia, los montes Queronios, los galos (I 45 [III 10], 22), o los que vieron las guerras médicas (I 24 [II 8], 2) —; FELE lo recoge también prescindiendo del otro que no aparece jamás *(Lexicon….* pág. 327) y esa es nuestra traducción. Lo probable es que, en efecto, fuera Druso el primero en penetrar en esta zona, «intrincada y desconocida», que separa la alta de la baja Germania (cf. I 5 [11], 8).

266 Sobre esta sentencia, cf. I 33 [II 17], 8, e Intr., cap. VI.

267 TÁCITO *(Germ.* 37, 6; también 23,2) utiliza palabras similares para poner de manifiesto la precariedad del triunfo sobre los germanos.

268 Quintilio V., cónsul el 13 a. C, debió su carrera a su relación con Augusto —estaba casado con Claudia Pulcra, sobrina-nieta de éste y tía de Agripina la Mayor—. VELEYO (II 117) lo caracteriza como un hombre de reposadas costumbres, escasa actividad física e intelectual, y más habituado a la ociosidad del campamento que al ejército bélico, tal vez tratando de subrayar la antítesis con el jefe de los queruscos, Arminio, sobrino y yerno de Segestes (§ 33), que, como rehén educado en Roma, había servido en las fuerzas auxiliares, alcanzado el rango ecuestre.

[269] El texto, poco seguro, ha permitido distintas versiones. Nosotros mantenemos la idea general de MALCOVATI y JAL. Para el tema del derecho en el *Epitome,* muy brevemente, cf. Intr., cap. III.

[270] Era el cabecilla de la facción favorable a los romanos (cf. *supra,* n. 268).

[271] La emboscada sucedió mientras cruzaban el bosque de Teutoburgo (DIÓN CASIO, LVI 19-22). Recientes estudios parecen apuntar, no a la montaña de Westfalia, situada entre Munster y Osnabrück, sino a la llanura de Kalkriese; es una zona alargada, de unos seis kilómetros de largo por uno de ancho, que se extiende ante la elevación que los romanos habían pretendido rodear, sin advertir que a los pies del monte se había alzado un muro de bloques terrosos con cesped; restos de ellos se han encontrado allí, junto a cráneos, armas, monedas con el nombre de Varo, y otros objetos de los 20.000 combatientes que cayeron, a los que seguía una turbamulta de servidores, mujeres y niños.

[272] El paralelo con Paulo no es total (cf. 1. I, n. 246), ya que éste murió en la batalla (cf. I 22 [II 6], 17) y Varo, tras rechazar la salvación que le ofrecía un tribuno, se suicidó al verlo todo perdido. Su cabeza cortada fue llevada a Maroboduo, que la envió a Augusto.

[273] Floro utiliza el verbo *sibilare* que recoge perfectamente el sonido de la serpiente (cf. II 21 [IV 11], 11); para tales efectos, cf. Intr., cap. VII, y, en general, para todos los del pasaje, cap. VI.

[274] La cuestión ha sido muy debatida y poco aclarada (cf. SALOMONE, *Epitome…,* págs. 386-7). Según TÁCITO *(Anales* 1,60), Lucio Estertinio, habría recuperado la de la 19.ª —conservada luego en el templo de Mars Ultor, donde irían finalmente también las recibidas de los partos—, en un enfrentamiento con los brúcteros, al mando de una tropa ligera, enviado por Germánico. Refiere también la informacion que Malovendo, jefe de los marsos, le dió a mismo Germánico sobre otra *(Anales* 2, 25); luego (2, 41), al hablar de su triunfo (16 d. C.), se refiere a «las enseñas perdidas por Varo», en plural. Y, según DIÓN CASIO (XL 8, 7), Publio Gabinio Segundo, legado de la Germania inferior en el 41, habría conseguido la tercera. Para BICKEL (cf. Intr. cap. III, n. 71) la 17.ª y 18.ª aún reposan en tierra germana, con lo cual el relato de Floro sería el único que transmitiría la verdad. Por otra parte, BESSONE *(La storia epitomata,* pág. 80), considera la noticia del *consulis corpus… effossum* y el águila *mersam… intra baleti sui latebras,* un hábil y audaz juego retórico inspirado en una combinación de pasajes de TÁCITO *(Anales* 2, 25, 2; con 1, 61), y, quizá, VELEYO (I 119, 5); para otras contaminaciones, cf. Intr., cap. V, n. 114.

[275] La alusión al Océano apunta a la expedición británica de César (I 45 [III 10], 16-19). El Rin permaneció como frontera oriental incluso después de las conquistas de Tiberio y Germánico (cf. Intr., cap. IX, n. 265).

[276] Gayo Cornelio Léntulo Coso, cónsul el 1 a C., llevó a cabo la campaña contra estas tribus seminómadas del sur de Numidia y Mauritania durante su proconsulado, pero el *cognomen* no encuentra apoyo en los textos epigráficos.

[277] Se ignora con exactitud la fecha en la que actuó contra ellos este *homo novus,* P. Sulpicio Q., luego legado en Siria (6 a. C.); probablemente mientras gobernaba la Cirenaica y Creta, quizá como procónsul *(ca.* 15 a. C.).

[278] Hijos de Julia (hija de Augusto y Escribonia, cf. *supra,* n. 129) y Agripa (cf. *infra,* n. 291), adoptados (17 a. C.) y colmados de honores impropios de su edad, fueron eventualmente considerados como sus herederos. Lucio moriría el 20 de agosto del 2 d. C.; para Gayo, cf. *infra,* n. 282.

[279] Para esta expedición, cf. I 40 [III 5], 27.

[280] El nombre de Arsaces, genérico de la dinastía *(ca.* 250 a. C-227 d. C), se aplica aquí a Fraates V —Fraataces en otras fuentes—, hijo de Fraates IV (cf. *supra,* n. 227) y su concubina romana Musa —luego reina legítima: *Thea Urania Musa*—, al que ésta asesinaría de acuerdo con su hijo y heredero, con quien se casó a continuación (2 a. C.). Al sátrapa, VELEYO (II 102, 2) lo denomina Aduo.

[281] El texto latino no incluye el nombre, que nosotros hemos añadido para mayor claridad; luego (§§ 44-45) aparece sólo como César, lo cual podría inducir a error porque Floro ha venido aplicando esta denominación a Augusto.

[282] De hecho, Gayo murió durante el viaje de retorno (el 21 de febrero del 4 d. C.) en Licia, no en Siria (§ 42). El asesino fue abatido por los soldados, y los partos, aterrados por la osadía, enviaron rehenes al Emperador

(FESTO, *Brev.* XIX) y le devolvieron las enseñas capturadas (cf. II 34 [IV 12], 63).

283 El termino latino, *citerior,* alude a aquello que está más próximo a Roma; la *Hispania Citerior* era la más cercana a la Urbe, hasta el valle del Ebro y Cartagena; *Ulterior,* la más alejada, la suroccidental (cf. libro I n. 297). El Océano era considerado por los romanos como un río, cuya orilla más próxima a Italia es la costa Cantábrica.

284 Su sometimiento definitivo tuvo lugar en el año 19, tras seis de conflicto (25).

285 Sobre los vaceos, cf. I 33 [II 17], 11; los turmogos y los austrigones vivían al sur y este de los cántabros, en el curso superior del Ebro.

286 De hecho, aunque Augusto estuvo en España (27-25), las operaciones fueron llevadas a cabo por sus legados, especialmente Agripa, que las concluyó (19-18; cf. nn. 246 y 291).

287 Tal vez sea el *Bergidium Flavium* próximo a Villafranca, en el Bierzo, en la zona noroccidental de León.

288 El monte Vindio, de difícil ubicación, corresponde a alguna de las cimas de los Picos de Europa que marcan la frontera entre cántabros y astures, cerca del nacimiento del Ebro.

289 De discutida identificación, puede referirse a Araquil, cerca de Pamplona, o Aradillos, próxima a Reinosa. El episodio supone el fin de la campaña cántabra (25).

290 También de difícil localización, podría ser el de San Julián, junto a Tuy. Si esto es así, la confrontación pertenecería a las guerras galaicoastures.

291 El gran estratega († 12 a. C), no estaba en España en este momento (cf. I 23 [IV 12], 6). Augusto le debió sus triunfos militares más importantes y algunos políticos: su magnanimidad durante el edilato que, a pesar de haber sido ya cónsul en el 37, detentó en el 33, ayudó mucho a su causa; igual que luego, durante su censura (29-28) y en sus otros dos consulados (28-27); luego lo desposaría con su hija (cf. *supra,* n. 278), y con él compartió la potestad tribunicia, que le había sido concedida por cinco años (18) y le fue prorrogada por otros tantos en el 13, y el *imperium maius.* Furnio, legado en el 25, sería cónsul en el 17.

292 Identificado con el Esla, afluente del Duero, separaba el territorio de los vaceos del de los astures.

293 Tribu de los astures acampada probablemente cerca de la actual Benavente.

294 Publio, Carisio, propretor de la *Ulterior* (26-5), fue el fundador (25) de *Emerita Augusta* (Mérida), cuyo nombre procede de Augusto y los soldados licenciados, *emeriti.*

295 Ciudad fortificada al suroeste de León, cerca de la actual Mansilla de las Mulas.

296 El campamento se alzaba en la planicie de *Asturica Augusta* (Astorga), al este de León.

297 A ambos alude AUGUSTO *(Res Gestae* 31); Escitia era el nombre dado por los griegos a la zona comprendida entre los Cárpatos y el Don; en sentido estricto eran los habitantes de la zona inferior del Dnieper que, expulsados por los sarmatas —estrechamente ligados a ellos, cf. I 39 [III 4], 6—, pasaron a ocupar Crimea. Sobre la importancia de ambos pueblos para la relación del autor del *Epitome* con el de las referencias de Carisio o el epigrama de la vida de Adriano, cf. Intr, Cap. II, n. 28. La combinación, dado que el *De Viris Illustribus* habla además de indios y dacios (79, 5), regresaría a una fuente común intermedia (cf. *infra).*

298 Chinos y tibetanos, cuyo comercio se había incrementado en época augustea, entrando en crisis tras su apogeo, sobre el 100, en el 127 d.C. BESSONE («Floro e le legazioni ecumeniche …», págs. 93-100), intenta explicar este extraño doblete, a partir del *Seras et Indos* de HORACIO *(Carmen* I 12, 56); o del *Garamantas et Indos* de VIRGILIO *(Eneida* VI 494), con la sustitución de aquéllos, demasiado desconocidos para el público, por éstos. El interés por la seda, perceptible en el autor y ligada siempre al lujo asiático, y esta alusión vendrían dadas por su deseo de actualizar nostálgicamente algo que suponía un prestigio perdido que se desea recobrar tras esa *inertia* rota por Trajano (cf. Pról. 8 y cap. III y IV, n. 89).

299 La partícula concesiva pretende recoger el hecho de que mantuvieran todavía su color pese a los cuatro años que había durado el viaje.

300 Sus enseñas y las de Saxa y Antonio (cf. II 19 [IV 9], 4 y 20 [IV 10]) fueron entregadas (20 a. C.) por Fraates IV (cf. n. 227 y 280), a cambio de un hijo suyo al que Tirídates II había raptado y llevado junto a Augusto cuando, después de haberle arrebatado el trono por su crueldad, había sido de nuevo puesto en fuga por él. Unos años después el propio Fraates enviaría a Augusto otros cuatro de sus hijos para mantenerlos a salvo.

301 Floro simplifica los acontecimientos; el templo, tras las dos veces anteriores (cf. I 1 [2], 3 y 19 [II 3], 1), se cerró en tres ocasiones: el día 6 de enero del 29, cuando, según OROSIO (VI 20, 1), «celebró el triple triunfo y recibió por primera vez la denominación de Augusto» —cf. n. 304; en realidad fue el título de *Imperator* *(infra)*—; la segunda, el 25, tras la derrota de los cántabros (OROS., VI 21, 11). La tercera, perfectamente documentada (OROS., VI 22, 1-3, que da el 752 *AUC,* para hacerla coincidir con la Natividad; SUET., *Aug.* 22 y AUGUSTO, *Res Gestae* 13), es imposible fecharla con seguridad, aunque sería tentador relacionarla con la inauguración del *Ara Pacis* (4 de julio del 13 y 30 de enero del 9); también se ha apuntado el 8. Para el «setecientos», cf. Pról. 1 e Intr., cap. III.

302 Las reformas de Augusto (cf. cap. III) tendían a reavivar las costumbres tradicionales de Roma: la familia; contra el adulterio y el celibato; los matrimonios sin hijos y la facilidad de obtener el divorcio; a defender la moralidad y restaurar los templos; las suntuarias; …; en definitiva, a mantener la fachada republicana del Principado y potenciar su obra con una propaganda bien dirigida que incluía el apoyo de los mejores escritores del momento.

303 Entre el 27 y el 19 se le habían otorgado distintos títulos que incorporaron su poder absoluto, entre ellos la potestad tribunicia (23) que le permitía no estar sujeto a control alguno, tener garantizada la inviolabilidad y, aparentemente, representar a la plebe frente a los abusos de los patricios (cf. I 17 [23], 1), función inicial del cargo de importante valor propagandístico —además, a partir de esa fecha había debilitado el consulado, al multiplicar los sufectos; y tras el 19 se reservó el derecho de designarlos—. Pero el de Dictador, ofrecido según sus propias palabras *(Res Gestae* 5) por M. Marcelo y L. Arruncio, fue rechazado —cf., también, la taxativa opinión de VELEYO (II 89, 5); y los dramáticos detalles añadidos por SUETONIO *(Aug.* 52): lo evitó a fuerza de ruegos, hincándose de rodillas y mostrando su pecho desnudo al dejar caer su toga—. El de Padre de la Patria le llegó el 2 a. C. —año del que parece ser la parte sustancial de sus *Res Gestae,* fecha de la dedicación del Foro y el templo de Mars Ultor—, por acuerdo unánime de los ciudadanos (SUET., *Aug.* 58) y a propuesta directa de Valerio Mesala en el Senado.

304 El título de Augusto (cf. *supra,* n. 248), término procedente del vocabulario augural —por lo demás, desde la muerte de Lépido (cf. n. 199) había sido Pontifice Máximo—, le fue concedido, juntamente con el de *Princeps* —por diez años—, el 16 de enero del 27, a propuesta de Munacio Planco, por el Senado y el pueblo romano. Su divinización tuvo lugar tras su muerte en Nola a los 75 años, el 14 de nuestra era.

ÍNDICE DE CORRESPONDENCIAS: LIBROS Y CAPÍTULOS DE LAS EDICIONES ACTUALES, SEGÚN EL *BAMBERGENSIS*, Y LAS ANTIGUAS

Ed. actuales		Ed. tradicionales	
I	1	I	1-7
	2		8
	3		9
	4		10
	5		11
	6		12
	7		13
	8		
	9		14
	10		15
	11		16
	12		17
	13		18
	14		19
	15		20
	16		21
	17		22-26

Ed. actuales		Ed. tradicionales	
I	18	II	1-2
	19		3
	20		4
	21		5
	22		6
	23		7
	24		8
	25		9
	26		10
	27		11
	28		12
	29		13
	30		14
	31		15
	32		16
	33		17
	34		18-19
	35		20

Ed. actuales		Ed. tradicionales	
I	36	III	1
	37		2
	38		3
	39		4
	40		5
	41		6
	42		7
	43		8
	44		9
	45		10
	46		11
	47		12
II	1	III	13
	2		14
	3		15
	4		16
	5		17
	6		18
	7		19
	8		20
	9		21
	10		22
	11		23

Ed. actuales		Ed. tradicionales	
II	12	IV	1
	13		2
	14		3
	15		4
	16		5-6
	17		7
	18		8
	19		9
	20		10
	21		11-12
	22		
	23		
	24		
	25		
	26		
	27		
	28		
	29		
	30		
	31		
	32		
	33		
	34		

ÍNDICE GENERAL

Índice